

LEOPIAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

14
ENERO
1949

EN ESTE NUMERO

LA HIJA DE MATA HARI

novela de espionaje,
de amor y de guerra,
por MAURICIO
DEKOBRA y
LEYLA GEORGIE

EN EL SIGLO XXIX

La jornada de un
periodista americano
en el año 2889)
Cuento fantástico por
JULIO VERNE

EL FALSO COMANDANTE

recuerdos de la guerra
ruso-japonesa, por el
coronel del Ejército
del Zar, SIMON
DE KUSAKOFF

HISTORIA DE UN NIÑO MALO

cuento humorístico
por
MARK TWAIN

EL INCUBO

tradición chilota por
RICARDO ROJAS

KEMAL ATATURK- EL MILAGRO TURCO

crónica de
LEANDRO PITA
ROMERO

En
"LA VIDA DE LOS
ARGENTINOS CELEBRES
CONTADA POR SUS
FOTOGRAFÍAS"

RAMON J.
CARCANO





LLEGARA SIEMPRE PRIMERO Y MUCHO MAS SEGURO

con AMORTIGUADORES "PAYSANDU" y
REFRIGERADOR DE ACEITE "BARUFALDI"



AMORTIGUADOR

"PAYSANDU"

Es el único amortiguador que trabaja sin líquidos.

Es el único de fricción, encerrado herméticamente en una caja de acero.

Son regulables a voluntad del que los usa.

Son los únicos que salen de fábrica con garantía escrita por el término de dos años.



El
REFRIGERADOR
DE ACEITE

"BARUFALDI"

Mantiene frío el aceite de los motores, con una economía de 12 % de nafta, 100 % de desgaste en el motor, 200 % en el consumo de aceite.

Con el aceite frío los motores funcionan mejor que cuando nuevos, con el minimum de consumo y desgaste, y con el maximum de rendimiento y potencia.

DEMOSTRACIONES e INFORMES a su único fabricante y distribuidor en toda la República Argentina:

Miguel FRASCHINI

U. T. 45
9386

• 840 MAZA 842 •

BUENOS
AIRES

M A
UNA PUBLICACION
EDITORIAL
ARGENTINA

Su

LA HIJA DE
la de amor
guerra, por
y Leyla G
VIAJE AL REI
TATUAS P
CO, por G
EL INCUBO,
de Ricardo

KENAL ATAT
TURCO, at
De Versal
baando P

COMO SE TI
LITERATUR
OYER, SE
MARGARIT
SABILVASO

vite de la
recreativa c
sa Celia S
ACTUALIDAD

HISTORIA DE
siento hum
Tesis de M

RECORDOS
RUSOJAPON
episodio hi
de Kusokot

SIN COMPAS
recreativa
EN EL SIGLO

tístico de
MISTER BEN
QUE FABRI
por Remo

PATRON Y A
pero, por
JUAN BRIGH
TIMO BO
por Rogin

LA VIDA DE
CELEBRES
FOTOGRAF
CARCANO

EL TABLON
por Eliseo

AVENTURAS
NO EN L
LLERMO
episodio d
por Germ

DE LA VID
BOGOSLO
W. Fern

LAS PIBLES
cielo Ba
POR LOS
GUERRA

QUI LE
irre de
PARA MA
lacia
Lecop

Ilustracion
Recheit
Fotograf
Podetti, R
e hist

LEOPLAN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA
DITORIAL SOPENA
ARGENTINA, S. DE R. L.

Registro Nacional de
la Propiedad Intelectual
N.º 91.125

ESMERALDA 416
U. T. 34 - 408 7
Buenos Aires

AÑO IX - N.º 183
ENERO 1942

Sumario

LA HIJA DE MATA HARI, nove- la de amor, de espionaje y de guerra, por Mauricio Dekobra y Leslie George	73
VIAJE ALREDEDOR DE LAS ES- TATUAS PORTENAS, nota la- cida por Guillermo Díaz Doin ..	4
EL INCUBO, narración folklórica, de Ricardo Rojas	8
KEMAL AFATURK; EL MILAGRO TURCO, otro nota de la serie "De Versailles á Munich", por Leandro Pita Romero	12
COMO SE INICIARON EN LA LITERATURA MARIA ROSA OLIVER, SILVIA GUERRICO Y MARGARITA VILLEGAS BA- SABILVASO, una nueva inter- view de la serie de reportajes y escrituras argentinas, por Leán- do Pita Romero	16
ACTUALIDADES GRAFICAS	18
HISTORIA DE UN NIÑO MALO, cuento humanístico, por Mark Twain	20
RECUERDOS DE LA GUERRA RUSOJAPONESA, relato de un episodio histórico, por Simón de Kusakoff	24
SIN COMPAS NI RITMO, sección teatral	28
EN EL SIELO XXIX, cuento fan- tástico, de Julie Verne	30
MISTER BENDA, EL HOMBRE QUE FABRICA ROSTROS, nota, por Remo Valcarlos	38
PATRON Y AMIGO, cuento con- temporáneo, por Naville Quiroga ..	42
JUAN BRIGNARDELLO, EL UL- TIMO BOHEMIO, reportaje, por Regino Mansalvo	46
LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES CONTADA POR SUS FOTOGRAFIAS. RAMON J. CARCANO	50
EL TABLÓN, cuento dramático, por Eliso Montoino	54
AVENTURAS DE UN ARGENTI- NO EN LA PATRIA DE GUI- LLERMO TELL, relato de un episodio de la vida del autor, por Germán Dros	58
DE LA VIDA EN ESTOS TIEM- POS, cuentos de Madrid, por W. Fernández Flórez	62
LAS PIELS, un cuento, de Je- sús Ramos	65
POR LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA. LAS FILIPINAS	70
AQUÍ LE CONTESTAMOS, cé- lebre de "Leopla"	73
FIGURA MATAR EL TIEMPO, por Oscar de la Cruz, problemas químicos, etc.	74



Este bello enfoque del monumento a San Martín corresponde a la nota que con el título "Viaje alrededor de los estatutos portenos" encontrará el lector en los páginas siguientes.

EN EL PROXIMO NUMERO:

LA CASA DE VAPOR, famoso novela larga de JULIO VERNE

LA MAZORQUERA DE MONSERRAT, cuento histórico de Héctor Pedro Blomberg.

VALERY DESPIDE A BERGSON BAJO LA CUPULA otra colaboración exclusiva de Eduardo Mallca.

GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES, estampas de la vida porteña, por Fernández Moreno.

EL RUNANTURUNCO, narración folklórica de Ricardo Rojas,

y trabajos de Paul Bourget, Enrique Sienkiewicz, Leandro Pita Romero, Carlos V. Warren, Bernardo Kordon, Luis Enrique Carreara, Tibor Sekelj, Regina Mansalvo, etc. etc.

LAS JOYAS ROBADAS, cuento policial por Leónidas Barletta.

En "LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES CONTADA POR SUS FOTOGRAFIAS": **BLANCA PODESTA**
LEOPLAN aparece el 28 de enero



Fior de Levante



Gral. B. Mitre



Pona



El Pensador



Aristóbulo del Valle



El Arqueiro



Torre de las Iglesias

Viaje alrededor de

BUENOS AIRES TIENE MAS DE DOSCIENTOS VEINTE MONUMENTOS • ENTRE ELLOS PREDOMINAN LOS CON-SAGRADOS A EXALTAR LA MEMORIA DE POLITICOS Y MILITARES • LAS ESTATUAS AMBULANTES Y LOS ENEMIGOS DE LAS ESTATUAS • ATENTADOS ABSURDOS

Por Guillermo Díaz Doin

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
FOTOGRAFÍAS DE CONESA
PODESTA, ROMERO Y BORELLI

Presente y futuro

LA escultura es un elemento importante de la ornamentación urbana. Las estatuas y los monumentos contribuyen en forma poderosa a dar carácter y personalidad a las ciudades. Una ciudad sin monumentos, sin estatuas, resultaría demasiado monótona. La figura de mármol, elevándose sobre el tráfico de la vida ciudadana, los personajes de bronce que sobre el pedestal presiden las horas apacibles de plazas y parques, entre otras cosas, puntos de referencia que nos permiten orientar en el laberinto de la gran urbe. Nuestro recuerdo de cada rincón de la ciudad va asociado a una estatua, a un monumento. Mentalmente, cada una de las poblaciones que hemos conocido tiene para nosotros una representación concreta; el de algunas de sus estatuas y de sus monumentos.

Buenos Aires, como gran ciudad moderna, no posee monumentos ni estatuas de valor histórico. Su estatua tiene una vida alrededor de medio siglo. Y aminoró, pues la época en que se desató el furor de la ornamentación de sus plazas y paseos puede localizarse, cronológicamente, entre los años 1895 y 1910. El turista que pretenda encontrar monumentos antiguos, obras de arte valorizadas por el transcurso del tiempo, está condenado fatalmente a la decepción. Buenos Aires no es como otras ciudades del mundo — singularmente las europeas — un museo histórico. Su vida como gran urbe marca una parábola muy corta. Buenos Aires no puede presumir de abolengo, de piedras milenarias, como otras ciudades, verbigráfica Roma. Pero puede enorgullecerse, en cambio, de algo que es también valioso de su presente. Y de algo que es también importante: del gran futuro que se agita en sus entrañas.

La Pirámide de Mayo

Los monumentos y las estatuas de Buenos Aires son de época reciente. Los más, corresponden a la centuria actual. Del siglo pasado sólo existen unos cuantos. Entre ellos se encuentra la pirámide de Mayo. Este monumento, el que conocemos hoy — sustituto de la pirámide



La Cautiva



La Primavera

las estatuas porteñas





Monumento de los franceses



Juan de Garay



Diana Cazadora



Monumento de los españoles



Cristóbal Colón

primitiva inaugurada en 1811 como símbolo de la Independencia argentina —, estuvo emplazada frente a la Catedral hasta el año 1913. En esa fecha se trasladó al lugar en que se encuentra actualmente, donde en su día se levantaría el gran monumento a la Independencia de Mayo, obra que por el momento ha sido suspendida. La pirámide ha sufrido transformaciones en su fisonomía con el transcurso del tiempo. Han desaparecido de sus ángulos cuatro figuras de mármol que, en unión de la que corona el monumento, pertenecieron al frente del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Estas figuras representaban la Industria, la Geografía, la Navegación y la Astronomía. Hoy se encuentran emplazadas en el parque Saavedra.

Los estatuos de San Martín y Belgrano

Otro de los monumentos más antiguos de la ciudad es el erigido a San Martín en la plaza que lleva su nombre. Esa estatua ecuestre fue inaugurada en 1862, y su autor fue el conocido escultor Daumas. Sin embargo, el monumento ha sido modificado en nuestro siglo. En 1910 lo reformó Eberlein.

La estatua de Belgrano, situada frente a la Casa de Gobierno, y que tan soberbiamente simboliza al creador de la bandera argentina, constituyó otro de los monumentos más antiguos de la ciudad. Su inaugura-

ción tuvo lugar en el año 1873. Es obra de Bellause, escultor de nacionalidad francesa.

Azuénaigo, Pueyrredón, Rodríguez Peña

Con motivo de la celebración del Centenario de la Independencia — 1910 — se despertó en las autoridades el deseo de poblar la ciudad de estatuas. De entonces proceden todos los monumentos erigidos a la memoria de los grandes hombres de la historia argentina. Todos los grandes patrios merecieron los honores de la piedra y del bronce: Azuénaigo, Pueyrredón, Rodríguez Peña, Paso, etc.

Con ese objeto se presupuestaron grandes sumas de dinero. Se dió lugar para que todos los escultores participasen en la realización de las obras destinadas a rendir homenaje a los próceres, estipulándose un precio único para cada monumento: 35.000 pesos.

Monumentos donados por colectividades extranjeras

De ese tiempo provienen también los distintos monumentos regalados por las colectividades extranjeras. Estas, queriendo asociarse al primer centenario de la Independencia argentina, decidieron contribuir con obras que perpetuasen su adhesión a la celebración de la gloriosa efeméride.

La colectividad inglesa hizo donación del monumento más costoso: la torre monumental situada en la Plaza Británica, que con su esbeltez proporciona cierto carácter a este ángulo de la ciudad. Su costo se calcula, aproximadamente, en 1.500.000 pesos. Aunque desde el punto de vista del arte su valor carece de importancia, sin embargo, constituye un elemento magnífico de decoración urbana.

Los ríos... naufragio

Artísticamente, merecen destacarse los monumentos regalados por las colectividades española e italiana. El monumento donado por los españoles — "La carta magna" — fue concebido y realizado por Querol. La mayor parte de los materiales vino de la península. Cuando se traían los grupos que representaban los ríos, naufragó el barco que los transportaba. En ese intervalo falleció el autor de los mismos. Querol, razón por la cual tuvo que dar término a la obra Mariano Benlliure. El regalo de los italianos lo constituyó el monumento dedicado a Colón. El material, también en su mayor parte, vino de Italia. Su autor fue el escultor Zocchi.

Los franceses regalaron el monumento sito en la Plaza de Francia, obra de granito y de mármol, debida al escultor galo Pevnaud. Representa la República francesa.

La colectividad austro-húngara contribuyó con un monumento integrado por instrumentos meteorológicos. Estos, con el transcurso del tiempo, fueron desapareciendo, quedando la obra en situación de abandono. Primeramente, estuvo emplazada en Chacabuco y Moreno; después en la Plaza del Carmen. Hoy se encuentra depositada y colocada en el Jardín Botánico de Carlos Thays.

El monumento donado por la colectividad alemana, y situado en Alvear y Cavia, está constituido por una fuente decorativa en la que se representan en dos grupos alegóricos la ganadería y la agricultura. La obra se debe al escultor germano Gabredon.

Docientos veinte monumentos

En la actualidad existen dentro del perímetro de la ciudad de Buenos Aires, entre monumentos alegóricos y de homenaje, así como estatuas y esculturas, alrededor de 220 obras de arte. Predominan los autores franceses, italianos, españoles y argentinos. Por ese mismo orden.

Las esculturas de mayor valor artístico, entre otras, son: *El Pensador*, de Rodin; *La Eca dormida o la Niña*, de Despiay; *La Primavera*, de Driver. En el orden monumental, y por lo que respecta al arte francés, pueden destacarse las obras de Bourdelle (monumento al general Alvear) y de Pevnaud (Aristóbulo del Valle). De procedencia italiana aparecen en primer término Zocchi (monumento a Colón)



Genl. San Martín



Graf. Belgren

y Calandra (Bartolomé Mitre). De firma española merecen señalar el mencionado monumento de Querul y el motivo popular de Blav, *Los primaveras frías*, este último ubicado en el Jardín Botánico. También, el monumento consagrado a Bernardo de Yrigoyen, del que es autor Benlliure. Entre los escultores argentinos figuran Correa Morales con su *Canencia*, situada en la plaza de José de Urquiza; Alberto Lagos, con *El Arquero*; Zonza Briano, con su obra *Flor de Juventud*, en la Rosaleda.

Un monumento que no podemos dejar de mencionar es el levantado al fundador de Buenos Aires, Juan de Garay, de mármol y bronce, del que es autor Eberlein y que fué inaugurado en 1915.

Políticos y militares

El mundo de las estatuas tiene sus encantos y sus sorpresas. Como todas las cosas, cuando le presta una atención, nos descubren nuevos sentidos, nuevas perspectivas. Una estatua no se nos revela siempre al primer golpe de vista. A fuerza de observarlas, se nos muestran de pronto con una significación nueva. Unas nos resultan simpáticas, otras, demasiado solemnes. Esta nos descubre la falsedad de una actitud, la afectación de un gesto compuesto. Aquella nos pone de manifiesto la fugacidad y lo grotesco de las modas.

Tras de un inventario convencional, hemos llegado a la conclusión de que la mayor parte de los mármoles y de los broncees están consagrados a exaltar las figuras de la milicia y de la política. ¿Por qué esta desigualdad en relación con las demás profesiones?

También tenemos los monumentos populares. Aquellos que despiertan, sin saber a veces por qué, la simpatía de las gentes. Uno de ellos es el de Florencio Sánchez, obra de Riganelli, que se encuentra emplazado en las calles Chichana y Deán Funes. Lo mismo ocurre con el *Canto al Trabajo*, grupo escultórico de gran mérito artístico, del que es autor el escultor contemporáneo Rogelio Yrurtia.

Los estatuos ambulantes

Otro tipo de estatuas que conviene filiar es el de las que podríamos llamar *peregrinas* o *ambulantes*. Me refiero a aquellas que no paran en el lugar de su primitivo emplazamiento. ¿Qué leves presides este destino nómade? ¿Acaso un día adverso las condenó a un éxodo continuo? Sin embargo, ahora, al contrario de lo que sucede en el mundo, parece que las estatuas porteñas han sentado la cabeza, mejor dicho las pies. Como ejemplo retrospectivo de este movimiento constante, de esta inquietud viajera, citaremos el caso del monumento a Falucho. Primitivamente estuvo ubicado en el lugar que hoy ocupa la plaza San Martín; de allí pasó a Río Janeiro y Lambaré y luego, más tarde, al emplazamiento actual.

Los "estatuóforos"

Las estatuas, de igual suerte que los mortales, tienen sus enemigos. Hay personas que sienten una fobia terrible por las figuras de mármol o de bronce, hasta el punto de verse impulsadas a llevar a cabo atentados contra la integridad de las mismas. Este es un tipo de delincuencia propicio para el psicoanálisis. ¿Qué extraño complejo psicológico es el que se da en los llamados "estatuóforos"? Algunas veces los atrevidos pueden encontrar una explicación lógica, considerados desde un punto de vista ideológico o moral. Aunque el hecho sea en sí condenable, responde a una motivación comprensible. La pasión política y el puritanismo son difíciles de refrenar. Pero, ¿a qué móviles responde el acto de profanar mármoles como, por ejemplo, *La Primavera*, *Diana cazadora* o el *Canto al trabajo*?

Los extravíos de los "estatuóforos" adquieren formas insospechadas. A este propósito vamos a referir lo sucedido con la estatua *El moderno Anteo*, una obra bastante buena de Pomal. Fué "castigada" de un modo ridículo. Alguien se dedicaba a estrellar sobre ella huevos corrompidos, como si se pretendiese ahuyentar así a los posibles espectadores. Tan pronto como se limpiaba, volvía a aparecer al día siguiente en el mismo lamentable estado. La hazaña se repitió varias veces. Hasta que el extraño "estatuóforo" se cansó y desistió de su poco edificante tarea.

Todo esto, y algo más que dejamos en el tintero, por no hacer interminable este trabajo, es lo que hemos podido captar en una excursión realizada por el mundo de las estatuas y de los monumentos porteños. *



Alegría de SENTIRSE BIEN!



SI ESTA CANSADO

sin ánimo y deprimido, tome
GENIOL. Verá qué cambio!
GENIOL descongestiona su
cabeza, levanta su espíritu y
aclara sus ideas.



4 tabletas
30 centavos

GENIOL

CALMA, ENTONA Y DESCONGESTIONA

De **RICARDO ROJAS**

EL INCUBO

ILUSTRACIONES DE
RAÚL VALENCIA

El Zupay del bosque ha encarnado bajo formas animales en el Toro del Saladillo, y bajo formas humanas en la historia que voy a referir.

La fe de la Edad media creyó en todas las metamorfosis demoníacas. Diablos fueron para ella los silvanos y faunos de la Grecia pagana, y para teólogos sutiles, hombres extraordinarios como Alejandro Magno y el rebelde Lutero, fueron creaciones de Satán. Florecieron desde aquella época leyendas de incubos que tentaban la carne de las vírgenes y súcubos que ponían a prueba la virtud abstinentes de los beatos. Los unos y los otros expresaron el misterio de un Demonio lascivo que adoptaba en la tierra cuerpos sexuales para gozar del amor. Incipientes fisiólogos de ese tiempo llegaron a estudiar la naturaleza de los incubos y los seres por ellos engendrados. La teología, al par, les dedicaba tratados especiales para saber si a la *cópula cum demone* debían los tribunales de penitencia considerar pecado contra piedad o pecado contra lujuria. Y siendo su cuerpo de *sustancia tenue y vaporosa, emanantes como los perfumes por estuvious*—según el P. Sinistrari—, podían asumir formas tan bellas como falaces, y colarse por el intersticio de cerraduras y jambas. Cuando el diablo persigue la seducción, no se muestra como sátiro imperioso y violento, sino con apariencias de mancebo gallardo, ataviado de lujosos arreos. Esta parte siniestra del antiguo catolicismo emigró también al mundo americano. Extendiéronse tales supersticiones en el bosque, y al adaptarse como tantas otras a tan extraño ambiente, no sólo desaparecieron las sutilezas de la escolástica, sino que tomaron nuevo colorido las escenas y gesto nuevo los personajes. La conciencia paradisiaca de las tierras vírgenes las despojó también del áspero sabor que les prestase el encadenado instinto de



quienes las concibieron en la soledad de los claustros.



Viene de tan lejanas tradiciones una leyenda recogida por mí en la selva mediterránea. Satán no se aparece en ella a la mujer adúltera como a aquella Hyerónima de otro relato medioeval. Para la imaginación de nuestro pueblo, Zupay no podía tampoco gastar la ondeante capa española, como en las historias de Flandes o Italia. Aquí la casa es el rancho saladino; el tentador, un gaucho que viste lo mejor de sus prendas; la víctima, una mujer ingenua que no sospecha el incubo fatal; el teatro de la acción el bosque mismo con su ámbito de misterio.



El y ella vivían en un rincón desierto del monte familiar. Apartados de las vecinas poblaciones, la breña generosa les ofreció venturas. Él, audaz y fuerte, no reconocía obstáculos en las marañas: la fiera perseguida y el ave incáuta cayeron presas de su mano. Ella, fresca y hermosa, acompañábase a veces, o le esperaba en el rancho, a la hora del crepúsculo, cuando el esposo volvía con el botín de la jornada. Y eran felices en aquella espesura, mientras hubiera miel y caza para sus frugales comidas. Algunas tardes, el varón regresaba con el hacha en la diestra, y en la otra mano traía la blanca flor del aire, sedefia prez de los rugosos quebrachos: la hembra le pagaba esas flores con sus besos; y pasaban los días tras los días, cumpliendo la pareja su ley de amor en el seno de la naturaleza fecunda. Nacióles después un hijo, y el nuevo ser alegró las veladas domésticas. Sentados bajo el alar de la choza, el padre hacíalo cabalgar en sus rodillas, entreteniéndolo, cuando aprendió a comprender, con el tucutucu que pasaba rasgando de luz azul la noche de la fronda, o distra-yéndolo con las cosas del cielo:

—¿Ves la luna huahuitay?

—Shi la veo.

—¿Lo ves al burrito?

—Shi lo veo.

—¿Y a la Virgen con el niño-Dios?

—También — y señalaba luego una estrella, en seguida una constelación, más tarde una nube, sin detenerse en nada, a no ser en la vía





láctea, o *Cielumayu* (rio del cielo), en cuyas aguas de plata por riberas de sombra le hacían ver patitos de oro, como los que ya ape-dreaba el pilluelo en el vado cercano...

Esta dicha debía concluir; y el día del suceso, la mujer vio llegar un hombre extraño por el abra estrecha que rodeaba la morada rústica. Quiso apartarse, pero le fué imposible: el desconocido avanzaba hacia ella, la cual, inmóvil, sentíase presa de invencible fascinación. El pecho fuerte del jayán hacíala pre-gustar de sus abrazos; un frescor de brisa embriagábala de silvestres aromas; estremecimientos de gozo cosquilleaban su medula; y dominábala a un tiempo propensiones hacia cosas ignotas que borraban en su alma la imagen del esposo, ausente a la sazón en la meleada.

—¡Cruz, Cruz, diablo! — musita-

ran sus labios el conjuro, si hubiera sospechado a Zupay, o le opusiera el mango en cruz de algún cuchillo; ¡pero nada! El desconocido estaba ya junto a la inocente; ella se desvanecía en beleño de falaces visiones; el sol arrebujábase de nubes, como velando en penumbras la escena; el perro de la casa arrastrábase en el patín delantero sin poder gritar; y aquel fascinador, a punto de marcharse, murmuraba al oído de la mujer vencida:

—Te espero; un ave nocturna cantará en la noche; ella guiará tus pasos en la sombra...

Cuando cerró la noche, el labrador, fatigado por el esfuerzo del día, cayó en cerrado sueño. Ella velaba en tanto, contemplando por la abierta ventana la claridad de las lejanas estrellas. Una lechuza chilló de pronto en la cumbre; y escuchóse después el vuelo de sus alas por el

vasto silencio. La mujer descendió del lecho, y gateando, salió. Las pupilas del pájaro nocturno brillaban en la ruta. Ellas la condujeron por sendas desconocidas, hasta una fuente de aguas clarísimas, donde la esperaba el amante, que así la arrancaba al hogar en pos de una quimera.

—Iremos hacia lo interior del bosque — sin duda la decía, en el quichua docto de las Salamancas... Marcharían hacia un rincón vedado, a la felicidad, a la riqueza, al placer; las hierbas les prestarían su tálamo, su dosel los follajes; pero antes debía dejar sus ojos en una reluciente caldera de magia, donde, al volver, los encontraría más luminosos y bellos.

Partieron. Ella iba ciega, las órbitas vacías; a las dos veras de la ruta se dilataba la breña, invisible para aquella infeliz, aunque ella oía, cual rumor de lejanas muchedumbres, el eco de los gárrulos follajes.

En el cielo todo era paz, envuelto el mundo en claridades de luna. Y junto a ella, en el cuerpo antes noble del mancebo, se hubiese reconocido ahora a Zupay; devuelto a su pristina forma de Sátiro.

Horas después, el gaucho, despertándose, observó azorada la ausencia de la mujer querida. Incorporóse bruscamente, y turbado, sin rumbo, sin indicios que le aclararan el enigma, se lanzó a las tinieblas de la fronda. Vagabundeando al azar, llegó a la fuente. Algo pavoroso adivinábase allí. Y el hombre quedó espantado al reconocer los ojos de la esposa, brillando en la paila mágica. Los recogió, los examinó, y estrechándolos a su pecho, como quien defiende un tesoro, continuó por el bosque, abatido, iracundo, sospechando un crimen, y esperando en el alba, que iluminaría ante sus pasos algún cuadro de sangre.

Antes del amanecer, regresó la pareja adúltera, y viendo Zupay que en la fuente faltaban las pupilas, huyó cobarde y despavorido, como temeroso de la próxima luz. Abandonada y ciega la otra, echó a correr por la espesura; y más tarde, una partida de meleros encontró su cadáver tendido a la sombra de colasales quebrachos. En tanto, el gaucho volvió a la choza, triste, aun en las manos las siniestras pupilas, y sin ventura para siempre, pues bajo el día que se levantaba en los cielos reconoció, en el espejo de esas pardas retinas, visiones denunciadoras de lujuria y de muerte.

Hasta aquí la leyenda.
...Nada le resta, según se ve, de las tradiciones teológicas.

Quando el pueblo tentaba a la virgen, la beata o la esposa, se le podía conjurar, no sólo por la señal de la cruz, sino por el nombre de los santos, las reliquias sacras, riegos y fumigaciones benditas, según fórmulas aconsejadas por los confesores. Empleábase unas veces talismanes de

verbena, o palma-christi, o jaspe, o coral. Recurríase, otras, a incenrar en una marmita nueva composiciones de cinamomo, canela, álve, nuez moscada, benjui, etc., según el demonio fuese igneo, aéreo, flemático, terrestre... ¿A qué seguir? La imaginación escolástica se perdía en su laberinto de casos, en su dédalo de previsions. Los misioneros católicos lo enseñaron también al pue-

blo de la selva, pero nada de ello pudo sobrevivirles allá. Por eso en la leyenda referida sólo halláramos un leve fondo de sugestión moral. Tiene la fidelidad de la mujer, culto acendrado en aquellas primitivas regiones, y han querido castigar su infidencia la mente que la forjó y el labio que la repite, bajo los techos solariegos, en los sencillos hogares de la comarca.
(De "El país de la selva")

Mes del talco

DOBLE OBSEQUIO ESTE MES SOLAMENTE

Con cada kilo de Talco SANACUTIS (el mejor de los talcos) que vendemos como siempre a \$ 1.90, regalamos durante este mes un frasco de Colonia Imperial "Mireille" - nuevo bouquet - cuyo precio de venta es de \$ 1.- y además la bonita talquera de metal estampado.

EL TALCO
Sanacutis

impalpable de tan fino y sedoso de tan suave, procede de las más famosas canteras del mundo y es sometido a minuciosos procesos de molinda y tamización. Su agradable perfume se obtiene con esencias naturales no irritantes.

Franco - Inglesa

La mayor farmacia del mundo
Sarmiento y Florida 32 - Dirección: 2021

IMPORTANTE
La Colonia Imperial "Mireille", es concentrada y no debe usarse como las colonias comunes sino en pequeñas cantidades, lo que justifica su alto precio.

KEMAL ATATURK: el

Kemal Ataturk observando, con un binoculares el estrecho que atraviesan Licadno y land Eyra, encrucijada donde se encuentran los hitos de todas las ambiciones imperialistas, y que el recobra en Montreux

Por
**Leandro
Pita Romero**

ESPECIAL PARA
"LEOPLÁN"



Resurrección de un imperio

Si Francia, la Francia de hoy, visitada por la desgracia, necesitase alimentar sus esperanzas de resurrección con algún ejemplo cercano, tendría, en primer lugar, el suyo propio con sólo volver los ojos a 1870, cuando Gambetta desde Tours, como hoy Pétain desde Vichy, negociaba la restitución de París, punto de partida de la nueva etapa.

Pero si este ejemplo pareciese ya remoto, ahí está el de Turquía, tal como surgió en las manos de Kemal Ataturk. Y no cito a Alemania y a Rusia, caídas en la otra guerra, porque, si bien repuntaron con la energía que hoy se está viendo, hubo un periodo intermedio de desconcierto y de pesimismo en Alemania y de revolución en Rusia. En cambio, en Turquía, en el punto en que la derrota se hizo presente y todo el imperio otomano saltaba en pedazos, allí mismo Turquía recogíase en sí misma, bajo el mando de Ataturk, y recomenzaba. Un puñado de hombres, que

Aboja, a la izquierda, durante unos maniobras en Emirno, el general triunfador de Gallipoli se muestra ya sin uniforme, cuando los dictadores europeos turbaron la imaginación de sus súbditos en la preparación de peregrinos uniformes. A la derecha, Mustafá Kemal con su esposa, Latife Hanoum, en 1923.



milagro TURCO

habían conspirado con Kemal en los cafés de Salónica, de Estambul y de Esmirna, enviaban un ultimátum al sultán para que no aceptase las condiciones de paz del Tratado de Sévres y se negase a ratificarlo. El Tratado de Sévres, complementario del de Versalles, disolvía el antiguo espléndido Imperio, traspasándolo a los vencedores bajo formas de mandatos. Pero, además, metía el diente incluso en el territorio nacional de los turcos dando la Cilicia a los franceses, Esmirna a los griegos, por haberla renunciado los italianos, y ocupando los aliados Constantinopla, donde el sultán era un ilustre vasallo de Inglaterra, del cual dijo Lloyd George, sin embozo alguno, que estaba "vaticanizado" en su palacio de Estambul.

Ataturk, general victorioso al servicio de una patria vencida, que ganó las batallas que él dirigió, aunque el conjunto de la guerra, que Alemania conducía, se perdió al cabo, como él mismo había previsto, cuando su país decidió intervenir en ella, depuso al sultán, derrotó a los griegos, expulsó a todos los extranjeros de Turquía y proclamó la República. Francia renunció a la Cilicia. El rey de los griegos perdió el trono por la fuerza del culatazo. Italia se restregó las manos por no haber picado en la aventura del Asia menor. Y las potencias abandonaron Constantinopla. Los ingleses recogieron en un crucero al Gran Turco, jefe de los creyentes, que escapó de su palacio, con algunas damas de su harén, por una puerta excusada, y lo fondearon en Malta, cuyo sol es benévolo para dulcificar las melancolías. En fin, en Lausanne, los orgullosos vencedores europeos se avinieron a romper el Tratado de Sévres y a otorgar otro en el que reconocían a Turquía la integridad de su territorio nacional, y fué abolido el régimen de las Capitulaciones, ominosa supervivencia.

Alemania tardó cerca de veinte años en sacudirse el tratado de Versalles. Turquía lo logró en tres años. Pudo, por eso, decir con razón Kemal Ataturk que el turco allí donde acaba comienza, queriendo significar que en su caída encuentra, como si fuera de goma, el impulso del rebote para ascender de nuevo.

Lo historia del "hombre enfermo"

En rigor, la caída del imperio y la liquidación del sultanato y del califato, más que una desgracia, era para los revolucionarios turcos una parte de su programa, la parte negativa o destructiva de toda revolución, la que remueve los obstáculos y echa abajo los revoques del pasado. Era imposible sostener el imperio, formado por un caos vastísimo de pueblos distintos en raza, cultura, geografía, historia, y a veces, en religión. Pero Turquía no era el imperio turco. Últimamente era su víctima, oprimida bajo un peso enorme, superior a sus fuerzas. El talento de Ataturk, reali-



zador supremo de un pensamiento que nació cuando la rebelión de "los jóvenes turcos" consistió en liquidar lo accesorio y conservar lo entrañable, en dejar apartarse lo pegadizo y en supeditarlo todo a la sobrevivencia de la nación turca. Turquía, no el Imperio Otomano, se apretó contra sí misma, dispuesta a vivir, soltando en el naufragio todo el lastre de los pueblos islámicos, unidos por el débil hilo del califato. Y flotó ella misma, ella sola, la nación turca, con una voluntad inmensa y con unas condiciones de vida asombrosas, como enfermo al que se amputa el miembro infectado.

Así acabó la historia del "hombre enfermo", nombre con que un zar de Rusia designó a Turquía, cuando ya se oía su muerte y los llamados a la herencia se afilaban las uñas. En torno a estas suculentas testamentarias de los imperios agonizantes, los hambrientos herederos conciertan esas treugas o tratados de "statu quo", que consisten esencialmente en el compromiso de no empujar y de alinearse hasta que suene la señal de la largada. Esa era, más o menos, la llamada "cuestión de Oriente", respecto de Turquía, y cosa parecida era, respecto a China, la llamada "cuestión del Pacífico". Y algo por el estilo quería ser, respecto a España, la llamada "no intervención". Un conato de orden en las colas, momentos antes de alzarse los cierras de las tristes y codiciadas almonedas.

Pero la historia es tan chusca, que estos "enfermos" internacionales gozan a veces de tan buena salud como los muertos de que habla "Le monteur", de Corneille, y el "Don

Juan", de Zorrilla. El único "hombre enfermo" que cayó ha sido el imperio austrohúngaro. Y en cuanto a Rusia, ¿quién le había de decir al autor de la tan traída y llevada frase, que no fue otro que Nicolás I, charlando una noche de sobremesa con el embajador de Inglaterra, sir Jorge Hamilton Seymour, que a la vuelta de menos de un siglo había de ser extinguida a tiros su dinastía en los fosos de Ekaterinenburgo?

Ni China, ni Turquía, ni España cayeron. Hay una casta de pueblos viejos y duros que engañan mucho a los doctores internacionales. Cuando parecen muertos abren un ojo y deciden seguir viviendo.

China, la "enferma" del extremo Oriente, es ahora la aliada más conspicua de las dos naciones más ricas de la tierra. Y Turquía, la "enferma" del cercano Oriente, y España, la "enferma" del Mediterráneo, como la llamó, con errado dictamen, una distinguida informante de la Fundación Rockefeller, están siendo cortejadas por todos los protagonistas mundiales, para que sigan quietas en su actual neutralidad o "no beligerancia".

Un general sin uniforme

La restitución de Turquía a los turcos, que el tratado de Lausane consagró, haciendo trizas el de Sévres, nombre de simbólica fragilidad, digno del más efímero de los pactos que siguieron a la guerra pasada, no fue para Atatürk sino el punto de partida para la prosecución de un asombroso y audaz programa de política interna y externa.

Se habla mucho en Europa de Hitler y de Mussolini como dictadores tipos. Pero ninguno de ellos llega a la altura de Atatürk en punto a obra cumplida. Hitler y Mussolini no han hecho ninguna revolución. Han preparado la guerra. Atatürk ganó en la guerra el prestigio y el territorio nacionales, y desde el poder se aplicó a una obra de paz, enormemente revolucionaria, pero pacífica. De tal modo pacífica, de tal modo civil, que para mejor marcar el paso de un poder ilimitado y cruel a un régimen público y responsable, él, el antiguo general que detuvo a los ingleses en Gallipoli y empujó a los griegos desde las orillas del Sakaria hasta el mar, al ascender a la suma magistratura popular se despojó de su uniforme, que no evocaba más que gloria, y se metió para siempre en aquellos "chaquets", "smokings" y fraques con que fue visto en todas partes y reproducido en cuadros, mármoles y fotografías, y que hacían del sucesor de Solimán un émulo del más discreto presidente de la República francesa, mientras todos los dictadores y aprendices de dictadores europeos, procedentes del periodismo, del proletariado, de la abogacía, etc., torturaban la imaginación de los sastres en el pergeño y confección de peregrinos uniformes.

En fin, el amor de Atatürk por la indumentaria sencilla era tal, que una de las proezas de su gestión fue el triunfo de la galera sobre el fez, y el destierro del velo femenino. Pedro el Grande, zar de todas las Rusias, no pudo rasurar las barbas de sus boyardos, y el buen Carlos III de España tuvo que desterrar a su Esquilache ante el pueblo de Madrid, amotinado por habersele querido rebajar unos dedos a las capas y apuntar un poco los sombreros. En ese sentido, Atatürk fue el último y más afortunado de los despotas ilustrados que conoció Europa.

¿Europa? Sí. Su Turquía, la Turquía vernácula y nacionalista que sucedió al imperio y al califato. La república laica, occidentalizada, engalnerada y parlamentaria de Atatürk, es europea porque tomó los usos europeos y porque tiene todavía su pie en Europa, en el cachito de la Tracia, que sirve de acceso o vestíbulo a la dorada y gentil Bizancio. Pero ya no es allí, en esa ribera de Europa, donde se gobierna a Turquía, sino en Angora, especie de castillo natural, hecho con lava volcánica, en lo alto de la Anatolia, tierra de Asia. Ciudad pobre, ascética, inexpugnable, fue la capital de guerra de Atatürk, y siguió ya siéndolo en la paz. Cautiva previsión que evita al gobierno de Turquía, en



Estampa de lo viejo Turquía, que ahora, después de la milagrosa metamorfosis que le obra del "Ghazi" operero sobre ese país, sólo puede verse en una página de álbum

una posible guerra, tener que ligar su suerte a la fortuna insegura de un lugar tan codiciado como Constantinopla.

El portero de los Estrechos

Ataturk no logró sólo acabar con la monarquía teocrática de Estambul y substituir el derecho de familia del Corán por algo tan prosaico como el Código civil suizo, expresión de la platitude burguesa trasplantada a la tierra de la poesía y la leyenda; no se limitó a imponer el idioma, un poco convencional, turco, frente al prestigio del árabe y del persa, y latinizar su escritura, y abrir las puertas de los serrillos y dar el voto a las mujeres, y destapar las imágenes de los muros de Santa Sofía. Además de todas esas cosas, que parecerían imposibles en el cercano tiempo de Abdul Humid, Ataturk terminó su obra de dueño de casa recogiendo de los vencedores de 1920, otra vez, las llaves de los Dardanelos, ese charco de agua que enciende la sed imperial, ora de Rusia, ora de Inglaterra, ya de Alemania, ya de Italia.

Ese paso angosto, servidumbre entre dos mares, el mar Egeo y el mar Negro, es, desde la guerra de Troya — y ya ha llovido — un manantial de discordia que ha hecho derramar más sangre que el agua que lleva. En algún lugar es tan estrecho, que Leandro lo pasaba a nado para ver a la novia. Y si ustedes creen que esto es leyenda, ahí está Lord Byron, que no era un personaje fantástico, que también lo pasó a nado, por puro capricho, con mejor suerte que el infeliz amante de los tiempos clásicos. Pues bien: por monopolizar esas aguas, o tener en ellas trato preferencial, o simplemente disfrutar de su uso, han vivido en perpetuo receto Rusia e Inglaterra, y últimamente por allí pasaba, en su marcha hacia el Este, la línea política de Alemania, a la que abría camino su proyectado ferrocarril de Hamburgo a Bagdad, diagonal de Europa. Y la propia Italia, desde sus nuevos miradores del Dodecaneso, acecha la entrada del Estrecho; y lo mismo Grecia, desde su archipiélago; y Bulgaria, desde su terraza de la Tracia. De este modo los Dardanelos y Constantinopla son la encrucijada en que se encuentran los hilos de todas las ambiciones imperialistas y de todas las ilusiones históricas de Occidente. Turquía había perdido la portería de esa faja de mar; le habían obligado a demantelar las fortificaciones de sus riberas, cuyo fuego conocieron las huestes de Churchill en 1915. Pero en 1936 aprovechó Ataturk la crisis europea de la paz y la fiebre de armamentos que desató la militarización del Rin, y obtuvo en Montreux, con la ayuda de Rusia, de Inglaterra y de Francia, el rescate de su función natural de guardián de los estrechos. De nuevo se aizan allí los cañones de Turquía, y otra vez hay que pedirle permiso para cruzar. Por modo tal, la nación ayer humillada es en el mundo de hoy una primera potencia. Ese es el milagro que dejó cumplido Kemal Ataturk, el Ghazi.

Es fama que sus ojos azules, de fijo y extraño mirar, permanecieron insomnes la mayor parte de las horas de su vida, bien por las vigiliias que su alto cargo le imponía, bien por las que regalaba a sus ocios en los cabarets turcos, que todas las crónicas aseguran que frecuentaba asnz. No le vendría mal, por tanto, que eso del sueño de la muerte fuese algo más que metáfora. Pero aun así mucho me temo que no le deje disfrutar del bien ganado descanso de ultratumba el alma irritada de Pierre Loti, cantor de la vieja Turquía de los califas, cuyos fantasmas ultrajados aún vagan en las noches bizantinas en la niebla dorada del Bosforo, donde surgen las flechas de los minaretes y las egudas cúpulas y las enhiestas torres, que Victor Hugo se imaginaba como "una flota anclada que duerme". *

En el próximo número:
AUSTEN CHAMBERLAIN: EL DIPLOMATICO



Esta es
la única
y
verdadera!

desde
30
ctvs



Las imitaciones pueden costar centavitos menos por su inferior calidad, pero peinan mal y rinden poco. La legítima Gomina resulta más conveniente porque peina mejor, tonifica el cabello y tiene doble rendimiento.

Maria Rosa Oliver, Silvia Guerrico y

Por
Luisa Celia Soto

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOGRAFÍAS DE PEDRO OJESHA

Con los contestaciones de los difuntas escritoras Maria Rosa Oliver, Silvia Guerrico y Margarita Villegas Basobilvaso, continuamos en este número la encuesta iniciado por LEOPLÁN en torno a la iniciación literaria de los principales figuras femeninas del ambiente literario local.

"TEATRO EXPRESIONISTA"

Es Maria Rosa Oliver uno de los valores más sólidos y ponderados del grupo de nuestras escritoras. Su labor es múltiple. Autora de ensayos y artículos de positivo mérito, es fundadora de la "Unión Argentina de Mujeres" y directora del teatro experimental "La Cortina".

Consecuente con su definida vocación intelectual, su iniciación en las letras reveló esta orientación desde su primer trabajo.

—Siempre fui una entusiasta admiradora del teatro —nos declara Maria Rosa Oliver—. He seguido con verdadero interés las corrientes renovadoras que se han ido sucediendo en la escena europea. Llegado un determinado momento, senti la necesidad de escribir algo sobre este asunto, y así fué cómo nació mi primer trabajo. Impulsada por el deseo de difundir entre nosotros algunos puntos de vista sobre el teatro europeo, escribí un ensayo sobre "Teatro expresionista", que se publicó.

—Y siendo un tema de tan rigurosa especialización, ¿no tuvo una resonancia especial este trabajo?...

—A raíz de su aparición conocí a los componentes del grupo "Marin Fierro", que capitaneaban Oliverio Gironde y Ricardo Güiraldes. Años después participé en la fundación de la revista "Sur", dirigida por Victoria Ocampo, una de las grandes propulsoras de la cultura de nuestro país. Y esto es todo lo que le puedo decir acerca de mis principios literarios...

CINCO PESOS POR UN CUENTO

La novela y el teatro radial son los dos géneros que con mayor fortuna ha cultivado hasta el presente la autora de "En mi vida estás tú", "Veinte poemas para una madrugada", "Un hombre y yo", etc., etc. Sin embargo, hay en Silvia Guerrico una activa periodista profesional, y es precisamente en este sector de su actividad donde ella realizó el trabajo inicial de su carrera. Además, cabe destacar que ha sido la fundadora y directora del primer diario oral radiotelefónico ("Cartel Sonoro").

—Mi imaginación me impulsaba a dar forma a mis fantasías, y una natural impaciencia hacia que deseara ver publicado algún trabajo mío. En realidad, era una niña todavía. No había cumplido aún los doce años cuando escribí mi primer cuento, cuyo título no recuerdo ahora. Es probable que eligiera ese género por razones mismas de edad. ¿Qué otra cosa se suele leer a los once años, sino cuentos?...

—Y ese primer trabajo suyo, cuyo título no recuerda, ¿se ha perdido?...

—Lo he olvidado, pero no se ha perdido. Aunque era el trabajo de una criatura, mereció los honores de la publicación. Apareció en la revista "Mundo [Uruguayo]" de Montevideo, y hasta... ¡cobré cinco pesos por él!...

—¿Siguió escribiendo desde entonces?...

—No. Hubo un compás de espera que duró cuatro años.



Margarita Villegas Basabilbaso

A los diez y seis puede decirse que me volví a iniciar en el periodismo. Esta vez no fué un cuento, sino un reportaje que hice para el "Imparcial", otro diario de Montevideo. Se trataba de una entrevista a Evita Franco. Como todo repórter vanidoso, lo primero que hice fué comprarme una estilográfica. Cuando estuve frente a Evita Franco saqué mi estilográfica. No sé lo qué me pasó; estaba tan nerviosa, que cuando me di cuenta tenía los papeles, las manos y hasta mi modesto vestido llenos de tinta...

"Fué un debut desdichado ante los ojos de la compañía y los míos. Pero ahora pienso que está me da derecho a decir que mi primer trabajo periodístico "hizo correr mucha tinta". ¡Y eso, después de todo, no deja de ser un consuelo!..."

UN ORIGINAL... PELIGROSO...

Margarita Villegas Basabilbaso ha realizado una vasta obra literaria que se tradujo en numerosos cuentos, relatos y tra-

ra cumplido la voluntad de mi familia, yo no sería escritora, sino música...

—¿...?
—Desde niña encontré en mi casa una decidida oposición para seguir estudios superiores, que era lo que yo quería. En cambio de ellos mis padres me pusieron a estudiar música.

"¿Cómo sería de rigurosa esta determinación, que solamente en los carnavales me permitían dedicarme a la lectura? Recuerdo con verdadero placer esos días de fiesta dedicados a la lectura entusiasta que tan buenas impresiones me han dejado..."

—¿Y cómo hizo para dedicarse a las letras, disponiendo tan solo de los días de Carnaval para entregarse a su afición favorita?...

—La oportunidad llegó de una manera un poco inesperada, indolenta. Después de mucho pedirlo, conseguí que mis familiares me dejaran inscribirme en los cursos de recitado del "Consejo de Mujeres". Allí fué donde, recitando textos escénicos, sentí despertar mi gran pasión por el teatro; pero no ciertamente como actriz, sino como autora...

—¿Tardó mucho en ensayar su fuerza?...

—Muy poco tiempo. Inmediatamente escribí mi primera pieza teatral, que se tituló "Hay un enfermo grave". Pero lo grave fué que yo, con el optimismo de mi inexperiencia, había hecho entrar en la obra... ¡nada menos que trece personajes!...

"Y como la obra se estrenó, aparte de lo fatidico del número del reparto, la cantidad hizo que se tuvieran que transformar en actores al traspunte, al apuntador y hasta a los maquinistas.

—¿En qué compañía se estrenó esta primera obra suya?...

—La estrenó la compañía de Ballerini y Blanca Podestá, en 1922, y la firmé con el seudónimo de Matilde Sageril.

—¿En el cuento y en el relato, cómo se inició usted?...

—Se celebraba un concurso de cuentos organizado por el Patronato de Leprosos. A mí se me ocurrió concurrir a él. Me dispuse, pues, a escribir mi cuento. Para darle ambiente y ajustarlo a la realidad, visité el hospital y observé a los enfermos..."

"Tanto y tan bien me empapé del asunto, que escribí mi relato con una realidad absoluta.

"Grande fué mi sorpresa cuando días después me enteré que mi cuento había sido premiado. Pero mi sombro fué todavía mayor cuando supe que la comisión encargada de discernir las recompensas había enviado los originales a la cámara de desinfección, por considerar que ese cuento, tan lleno de realidad, ¡solo podía haber sido escrito por un enfermo que se ocultaba tras un seudónimo!..."

bajos de imaginación. El teatro ha sido, no obstante, el campo de sus más señalados triunfos.

Entre otras obras teatrales es autora de "Hay un enfermo grave", "Un par de figuras", "El primer escalón", etc.

Su primer trabajo literario tuvo, precisamente, por destino la escena; hecho que no es nada frecuente entre las obras iniciales de las escritoras de nuestro país.

—En realidad — declara nuestra entrevistada —, si se hubie-





MAXIMAS DE UN ELEGANTE:

La elegancia estática del maniquí no es nunca una verdadera elegancia. Los trajes se hacen para ser "llevados" y no para ser expuestos en una vitrina. Todos los buenos cortadores conocen este principio, pero no olvide que para realizar un trabajo impecable exigen siempre una buena tela.

Es con este criterio que "THE CITY" tiene organizado su servicio. Por eso el renombre de sus maestros sastres sólo es comparable al de la calidad de sus casimires.

CAMISAS - Especialidad en la medida fina
BONETERIA en general

Hemos INAUGURADO la sección
CALZADO PARA CABALLERO

Señor Gerente: SOLICITO ME SEA ACORDADO UN CREDITO

por \$ _____ V. C. _____

Nombre _____
Direccion _____
Localidad _____
Especialidad en _____

DESDE
POR
\$ 10.- MES

Grandes facilidades
CREDITOS
A SOLA FIRMA



THE CITY

VICTORIA esq. PIEDRAS

A un paso de la Av. de Mayo

UN CENTRO DE MODA PARA LA MODA

ACTUALIDADES



El doctor Rothé y miembros de la comisión directiva, durante la inauguración del dispensario.

Con asistencia del ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Guillermo Rothé, y otras autoridades, se inauguró recientemente en Buenos Aires, en un lucido acto público, un dispensario de la Mutualidad de dicho ministerio, simultáneamente con un sanatorio en Alta Gracia, Córdoba. El primero, cuyo costo es de 150.000 pesos, está dotado de clínica médica, sala de pulmón, rayos X, radioscopia, rayos ultravioleta, consultorio dental, farmacia y laboratorio; el segundo, en el cual se invirtieron 250.000 pesos, tiene capacidad para cincuenta internados en habitaciones particulares. La mutualidad, fundada en el año 1925, y cuya gerencia desempeña eficazmente el señor Francisco Tabacman, desarrolla una obra altamente social, contando en la actualidad con 17.000 asociados, a los que ha abonado un total de beneficios de 1.723.515 pesos.



Comisión directiva de la Mutualidad.



El sanatorio de Alta Gracia.



Don Francisco Tabacman, gerente de la Mutualidad.



Frente del dispensario.



FESTIVAL DE NAVIDAD. — En un simpático gesto, la Compañía Swift de La Plata, organizó, en vísperas de Navidad, un gran festival al aire libre en honor de sus empleados y familias, al que concurren no menos de 20.000 personas. La fotografía muestra un aspecto del mismo, durante el reparto de juguetes y golosinas a los niños.



JEFE DE POLICIA. — A raíz de la renuncia presentada por el capitán Juan C. Rosas, del cargo de jefe de policía de la Capital, acaba de ser nombrado en su reemplazo el general Domingo Martínez.



LITERARIAS. — María Alicia Domínguez, conocida poetisa y escritora argentina, cuyo último libro "La cruz de la espada", ha suscitado elogiosas comentarios de la crítica y prensa en general.



FIESTA INFANTIL. — Organizada por el Ateneo Renacimiento Español, llevada a cabo en el club Sirio Libanés "Honor y Patria", una interesante fiesta infantil de Reyes, que contó con originales números de atrocidad, entre ellos funciones del teatro de títeres "El Guirigay", que dirige el Sr. A. Mejuto.



EL MUNDO COMERCIAL. — Con motivo de la inauguración de su nuevo local en la calle Santa Fe 802, que será la sede central para todo América, la Perfumería Dama ofreció un "banquete" festejando el doble acontecimiento. En la foto aparece el señor Javier Serra, presidente de la compañía, rodeado del personal superior de la misma.



HUESPED. — El ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay, doctor Luis Argüello, que, procedente de Asunción, en viaje a la capital del Brasil, se detuvo en Buenos Aires, donde fue objeto de numerosos agasajos.

Sea MECANICO DENTAL



Profesión lucrativa para ambos sexos.

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS DIAS, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Se otorga diploma. Usted podrá abrir laboratorio propio para atender trabajo de los Dentistas. HAY GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa. ABRASE CAMINO EN EL INTERESANTE FOLLETO EXPLICATIVO, o mejor pase a conversar personalmente. — ESCRIBANOS HOY MISMO.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

No se dictan clases por correspondencia.

Nombre
Calle
Localidad L. 183

Un buen laxante y un energético depurativo

LEVADURA de FRUTAS

La que al regularizar el funcionamiento intestinal, hace desaparecer las erupciones de la piel.

ECZEMAS - GRANOS - FORÚNCULOS - URTICARIAS, etc.

Pedir folletos a GIBSON Delesta 192 B. U.



Abrigada en invierno, fresca en verano, libre de humedad y menos ruidosa, colocándole un cielo raso y revistiendo sus paredes con

CELOTEX

Poweroso aislante térmico y atractivo revestimiento decorativo, muy económico y fácil de aplicar sin ensuciar los pisos o mobiliario. Viene en planchas grandes que se aserran y clavan como la madera. No lo deje para después.

PIDANOS DETALLES SIN COMPROMISO

CIA. SUB-AM. Kreslinger Ltda (S.A.)

Belgrano 836 Buenos Aires

ESCRIBANOS HOY MISMO
Si envían el número de folleto "4 Paredes o un Hogar?"
Mi nombre es L. 183
Mi dirección es

Sólo hay un CELOTEX

UN CUENTO HUMORISTICO DE:

Mark Twain

Historia de



EXISTIA en otro tiempo un niño malo, que se llamaba Jim. Ya sé que si hiciéramos una escrupulosa rebusca en los libros de lectura de las escuelas dominicales, encontraríamos que casi todos los niños malos se llaman James. Es un hecho extraño, pero es cierto. Este se llamaba Jim.

No tenía tampoco este niño una madre enferma, una pobre madre atormentada y física, que hubiera llamado con insistencia a la muerte, para descansar por primera vez en el sepulcro, si el gran amor que su hijo le inspiraba no le hiciera pensar a todas horas que, cuando ella faltase, el mundo trataría cruelmente al fruto de sus entrañas. Todos los niños malos de los libros de lectura de las escuelas se llaman James y tie-

nen una madre que gimotea incesantemente: "Yo me voy de este mundo"; que cantan para dormir a sus hijos con voz queda y quejumbrosa y les besan con pálidos labios, ruegan a Dios que conceda feliz noche al niño, y se arrodillan al pie del lecho para llorar.

Nuestro niño malo era diferente. Se llamaba Jim. Y su mamá no padecía de tisis ni cosa por el estilo.

Antes por el contrario, era corpulenta y no tenía pesar ni daño que la atormentase. Otro rasgo distintivo de la tal mamá, era que se le daba una higa de lo que al muchacho pudiera ocurrirle, y en más de una ocasión se le oyó decir que si el chico se rompía la cabeza o se quebraba una pierna, maldita



echó la brea en el pote, y la travesura le hizo mucha gracia, tanta gracia, que reía a carcajadas pensando en la cara que pondrían sus papás cuando fueran víctimas del criminal engaño infantil.

Cuando se descubrió la endiablada travesura, Jim juró y perjuró que no era obra suya aquel cambio; la mamá le pegó con severidad y el chico lloró como una Magdalena y berreó como un becerro más de una hora.

Como se ve en nuestra historia, no hay punto alguno de contacto con los cuentos de los niños malos de los libros infantiles.

Otro día, Jim trepó al manzano del granjero Acom para robar manzanas. La rama no se rompió. El niño no cayó del árbol y

no se quebró brazo ni pierna alguna, ni fué acometido y destronado por el perro del granjero, y, por consiguiente, no tuvo que estar varias semanas ni aun días en el lecho del dolor, ni tuvo por qué arrepentirse de su mala acción, ni por qué prometerse que en adelante sería bueno.

¡Oh, no! Tomó tantas manzanas como quiso, y descendió del árbol tranquilamente. El perro sí le salió al encuentro, pero Jim iba bien apercebido y se libró como un bravo de la acometida, descargando un ladrillo no liviano sobre el can.

Otra vez birló mafiosamente el cortaplumas al maestro de escuela, y para que no le castigaran escondió el objeto en la gorra de Jorge Wilson, hijo de la pobre viuda de Wilson, el niño

un niño malo

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



la cosa que se perdía. Lo mandaba a acostar, acompañando la orden con un cogotazo, y no hay noticias de que le besara ni una sola vez, ni de que se tomara el trabajo de pedir a Dios que concediera buena noche al chiquitín.

Un día, el niño malo robó la llave de la despensa, se entró en ella bonitamente, se comió una ración mas que mediana de confitura, y para que su madre no descubriera la travesura, echó brea en el pote que había vaciado.

Y en aquel momento no le acometió ningún terrible sentimiento de pesar. No oyó ninguna voz interior que le dijera: "¿Has hecho bien desobedeciendo a tu mamá? ¿Dónde van los niños malos que se comen glotonamente la confitura mater-

na?" Tampoco cayó de rodillas, atemorizado, ni se hizo la promesa de no volver a comer a escondite en la despensa; no se levantó del suelo con el corazón más aliviado por el arrepentimiento, para ir en busca de su madre y contarle lo ocurrido, pedirle perdón y recibir su bendición, que, según costumbre, ella le hubiera dado con los ojos preñados de lágrimas, que a impulso de la alegría brotan.

No. Eso es lo que hacen los otros niños travessos, de que hablan los libros de las escuelas.

Pero cosa extraña, con Jim pasaron las cosas de otra manera. Se comió la confitura y no se le ocurrió más que decir que esta-



aplicado y bueno del lugar, un buen muchacho que obedecía siempre a su madre y que no mentía jamás.

Cuando cayó el cortaplumas de la gorra del buen Jorge, y éste bebió la vista sorprendido y acosado, al propio tiempo que el maestro descargaba la palmeta sobre las temblorosas espaldas del inocente, no se vio aparecer un inesperado juez de paz de noble actitud y peluca blanca que detuviera al iracundo maestro, diciéndole: "No castigue usted a ese generoso y aplicado niño. He aquí al culpable. Yo pasaba casualmente por la puerta, y por feliz coincidencia lo he visto todo".

Y Jim no fué castigado, y el venerable juez no pronunció un

sermón ante todos los muchachos emocionados hasta llorar, y no tomó a Jorge por la mano para declarar que un niño virtuoso y bueno como aquél merecía que se le rindiera homenaje; no le dijo tampoco que se fuera a vivir con él para barrer el despacho, preparar el fuego, cortar leña, estudiar leyes, ayudar a la esposa del juez en sus trabajos domésticos, quedando en libertad de jugar a lo que quisiera en los ratos de vagar, y teniendo la satisfacción de ganar cincuenta centavos al mes.

No. Esto hubiera sucedido así en los libros infantiles, pero no tratándose de Jim. No se presentó, ya lo he dicho, ningún juez intrigante y entremetido, para que lo echara a perder todo. Y



el estudiante modelo, Jorge, fué vupaleado, y Jim tuvo una gran satisfacción, pues como era un niño malo, detestaba a los niños virtuosos.

Un domingo, aunque Jim fué a dar un paseo en bote, le ocurrió una cosa muy extraña. No se ahogó.

Otra vez fué sorprendido por una tempestad un día que estaba pescando, y no le mató un rayo. ¡Es verdaderamente asombroso!

Podéis consultar uno a uno todos los libros de lectura de las escuelas, y no encontraréis una cosa semejante.

Allí veréis que los niños malos que pasean en barco los do-



mingos, se ahogan irremisiblemente y que todos los niños traviesos a quienes sorprende una tempestad cuando están pescando en domingo, mueren infaliblemente carbonizados por un rayo.

Todos los botes que llevan niños malos en domingo, zozobran sin remisión. Y la tempestad estalla con furia en cuanto un niño malo se pone a pescar en dicho día.

El porqué y cómo se libró Jim de tan grave daño, es un misterio que no ha estado en mi mano descifrar.

Indudablemente había algo mágico y oculto en la vida de Jim. De todo salía con bien. Daba a un elefante de la colección zoológica tabaco en lugar de pan, y el elefante no le destrozaba



la cabeza. Iba a rebuscar en los armarios de su casa para buscar la botella de peppermint, y no tomaba por equivocación una botella de vitriolo. Usaba la escopeta de su padre para irse a cazar en sábado, y la escopeta no reventaba para destrozarle tres o cuatro dedos. Daba un puñetazo a su hermana en un momento de cólera, y la niña no enfermaba, para acabar muriendo murmurando dulces palabras de perdón que llenaban de angustia al arrepentido criminal. No; la niña recibió el porrazo, contestó con otro, lloriqueó, y nada más. Fué Jim a hacer un viaje, y cuando volvió no se encontró solitario en el mundo, ni los que



le amaban habían tenido la mala ocurrencia de ir a gozar de la paz del cementerio, ni la casa que le vio nacer se había derribado, aplastando en su caída la lozama y verde viña, que nasta las viñas se pierden en los cuentos infantiles cuando llega la ocasión de castigar al travieso James.

Jim volvió contento y hasta borracho.

Después creció, tomó esposa y tuvo muchos hijos. Una noche cortó a todos la cabeza con un hacha, y se enriqueció por cuantos medios deshonoros le infirió su travieso instinto.

En la actualidad es el más temible bribón de su aldea natal; todos le respetan, y forma parte de la intendencia. ♦

NOTICIA URGENTE para la

República de BOLIVIA

La Dirección General de las ESCUELAS ZIER de Buenos Aires, correspondiendo a la gentil preferencia y múltiples atenciones que en todo momento les dispensara la culta y estudiosa juventud boliviana, ha dispuesto instalar una Sucursal en LA PAZ, delegando oficialmente al Sr. Alberto R. Bouchez Graneros -quien ya se halla en aquella capital- para atender en forma directa y exclusiva a los numerosos alumnos residentes en el gran país amigo.

Al dar a conocer este nuevo progreso, las Escuelas Zier refirman sus tan conocidos propósitos de servir cada vez mejor y más eficientemente a sus alumnos y ex alumnos, en su marcha hacia el progreso.



Recuerdos de la guerra ruso-japonesa

EL FALSO

Geroe Girsch, cosaco

GEROE Girsch se llamaba el protagonista de este relato, cosaco del Cubañ, río del Cáucaso que da su nombre a la región.

Los cosacos que viven en dicha comarca llevan el nombre de cosacos del Cubañ, y por sus pintorescos atavios son precisamente los elegidos para films que luego recorren el mundo y llegan a Buenos Aires, mostrándonos sus costumbres y particularidades.

No aparecen como pacíficos pobladores de esas novelescas regiones montañosas, sino más bien como pintorescos personajes de fantasía, habilísimos jinetes en constante ejercicio, y de una idiosincrasia especialmente teatral.

Por lo general, los habitantes de esos lugares, un poco encerrados en su topografía abrupta, aspiran a salir en busca de horizontes más amplios, y uno de los que había logrado realizar ese sueño era Geroe Girsch. Pero cuando se le preguntaba acerca de los motivos que lo alejaran de sus montañas, contestaba:

—Salí del Cubañ por motivos secretos, y me hice militar por razones también secretas.

En la mesa del comandante

Estaba a la sazón incorporado a las nuevas formaciones acantonadas en los puestos militares de la Manchuria. Era notable la predilección de los soldados y oficiales por la Manchuria; los sueldos eran allí mucho mejores que en cualquier otra región de Rusia, las asignaciones llegaban al triple de las que a igual jerarquía se asignaban en cualquier otro sitio.

Quizá por esta misma causa, el trámite para ingresar en tales cuerpos resultaba engorrosísimo; pero lo cierto era que nuestro protagonista había conseguido ingresar en el cuerpo manchuriano, obteniendo, a pesar de contar "sólo" 35 años de edad, el cargo de teniente comandante del escuadrón acantonado en Schianmiaudsi.

Era un hombre bello, elegante, rubio, de ojos azules y magníficos bigotes, siempre "chic", de maneras desenvueltas y gran don de gentes, dispuesto a contar en cualquier momento a sus subalternos narraciones de sus aventuras en el Cáucaso, y tales cuentos despertaban gran interés en su auditorio, por la aureola de misterio que envolvía aquella lejana comarca.

Como es costumbre en el cuerpo de oficiales, los que eran solteros comían en la mesa del comandante, y así, todos los días teníamos oportunidad de escuchar las aventuras y hazañas militares de nuestro jefe Geroe Girsch.

Debo agregar que, aunque en el Cáucaso no había habido guerras en los últimos tiempos, resultaba muy difícil poner en duda lo que afirmaba Girsch cuando en una admirable forma convincente narraba sus encuentros con turcos o con bandideros de la estepa, en pequeñas escaramuzas o en legendarios combates.

Por el coronel del Ejército Imperial ruso

Simón de Kusakoff

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Invierno manchuriano

Nosotros, los tres alféreces de su Estado Mayor, habíamos sido ya tan imbuidos de su propaganda, que considerábamos a nuestro comandante como un hombre de



He aquí un tramo de vía del ferrocarril que une al Cáucaso con la Manchuria, y desde el fantástico de Cubañ se convirtió en Geroe Girsch, "valeroso" militar.

COMANDANTE

pelo en pecho, al que cualquier emergencia lo encontraría en su puesto como un valiente. Si se agrega a eso una formidable colección de sables, alfanjes y otras armas típicas del Cáucaso, que guardaba como un tesoro y que siempre aprovechaba la ocasión para mostrárnoslas, se comprenderá que todo contribuía a que lo admiráramos y a que lo creyéramos un valeroso estratega.

Transcurrió el invierno manchuriano con sus espantosas ventiscas, frígido y barrido por las tormentas, elementos que había que desafiar en las largas excursiones a través de las

Simón de Kusokoff, coronel del Ejército Imperial ruso, que interviene en el divertido episodio que se relata en este relato, acompañado de su asistente.



En sus momentos de ocio, los cosacos del Cáucaso, lugar de donde era originario el protagonista del presente relato, entonen y bailan danzas típicas como esta





El calor de este relato (x) aparece en la presente fotografía junto con otros oficiales de los cuerpos manchurianos, poco antes de la declaración de guerra por parte del Japón.

líneas fronterizas; y es de imaginarse el placer con que después de faenas tan rudas y fatigosas nos sentábamos en torno a la mesa redonda y cálida del cuartel a escuchar las charlas de nuestro comandante. —Pues, sí, amigos —nos contaba—, me vi obligado a matar a mi enemigo, por razones de buena táctica y para librar de un peligro a mis compañeros de aventura...

¡Guerra!...

Monótona y cansadora se realizaba nuestra tarea, cuando un día, que no recuerdo bien si era el 5 de febrero de 1904, en el momento en que nos sentábamos a cenar, llegó un cablegrama anunciando que el Japón había declarado la guerra a Rusia. Fué aquella guerra provocada por las pretensiones de ambos países sobre Manchuria y Corea, y que terminó el 5 de septiembre de 1905, gracias a la intervención diplomática del presidente de los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt.

—¿Qué? — exclamó el comandante, levantándose lentamente. Pero en seguida volvió a sentarse, serenándose. Y todos comprendimos el valor y la destreza del gran Geroe Girsch.

Comenzó por arreglarnos, amenazando terriblemente al enemigo. —¡En nuestras manos vendrán a terminar esos temerarios japoneses! Recuerdo como si fuera ayer sus gestos trágicos y la mímica con que acompañaba sus peroraciones. Más parecía un actor teatral declamando en el proscenio que un militar mesurado y técnico. Encontró que el ejército ruso tenía muy pocos soldados en esta zona.

—¡Nuestra histórica misión — declamaba — no puede limitarse solamente a guardar el ferrocarril! Nuestra misión es de más responsabilidad aun: ¡nos encontramos ante el deber moral de proteger los puentes, puntos vulnerables y estratégicos!...



Aquí se ve a los japoneses, poco antes del sorpresivo ataque

Considerando, pues, que ése era el lugar donde estaba el punto neurálgico de cualquier acometida por parte del enemigo, ordenó a su ayudante que pusiera en seguida una cama para él en el puente más cercano y que llevase allí su caballo.

—¡Eso es temerario, comandante! — le dijimos —. No queremos perder un gran jefe de esta manera. ¡Ir allí, es morir!...

—¡Ciertamente, bravos patriotas! — exclamó con hondo entusiasmo —. No iré hoy... ¡pero iré mañana!

Al día siguiente pudimos disuadirlo de nuevo. Pero él sacó su sable, y acompañado de terribles ademanes, a pesar del fuerte calor reinante, nos endilgó un discurso guerrero que habría hecho temblar al Mikado del Japón, si éste lo hubiese oído.

El jefe desaparece

Así sucedieron unas tres semanas, durante las cuales todas las noches Geroe Girsch era disuadido de realizar su temeraria aventura. Al fin, resolvió no ordenar que llevasen su cama de campaña al puente, y el día entero se lo pasaba frente al escuadrón, espetándonos discursos bélicos, haciendo ademanes y ordenándonos ejecutar ejercicio tras ejercicio y maniobra tras maniobra.

¡Pero un día se acabó la paz! Había llegado la oportunidad de atacar. Y ahí era



Esta casa, construída peligrosamente sobre el borde de un roca en erosión, es típica de la pintoresca región del Cáucaso.



o Port Arthur, avanzando hacia la Manchuria, donde Girsch reveló su personalidad

donde al fin habríamos de ver la hombría de nuestro comandante.

Los japoneses, luego de haber tomado por asalto las otras estaciones cercanas, estaban a la vista de nuestro puesto. Salir por la puerta de acceso al fuerte era imposible, y menos con la caballada, porque estábamos cubiertos por los fusiles de nuestros enemigos, que procuraban derriular a tiros. En tal situación, el único recurso para salir y sorprender a los asaltantes consistía en romper una de las paredes del otro lado del fuerte, y de inmediato nos abocamos a la tarea, dejando transcurrir todo el día para que el éxito de nuestro contraataque fuera más seguro.

Cuando llegó el momento de emprender éste, no encontramos por ninguna parte a nuestro comandante. ¿Qué podría haberle sucedido? No había que perder tiempo si se quería tener perspectivas de éxito en una sorpresa, y nuestro comandante había desaparecido! ¿Qué hacer? Uno de los oficiales de más edad, con el beneplácito de todos, tomó el mando del escuadrón. Y así, saliendo de improviso, atacamos al grupo de cazadores japoneses, ocasionándole un duro revés.

En el sótano, rezando

De regreso, lo primero que pensamos fué buscar a nuestro valiente comandante Girsch, que había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra. Furiosos, pensábamos aniquilar a los pocos soldados enemigos que habían escapado de nuestro ataque, creyendo que, posiblemente, alguna acción audaz e imprevista de nuestro jefe le habría llevado a aventurarse solo, encontrando la muerte entre los enemigos.

En eso estábamos, cuando llegó a nuestros oídos el llamado a gritos de un oficial:

—¡Aquí está! ¡Aquí está!... ¡Vengan a verlo!... Corrimos todos en seguimiento del que había llamado. —Lo descubrí cuando vine en busca de provisiones— nos explicaba éste mientras bajaba por la escalera del sótano—; lleguemos en silencio para sorprenderlo.

¡Qué cuadro el que vimos! El comandante Geroy Girsch, nuestro valiente comandante, estaba allí, de rodillas, ¡orando fervorosamente! Casi lo matamos.

Pero nos habríamos arrepentido. Cuando se instruyó el sumario del caso por orden de la Jefatura Principal del cuerpo, se pudo establecer que nunca el señor Geroy Girsch había sido militar, sino simplemente un artista de teatro en el Cáucaso; y que, habiendo fallecido en el larguísimo trayecto entre el Cáucaso y la Manchuria, un oficial llamado Girsch, aquí había usurpado su condición apoderándose de sus documentos, los que le sirvieron para ingresar en el cuerpo manchuriano en carácter de comandante.

La situación era confusa. Como las autoridades castigaron a este aventurero es cosa que no sé con exactitud, pero parece que fué confinado en la isla de Sakalin por diez años. Por mi parte, nunca más volví a tener noticias de tan pintoresco y curioso personaje. *

Un Mensaje para la Mujer Elegante

PERMANENTES para playas, sierras y campo. Indesrizables y perfectas \$ 5.-

PERMANENTES Hermosas \$ 5.-

PERMANENTES Sedosas, Magníficas para todo Modelo de Peinado y para todo cabello, oxigenado, teñido y rebelde.

TINTURAS "Policrom", al aceite; colores Naturales y exactos. Aplicación \$ 6.-

RETOQUE de tintura..... \$ 4.-

MASAJES dermo-cosméticos \$ 3.- Baño facial \$ 1.50

Depilación general, estética y embellecimiento del cutis.

PEINADOS Modernos, abonos 3 servicios \$ 2.50



- PERMANENTES al vapor \$ 6.-
- PERMANENTES al vapor "Robert" \$ 8.-
- PERMANENTES Vitam oil \$ 12.-
- PERMANENTES Radio Thermo \$ 10.-
- PERMANENTES en todo sentido perfectos.



LA ESMERALDA
 PIEDRAS 79 U. T. 34-1019 - (Casi esq. Avenida de Mayo)
CASA MATRIZ
CARLOS PELLEGRINI 425 U. T. 38 - 6648/1231
CASA CENTRAL
 U. T. 38 - 6648/1231

Suc. CENTRO: LA VALLE 735 U. T. 31 - 5720
 Suc. FLORES: RIVADAVIA 7150 U. T. 96 - 0030
 Suc. ONCE: RIVADAVIA 2570 U. T. 48 - 2267

ACEITE DE FLORES
 Preparación a base de bálsamos y aceites de flores.
 Un leve masaje demuestra su bondad en los arrugas, puntos de gallo y bolsas de los ojos.
 Frasco de \$ 2, 3 y \$ 5.
 Al Int. cjr. C. Pellegrini 425.

CREMAS DE BELLEZA
 CREMA N. Puro catiáceo o machitos.
 CREMA L. Líquida para limpieza de la tez.
 CREMA D. Dia, como base de Polvo.
 Petes. \$ 3.50 y \$ 6.
 Al interior, contra reemboleo.

TINTURAS "POLICROM"
 SEÑORA: No deje que las CANAS asusten su edad. "Policrom", la tintura mejor experimentada, en todos los tonos. Frasco para 1 retoque, \$ 2.-. El frasco doble, \$ 3.50. Al interior, contra reemboleo. Solicitado: Laboratorios "La Esmeralda", Carlos Pellegrini 425, Bs. Aires.

Creaciones nobles **GULLERMINA SCHWARTZ**
 En venta: Laboratorios "La Esmeralda", C. Pellegrini 425. CONSULTAS sobre Estética y Belleza, directora: GULLERMINA SCHWARTZ, "La Esmeralda".

¿QUIERE USTED SER ARTISTA?

Ahora vamos a estudiar la técnica de enganar al público, haciéndole creer que estamos contentos y que experimentamos, por ejemplo, una agradable sorpresa, cuando en realidad nos duele algo y no nos sorprendemos nada. El hombre que figura en el grabado y que hace de zapatero, es el galán de la juventud que aparece a su derecha, muy sonriente. Ella representa hacerse la sorprendida de encontrar en ese lugar a un zapatero que nunca había visto y que jamás habría podido imaginarse encontrar en semejante lugar. El presentita no ser zapatero y hacer de zapatero para sorprender a su amante. Ella se hace la sorprendida, no pudiendo "sorprenderse" mucho debido a la gran alegría que experimenta al reconocerlo en el seudozapatero. El que tra también gran alegría al ver que ella está contenta y agradece su ingenio, que le ha servido para burlar a los amigos y a los enemigos. Pero en este momento, el artista, por más a la ta que sea, se pega un martillazo en un dedo, como se lo pegó el que figura aquí: y observe usted, señor discípulo, la cara de fiesta del seudozapatero; ¿quién diría que están saliendo estrellas de su dedo? Y, también, en realidad, en el instante de tomar la presente foto, ella tiene apoyada la mano sobre una punta de clavo que sobresale de esa rústica madera; ¿y quién sospecharía, al ver la sonrisa, "franca" y "fresca", que está, in mente, dirigiendo rayos y truenos contra mí, que estoy detrás de la cámara y la obliga a representar tal papel sonriente? Son gajes del oficio, que si no son aprendidos y practicados hacen fracasar al artista. Usted, mi discípulo, conciente desde ya a ensayar tal situación. Péguese un martillazo y sonría; si no le duele suficientemente, péguese más fuerte, clavele un clavo o quémese con el cigarrillo, todo sin mover un músculo de dolor, siempre riéndose placidamente, como si estuviera en el mejor de los cielos. Hágalo, hasta la próxima lección.

PROFESOR ROJALIU

NO TUVO INFANCIA

Hermindo Lopardo, llamado "Sevilla", es un hombre que no tuvo infancia. Y un buen día agarró con rabia un burlón, poniéndose a trabajar con tal ahínco que la familia quedó en estasis contemplativa. Hasta que la piedra saltó un pate! Encontró otra piedra y ella sacó otro pate! ¡Siguió sacando patos el hombre, hasta que puso punto final con una gavilla. Después compró plantas y las pintó con colores naturales; luego de todo lo cual se sentó a jugar. Cuando le mandamos el fotógrafo, todavía estaba jugando en Morón, escondido en una peña. A estas horas no sabemos si es de los que están o al es de los que son.

MUJERES - SALCHICHA

En la ciudad de Gineca ocurrió lo que estamos viendo. Y como basta "cer para creer", creamos lo que vemos, como creyeron los menús y ansudatimos habitantes de dicha ciudad, y como crecieron los lectores. Estas larguísima mujeres son el fruto maduro de unos aparatos destinados por su inventor a hacer crecer. Las piernas que vemos pertenecen a las cabezas que también vemos; calcélese, entonces, la longitud de los torsos. Sin embargo, ¿, ¡cualquiera diría que se trata de un truco para anustiar a la gente!

Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS.

EL DESPERTADOR AL TACTO

Lo que vamos a relatar le ocurrirá al inventor estadounidense Solomon Axelrod. Quien tener un despertador que la despertara o él solo y no a su compañero de pensión, y lo inventó; un reloj pensero que, en lugar de alarmar los ámbitos de la casa con el común

Bookie
¿Qué falta a las damas
Al suar coma,
¡Pues si se no se inventa
¡Paga a la poeta.
¿Se le acordará
¿Una que se romía
De la haur embudo?

OJO POR OJO...



Por González Fossat.

HABITANTES PRIMERA CONFESION EN MARTE

Cuando Schlegarelli descubrió los canales de Marte, el mundo cambió de filosofía, porque ya había encontrado tierra para algunas amplias y diferentes. Luego, al principio de modificar la filosofía de la Tierra. Ahora, según las últimas observaciones, en julio de este año, con Marte a corta distancia, resulta que hay allí frondosa vegetación, buena atmósfera y excelente ambiente para la vida animal, cosa que aún dada existe en Marte desde hace rato. Y si hay allí, también hay en muchísimas otras partes; nosotros somos un planeta. A cambiar, pues, otra vez la filosofía.

Uno de nuestros más conocidos prelados, muy popular en Buenos Aires por las obras de caridad que realiza, había-base, en ocasión de celebrarse la fiesta patria del 9 de Julio, en casa de unos amigos. Se bebía de recuerdos de la juventud.

—Cuando llegué a este bendito país—dijo monseñor—, la primera confesión que escuché fué la de un teólogo.

En ese momento entra en la sala otro de los invitados, conocido político de una provincia del norte, quien al ver al sacerdote, exclama:

—¡Cuánto placer, padre! ¿Usted por aquí? Hace años que no nos vemos. ¿Recuerda? Yo fui su primer penitente en la Argentina.

El político, ignorante de la declaración del pretado, sigue concurriendo a casa de los amigos, que, separadamente, estarán curiosos de saber cómo será su última confesión...



ni ritmo

PINTORESICAS Y HUMORISTICAS

MENUS A DOMICILIO Parece ser que en los Estados Unidos existe una verdadera organización destinada a reducir al mínimo las molestias de la vida doméstica. Allí todo, o casi todo, se hace mecánicamente y los alimentos se venden en su mayoría envasados. Ahora, por si eso fuera poco, una nueva compañía se ocupa de enviar menús confeccionados, por semana o por más, a las casas de casa que no deseen ocuparse de tan molesto detalle. A ese paso, el hogar se va a convertir, allá, en una verdadera fábrica automática...

EL PESQUEZO DE "EL SECRETARIO"

"El secretario" es un ave zancuda, del sur de África, gran cazadora de serpientes. Hace poca ocurría con esto que un hecho que fue difundido por todo el continente negro o tambor botiente. Un colono de la región sorprendió en la plio-



—Et.—Mira qué cuadro más apropiado para regalarle a Ernesto el día de su boda.

VIENE DE MAHOMA

Mahoma tuvo una hija; ésta tuvo un hijo; y éste otro, y éste otro, hasta que nació Ibrahim-Ism-El, que fue rey de Hedjaz; y el hijo de éste anda ahora en avión por la Transjuránica, donde se crió; y se llama Abdallah-Ism-El. Le da por la velocidad, y corre carreras siempre que puede; es un digno descendiente directo de Mahoma; está con su raza. Mahoma era camello fino y hacia al árabe; guiso que, seguramente, le tiene por herencia. Claro que descendiente directo de Mahoma andan por el mundo más de mil, solo que ninguno tiene la suerte de Abdallah-Ism-El.



yo un "secretario", y con un golpe de machete le cortó el pescuezo. ¡Y cuál no sería el susto del colono que al "secretario" le soltó otro pescuezo con otro cabezal! Escapó dando gritos, y regresó al lugar acomplado por una multitud. Pero encontraron al ave por tierra y sin su pescuezo. Un sabio dió con la solución; el pájaro acababa de troponse entero a una serpiente, y fue ésta lo que el colono vio salir a manera de pescuezo de repuesto.

PARA ESO

Máximo Bontempelli encuentra en la calle a su amigo Hugo Caserí, quien, después de una corta conversación, le dice: —¿Me da un cigarrillo, Máximo? —Imposible, amigo. He decidido no comprar más. —¿Vaya! ¿Y por qué? —Hombre, pues, para hacerle dejar el vicio.

YA HABIA ESTADO

Un inglés encuentra en Venecia a un escocés amigo suyo. —¿Qué haces aquí, Jim? ¿Has venido a los fiestas? —A los fiestas? No; ¡he venido en visita de bodas! —¿De veras? ¡Mis felicitaciones entonces! ¿Tu mujer, ¿cómo está? —Se ha quedado en Escocia; ello yo estubo aquí cuando era chico.

PROVERBIO HINDU

—Cuando sabores una fruta, piensa con gratitud en quien plantó el árbol.

¿o era "gallina"
 Puso a dolerle el célebre Guero, y aguda enfermedad convalencia, el árbol de Sun davis el vnodaba. Culo de transeparancia australiana. —¡Hoy te vas a ir a casa! —don Francisco. —Valeste, brose cadol —veste. —¿Por qué es molestia? —¿brucuna? ¡me mofe —lor que me tiene nada de "gallina".

MOLICIA IDEAL

El gran físico Niessano Planto acaba de idear el "muñeco polético". En su ensayo se le apretó un botón (como al antiguo "muñeco de Don Pucheo") ante un ladrón que se fagaba, y el polético soltó tras él. Al ser alcanzado, el ladrón le pegó cuatro tiros... como si nada. Entonces se metió en un ascensor, cerró a tiempo y bajó sin pias; el muñeco se tiró por la ventana, lo esperó y lo atrapó a la salida del ascensor. Don Niessano Planto no jura y ni jura que fue así; pero asegura, que como tan "inocencia" como él, le contentamos, muy inteligentemente. "¡Ej para crear, como dijo el otro!".



ALUMNA DE TOTA VONPA

La niña Luisita Tranta es una de las alumnas más aventajadas de la gran instructora de "línea elegante", señorita Tota Vonpa, que en los números anteriores ha venido dando un valiosísimo curso de silueta, llamado: "Hacia la silueta ideal", gracias al cual hoy andan muchas esbeltas, que en la calle. La niña Tranta se muestra aquí en uno de los ejercicios impuestos por la hermosa y sabia Tota Vonpa; ya ha bajado diez kilos, y piensa bajar más. Nosotros le aconsejamos que no lo haga; correría el riesgo de desaparecer, porque las prácticas de Tota Vonpa son agribles y sólo aplicables a gente gigantesca.



ELLA Y EL GATO

Catalina Grayson protestó y dijo: —¿A mí?, ¡con el gato! No he encontrado en el mundo nada mejor. El gato es sincero, se frota contra uno porque le gusta a él y no para ganar; se las simpáticas de un dueño; cuando se lo mira, ronronea; cuando se lo castiga, azaña o muete, y cuando tiene hambre pide, sin mover la cola y sin mentir amabilidades, como hacen los hombres. De modo que no quiero "amigos" hombres; éstos sólo sirven para casarse con ellos y divorciarse en seguida; el gato sí, es el perfecto amigo. De-jemos, pues, a esta artista de la Metro con sus ideas... no del todo desprovistas de buen sentido.



EN EL SIGLO

LA JORNADA DE UN PERIODISTA

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

(Este trabajo apareció publicado por vez primero en febrero de 1889.)

Los hombres de este siglo XXIX viven en medio de una hechicería continua, sin parecer darse cuenta de ello; abrumados de maravillas, permanecen fríos e indiferentes ante las que el progreso les aporta cada día; todo les parece natural; si la comparasen con el pasado, apreciarían mejor nuestra civilización y se darían cuenta del camino recorrido; ¡Cuánto más admirables les parecerían nuestras ciudades modernas, con calles de cien metros de anchas, con casas de trescientos metros de altura, con la temperatura siempre igual y surcado el cielo por millares de aerocoches y aerobúmbus!

Al lado de nuestras ciudades, cuya población llega a veces a diez millones de habitantes, ¿qué eran aquellos villorrios, aquellas aldehuelas de hace mil años, aquellos París, aquellos Londres, aquellos Berlín, aquellos Nueva York? — poblaciones nubladas y sucias, por las que circulaban cajas salomónicas arrastradas por caballos — ¡sí, sí, caballos; casi parece imposible creerlo! — Si se representasen el defectuoso funcionamiento de los *paquebots* y los caminos de hierro, sus frecuentes colisiones y, al propio tiempo, su lentitud, ¡qué valor no concederían a viajeros a los aerotrenes, y, sobre todo, a esos tubos neumáticos arrojados a través de los océanos, y en los cuales se les transporta con una velocidad de mil quinientos kilómetros por hora! ¿No se gozaría, finalmente, más del teléfono y del telégrafo, diciéndose que nuestros padres se veían reducidos a aquel aparato antediluviano que llamaban ellos el *telégrafo*?

¡Cosa extraña! Estas sorprendentes transformaciones reposan sobre principios perfectamente conocidos de nuestros abuelos, quienes, por decirlo así, no sacaban de ellos ningún partido, en efecto: el calor, el vapor, la electricidad, son tan viejos como el hombre; no afirmaban ya los sabios a fines del siglo XIX que la única diferencia entre las fuerzas físicas y químicas reside en un modo de vibración propio a cada una de las partículas etéricas?

Toda vez que se había dado ese paso enorme de reconocer el parentesco de todas esas fuerzas, es verdaderamente inconcebible que haya sido menester tanto tiempo para llegar a determinar cada uno de los modos de vibración que las diferencian; es extraordinario, sobre todo, que el medio de pasar directamente de una a otra y de producir las unas sin las otras, haya sido descubierto tan recientemente.

Así, sin embargo, es como han pasado las cosas, y tan sólo en 1790, hace cien años, fue cuando el célebre Oswald Nyer llegó a ello.

¡Un verdadero bienhechor de la Humanidad fue este grande hombre! Su invento genial fue el padre de todos los demás; una pléyade de inventores brotó de ahí hasta llegar a nuestro extraordinario James Jackson.

A este último es a quien debemos los nuevos acumuladores, que condensan, los unos, la fuerza contenida en los rayos solares; los otros, la electricidad almacenada en el seno de nuestro globo, y aquéllos, en fin, la energía procedente de una fuente cualquiera, saltos de agua, vientos, arroyos y ríos, etc. De él nos viene, igualmente, el transformador que, obedeciendo a la orden de una sencilla manivela, toma la fuerza viva en los acumuladores y la devuelve al espacio bajo forma de calor, de luz, de electricidad, de potencia mecánica, después de haber obtenido el trabajo deseado.

Si, del día en que fueron imaginados estos dos instrumentos es de cuando data verdaderamente el progreso; ellos han dado al hombre una potencia casi infinita; sus aplicaciones no pueden ya contarse.

Al atenuar los rigores del invierno por la restitución del sobrante de los calores estivales, han revolucionado la agri-

XXXIX

AMERICANO EN EL AÑO 2889

cultura; suministrando la fuerza motriz a los aparatos de navegación aérea, han permitido al comercio tomar un soberbio impulso; a ellos se deben la producción incesante de electricidad sin pilas ni máquinas, la luz sin combustión ni incandescencia, y en fin, esa inagotable fuente de energía que ha venido a centuplicar la producción industrial.

Pues bien: el conjunto de esas maravillas vamos a encontrarlo en un hotel incomparable — el hotel del *Earth Herald* — recientemente inaugurado en la 46823 avenida.

Si el fundador del *New York Herald*, Gordon Bennett, volviese a nacer hoy, ¿qué diría al ver ese palacio de mármol y de oro, que pertenece a su ilustre nieto Francis Bennett?

Treinta generaciones se han sucedido, y el *New York Herald* se ha conservado en esta familia de los Bennett; hace doscientos años, cuando el Gobierno de la Unión fué trasladado de Washington a Centrópolis, el diario siguió al Gobierno — a menos que no fuera el Gobierno quien siguiese al diario — y tomó por título *Earth Herald*.

Y no se crea que haya peligrado bajo la administración de Francis Bennett, nor su nuevo director iba, por el contrario, a darle una potencia y una vitalidad sin iguales, inaugurando el periodismo telefónico.

Conociase este sistema, hecho práctico por la increíble difusión del teléfono; todas las mañanas, en vez de ser impreso, como en los tiempos antiguos, el *Earth Herald* es hablado; en una rápida conversación con un *reporter*, con un hombre político o con un sabio, es como los abonados se enteran de lo que les interesa o puede interesarles; cuanto a los compradores de números sueltos, se sabe que, por algunos céntimos, conocen el ejemplar del día en innumerables gabinetes fonográficos.

Esta innovación de Francis Bennett galvanizó el viejo periódico; en pocos meses su clientela se elevó a ochenta y cinco millones de abonados, y la fortuna del director se elevó también, progresivamente, hasta treinta mil millones, rebasados con mucho en la actualidad; gracias a esta fortuna, Francis Bennett ha podido construir su nuevo hotel, colosal edificio de cuatro fachadas, que mide cada una tres kilómetros, y cuyo techo se cobijó bajo la bandera setenta y cinco veces estrellada de la Confederación.

A estas horas, Francis Bennett, rey de los periodistas, sería el rey de las dos Américas, si los americanos pudiesen alguna vez aceptar un soberano cualquiera. ¿Lo dudáis?... Pues sabed que los plenipotenciarios de todas las naciones, y nuestros mismos ministros, se atropellan a su puerta, implorando sus consejos, solicitando su aprobación, implorando el apoyo de su omnipotente órgano. «Contad los sabios a quienes alienta, los artistas que mantiene, los inventores que subvenciona!

¡Fatigosa realeza la suya, trabajo sin descanso, y a buen seguro que un hombre de otros tiempos no habría podido resistir semejante labor cotidiana; por fortuna, los hombres de hoy son de constitución más robusta, merced a los progresos de la higiene y de la gimnástica, que de treinta y siete años han hecho subir el término medio de la vida humana a sesenta y ocho, merced asimismo a la preparación de los alimentos asépticos, en espera del próximo descubrimiento del aire nutritivo, que permitirá alimentarse... sin más que respirar.

Y ahora, si os place conocer todo lo que lleva consigo la jornada de un director del *Earth Herald*, tosigo la jornada de un director del *Earth Herald*, tosigo la molestia de seguirle en sus múltiples ocupa-



ciones, hoy mismo, el 15 de julio del presente año de 2890.

Francis Benett despertó esta mañana de bastante mal humor, ocho días hace que su mujer está en Francia, y se encuentra un poco solo. ¿Se creera? En los diez años que llevan de casados, es ésta la primera vez que Mrs. Edith Benett, la *Professional Beauty*, se ausenta por tanto tiempo de ordinario, los o tres días le bastan para sus frecuentes viajes a Europa, y más particularmente a París, donde va a comprarse sus sombreros.

En cuanto despertó Francis Benett hizo funcionar su fonotelégrafo, cuyos hilos llegan hasta el hotel que posee en los Campos Elíseos.

El teléfono completado por el teléfono: ¡otra nueva conquista de nuestra época! Si la transmisión de la palabra por medio de las corrientes eléctricas es ya muy antigua, es sólo de ayer el poder transmitir asimismo la imagen; magnífico descubrimiento, a cuyo inventor no fué, seguramente, el último en bendecir Francis Benett cuando vió a su mujer reproducida en un espejo telefónico, a pesar de la enorme distancia que de ella le separaba.

¡Encantadora visión! Un poco fatigada del baile o del teatro de la víspera, Mrs. Benett se hallaba todavía en cama; aun cuando en París sea cerca del mediodía, sigue durmiendo, apoyada en la almohada su hermosa cabeza.

Mas he aquí que se agita... Sus labios tiemblan... ¿Soñará por ventura?... Un nombre se escapa de su boca: "Francis!..." ¡Mi querido Francis!

Su nombre, pronunciado por aquella dulce voz, ha mejorado un tanto el humor de Francis Benett, no queriendo despertar a la linda durmiente, salta con rapidez fuera del lecho y penetra en su vestidor mecánico.

Dos minutos después, sin haber tenido que recurrir a la ayuda de un criado, la máquina de depositaba lavado, afeitado, peinado, vestido y abotonado al señor Benett, en el momento de arrojarse sobre el

notizador... ¿Eh? ... ¿Dice usted que ya lo hace?... ¡Pues entonces no es lo bastante, no es lo bastante!

Dada esta leccioncita, Francis Benett prosigue su inspección, y penetra en la sala de los *reporters*.

Sus mil quinientos *reporters*, colocados ante un igual número de teléfonos, comunicaban entonces a los suscriptores las noticias recibidas durante la noche de los cuatro puntos cardinales; la organización de este inconparable servicio ha sido muchas veces descrita. Además de su teléfono, cada *reporter* tiene ante sí una serie de conmutadores, que le permiten establecer la comunicación con tal o cual línea telefónica; tienen, pues, los abanicos, no solamente el relato, sino la vista de los sucesos, cuando se trata de un suceso

Francis Benett interpela a uno de los diez *reporters* astronómicos, servicio éste que se aumentará con los recientes descubrimientos en el mundo estelar.

—Y bien, Cash, ¿qué ha recibido usted?

—Fototelegramas de Mercurio, de Venus y de Marte, señor.

—Interesante este último?...

—Sí; una revolución en el Imperio Central, en beneficio de los reaccionarios liberales contra los republicanos conservadores.

—¿Como entre nosotros, entonces?... ¿Y de Júpiter?...

—¡Nada aun!... ¡No conseguimos comprender las señales de los Jovianos!... ¡No les llegarán las nuestras!...

—¡Eso le corresponde a usted y yo le hago responsable de ello, señor Cash! —respondió Francis Benett, que, muy descontento, se dirigió a la sala de redacción científica.

Inclinados sobre sus contadores, treinta sabios se absorbian en ecuaciones del grado noventa y cinco; hasta algunos de ellos se debatían en medio de fórmulas del infinito algebraico, y del espacio de veinticuatro dimensiones, como un chico de la escuela con las cuatro reglas de la Aritmética.

Francis Benett cayó entre ellos a la manera de una bomba.

—Y bien, señores, ¿qué me dicen? ¿Ninguna respuesta de Júpiter?... ¿Siempre va a ser lo mismo?... Veamos, Corley, después de veinte años que usted huerona en ese planeta, me parece...

—¿Qué quiere usted, caballero! —respondió el sabio interpellado—. Nuestra óptica deja aún mucho que desear, y hasta con nuestros telescopios de tres kilómetros...

—¿Usted vee Peer? — interrumpe Francis Benett dirigiéndose al chico de Corley —. ¡La óptica deja que desear! Esa es su especialidad. ¿Meta lentes, qué diablo, meta lentes!

—¡Volvíendose a Corley: — ¡Falta de Júpiter, ¿obtenemos al menos algún resultado de la Luna?...

—¡Oh, señor Benett, tan poco, señor Benett, tan poco.

—Esta vez no acusará usted a la óptica! La Luna está seis veces menos alejada que Marte, con el cual, sin embargo, nuestra correspondencia se halla establecido con toda regularidad, y son los telescopios los que faltan!... ¿Por qué no son los habitantes! — respondió Corley con una fina burla trufado de X X.

—¿Usted a afirmar que la Luna está deshabitada?



ARTECHE

ARTECHE

—Al menos, señor Benett, en la cara que ella nos presenta, qué nubes, a las nubes, que las reproducen en color, esos anuncios verdaderamente desmesurados.

—Pero este día, cuando Francis Benett entró en la sala de publicidad, vio que los mecánicos estaban cruzados de brazos al lado de sus proyectores inactivos; se informa... Por toda respuesta se le muestra el cielo, de un azul purísimo.

—Sí... Hermoso tiempo — murmuró —. Y ninguna publicidad aérea posible... ¿Qué hacer? Si no se tratase más que de lluvia, podría producirse; pero no es lluvia, son nubes lo que nos hace falta.

—Sí, hermosas nubes, bien blancas — respondió el mecánico jefe. —Pues bien, señor Samuel Mark, se dirigirá usted a la redacción científica, servicio meteorológico, y le dirá de mi parte que se ocupe activamente en la cuestión de las nubes artificiales; ¡no se puede, realmente, estar así, a merced del buen tiempo!

Después de haber dado fin a la inspección de las diversas ramas del periódico, Francis Benett pasó al salón de recepción, donde le aguardaban los embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados cerca del Gobierno americano, y que iban en busca de los consejos del omnipotente director.

En el momento de penetrar Francis Benett en el salón, se discutió con bastante animación y vivacidad. —Perdóneme vuestra excelencia — decía el Embajador de Francia al Embajador de Rusia —, pero no veo que haya nada que cambiar en el mapa de Europa; ¡el Norte para los eslavos, sea; pero el Mediodía para los latinos! ¡Nuestra común frontera del Rin me parece excelente! Por lo demás, sépolo, mi Gobierno resistirá a cualquier empresa que se intente contra nuestras prefecturas de Roma, de Madrid y de Viena.

—¡Bieh dicho! — dijo Francis Benett interviniendo en el debate —. Como, señor Embajador de Rusia, no está usted satisfecho de su vasto Imperio, que desde las orillas del Rin se extiende hasta las fronteras de la China; un Imperio cuyo inmenso litoral bañan el Océano Glacial Ártico, el Atlántico, el Mar Negro, el Bósforo, el Océano Índico? Y luego, ¿a qué esas amenazas? ¿Es posible la guerra con los inventos modernos, esos obuses asfixiantes, que se envían a distancias de cien kilómetros; esas chispas eléctricas, de veinte leguas de largas, que pueden, de un solo golpe, reducir a la nada a todo un cuerpo de ejército, y esos proyectiles que se cargan con los microbios de la peste, del cólera, de la fiebre amarilla, y que destruirían una nación entera en pocas horas?

—Ya lo sabemos, señor Benett — respondió el Embajador de Rusia —, pero no siempre puede hacerse lo que se quiere... Empujados nosotros mismos por los chinchos sobre nuestra frontera oriental, necesita-

—Perfectamente!... ¡Perfectamente!

La sala adyacente, vasta galería de medio kilómetro de larga, estaba consagrada a la publicidad; y fácil es de imaginar lo que es la publicidad de un diario como el *Earth Herald*; produce, por término medio, tres millones de dólares; merced, por lo demás, a un ingenioso sistema, una parte de esta publicidad se propaga bajo una forma absoluta nueva, debida a un privilegio de invención comprado por tres dólares a un pobre diablo que se murió de hambre.

Consiste en inmensos carteles reflejados por las nubes, y cuya dimensión es tal, que pueden ser vistos desde toda una región. En aquella galería, mil proyectores estaban, sin cesar, ocupados en enviar

Credencial de distinción

Realece su belleza con un perfume señorial.
Colonia de Preal con su delicado y sutil perfume realza la belleza y el encanto de la mujer moderna.

Aspire el aroma de una verdadera colonia:
Colonia de Preal es exquisita.

Colonia de Preal se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

En el Uruguay: J. C. Cadenazzi. Paysandú 906.
Montevideo.

Camauère & Cia. - Inelán 2839/17. - Bs. Aires.

COLONIA de PREAL



mos, cueste lo que cueste, intentar algún esfuerzo hacia el Oeste...

—No es más que eso, señor? —repuso Francis Benett en tono protector—. Pues bien: ya que la profligada china constituye un peligro para el mundo, pesaremos sobre el Hijo del Cielo, será menester que imponga a sus súbditos un máximo de natalidad, que no puedan rebasar bajo pena de muerte. ¿Que hay un niño más?... ¿Pues un padre de menos! Así se compensará... ¿Y usted, caballero? —dijo el director del *Earib Herald*, dirigiéndose al Cónsul de Inglaterra—. ¿qué puedo hacer en su servicio?

—Mucho, señor Benett —respondió aquel personaje—. Bastaría con que su periódico quisiera emprender una campaña en nuestro favor...

—¿Y a propósito de qué?...

—Sencillamente, para protestar contra la anexión de la Gran Bretaña a los Estados Unidos...

—¡Así, sencillamente! —exclamó Francis Benett, encogido de hombros—. ¡Una anexión que tiene ya ciento cincuenta años de fecha! Pero, ¿no se resignarán nunca los señores ingleses a que, por un justo retorno de las cosas de aquí abajo, su país se haya convertido en colonia americana?... ¡Eso es una locura! ¿Cómo ha podido creer su Gobierno que iba yo a emprender esta antipatriótica campaña?...

—Señor Benett, la doctrina de Monroe es que la América para los americanos, pero nada más que la América y no...

—Pero Inglaterra no es más que una de nuestras colonias, caballero, una de las más hermosas. No cuenten ustedes con que consintamos nunca en devolverla.

—¿Rehusa usted?

—Rehuso, y si insiste, haremos nacer un *casu belli*, nada más que sobre la *interview* de uno de nuestros *reporters*.

—Esto es, pues, el acabado! —murmuró el Cónsul inglés aplanado—. El Reino Unido, el Canadá y la Nueva Bretaña son de los americanos, las Indias son de los rusos; Australia y Nueva Zelanda son de sí mismas... De todo lo que en otro tiempo fue Inglaterra, ¿qué nos queda?... ¿Nada ya!

—¿Cómo nada? —replicó Francis Benett—. ¿Y Gibraltar?...

Las dos daban en aquel instante.

El director del *Earib Herald*, dando fin a la audiencia con un gesto, dejó el salón, se sentó en un sillón móvil y llegó en pocos minutos a su comedor, situado a un kilómetro de allí, en la extremidad del hotel.

La mesa estaba preparada y Francis Benett tomó asiento en ella. Al alcance de su mano se halla dispuesta una serie de espitas, y ante él se encuentra la luna de un fonotelefono, sobre la cual aparece el comedor de su hotel de París.

A pesar de la diferencia de horas, Mr. y Mrs. Benett se han puesto de acuerdo para almorzar al mismo tiempo: nada tan hermoso como encontrarse así, frente a frente, a pesar de la distancia, verse y hablarse por medio de los aparatos fonotelefónicos.

Pero en ese momento la habitación de París está vacía.

—Se habrá retrasado Edith! —dijo Francis Benett—. ¡Oh, la exactitud de las mujeres! Todo progresa excepto eso...

Y haciendo esta justísima reflexión, dió vuelta a una de las espitas.

Como toda las personas de su posición, en esta época, Francis Benett, renunciando a la cocina doméstica, es uno de los abonados de la gran "Sociedad de alimentación a domicilio". Esta sociedad distribuye, por medio de una red de tubos neumáticos, manjares de mil clases; el sistema, indudablemente, es costoso, pero la cocina es mejor, y tiene además la ventaja de

que suprime la raza horripilante de los cocineros de ambos sexos.

Francis Benett almorzó, por consiguiente, solo, no sin algún pesar; estaba terminando de tomar el café, cuando Mrs. Benett, entrando en su casa, apareció en la luna del Editho.

—¿De dónde vienes, mi querida Edith? —preguntó Francis Benett.

—¡Toma! —respondió Mrs. Benett—. ¿Ya has acabado?... ¿Me he retrasado entonces?... ¿Que de dónde vengo?... Pues de casa de mi modista... ¡Hay este año sombreros maravillosos! En realidad, hay este año que los sombreros son cosas... ¡Y me habré distraído un poco!...

—Un poco, sí, querida... Tanto que ya ves, he terminado mi almuerzo...

—Pues bien: vete, amigo mío, ve a tus ocupaciones —respondió Mrs. Benett—. Tengo todavía que hacer una visita a mi costurero-modelador.

Y ese costurero era nada menos que el célebre Wormspire, aquel que tan juiciosamente ha dicho: "La mujer no es más que una cuestión de formas".

Francis Benett besó la mejilla de Mrs. Benett, en la luna del teléfono, y se dirigió hacia la ventana, donde le aguardaba su coche aéreo.

—¿Dónde va, señor? —preguntó el *aerocochman*.

—Veamos... Tengo tiempo —respondió Francis Benett—. Llévame a mis fábricas de acumuladores del Niágara.

El coche aéreo, máquina admirable, fundada sobre el principio de más pesado que el aire, se lanzó a través del espacio, a razón de seiscientos kilómetros por hora.

Bajo él desfilaban las ciudades, con sus aceras móviles, que transportan a los traséantes a lo largo de las calles, y los campos recubiertos como de una tela de araña, con la red de hilos eléctricos.

En media hora llegó Francis Benett a su fábrica del Niágara, en la cual, después de haber utilizado la fuerza de las cataratas para producir la energía, la vende, o la alquila, a los consumidores.

Luego, una vez terminada su visita, regresó por Filadelfia, Boston y Nueva York a Centropolis, donde su coche aéreo le dejó a las cinco.

Había una verdadera muchedumbre en la sala de espera del *Earib Herald*, aguardando el regreso de Francis Benett para la audiencia diaria que concede a los solicitantes. En esos inventores en busca de capitales y agentes de negocios, proponiendo operaciones excelentes todas, a juicio suyo, entre esas diversas proposiciones hay que hacer una selección, rechazando las malas, sometiendo a examen las dudosas y acogiendo las buenas.

Francis Benett despidió rápidamente a todos aquellos que no aportaban más que ideas inútiles o impracticables.

—No tenía el uno la pretensión de hacer revivir la pintura, ese arte caído en tal desuso, que el *Angelier* de Miller acababa de ser vendida en quince francos; debido esto a los progresos de la fotografía en colores, inventada a fines del siglo XX por el japonés Arizuswa-Riochi-Nichome-Samjukambo-Kio-Baski-Ku, cuyo nombre ha llegado a ser tan fácilmente popular?

—No afirmaba el otro haber encontrado el bacilo biogéno, que debía hacer al hombre inmortal; después de introducido en el organismo humano?

—No acababa éste, un químico, de descubrir un cuerpo nuevo, el *Nihilium*, cuyo gran valor costaba más que tres millones de dólares?

—No tenía el otro, un aduz médico, la pretensión de poseer un específico contra el reuma del cerebro?

Todos estos soñadores fueron prontamente despatchados.

Algunos otros recibieron mejor acogida, y primeramente un joven, cuya frente, amplia y despejada, revelaba viva inteligencia.



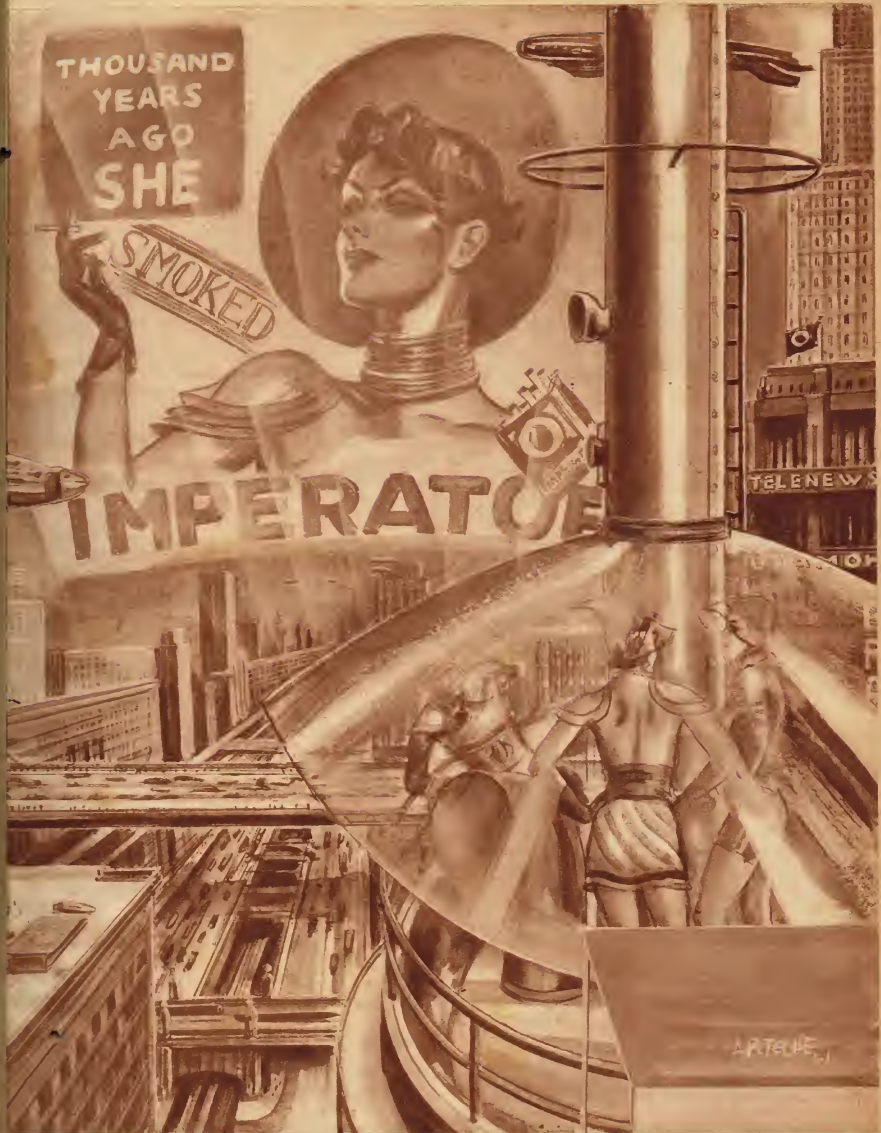
THOUSAND
YEARS
AGO
SHE

SMOKED

IMPERATOR

TELENEWS

ARTS & CRAFTS





Parece cosa de cuento y sin embargo recién ahora salimos de los tiempos en que una lata de aceite podría ser una caja de sorpresas.

Pero no más. Ahora las latas de aceite vuelven a ser — para beneficio del pueblo — solamente latas de aceite. Y **DIADEMA** tiene el justificado orgullo de comprobar que obró bien cuando se resistió a dejar de ser lo que era: aceite puro, sabroso, buenísimo aceite sin premios pero de invariable gran calidad. Por eso conservó siempre (y vé ahora como aumentan) los fieles consumidores que exigen calidad — nada más y nada menos — exigen



ACEITE

DIADEMA

CALIDAD SUPREMA

—Caballero — dijo —, si en otro tiempo se contaban setenta y cinco cuerpos simples, ese número se ha reducido hoy, como usted sabe, a tres.

—Perfectamente — respondió Francis Benett.

—Pues bien, caballero; yo estoy a punto de reducir esos tres a uno solo; si no me falta el dinero, dentro de algunas semanas lo habré conseguido.

—¿Y entonces?...

—Entonces, señor mío, habré sencillamente determinado el absoluto.

—¿Y la consecuencia de ese descubrimiento?...

—Será la creación fácil de toda materia, piedra, madera, metal, fibrina...

—¿Pretenderá usted llegar a fabricar una criatura humana?

—Enteramente... ¡No faltará más que el alma!

—¿Una bicoeca! — respondió irónicamente Francis Benett, que agregó, sin embargo, al joven químico a la redacción científica del periódico.

Un segundo inventor, basándose en antiguas experiencias, que databan del siglo XIX, renovadas frecuentemente después, tenía la idea de trasladar una ciudad entera en un bloque; trabajase, especialmente, de la ciudad de Ssalí, situada a unas quince millas del mar, y que se transformaría en estación balnearia, después de haberla llevado sobre rieles hasta el mar, de lo cual se derivaría un aumento grande de valor en los terrenos.

Francis Benett, seducido por este proyecto, consintió en ir a medias en el negocio.

—Sabe usted, caballero — dijo un tercer postulante —, que, merced a nuestros acumuladores y transformadores solares y terrestres, hemos podido igualar las estaciones; yo me propongo hacer algo mejor todavía: transformemos en calor una parte de la energía de que disponemos, y enviemos ese calor a las regiones polares, cuyos hielos podrá fundir.

—Déjeme usted sus proyectos — respondió Francis Benett —, y vuelva dentro de ocho días...

Finalmente, un cuarto sabio llevaba la noticia de que una de las cuestiones que apasionaban al mundo entero, iba a ser resuelta aquella misma tarde.

Sabido es que, hace un siglo, una atrevida experiencia había atraído la atención pública sobre el doctor Nathaniel Faithburn.

Partidario convencido de la invernación humana, es decir, de la posibilidad de suspender las funciones vitales y hacerlas renacer más tarde, después de un determinado tiempo, habiase él decidido a experimentar sobre sí mismo la excelencia de su método; después de haber indicado por medio de un tratamiento ológrafo las operaciones propias para volverle a la vida a los cien años, día por día habíase sometido a un frío de ciento setenta y dos grados; reducido entonces al estado de momia, el doctor Faithburn había sido encerrado en un sepulcro para permanecer en él el tiempo convenido.

Ahora bien: precisamente este día, el 25 de julio de 1889, era cuando espiraba el plazo, y se venía a oíracer a Francis Benett el proceder, en uno de los salones del *Earth Herald*, a la resurrección, tan impacientemente esperada; el público, de esta suerte podía ser puesto al corriente de segundo en segundo.

La proposición fue aceptada, y como la operación no podía realizarse antes de las diez de la noche, Francis Benett fue a tenderse en el salón de audición sobre un diván; luego, haciendo girar un botón, se puso en comunicación con el Central Concer.

Tras una jornada tan ocupada, ¡qué encanto encuentra en las obras de nuestros mejores maestros, basadas, como todo el mundo sabe, en una sucesión de deliciosas fórmulas armónico-algebraicas!

Habiase hecho de noche, y, sumido en un sueño semixiástico, Francis Benett se había abstraído del exterior, cuando, de pronto, se abrió una puerta.

—¿Quién va? — dijo, oprimiendo un conmutador colocado bajo su mano.

En el acto, y mediante una sacudida eléctrica, producida sobre el éter, el aire se trocó luminoso.

—¡Ah, es usted, doctor! — dijo Francis Benett.

—Yo mismo — respondió el doctor Sam, que acudía a hacer su diaria visita (igualado por año) —. ¿Cómo va?

—Bien.

—Tanto mejor... Veamos esa lengua.

—Y la miró con el microscopio.

—Buena... A ver el pulso.

Y le aplicó el pulsógrafo, análogo a los instrumentos que registran las oscilaciones y trepidaciones del suelo.

—Excelente... ¿Y el apéto?

—¡Hum!

—Sí, el estómago... ¡No marcha bien el estómago!... Envejece el estómago!... Decididamente, va a ser preciso ponerle uno nuevo.

—Ya veremos — respondió Francis Benett —; entretanto, doctor, va usted a comer conmigo.

Durante la comida se estableció la comunicación fonotelefónica con

Mister Benda, el hombre

La colección de máscaras que posee el artista es de un valor realmente considerable. Algunos de ellas valen hasta dos mil dólares... Mister Benda exhibe la última creación, junto con su hijo.



Producto de seis meses de trabajo, esta impresionantemente máscara representa un demonio.

ES PINTOR, ACTOR Y FILOSOFO, Y POSEE LA COLECCION DE MASCARAS MAS COMPLETA DEL MUNDO

por
Remo Valcarlos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

★

MISTER Benda, el artista norteamericano que presentamos aquí a la curiosidad de los lectores, es indudablemente un genio... o le falta muy poco para serlo. Además de ser un maestro en la fabricación de máscaras, pasatiempo en el cual lleva trabajando desde hace cerca de veinticinco años, es también un excelente pintor, como lo demuestran los cuadros que adornan su casa; un buen actor y, además, un auténtico filósofo.

Mister Benda y su esposa, representando una escena que no requiere comentarios. El primero, que aparece con una máscara de bufón, se ha sentado al piano y se ha puesto a ejecutar un número que ha provocado la ira de "Furio".



que fabrica rostros...

Aparece mister Ben-
do actor. El resultado
no puede ser más ad-
mirable; los músculos
no parecen hechas de
cartón, sino de algún
material plástico; tal es
su expresión. La foto
representa una escena
en la que el villano se
propone enamorar a
la "Diosa dorada".



El director de danzas orientales está dirigiendo a dos alum-
nas. La del centro lleva una máscara que representa una
belleza circasiana, mientras que la que aparece a la derecha
es una reproducción exacta del rostro de la reina Semiramis.



Sobre un cuadro pintado por el excelente artista en un muro de su curioso estudio se asoman tres máscaras grotescas: "Unicornio", "El insecto" y "Strygal". Esta última creación fue socada del folklore eslavo.

Podríamos poner punto final aquí, pues las fotos son de por sí sobrado elocuentes para informar sobre el caso; pero como hasta ahora no se ha inventado ningún método para fotografiar las ideas, ni aun las de los filósofos como mister Benda, no nos queda otra alternativa

que decir algo acerca de esas ideas suyas, para presentarlas de cuerpo entero, tal como él es.

Mister Benda afirma que cuando una persona cualquiera se coloca sobre el rostro una de sus máscaras, se amolda de inmediato, e insensiblemente, a las cualidades de carácter que ella sugiere. De modo que cuan-



El artista caracteriza aquí la actitud que corresponde a uno de sus más genuinos creaciones, valuado en mil quinientos dólares. Todas las máscaras que aparecen en la foto son verdaderas obras de arte. Arriba, otras tres obras de mister Benda, entre ellas, "Lincoln".

En esta fotografía se ve a mister Benda en su de arte que usa desde la máscara natural hasta En segundo plano, aparece uno de los cuadros





En la presente fotografía puede apreciarse hasta qué punto llega la perfección de esta máscara.

do uno se pone la máscara que él llama "Villanía", se convierte— interiormente nada más — en un villano; y si luego se coloca la llamada "Simplicio", se vuelve tonto de capirote.

Otra de sus teorías, es la de que el hombre se coloca una máscara cuando desea huir de sí mismo: en Car-

gabinete de trabajo, junto a algunos de los obras lo grotesco, y desde la cómica hasta lo fantástico, de que es autor el filósofo, pintor y actor.



naval, o cuando roba, para no citar más que dos casos..., ya que para él el antifaz no es sino una clase de máscara. Afirma también que la sola existencia de la máscara prueba todos los defectos del hombre; entre ellos, la mentira — y conste que cuando mister Benda dice "el hombre", se refiere también a la mujer... — Según él, cuando una persona desea sacarse por un instante

la máscara que lleva todos los días para presentarse ante el público, se pone encima otra de cartón. Sólo cuando está muy triste o muy alegre, se muestra el hombre tal como es en realidad...

Y como con lo dicho basta para presentar a mister Benda filósofo, remitimos ya al lector a las fotografías, donde lo conocerá como pintor, fabricante de máscaras y actor. ➔



Sueño celestial

CON TABLETAS DE



ADALINA



Un producto BAYER
de fama mundial

Sedante de acción moderada y conciliador del sueño



Patrón y amigo...



Antes de la vida en un vértigo de calaveradas.

A la muerte del viejo don Zenón Ruiz — que a su vez lo había heredado de sus padres — recibieron los muchachos aquellas novecentas cuerdas de campo flor, libras de polco y peja. (Es decir, sin afección de gravamen alguno.)

Pero los muchachos, desde mocitos pintones, habían "muestrao l'hilacha..." Tanto Zenón chico, como Eleuterio, como Ciriacó, traían en la sangre — quién sabe por fuerza de qué oscuros atavismos — la fiebre del juego, de la hembra y de la chupa. Ya en "vida e los finoas" el viejo Cirilo había menado más de una vez la cabeza en un desalentado agorar

por el porvenir de aquella estancia en cuyos ranchos naciera, y fue por amor intrínseco — en cada mata de pasto, en cada rugosidad de tierra — sentía como arraigadamente propia. Pero, ¿qué menea de cabeza podía contener el torbellino a que se arrojaron en cuerpo y alma los muchachos Ruiz? Desde que "finó don Zenón viejo", allí no hubo patrón, ni capataz, ni administración, ni método. El desorden era mayordomo compartido y omnímido. Peonadas que compartían las juergas de sus patrones, haciendas entecadas que se devoraba la garrapata desde la primera seca, majadas escaracteritas que consumía la sarna. ¿Selección, cuidado? Sí, los hubo, pero ca pululaban bajo los aromos del patio... Pero era tal el abandono, que ni para eso siquiera hubo previsión alguna. Con decir que hasta se compraban los forrajes. Bailes, eso sí, a bocha y con cual-

quier motivo. Naípe y taba, desde la noche a la mañana. Carreras, de domingo a domingo y de feriado a feriado.

Fueron cayendo por orden rigurosamente cronológico de edades. Primero, Zenón chico, "acabao a chumbos" en la sorpresa nocturna de una cuatrería por pagos vecinos. En seguida, Eleuterio, consumido misteriosa y horrorosamente por un "mal de mujer". Por último, Ciriacó — el que consumió la hipoteca —, tendido a soledad de calle y en puñalada trampa por una cuestión de juego.

A los tres les cerró los ojos y los veló piadosamente Cirilo.

Pero — así un padre, podría decirse, como fué de los "cuitaos" — mayores dimensiones tuvo su angustia cuando el acreedor hipotecario vino a tomar posesión de la estancia.

El acto fué sencillo y en cierto modo tranquilizador.

El turco Ali — mozo cuarentón y casi



CUENTO CAMPERO

por **Diego Novillo Quiroga**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE ARÍSTIDES REGHAIN

El crollo por lo cetrino de la tez y la seguridad de la pelambre y ojos — no menos mayores infulas. Reposado y metódico en los procedimientos, afable y circunspecto en el trato, se ganó desde un principio la voluntad de Cirilo.

—Soy casi un crioyo, sí señor. Baínde yere yeva en esda bais. Quiere mucho, béro mucho, a los crioyos decentes y drabajadores como usé. Buede seguir en esde campo con tudá su familia, pero ahora como cabqáds. Yo seré su badrón y amigo...

Con ese breve y tranquilizador exhorto, el turco Ali puso a Cirilo en posesión de su cargo.

Trabajador experimentado y sin renuncios, el viejo Cirilo fué remediando fallas, ajustando resortes, reparando ancurias, hasta que "La Blanqueada" volvió a ser lo que fuera en vida de don Zenón viejo.

Viendo ya encarriladas las cosas a satisfacción, el turco Ali regresó a la capital, donde lo reclamaban sus otros negocios; pero no sin antes — ya vinculado afectivamente a Cirilo y los suyos — dejar testimoniado en un obsequio para cada uno: Cirilo, doña Eustaquia, Eustaquia y el hijo de Eustaquia, y Flora — la hija menor — su reconocimiento. Y prometer estarse con ellos una semana cada dos o tres meses.

Lo que cumplió.



La mañana veraniega fué de afanoso trajinar.

En el trabajoso rodeo, bajo la fuerza de un sol que incandescía desde muy temprano, la tarea del aparte fué áspera y como para someter a dura prueba la crudeza de aquellos hombres.

Subordinados a la vigilante actuación del viejo Cirilo, los peones se multiplicaban en corridas, embretando para el aparte una novillada arisca por el calor y la mosca.

La tarea marchaba. Pero, con todo, el viejo Cirilo sentíase disconforme. El hecho de que el patrón no hubiera querido diferir un día su viaje para estar presente en el aparte, más que prueba concluyente de confianza, a Cirilo se le antojaba desconsideración. Máxime, cuando en esa tarea emprendida su debut como hombre de campo su nieto — el hijo de Eustaquia, — gauchito de diez años apenas.

Otro fastidio le andaba buelando en lo más hondo a Cirilo: como servidor atento y afectuoso, hubiera preferido estar en las casas — si no acompañarle hasta el tren — para despedir al patrón en el instante de la partida. ¡Acaso no era — pues él mismo lo había dicho — su "patrón y amigo"? ¡Y dónde se había visto a un amigo — el turco partía en viaje de regreso para su patria dejando un apoderado para sus negocios aquí — sin que el amigo le diera el abrazo final en el estribo del tren que había de llevarlo para tan lejos y por tanto tiempo?

Además, desde muy temprano, a Cirilo le andaba ateneaceando algo como el obscuro presentimiento de una desgracia.

No, sí algo malo tenía que suceder.

Primero, que el patrón se fuera en un momento en que él — su capataz y amigo — no pudiera estar en las casas para despedirlo. Después, la ocurrencia que le estrujó en un puño su corazón de padre: la vaca discola que esa misma madrugada, en el tambo, cuando quiso amarrarla para el ordeño, le erró a Eustaquia — la pobre hija viuda — tan tremenda cornada... ¡Valgate que de un empuellón él pudo librarla de entre los mismos cuernos!

Sombrio pero atento a la tarea que va en vías de finalizar, el viejo Cirilo se prodiga en corridas, revolver de poncho, pechazos y alaridos.



Trastornos de los Riñones

Librese de ellos mediante un medicamento especialmente elaborado para los riñones.

Los riñones sanos eliminan del organismo las impurezas y venenos que la sangre recoge en su curso por todo el cuerpo.

De ahí que el mal funcionamiento de los riñones tenga inmediatas repercusiones en la salud.

Trastornos urinarios, orina turbia o cargada de sedimentos y con olor fuerte, micciones demasiado frecuentes, arenillas, dolores etc.: he aquí indicios del funcionamiento deficiente de los riñones.

Las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga son indicadas en estos casos. Su acción sobre los riñones es directa. Las Píldoras De Witt son diuréticas, calmantes y antisépticas.

No vacile: las Píldoras De Witt son un medicamento respaldado por cincuenta años de éxito.

En frascos de dos tamaños, conteniendo 40 y 100 píldoras.

PILDORAS DE WITT

PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA



Raboneando a un rosillo travieso, tiende a embicar a un buey corneta que anda majaderando en el rodeo, cuando algo terrible le paraliza. Desde lo más profundo de su corazón le surge una voz nueva, desconocida, que no es suya, de acento enronquecido y extraño: ¡Guarda m'hijo, guarda! ¡Saque! cabayo!

Con ojos agrandados de angustia y terror ve cómo un toro enfurecido pica en dirección a su nieto, desprevenido en querer pechar una vaquillona.

Sobreponiéndose, clava las espuelas y hace girar en un bote a su lobuno, que lanza sesgado y a toda la furia contra el toro acometedor.

Pero llega tarde.

En un confuso remolino de polvo, sangre, gritos y masas que se precipitan, el toro ha levantado en los cuernos al caballo con el infantil jinete, rodando los tres en palpitante montón.

Pero el chiquilín, "¡ah, crioyo!", ha caído de pie y sin un rasguño. Con la voz quebrada y los ojos vidriosos de lágrimas, Cirilo estrecha y palpa por todas partes al niño, comprobando la indemnidad con que ha salido del trance.



Ahora regresan los dos —abuelo y nieto— de galope alegre, charlando anima-

damente como dos camaradas, hacia las casas.

Una expansión amplia que le comba el pecho hace de Cirilo la contrafigura de aquel hombre aprensivo que fue durante toda la mañana. Con un poderoso resuello como de fuele, piensa: "Lo peor ya pasó con suerte. Ahura ya n' hay cudioa..."

Pero cuando arriban a la tranquila de las casas les recibe algo anómalo: una Eustaquia y una Eustaquita como enloquecidas, hipantes de llanto, que se retuercen las manos y mesan los cabellos.

—¡Qui' hay, caray; qui' ha sucedido? —reclama imperiosamente, pero medrosa, la voz de Cirilo, quebrada en amago de sollozo.

—¡Flora, Florida, tu hija, viejo!

—¡Flora, mi hermanita, tata!

—¡Pero qui' hay, caray; qué li' ocurrido?

Unas letras patizambas, trazadas trabajosamente sobre un papel que arrugó la mano tremante de la madre, da la dimensión de la desventura: "Tata, mama, perdonenmén esta acición qe les ago. me boy con el onbre que giero poqe lla es mi onbre, agan cuenta qe su ija a muerto, perdón otra bes. Flora."

Podríanse describir el desconcierto, la estupefacción, el dolor, la ira, la fiebre

de pensamiento y acción sucesivos del padre infortunado?

Fueron corridas a revienta caballo de vecindad en vecindad, Indagaciones, símplicas, inquisiciones, improprios, amenazas.

Pero nada. Nadie sabía nada. En ninguna parte faltaba ningún hombre que hubiera podido huir con la niña.

Sólo al anochecer, cuando la volanta volvía de la estación, se supo la verdad descorazonadora.

Acosado a preguntas y acorralado a punta de cuchillo contra el fondo de la ramada, el bizco Matías acabó por esclarecer la cosa: cuando salieron al camino real, el patrón le hizo detener la volanta hasta que llegó Florida. Por lo que pudo escuchar, la niña salió de las casas como para entregar un lavado. Se fueron los dos en el tren de las diez.

Anonadado, Cirilo cae sobre un tronco. Vagamente quiere intentar algo en defensa de su honor y en resguardo de los inexpertos catorce años de su hija.

Pero el peso abrumador de la impotencia le hace quedar —mentán pegado al pecho y manos caídas contra los talones— en una cosa inerte, cuya sola vida sensible es el apego estereotipado a una única idea: "Yo seré su patrón y amigo..."

¡DEBE USTED PREPARARSE!



CARRERAS DE GRAN PORVENIR

RADIO

TELEVISION
CINE SONORO-DIFUSION
TECNICA DEL SONIDO

y todas las otras aplicaciones de esta maravilla de nuestra época, presentan oportunidades sin igual al hombre emprendedor que desee independizarse estableciéndose en **Radiorreparación** y Venta de Aparatos y Accesorios, a prestando sus servicios en puestas Técnicas, de responsabilidad y bien remuneradas en: **Estaciones Difusoras y de Comunicaciones; Fábricas de Receptores; Laboratorios; Operadores de Radio a Bordo**, etc. etc.

AVIACION

VUELO - MOTORES
CONSTRUCCION DE AEROPLANOS
TRAFICO AEREO Y COMUNICACIONES

y todas las materias relacionadas con la Aeronáutica son conocimientos indispensables para el progreso y defensa de las naciones y de ahí que, quienes sigan estas estudios contribuyen al bienestar de su patria, a la vez que labran el suyo propio, por ser ellos los llamados a ocupar puestos importantes de **Piloto - Oficial de Navegación - Operador de Radio - Experto en Motores - Diseñador y Técnico de Construcción; Administración**, etc. etc.

INGENIERIA MECANICA

DIESEL - MOTORES DE COMBUSTION y todas las fuentes de producción de energía están consideradas como bases fundamentales del adelanto económico del mundo industrial que conocemos; ofreciéndole estas actividades un campo de acción amplísima para el especialista en **Fuerza Motriz**, tal como la prepara esta Escuela, para dedicarse a la **Transportación; Agricultura; Minería; Marina; Construcción de Grandes Obras**, etc.

ELECTROTECNIA-REFRI-

GERACION Y ACONDICIONAMIENTO DE AIRE son otras de las ramas de la Industria Moderna en donde existe en nuestros días, mayor demanda de hombres debidamente preparados. Este Plantel lo capacita, con su enseñanza, para desempeñar los más envidiables empleos de esta profesión, como **Experto en Instalaciones; Plantas y Subestaciones Eléctricas; Tranvías y Locomotoras Eléctricas y Diesel-Eléctricas; Refrigeración; Acondicionamiento de Aire**, etc.

ESTUDIE EN SU CASA

Por medio de mi Método por Correspondencia, COMPROBADO, que es el más fácil y eficiente, Comprende Equipo Profesional y Herramientas para que

GAÑE MAS DINERO

EN POSICION PRIVILEGIADA

Esta antigua Escuela ocupa un lugar privilegiado por contar con Sucursales en la mayoría de las Capitales del Continente, de donde dirige rápido y esmerado servicio a sus educandos. Diríjase Ud. a la de su país.

FUNDADA EN LOS ANGELES CALIFORNIA EN 1905



Pida LIBRO Gratis

Envíe este cupón!

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente: Depto. Num. XI-380

Mándeme su LIBRO GRATIS con datos para ganar dinero en la Industria que he seleccionado y marco con una "X"

- RADIO
DIESEL
AVIACION
ELECTROTECNIA

NOMBRE _____ EDAD _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____ PROV. _____

NATIONAL SCHOOLS

CHACABUCO 146 Buenos Aires, Argentina

JUAN BRIGNARDELLO,



Juan Brignardello, portafolio rico por cien
nada entusiasta culto al mote criollo.

MONJE FRUSTRADO, EL CELEBRE FORJADOR Y
ARTISTA ENCICLOPÉDICO, HA HECHO DE SU
TALLER UN REDUCTO DE LA BOHEMIA PORTEÑA

por
Regina Monsalvo

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

FOTOGRAFÍAS DE J. POESTÁ



En la caverna de Vulcano

DESDE la aparición de "El dueño de la herrería", que conmovió el corazón sentimental de nuestras abuelas, un taller de forja es un buen lugar para colocar o descubrir un personaje novelesco.

Pero quien visite el taller de Juan Brignardello no necesita tener la fácil imaginación de Jorge Ohnet para descubrir en ese artista a un hombre cuya biografía es lo que más se parece a un romance de aventura.

Con todo, Juan Brignardello se mueve entre los hierros y los objetos de arte de su taller como si en su vida no hubiera hecho otra cosa y no hubiese conocido más ambiente que éste en que vive. Hay que oírlo hablar para darse cuenta de que este artista criollo, "el último bohemio", como le llaman sus amigos, antes de encastrarse en el taller que hoy le conocemos quiso ser muchas otras cosas.

En realidad, su taller constituye un reducto de la bohemia porteña y es un poco el resumen de todas esas antiguas aficiones y de la serie de artes y oficios que son algo así como sus doce trabajos de Hércules.

Rodeado de arañas, candelabros, cofres, arquillas, bar-

Los niños de la vecindad tienen corria y admiración por el artista, Brignardello, por su porte, siente por ellos verdadero ternura, y todos se entienden muy bien.

el último bohemio



Mientras recuerda historias pasadas, Brignardello no abandona su labor junto a la fragua de lo que van saliendo maravillas de arte.

guenos e infinidad de muebles y objetos decorativos, realizados todos en hierro, el taller de Brignardello tiene algo de gruta mágica y de bosque petrificado.

Si no fuera por esa bonhomía y el humorismo inagotable de que hace gala, podría creerse que se estaba, al entrar allí, en la propia caverna de Vulcano.

Cuando se lo decimos, Brignardello ríe de buena gana y nos dice:

—No tengo nada de mitológico... ni de pagano. Soy porteño cien por cien. Nací en una casa que estaba situada en Córdoba y Florida. Y me bautizaron en la iglesia de La Merced. El que me bautizó fué nada menos que monseñor Rassore...

Un poco de historia

Luego, este "último bohemio", que por una verdadera paradoja ha nacido en pleno corazón aristocrático de Buenos Aires, recuerda su infancia.

—Desde chico— dice — me gustaron las escapatorias y la libertad. Nuestra casa daba a los fondos del "Jardín

Florida", el centro de recreación más importante que existía en aquella época. Yo saltaba la tapia lindera y me "colaba" a los espectáculos que allí se daban, naturalmente sin pagar entrada...

El padre de Brignardello, que fué uno de los primeros importadores del país, tuvo luego diversos comercios.

—Tuvimos panadería, carbonería, etcétera — co-



En esta fotografía aparece la crisola en un rincón del taller de Brignardello examinando detenidamente una arquilla de forja ejecutada por el notable artista.



hice fué poner un estudio de pintura y enseñanza de dibujo. Tuve alumnos. Casi no cobraba a nadie, y el dinero que lográbamos cobrar de los estudiantes más ricos nos lo gastábamos en excursiones con los compañeros, entre ellos Párodi, Segundo Pérez, Alberto Ro, etcétera."

Afinador de campanas

Mientras Brignardello habla, se llega hasta la forja, extrae una pieza de metal y la lleva sobre el yunque. Unos golpes del martillo suenan apagados, sordos, sobre el hierro blanco. Otros tintinean al rebotar sobre el acero del yunque.

—¿Qué otra cosa intentó en su vida?

—Muchas. Estos golpes me hacen recordar que he sido "campanero". Yo sé mucho de campanas. Le he dicho que me bautizaron en La Merced. Bueno, treinta años después tuve el gusto de afinar el carillón de su torre. Y cuando hube devuelto su clara voz a las campanas me pareció que había recobrado mi infancia.

Una fundición que terminó "fundido"

Los recuerdos de Brignardello se suceden con prodigiosa rapidez. Pudo ser rico, y lo fué; pero el dinero le quemaba las manos. Durante siete años dirigió la famosa fundición "Trivium".

—¿Y qué pasó con esa fundición que he-

El célebre forjador ama a los animales y vive rodeado de perros, gatos, pájaros y plantas. Aquí vemos a lo autora de esta nota teniendo en brazos a "Pepito", el gato mascota del taller.



...nido decir que era la más gran- de de América del Sur?

—¿Qué quiere que pase con a Fundación? ¿Pues que terminó "fun- dación"?

—Y ahora, ¿cuál es de todas las artes que ha practicado la que más le interesa?

—La de "patinador". Patinar es- culturas, es decir, dar a la superfi- cie del bronce o del hierro esas to- nalidades que aumentan su belleza y las dan prestigio de siglos es lo que más me atrae...

En efecto, en un rincón de su ta- ller, Brignardello tiene el testimonio escrito de los principales escultores del país, donde lo felicitan por sus magníficas pátinas. Sobresale entre ellas una del maestro Rogelio Yru- rube en la que lo felicita calurosamente por la pátina de la magnífica obra de ese escultor, titulada "Jus- ticia" una de las más bellas que se han pasado por las manos de Bri- gnardello.

¿Por qué frustrado?

Pero ¿qué es lo que le falta por aprender a Brignardello? Tuvo tam- bién este artista original su crisis de misticismo. Nada podía estar más cerca de un afinador de campanas que la aspiración de ser monje. Y tuvo esa aspiración...

—A punto estuve de hacerme tra- pense en un convento de Salta. La idea no me ha abandonado. ¿Quién dice que esto no ocurrirá todavía?

Y hay que creer en lo que dice. Al entrar hemos visto que en la puer- ta de su taller existe una campa- ñilla — especie de esquila — de as- pecto totalmente convencional, junto a cuya cadena hay un cartel que, como si se dirigiera a posibles le- gos, dice: "Tire, hermano"...

Con el médico de cabecera

—Pero a veces — nos dice Bri- gnardello — me parece que soy una enciclopedia de artes y oficios. Ade- más de forjador, patinador, pintor, escultor, afinador de campanas, soy perfumista, maquillador y no sé cuántas cosas más...

—Y, asimismo — añadimos —, ex- celente cocinero...

Porque, conviene decirlo, como la entrevista ha durado hasta el me- diodía, Brignardello nos ha ofrecido una muy oportuna demostración de sus habilidades culinarias. Damos fe que, en materia de cocina, realiza- da en la propia fragua en que pre- para sus hierros, Brignardello es

un verdadero virtuoso.

En momentos en que nos senta- mos a la improvisada mesa, llega el doctor Rappaport, que es médico, escultor y, desde hace años, huésped infaltable en esa hora.

—Ya lo ve — dice Brignardello al presentarnos a —; soy como los príncipes, que se dan el lujo de comer con su médico dé cabecera... *

Antes **GANABA \$ 40!**



IMPORTE DE LOS CURSOS COMPLETOS PAGA- BILIDOS EN PROGRAMAS VOUCHERIZADOS:

Técnico en Pis-	Costador General \$ 198
Artes, Barrios y	Costador Mercantil \$ 140
Materias Colorantes \$ 45	Jefe Oficina \$ 100
Artes y Granos \$ 45	Empleado Bancario \$ 100
Dibujo Artístico \$ 100	Cajero \$ 40
Dibujo Ind. y Com. \$ 105	Exp. de Comercio \$ 40
Alm. de Boleas \$ 125	Carpesal \$ 40
Radioelectrónica \$ 125	Socarratario \$ 95
Electrotécnico \$ 100	Topografía \$ 45
Construcción \$ 170	Tec. monográfico \$ 125
Arquitectura \$ 125	Arquitectura \$ 100
Mecanismo Automóvil \$ 140	Cartografía \$ 30
Mecanismo Aviación \$ 140	Artes e Industrias \$ 100
Materiales a Explosión \$ 140	Redac. y Fotografía \$ 75
Partes Agrícolas \$ 175	Harillero Público \$ 54
Alm. de Estaciones \$ 100	Procuración \$ 145
Yónico Tambora \$ 40	Prop. p/la. Farmacia \$ 130
Mecanismo Agrícola \$ 45	Química Industrial \$ 125
Agricultura \$ 45	Técnico en
Arquitectura \$ 75	Vinos y Licores \$ 80
Arquitectura \$ 75	Artes y Perfumes \$ 80
Corre y Confección \$ 30	Técnicos en Argenteo
Telegrafía (teléfono) \$ 125	del Cla. Nacional \$ 170
Anglés (en idioma) \$ 145	Radioelectrónica \$ 125
Rotario Biling. \$ 145	

OBSEQUIO

A cada alumno inscripto, obsequiamos un "Diccionario Enciclopédico Castellano" o "La Farmacia en Casa" cuyo valor es \$ 9.- y el libro "Cancionero del Estudiante".

Muchos de los que hoy ocupan puestos de importancia han empezado muy modestamente. Y muchos de ellos deben sus triunfos a la enseñanza de la **UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA!** ¡Siga usted su ejemplo! Estudie por correo, en su propia casa y en sus horas libres, una profesión lucrativa y conquiste la posición a la cual su natural inteligencia le da derecho!

Mándenos hoy mismo el cupón adjun- to y habrá dado el primer paso hacia un futuro mejor!

Los alumnos de la Capital Federal pueden estudiar por correspondencia a en nuestro Departamento de Enseñanza Oral, si así lo prefieren.

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA
Buenos Aires - Avenida 2465 - Buenos Aires.

Sr. Sr. E. Marquidini, Director de la "Universidad Popular Sudamericana" BIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

Remítame GRATIS y sin compromiso, el importante libro "HACIA ADELANTE".

Mándeme este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el importante libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

NOMBRE _____ DIRECCION _____ LOCALIDAD _____

LA VIDA DE LOS ARGENTINOS CELEBRES

CONTADA



En 1901, en una época en que el doctor Cárcano había dejado de ser un político de provincia para transformarse en una figura nacional, su nombre figuraba en una lista, que seguramente hubiera triunfado, como presidente de la República, pero sobrevino la revolución del '90 y se alejó del país porque no quiso ser causa de discordias internas. Tres años después retornó y fue designado director general de Correos y Telégrafos.

Este jovencito que se ve aquí con cuello y puños duros, larga cadena sobre el chaleco y el infaltable dije de oro que rubricaba la elegancia de los coboleros en el siglo pasado, no es otro que don Ramón J. Cárcano el día que entraba en primer traje de pantalón largo, justamente la fecha en que cumplía los doce años de edad, pues consta que nació en la ciudad de Córdoba el 18 de abril de 1860.

En 1888, pocos meses después de haber renunciado a su cargo de ministro de Justicia en la provincia cordobesa, el doctor Cárcano emprendió un viaje a Italia y en ese país un célebre misarista realizó sobre cobre este vistoso trabajo. En ese época, dos partidos políticos lanzaron su nombre como precandidato a la gobernación de Córdoba, pero el doctor Cárcano rechazó ese ofrecimiento.

Siendo presidente del Consejo Nacional de Educación prefería faltar a cualquier acto oficial antes que negar su asistencia a la inauguración de los muchos camerones escolares que fueron creados bajo su dirección. El doctor Cárcano ha explicado siempre su incondicional apoyo a la infancia diciendo, entre otras cosas, que es hacer patria ayudar a los hombres del mañana, que son los niños del presente.

RAMÓN J.

El 7 de octubre de 1933, en el palacio de Guanabara. El doctor Ramón J. Cárcano, que en ese tiempo desempeñaba el cargo de embajador argentino ante el gobierno del Brasil, aparece en compañía del entonces ministro de Relaciones Exteriores, doctor Carlos Saavedra Lamas, del canciller Melio Franca y del doctor Arambó, días después de haberse firmado uno de los numerosos tratados de amistad que se concertaron.



POR SUS FOTOGRAFÍAS



Padre e hijo. He aquí dos hombres que han ocupado altos cargos públicos al servicio de nuestra patria. Los dos fueron ministros y embajadores, conquistando ambos en el exterior los más elogiosos comentarios por sus acertadas gestiones en el desempeño de sus cometidos. Esta fotografía del doctor Cárcano y su hijo Miguel Ángel fue obtenida el 17 de enero de 1913, al reunirse la familia en la estancia Año María.

CÁRCANO

El entonces embajador argentino en el Brasil, doctor Cárcano, al recibir y agasajar en Río de Janeiro al ex vicepresidente de la República Argentina, doctor Julio A. Roca. Los nombres fueron sorprendidos por la cámara fotográfica en instantes en que el último de ellos descendió del buque que lo condujo hasta la capital carioca, donde llevó a feliz término las gestiones encomendadas por el gobierno nacional.



Siete años después, en 1920, aceptó su designación como decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de este capital. Desempeñó ese cargo hasta 1924, fecha en la que presentó su renuncia para tomar parte activa en la contienda electoral de la provincia de Córdoba, donde fue elegido para ocupar el sillón de la gobernación. Aquí aparece realizando un paseo matutino por el bosque de Palermo.



Durante el viaje que efectuó la fragata-escuela "Presidente Sarmiento", en 1935, cumpliendo el plico de estudios, llegó hasta el puerto de Río de Janeiro. Apenas arribó la nave, el representante argentino subió a bordo, donde la oficialidad, formado en cubierta, le presentó sus saludos, mientras la banda ejecutaba el himno nacional.





10 Concurrientes al banquete que le fué ofrecido en 1935 al ex ministro argentino doctor Carlos Saavedra Lamas en el palacio de Hamaraty. El entonces embajador argentino, doctor Ramón J. Cárcano, aparece en esta ocasión junto a distinguidos personalidades del Brasil, que agasajaron al viajero como una prueba de la amistad que une a ambos países.

11 En el palacio de la embajada argentina en Río de Janeiro nuestro representante el doctor Ramón J. Cárcano ofreció el 10 de octubre de 1936 un asado a la criolla, con motivo de la visita que realizaron a la embajada los miembros de la Academia de Letras del Brasil. Junto al doctor Cárcano se hallan los señores Aloisa de Castro, Martiré Gil, Rodrigo Octavio, Pedro Calmon y el ministro de Cuba en ese país, doctor José M. Carbonell.

12 El distinguido diplomático argentino acompañado de su hijo, la señora Ana Cárcano de Acevedo, en los jardines de la embajada argentina en Brasil, pocos días antes de emprender viaje de regreso a Buenos Aires.



12



11



13

13 Una fotografía histórica. Fué obtenida el 10 de noviembre de 1937, con motivo de una comida que ofreció el embajador doctor Cárcano en la sede de la embajada. Concurrió a ese acto el presidente del Brasil, Dr. Getúlio Vargas, quien doña Ana después habido de ser protagonista de los trascendentes acontecimientos políticos que lo impulsaron a continuar en el poder a pesar de haber finalizado su mandato legal.



14

14 El célebre político e historiador argentino odora a sus siestas. Aquí lo vemos en el instante en que se dispone a confundirse en un cariñoso abrazo con uno de ellas, Miguel Martínez de Hoz, momentos después de haber arribado a la estación Chacabuco, de Mar del Plata, en el período veraniego de 1940, estancia donde el doctor Ramón J. Cárcano acostumbra a pasar algunas temporadas de descanso.

GITARRAS BREYER



55 MODELOS
ECONOMICOS
ENTRE FINOS Y
SUPERIORES DE
GRAN CONCIERTO

Fabricados en el más importante establecimiento del país.

CASA BREYER LINOS.

SARMIENTO 757 - Buenos Aires

NO COMPRE AL AZAR
Vea construir sus muebles. ¡LE CONVIENE!
Y para mayor seguridad consórtelos con un CREDITO, hasta 20 meses, de PRO y Cia. — Corrientes 4545

UNA DE NUESTRAS CREACIONES

Conjunto de gran actualidad. "BOMBE", compuesto de ROPERO de 2 usts., desarmable. TOILETTE-COMODA. CAMA 2 plazas, elástica reforzada. 2 MESAS DE LUZ. 1 BANQUETA, tapizada. APARADOR amplio formato. MESA 8/10 cubiertos, y SILLAS tapizadas en cuero. En cuotas mensuales de \$ 360.

El dormitorio sólo, en cuotas mensuales de \$ 120

Horario de Ventas: Embalajes - Acarreos
Muebles y revendedores, de 8 a 11. Particulares, de 8 a 20 horas. Despachos y Catálogo GRATIS.

PRO y Cia CORRIENTES 4545 Bs. As.

Pida una solicitud de Crédito. Ita: U. T. 54. Duran 4472

Necesitamos corredores y agentes para la Capital e Interior del país.



El tablón

por *Eliseo Montaine*

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE R. RAMAUGÉ

HAY allí unas veinte personas reunidas para celebrar la próxima boda del dueño de casa, Federico Centeno, "el solterón de la compañía", como le llaman los que rodean la mesa, en cuya cabecera soporta aquél larga y continuada metralla de viejo y mellado humorismo, que derrocharan él y sus amigos en veinte ocasiones parecidas, desde el casamiento de Julio Torres, el primero de la "compañía" en decidirse a la coyunda, allá por los comienzos del nuevo siglo.

—¡Treinta años, viejo Centeno! ¡Treinta!... Y estábamos todos, como esta noche, aquí mismo..., en tu casa... Parece un sueño.

—Recién dijiste: "estábamos todos". Eso me hace pensar en Claudio Lorenzo... ¿Dónde estará?... Es el único que falta.

—Después de cobrar la herencia que le dejó la madre, desapareció, olvidándose de nosotros.

—Seguirá en Europa.

El mucamo de Federico Centeno acaba de entrar en el comedor, y acercándose al dueño de casa le habla con cierto tono confidencial.

—¿A mí? ¿Un viejo amigo?... Es raro... Perdónenme unos minutos...

Y sale delante del criado. En cada comensal hay el

mismo gesto y la misma mirada. Hasta el mismo nombre se les escapa a todos de sus labios.

—¡Claudio Lorenzo! — exclama Centeno, sorprendido y sin atinar a correr junto al "viejo amigo" que está levantándose del sofá donde esperaba. A diferencia de la alegría y sorpresa de aquél, el recién llegado sólo murmura, temeroso al reproche, con los ojos en el piso:

—¿Estabas ocupado?...

—No, no... Es decir... Pero, dime, ¿cuándo llegaste? Y lo mira fijamente, más extrañado ahora, porque no es éste el modo de portarse Claudio Lorenzo, luego de una ausencia de treinta años. Pero en un segundo lo comprende todo. Le basta observar mejor la ropa que viste aquél. Algunas hilachas que le sobresalen del cuello y puños de la camisa del amigo son más elocuentes que la forma vaga, inexplicable, de presentarse Claudio Lorenzo a su casa. Por eso le duele tanto a Centeno preguntarle:

—¿En qué puedo servirte?

En el comedor la algazara aumenta y llegan a oírse algunas frases enteras de los que están impacientes por la tardanza del novio. Es entonces cuando el visitante habla por primera vez con claridad y decisión:

—¡Federico!... ¿Vas a casarte?...

Y... con Livia, seguramente...

Centeno responde que sí.

—Entonces, te felicito. Es una gran muchacha Livia. Muy buena... Inteligente, encantadora... Muy buena, Federico... ¡Y pensar!...

Calla de pronto, buscando los cigarrillos que no trae en sus bolsillos. El dueño de casa le alcanza una caja de porcelana, invitándole, al par que musita, entornando los ojos:

—¿En qué puedo servirte?

—¡Livia!... ¡Una gran muchacha, sí!... — abstraído y con un cigarrillo a medio partir entre sus dedos.

Federico Centeno puede convenirse mejor de cuanto él pensaba hasta este momento. Todo el aspecto de Claudio Lorenzo es el de un hombre que ya lo ha perdido todo. Se advierte en él de inmediato a una persona que trata de llevar la pobreza con dignidad. El traje lustroso a fuerza de plancha y los zapatos espejeantes, pero deformados, aseguran más y mejor a Centeno que su viejo amigo las debe de estar pasando mal.

—Te felicito, sinceramente... — con la mirada perdida y las manos llenas de tabaco.

—Mira, allí — señalando la puerta del comedor — están todos los muchachos... Se han reunido para agasajarme... Me caso el jueves... Si quieres...

—No, te agradezco; no me gustaría interrumpir la fiesta. Por otra parte, yo he venido a verte... y me perdonarás...

—Somos amigos—dijo, extendiéndole algunos billetes.

—Gracias... Y me voy. Te dejo. Vendré a verte antes de la boda; imaginate...

Cuando lo ve salir, Centeno sigue tan atónito como al principio, desconcertado por el raro comportamiento del que llegó y apenas si tuvo un recuerdo para la vieja amistad que los unió de niños. En la puerta del comedor lo están esperando, mientras él sigue con la mirada al amigo que se va sin volverse siquiera.

—¿Y?... Te estamos esperando... Vamos, que allí dentro te quieren echar un sermón... ¡Diablos!... ¡Pero ni siquiera contestas!... Vamos, vamos... Una copa no te caerá mal...



Apretando en uno de los bolsillos de su pantalón el dinero que acaban de darle, mordiéndose los labios



300
GRAMOS
\$ 1.50

Venta en todas las buenas farmacias de la República.



Este rostro pleno de salud desea Vd. para sus niños...

NUTROCAL es un alimento fortificante de exquisito sabor, cuyos componentes vegetales nutren y calcifican. Compre hoy mismo NUTROCAL para sus niños.

NUTROCAL frío es deliciosa y sano.

Cía. Com. "TARSIL"

ESTADOS UNIDOS 2032
U. T. 23 (B. Orden) 1721 - Buenos Aires

"NUTROCAL"
NUTRE Y CALCIFICA

hasta contener la respiración, luchando contra la vergüenza, que le hace decir cuanto piensa en voz alta, Claudio Lorenzo va huyendo, en vueltas y revueltas por las calles cercanas a la casa de Centeno. Es como si este mismo lo fuera persiguiendo, para seguir abortido ante toda su desgracia.

Trata de alejar un pensamiento que lo castiga cruelmente. Busca recuerdos olvidados. Y nada vale para ahogar la vergüenza y la humillación, cada vez más hondas una y otra; más implacables y más ensañadas en herirlo hasta el grito. Y el dinero, los billetes húmedos y arrugados, quemán en la mano caliente y sudorosa que no sale del bolsillo.

Apresura la marcha, impelido a veces para la carrera, y otras con la idea de caer donde sea, con tal de aturdirse y olvidar.

Dos horas más tarde sube los treinta y siete escalones recubiertos por sucio aserrín del hotel para pasajeros "La Esterlina". Después, va Claudio Lorenzo por un patio ocupado con tachos de pintura, escaleras, tabloneros y cabaletes. Luego, un corredor que da a una escalerilla de caracol; y de aquí, más escalones, hasta desembocar en una especie de vestíbulo pequeño, con puerta de vidrios coloreados con púrpura y azul.

—"Livia!"...

Se le acerca el hombre que acaba de atenderlo a la entrada.

—"Tenía los ojos grises; generalmente vestía de blanco... Con sus trenzas siempre me recordó las muchachas de Modigliani... Estudiaba química, pero sus padres decían que tendría dinero de sobra cuando ellos murieran... Livia pudo haber sido también una gran pianista, o una gran cantante... Pobre Livia... Yo pude quererla como ella me quiso... Ahora está Federico Centeno en su vida... Federico Centeno va a casarse con ella..."

El encargado nocturno de "La Esterlina", mordiéndose un cigarro de hoja que no sabe fumar y le atisga, le pregunta cuántos días piensa quedarse en el hotel, diciéndole de paso que la casa es tranquila,



que ahora únicamente está todo como después de un incendio por culpa de los pintores.

—El hotel trabaja. Y el patrón sabe lo que hace... Con las reformas que estamos haciendo... Es aquí, señor... —abriendo una puerta.

Es una estancia inmensa, empapelada en rojo, con flores amarillas. Con enormes mapas de humedad. Y una cama negra, tan negra como un féretro; como algo terriblemente fúnebre y que hace pensar en lo odioso que es la muerte, con todos los artefactos que afean el último viaje. Después, un jaboncillo rosa, que se refleja en el espejo mal azogado de una cómoda desvencijada y vacía; con los cajones sin recuerdos, llenos de ausencia y bolitas de naftalina.

—Buenas noches, que descanse...

Hace un mes que vive en "La Esterlina". Todos saben que es Claudio Lorenzo, "el que se comió una herencia en diversiones por Europa". Lo saben todos porque Claudio Lorenzo es hombre caído en desgracia y nadie se ocupa de su presente; todos recuerdan su pasado. Y algunos

huéspedes hay, que experimentan cierto placer en hacerle hablar y escucharle sus aventuras de muchacho con plata. Todos saben que él es Claudio Lorenzo; que dejó novia y amigos para divertirse y ahora vive de la limosna de aquéllos. Todos se han enterado. Hasta un raro individuo que anda y desanda por los patios del hotel, hablando solo y diciendo que necesita estar con alguien para confesar la gran desgracia de su vida; sin hallar eco a sus palabras, que nadie escucha, teniéndole por un maniático.

—A usted le quisiera contar, señor...

Pero Claudio Lorenzo le huye, sorteando los tachos de pintura y cabaletes de los pintores, para echar a correr por la escalerilla de caracol. Atemorizado y "viéndose" en el otro. Sintióse idéntico al maniático; callando hasta los saludos por temor a verse convertido de repente en un sujeto como el hablador imposible de soportar.

—"A esto se llega; será tan desgraciado como él" —golpeándole en el cerebro un sinfín de pensamientos que él no puede frenar. Por último, encerrado en su cuarto, pone fin al jadeo; al sufrimiento de saberse observado y registrado por todos.

Acaban de dar las doce. En todo el hotel no se escucha otro ruido que el de la silla del encargado nocturno. Pero de pronto, un fuerte estampido alborota a los huéspedes de "La Esterlina". Se iluminan los patios y se ve a gran cantidad de personas, agolpadas todas frente a la escalerilla de caracol, para echarse a la carrera hasta el piso de arriba, donde está la habitación de Claudio Lorenzo. El encargado nocturno, con su eterno cigarro, deshecho y apagado, en la boca, es el primero en abrir. Claudio Lorenzo, en mitad del cuarto, experimenta verdadero terror ante los que le miran como defraudados; marchándose todos a su cuarto, sin comentarios de ninguna especie. Salvo el del infatigable hablador, que acaba de descubrir el origen del estampido;

alarma provocada por la caída de un tablón de los utilizados por los pintores para su trabajo, en uno de los cuartos vecinos al de Claudio Lorenzo. Este, intrigado al principio, acaba por arrojarse sobre el lecho, donde no duerme, sino que deja pasar las horas, acosado por la misma idea. Y junto a todas aquellas caras reunidas en visión de pesadilla, que acaban de interrogarle por "algo" recién aclarado en su mente, ve irradiar, blanca, en un blanco azulado, con los tonos del nardo maduro, la faz de la muchacha que conoció y le amó, y él, recién cuando se sintió desgraciado, comenzó a querer.

Un golpe de vergüenza le hace cerrar los ojos. No concibe evocarla en medio de su ruina, pensando al mismo tiempo en Centeno y en toda la humillación sufrida mientras éste le prestó su ayuda, lo mismo que otros de la "compañía".

Así, con los puños endurecidos y el rostro aplastado contra la humedad de su almohada, se va quedando dormido. Mientras, la pequeña luz amarilla del cuarto hace más negros los grotescos relieves del lecho fabricado quién sabe cuándo y por qué mueblista de gusto tan pésimo como malvado.

Desde entonces hasta esta víspera de fiesta, han transcurrido once días justos. El encargado nocturno y el hablador incesante juegan a las damas en el hall del hotel. Y el juego, que antes fué interrumpido por repentina verbosidad del maniático, se interrumpe otra vez, pero por el fuerte estampido que vuelve a oírse, tan nítido como aquella noche.

Algunos pocos salen al patio; los demás recuerdan el suceso anterior y piensan que ha vuelto a caer un tablón de los pintores. Pero el encargado nocturno de "La Esterlina", quitándose el cigarro de los labios cubiertos por trozos de tabaco, murmura con miedo junto al hablador infatigable, por primera vez silencioso:

—No... que ayer los pintores terminaron el trabajo y se lo llevaron todo de aquí... ♦



Llegó la QUINTONINE!
 ...Tónico Aperitivo Fortificante que se halla ya en todas las Farmacias del País



• Eche el contenido de un frasco de QUINTONINE en un litro de vino común blanco o rosa, y aborrás en el seno un litro de vino aperitivo reconstruyente



\$ 2.15 el frasco

QUINTONINE
 DESPIERTA EL APETITO

Este verano no perderá Vd. el apetito, pues tomando "QUINTONINE" mezclada con vino corriente, según se indica en el prospecto que acompaña cada frasco, Vd. comerá bien y a gusto, y se sentirá ágil y fuerte.

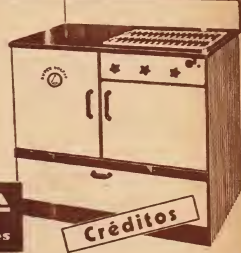
MODERNAS "VOLCAN" COCINAS

a gas de kerosene.

De líneas elegantes, enlozadas en color verde nilo y muy convenientes por su confort, higiene, economía y rapidez.

Solicite: catálogo gratis N° 19, c.

En venta en todas las casas concesionarias de la República.



CUARETA y CIA
 Maipú 250 • 33-9731 • Bs. Aires

Créditos

La ceguera no respeta ni raza, ni edad, ni religión, ni condición social; luce contra ella antes de que llegue a usted. Patronato Nacional de Ciegos.

TE ANDINO digestivo BUSTAMANTE

VENTA EN FARMACIAS
 Paquete económico \$ 2.20
 chico \$ 1.00
 PAQUETE DE PRUEBA, 0.10 ctvs.

Remita su nombre y dirección, adjuntando \$ 0.15 en estampillas, a DISTRIBUIDORES DE CAFE BUSTAMANTE, Santa Fe 2048, Buenos Aires, y recibirá libre de porte un paquete de prueba de TE ANDINO DIGESTIVO BUSTAMANTE.

☆
 Asegura la función de ESTOMAGO E INTESTINOS.
 NO IRRITA

EXIJA ESTA MARCA:





Aventuras de un argentino

FALSO PRIMO DE UN MILLONARIO, "PENSIONISTA" DEL EJERCITO DE SALVACION Y TROTAMUNDOS IMPENITENTE, EL AUTOR DE ESTA CRONICA TUVO QUE ARAR EN GINEBRA POR SOLO CASA Y COMIDA PARA CONSEGUIR QUE LA POLICIA LO DEJARA TRANQUILO.

Por **Germán Dras**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

"Esperando patronos"

YO iba a pie, en viaje a Francia.

Perdoné a la Sociedad de las Naciones que no me hubiera empleado; mi reducido léxico francés, mal dicho, no era buena recomendación, y Leopoldo Lugones se había ido de Ginebra al siguiente día de presentarme en la Liga; no era esa la oportunidad de exigir nada. Demasiado fué el haber obtenido autorización policial para andar libremente por el cantón, pasando como un excéntrico "primo rico" del millonario argentino Torres Finn, cosa que, dicho sea de paso, no convenció del todo al comisario de la ciudad, ni al pesquiza que, casi

todas las noches, me despertaba suavemente en el dormitorio del Ejército de Salvación, revisaba mis documentos, me preguntaba sobre mis actividades, mis intenciones y mi dinero, y me prohibía trabajar. Ahora me quedaban sólo dos francos: dos días y medio de vida. Convenía irse.

Pero al llegar a la Place des Eaux Vives me llamó la atención un grupo de hombres, con aspecto de campesinos pobres, que parecían estar mirando la luna. Quise hablar con ellos, y por suerte encontré a uno que sabía un poco el castellano y bien el alemán, idioma que entonces yo conocía más que el francés.

—¿Qué sucede aquí?

El autor del presente relato, aprendiendo a arar en la campiña de Ginebra.



en la patria de Guillermo Tell

—Estamos esperando patronos.
—Esperando patronos?
—Sí, empieza la vendimia.
—Bueno, voy a esperar yo también...

El hombre me miró de arriba abajo. Y movió negativamente la cabeza.

—Ea que yo voy a trabajarle expliqué — por sólo casa y comida, no quiero paga; y así me llamará cualquiera.

"¡Manos de señorita!"

Fueron llegando dichos patronos. Todos bigotudos, lacónicos, "agropecuarios". El hombre que cubía castellano me servía de intérprete y me proponía a los bigotudos. Estos me miraban con desdén. Uno de ellos me observó una mano y exclamó:

—Manos de señorita!

Al fin, otro, después de comprender que saldría ganando a pesar de mis manos, aceptó.

—Bueno, vamos.

Corrí hasta el Ejército de Liberación, expliqué el caso y pedí cosas de trabajo. Me la dieron y me mudé en seguida. El saco me llegaba casi hasta las rodillas, y los pantalones tuve que arremangármelos mucho para poder caminar, pero no importaba, no me vería gente conocida.

En plena acción

Me despertó la voz del patrono:

—Arriba!

Eran las cinco; apenas comenzaba a amanecer. Mis compañeros se vistieron apresuradamente y no se lavaron casi, aunque esto no por apuro sino por costumbre; yo los imité. Ocupábamos dos grandes cuartos de madera construidos sobre la "carrerita".

—Usted, Berard — dijo el patrono a un hombre viejo —, y usted... G... G... Gasparino —añadió señalándome a mí—, vengan aquí.

Nos llevó a un galpón lleno de no sé qué cereal y nos indicó nuestro trabajo: zaramandar el grano. Y el viejo echó el grano, y yo hice girar una manivela, hasta que reapareció el patrono:

—Berard y G... G... Gasparino, ¡desayuno!

Nunca comprendí cómo pudo trocar mi nombre en Gasparino.

El se llamaba Aubertinaz. Nos guió a la gran cocina de su casa particular, en el primer piso del gran edificio cuya parte izquierda constituía la casa de la propietaria de todas esas tierras: una viuda joven, con hijos chicos. Comimos pan in-



El monumento de la Reformation, con Colvino en el centro, en el Paseo de los Baluartes; uno de los centros interesantes de la ciudad de Ginebra.



Parte del dominio de la joven viuda tratante, donde trabajó por sólo "coto y comida" el autor de esta nota.



regal con abundante manteca, tocino ahumado, un gran plato de una especie de sopa espesa de maíz y leche.

De allí fuimos al campo, con tijeras y una canasta cada uno. Llegados al viñedo, el patrón me indicó cómo debía cortar los racimos y me dejó trabajando.

Al principio no me pareció mala mi situación. Pero al cabo de una hora de estar inclinado sobre esas plantitas absurdamente petitas y cargadas de uvas, mi cintura se negaba casi a sostenerme.

—Aquí, ¿eh? — me decía Aubertinaz, llevándose la mano a la cintura.

—Y... uno se acostumbra a todo — me consolaba mi compañero el viejo.

—“Gasparino: peras y manzanas”

El almuerzo fué grandioso. Nunca en mi vida comí tanto ni con tanta hambre. Y en la media hora de siesta que se nos concedió, nunca dormí con tanta felicidad.

Pero Aubertinaz era un gran patrón; notó que el dolor a la cintura me hacía caminar mal, y me dijo:

—Gasparino: peras y manzanas.

Me dió una gran canasta, y, por señas, me indicó los árboles y el sótano de la granja, donde había una prensa.

Eso me gustó. Estuve tres días cosechando frutas y llenando con ellas la prensa y unas tinas. Después tuve que prensarlas y así sacarles el jugo para hacer sidra. ¡Qué manera de beber! Estuve un día entero medio mareado y con el estómago que reventaba de jugo de frutas.

Trabajábamos hasta que se ponía el sol. Entonces; nos lavábamos a fondo, comíamos otra vez y quedábamos libres. Mis compañeros se iban a pescar; hasta el viejo Berard desaparecía, y yo caía en la cana como un plomo, pero con la cabeza fresca; y estudiaba francés con un periódico y un diccionario, hasta que me dormía.

Arado y vino.

Terminada la cosecha de uvas, manzanas y peras, fuimos a la plantación de papas. Y ahora había que agacharse aún más, para recoger las que la máquina cosechadora había desenterrado, y des-

El alpinismo es uno de los deportes más practicados en Suiza. Lo vida de este hombre depende de los clavos de sus zapatos y pende de un hilo.

“En el camino de la granja me crucé con la joven viuda propietaria; me miró con atención, pero entonces no me atreví a decirle nada”...



que las que hubieran quedado, que eran muchas. Cada hora, y menos, el patrón nos convidaba con un trago de vino. Pero esto no me curaba la cintura; los riñones parecían sangrar. Por último me sangraron las uñas de tanto escarbar la tierra para sacar las papas.

Aubertinaz vio aquello, y me dijo:

— ¡Venga, que es argentino, vaya a los caballos y al arado. ¡Cierro! ¿Cómo no habría de ser práctico en el manejo de caballos y arados un trotamundos nacido en el país de las pampas, del Sur y de la granjería? No dije que, en verdad, yo era buen jineta, porque eso allí no servía para nada, y no confesé que jamás había visto un arado, porque cualquier cosa era preferible a comenzar sacando papas.

Comencé por el cargo de ayudante. Yo guiaba los caballos, y el patrón llevaba la manera. Para hacer andar los caballos había que gritarles: "¡Hiii!", y para que se detuvieran: "¡Hooo!"; y obedecían como buey que parecían caballos automáticos. Eran dos yuntas; a veces se me creñaban entre los tiros, otras me equivocaba de vocal y los animales, en vez de detenerse, andaban más ligero y sacaban el arado del campo. Entonces mi compañero juraba y rejuraba con una rapsodia increíble:

— *Nom d'un chien, nom d'un chien, nom d'un chien!*...

Pero a pesar de todo, éste me convidaba con vino blanco cada cuarto de hora, y en una mañana terminábamos dos botellas.

Al fin, tanto hacerme cargo de la manera y de todo, cada vez que el iba por el trago de vino hasta el pie de un árbol, fuera del campo, aprendí a manejar el arado como el mejor. Y Aubertinaz me decía:

— Oh, Gasparino! Está en la Argentina, ¿eh?

Un policía inconscible

Cada semana aparecía en la chacra el policía rural de la región, examinaba mis documentos y me preguntaba todo lo que ya sabía y creía saber:

— ¿Dice que es periodista?

— Sí.

— ¿Y qué anda haciendo por Suiza?

— Estudiando la vida de este maravilloso país.

— Pero aquí, a los extranjeros, les está prohibido trabajar.

— Lo que está prohibido es cobrar, y yo no cobro nada; presento a mi patrón.

Y Aubertinaz le decía lo mismo que yo. Entonces el hombre se iba, para regresar a la semana siguiente y someterme de nuevo a igual interrogatorio. Al fin me acostumbré y le perdí el miedo. Pero él no se cansó nunca.

Un día, yendo sentado en la parte trasera del carro, camino del trabajo, nos cruzamos con una señora vestida de negro que llevaba de la mano a dos niños. Era la viuda propietaria. Al pasar a un lado pude verla de cerca. Joven todavía, delgada y bonita. Sus ojos grises me miraron con curiosidad. Yo también la miré fijamente, y sentí deseos de hablar con ella. Hubiera querido ofrecerle mis servicios como profesor de castellano, o de cualquier otra cosa para sus hijos, o como preceptor, o como músico, o lo que quisiera, por sólo casa y comida. Pero pensé que mi desastrosa ventura y mi barba de ocho días no eran buena recomendación, y que con mi deficiente francés no lograría demostrarle mi altísimo valer y la conveniencia de que me tomara. Así, dejé pasar la ocasión. Meses después supe que había pensado mal.

"Aprender a arar en Ginebra!"

Cuando terminaron todos los trabajos en la granja y la chacra, yo estaba convertido en un muchacho fuerte, curtido, buen arador y verdadero "argentino", capaz de manejar caballos mejor que cualquier suizo. Pero mis compañeros desconfiaban de mí; estaba barbudo, parecía un ruso zarista, con manos finas y blancas a pesar del trabajo rudo; decía ser periodista, trabajaba sin cobrar, tenía un tipo muy diferente al de ellos, y no los seguía en sus costumbres. Sólo el viejo Berard se hizo amigo mío.

Aubertinaz, haciendo gala de extraordinaria generosidad, al despedirme me regaló 15 frs.

Me fui a pie hasta Vandoeuvres, distante 6 kilómetros de Ginebra, para tomar allí un tranvía. Pero en Vandoeuvres me vio otro policía rural y, alarmado por mi aspecto, me detuvo. Sujetándome por la mano, habló telefónicamente a Ginebra. Dió todos mis datos, y por suerte le respondió que no tenía malos antecedentes. En pocos minutos me soltó, y me aconsejó que me vistiera de otra manera y me afeitara.

Con mis 15 francos podía vivir más de 15 días; me sentí feliz. Y cuando me afeitó noté que estaba gordo. En el consulado se asombraron de verme así.

Mi pseudo primo, Torres Finn, se reía a carcajadas de este "argentino rico", que tuvo que aprender a arar en Ginebra. *

FORME SU PORVENIR

¡Aproveche su tiempo libre! Estudie por correo una profesión en estas Escuelas, fundadas en 1915. Enseñamos por correo: Radio, Autos, Diesel, Dibujo, Sastre, Modista, Tenedor de Libros, Secretario, Ortografía, Caligrafía, Aritmética, etc.

Envíenos este cupón y recibirá informes muy interesantes.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

695, Avenida Montes de Oca, 695 - Buenos Aires

Nombre.....

Dirección.....

Localidad (6).....



Esta casa cuesta solamente

\$ 70. =

mensuales de amortización durante un corto plazo

Los planes del CÍRCULO FINCA le permiten obtener una casa propia como ésta, de 3 habitaciones y dependencias en cualquier punto de la República, en cómodas cuotas mensuales. Es más barato que un alquiler.

Y es una casa

F.I.N.C.A.

Un plan de Pago. Cuentas Corrientes N.º 1700 en el B. de la Nación de B.A.

REMITA ESTE CUPÓN A SAN MARTÍN 501 - BUENOS AIRES

Señor
Calle
Localidad

y recortar cupónes firmados sin compromiso.

De la vida en estos tiempos

EL DIFÍCIL ARTE DE TOMAR

por
Wenceslao Fernández Flórez

(DERECHOS ADQUIRIDOS)

Madrid, diciembre 1941.

EN aquella casa adonde había ido de visita, largo rato hacía que me encerrara en un hosco mutismo, y mis compañeros me contemplaban con inquietud. Anuncié sombríamente, cuando ya habían sonado las nueve de la noche, que me proponía tomar, allí cerca, en el cruce de las calles de Velázquez y Goya, un tranvía —el del disco 49— para regresar a mi casa. Hubo un impresionante silencio. Alguien dijo, al fin:

—He aquí una noticia bien triste. ¿Cuándo volveremos, señores, a ver a este amigo que se lanza a tan difícil aventura? Propongo que le ofrezcamos ahora mismo un banquete.

Todos gritaron: “¡Sí, sí!”; pero me opuse, alegando que los banquetes están prohibidos, y la dueña de la casa donde nos reuníamos me secundó con brava tenacidad, que probablemente sacaba energías del temor que le inspiraba la suerte de su despensa. Entonces intentaron disuadirme y yo insistí. Nos abrazamos —algunos ojos estaban húmedos— y me marché a la calle.

La acera salvavidas que hay a espaldas de la estatua de Goya y junto a la cual alguna vez se detiene el tranvía estaba ocupada por una espesa muchedumbre con la cabeza vuelta hacia la izquierda; varias narices, largamente trabajadas por el frío, al reflejar la luz de los



escaparates, destellaban como señales rojas de peligro. Una mujer que estaba cerca de mí, y que esperaba vanamente desde media tarde, lloraba transida por la sospecha de no volver a ver más a sus hijos. Un marido aleccionaba a su esposa acerca de la táctica a seguir para saltar un tranvía, si por sí acaso pasaba lentamente. Un hombre contaba, entre la absoluta incredulidad de sus oyentes, que

en la semana anterior, una vez, había encontrado un taxi libre; pero todos comprendían que era aquél un cuento para mantener el optimismo y suavizar la espera. Algunas personas que habían llegado a intimar se narraban sus vidas. Casi todas, sin embargo, enmudecían o murmuraban palabras terribles, que las señoras fingían no oír o repetían quedamente en algún caso.

Al fin apareció en la lejanía el ansiado vehículo. Voces de bajo, de tenor, de barítono, de contralto y de tiple clamaron en la acera, en todos los tonos del recelo y de la esperanza:

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

Y nos condensamos hasta formar una pasta hacia el borde.

El tranvía pasó como un huracán, lleno hasta lo imposible. Los estribos sostenían ocho o diez personas; a los hierros de las plataformas iban agarrados varios padres de familia; jóvenes impacientes marchaban asidos,

a su vez, a estos padres de familia, y sobre las espaldas de los tales jóvenes habían trepado diversos chiquillos. El conjunto formaba una especie de joroba, hernia o tumor en las portezuelas del coche, y, al pasar, barrió con fuerza a los que nos habíamos colocado en primera línea. Dos caballeros quedaron mutilados, y una señora de las que esperaban fué despedida tan violentamente, que siguió corriendo calle abajo, avisando a gritos a sus familiares que se proponía aprovechar aquel impulso para ver si llegaba así hasta Rosales.

La espera continuó. Hablaba-se de la guerra, del año de la gripe, de los bombardeos de Londres, y de otros sufrimientos humanos. Alguien recordó la noticia dada por los periódicos

“El tranvía estaba lleno hasta lo imposible; los estribos sostenían a ocho o diez personas; a los hierros de las plataformas iban agarrados varios padres de familia; jóvenes impacientes marchaban asidos, o su vez, a estos padres de familia...”



EL TRANVIA EN MADRID

Un bello ensaño de la capital española. Pertenece al cruce de la calle de Alcalá y la Gran Vía.





No se debe abusar de los purgantes

Es muy fácil habituarse al uso de purgantes y laxantes, pero quizá Vd. ignore que éstos, a cambio de un alivio momentáneo, en general irritan las mucosas intestinales y agravan el estreñimiento.

De aquí el éxito del Peptógeno Ruxell en el tratamiento de la constipación habitual, porque no sólo depura el organismo, sino que reeduca el intestino.

El Peptógeno Ruxell no es un purgante vulgar, sino un estabilizador de la digestión que favorece la asimilación y todo el ciclo de la función digestiva.

Peptógeno Ruxell

REEDUCA EL INTESTINO

cos y la radio de que la Compañía de Tranvías de Barcelona había reforzado el número de coches de ciertas líneas, y esto produjo el mismo estupor con que se oye un milagro.

Pasó mucho tiempo y llegó otro tranvía, que se detuvo para que bajase un viajero. El encrespado mar en día de tormenta no mueve sus olas como movía sus cuerpos aquella muchedumbre. Me encontré en el aire, luego en el suelo, después en la acera de los pares, en seguida en la de los nones. La gente se animaba vociferando:

—¡Es la ocasión!

—¡Ahora o nunca!

—¡Arriba!

Algunas señoras, completamente aplastadas, con los ojos estrábicos, renunciaban a todo esfuerzo para marchar a sus casas, tristemente seguras de que nadie las reconocería en ellas ya.

El amante marido que daba instrucciones a su esposa consiguió que ésta pusiese la punta del pie en un estribo. Un hombre recio y galante la sostuvo desde la plataforma, asíndola por la garganta. El tranvía reanudó la marcha. Clamábamos: "Espere, espere".

El marido, entre nosotros, pedía al hombre recio:

—¡Cuidemela bien! ¡No la suelte!

Melancólicamente, hundido en el gabán, emprendí a pie el largo camino hacia mi casa.

Ignoro lo que les ocurrió a aquellos compañeros de espera. Acaso estén aún allí. Acaso hayan muerto...

Así sucede... ♦

El Palacio de Correos, en la Cibeles, otra pista, resca perspectiva urbana del Madrid moderno.



LAS PIELES

Jacinto Ramos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

ESTABA borracho... ¿Qué culpa tenía él?...
—Tienes culpa por haberte emborrachado— decía su conciencia, que empujaba y despertarse.

—Fue hasta la mesa y tocó el timbre:

—Prepárame el baño, Andrés.

El criado se inclinó respetuoso, demasiado respetuoso, y luego, con sonrisa servil, presenció:

—¿Se divirtió mucho anoche el señor?...

Jorge no le contestó.

—Parecía que viniese un regimiento de cocineros por la calle.

Quiso olvidar el escultor la pesadilla de se bazaría, que le atormentaba. Intentó reír:

—Un escándalo, eh?... Pues no éramos muchos, el pintor Ives, Suzette y yo... Tres nada más.

—Tres terremotos. Y la señorita Suzette... estaba también?...

Hizo el clásico ademán de empinar la botella.

—También..., también — respondió Jorge con cierto desagrado.

—Y... ¿qué hacía? — se atrevió a preguntar al servidor, mientras se le encandilaban los ojos con tal lujuria, que a Jorge le repugnó aquella familiaridad, y cortó:

—Recitar versos... Prepara el baño.

Antes de salir, el criado se dedicó a recoger las prendas de su señor, arrojadas aquí y allá del saloncito, al mismo tiempo que Jorge, apoyada la cabeza en los cristales del balcón, recordaba a Suzette, la Susana a quien su larga estancia en París había afrancesado el nombre, recostada en el muralón del Sena, en los mismos lugares de frente al Museo del Louvre, en donde la poetisa pasaba las mañanas rebuscando en los cajones de los libreros de viejo las ediciones raras, que ya sólo se encontraban muy de tarde en tarde. La crochaba recitando al agua que se deslizaba lentamente, a la barcaza panzuda:

*Dondeada sea tu boca, porque el adulterio encierra.
Porque sabe a rosas frescas y a vejeces de la tierra.*

Y los versos de Remy de Gourmont, el perverso, punzaban ahora al escultor en el alma. Una borrachera bajuna, canallesca, la sayo... La primera de este tipo en su vida.

—¿Y el abrigo del señor?... ¿El abrigo de pieles?...

Jorge palideció y se volvió, nervioso, ceñudo:

—No lo busques.

Aranzó hacia el criado, cerrados los puños.

—No lo busques más..., ¿oyes?... Y no vuelvas a preguntar por él... No vuelvas a hacerlo.

—Está bien, señor.

Y retrocedió, de espaldas, hasta la salida. En el pasillo aconsejó a la doncella, que se llegaba para saber a qué hora desayunaría el dueño de la casa:

—No entres... Le dura todavía la turca de anoche.





Le duraba el recuerdo, tan sólo el recuerdo, de la muchachita menuda, negruca, de ojos suplicantes, que parecían, en la fría noche de diciembre, los de una bestezuela acusada. Volvía a oír su voz:

—Tengo frío, señores, tengo frío...

Jorge había avanzado para regalarle su abrigo a cambio de... ¿Qué asco!... ¿Qué asco de sí mismo!... ¡Y había sido él!...

...Le instigó Suzette... Luego, la desdichada criatura, en el horror de la revelación, se había arrancado aquel abrigo que la envolvía por completo, como en un juego infantil de Carnaval, arrojándolo al río, mientras les increpaba:

—¡Canallas!... ¡Canallas!... ¡Malditas sean tus pieles, hombre!... ¡Malditas sean y que las pieles atraigan siempre maldición sobre ti!...

Se bañó, desayunó y pasó al estudio; se

puso a trabajar, intentando hundir la escena ingrata en la fiebre de la inspiración. Faltaban pocas semanas para que se abiera el salón de escultura, coincidiendo con la inauguración de la Exposición Internacional, y Jorge estaba atrasado en su labor. Ya tenía su obra un lugar reservado, el que él eligió para su mayor realce. Ya los diarios le habían dedicado notas incesantemente, y los semanarios ilustrados publicaron entrevistas con el artista, junto a su talla, en la cual la forma se apuntaba tan sólo.

Jorge Stenich expone una maravilla.

Piedra morena como el trigo candeal para el cuerpo de una mujer y mármol más blanco que una alborada, para el manto... Aquí estaba pidiéndole vida aquella mulata... la *mulata del armíno*, la mulata llegada de los trópicos a los crudos climas de Europa, que sentía frío; la mulata de carne

ardiente que buscaba calor en aquellas pieles de armíno... Fuego y nieve... Todo el mundo la iba a contemplar en este año triunfal para Francia, nidal de artistas. Jorge Stenich, el escultor mimado de París, iba a escribir su nombre en todos los meridianos de la tierra. Presentía él su éxito, los trompetazos de la fama, que mil veces escuchados, no le bastaban; el torrente de oro entrando por los ventanales de su ya rico estudio.

—Jorge Stenich expone!...

El corro de íntimos, frente a la obra, no concluida, se estremecía de emoción al igual del artista que la creara.

—Es el trópico, Jorge, el trópico, que grita espantado en una noche noroña de cielo claro, en el cual hasta las estrellas se han helado... Son las hermanas de tu mulata, temblando acurrucadas en los camerinos

de las "manic-halls"... Son los negros que recorren las calles, atrevidos, tendiendo las manos a todos los fuegos que encuentran

... a la vez, el pastor polaco, a pesar de la belleza de aquella noche de rufianes, volviendo a ensueños de niño, murmurando: —Es la vida, Jorge; es la brasa de la pasión que, abogada por la pureza de un amor... o por un arrebatado de calorismo... miraba burlona y declamaba:

*Me llevo hasta los huesos
vota frío.
Penas, con tus caricias,
piales sobre los tuétanos,
querido mío.*

Y marcaba mucho la palabra *querido*... que era un acierto asombroso para encontrar el vocablo encanallado que lo envilecía

... Hacían unas jornadas febriles... Llegó un día en que se oyó aullar de dolor a la *mulata del armijo*, pidiendo calor para sus miembros, que se le cuajaba en las venas... era de piel, piel de verdad... ¡Si Jorge leja la mano y lo sentía suave... Y en el estudio, el milagro se cumplió... Ya la tenía!... Tan sólo faltaba darle aquella cara, darle más expresión, como doblarse de aquellas piernas y el contacto del vientre horrorizado al contacto de las sierras... Que nadie entrase al estudio. Se encerró en él. En el comía. No dormía. No saldría de allí sino para ir a las cumbres de la Gloria.

— ¡Triunfado, Jorge; has triunfado! —

... Y comenzó el *tedium* de los artistas, que se iban retirando a sí mismos.

Se abrió el salón. En torno a la *mulata del armijo* fué un jubileo. Pero Jorge notó, con desesperación, los gestos de asombro y desagrado de los visitantes.

— Es un engendro... escuchó.

— Grotesco, amiga mía...

Jorge se alzó del diván... «La envidia,

Hendió los grupos, espigando como

Quiénes le conocían callaban

acercarse. Otros, le tendían la mano,

aduladores... Alguien, el que más

hizo, le abrazó, diciendo:

El manto de siempre, amigo Stenich:

— El mismo de siempre!... ¡Cuando un ar-

empezaba a ser el de siempre está per-

Saló al jardín. Dos críticos pasaban y Jorge

ocultó tras una palmera.

— ¿Quié le ha ocurrido a este hombre?...

— ¿Que hubiera querido deshacer lo que

ya logrado. Hubiese sido preferible

de dejara en boqueo.

— El efecto; Jorge Stenich ha hecho del

magnífico una gata sarnosa tiritando

cocina sin fuego. Llevaba demasiado

la cosa para rematar felizmente.

— La cabeza y regresó al salón. Cruzóse

machacho de Montmartre, chalina al

pipa en los labios, que, con una bo-

caída de humo, lanzó a la modelo que

de su brazo:

— Jorge Stenich está agotado. Descansen en

— ¡Qué! a su estatua, dos o tres curiosos...

— Suerte... No quiso ni mirarla, y se dejó

— el verde terciopelo del diván. Pero

— la tersa se acercó a él y murmuró en su

—

— Quítale el manto de armijo, Jorge...

— Las pienes están malditas. Te traerán siempre

— ¿Hís mirado bien a tu mulata?...

— Le hizo incorporar y le llevó frente a

— la escultura. El salón empezaba a quedarse

— ¿No te recuerda nada?...

Y más honda:

— Es el rostro de la muchachita del muel-

— ... aquella que tiró al agua tu abrigo.

— Suzette se alejó. Permaneció Jorge al pie

de su obra unos minutos y cuando se acercó

de los empleados de la Exposición, reve-

rentísimo, le dijo:

— ¿Quiere usted ocuparse de que la *mulata del armijo* sea retirada del salón, esta misma noche?...

— ¡Ba a avanzar, cuando oyó tras él una voz

de mujer que preguntaba:

— ¿Por qué, señor?... Su mulata es una

hermosura.

— Se volvió. Una dama de rostro moreno y

dientes deslumbradores, recogido el pelo lus-

troso en dos bandas y envuelta en riquísimas

pielos, le sonreía.

— ¿Por qué, señor Stenich?...

— Se llegó a la estatua, sin que Jorge se mo-

viese de su sitio, abrió su bolso, sacó una tarjeta de visita, escribió en ella la palabra

ADQUIRIDA y la colocó entre las manos

de la mujer de piel oscura.

— ¡Salimos?...

Jorge le ofreció el brazo, en silencio.

Aquella señora rica, elegante, de perfecta belleza, apasionada por las artes y la literatura, fué el desquite de su derrota en el salón

de escultura de la Exposición Internacional.

Todos la juzgaban su amante y, sin embar-

go, entre ellos no había sino una amistad cre-

ciente, que iba ahondando más en el corazón

de Jorge que en el de ella, hasta llegar a ser

un deseo abrasador, que, satisfecho, acaso hu-

biese extinguido sus relaciones con la misma

rapidéz con que se establecieron, pero que el

continuo negarse de la mujer no hacía sino

exacerbar. Llegó a convertirse para Jorge en

una obsesión... La veía ante sí, continua-

mente, envuelta en sus pielos, de las que



Aproveche las horas libres para seguir un curso de *Corte y Confección*

Y recuerde que los métodos que usamos desde hace más de 30 años son los más sencillos. Nada de útiles especiales. Con los que usted tiene en su casa puede iniciarlo en cualquier momento.

Si reside en el interior, puede hacerlo por correspondencia, y, si vive en la capital, pudiéndose en los cursos personales, a la hora y día que más le convenga.

CORTE Y CONFECCION
SOMBREROS
CORSES Y FAJAS
(INCLUIDO ORTOPEDICAS)
LABORES Y MANUALIDADES
ORTOGRAFIA Y REDACCION

Instituto Cultural Femenino

LLONCH DE FONTOVA

Nuestra mejor garantía: 32 años de Enseñanza Profesional

RIVADAVIA 1966 - U. T. 48, 1852 - Buenos Aires

Representante en el Uruguay: JOSE MARTINEZ
COLONIA 810. - Montevideo

Nombre

Dirección

Localidad

F. C. L. 183

Envíenos HOY
MISMO este cu-
pón y recibirá
GRATIS el nue-
vo e interesante
FOLLETO.



poseía una colección fabulosa, de las que nunca se desprendía.

—Quisiera verla sin ellas — le rogó.

—Me moriría.

—Pero... ¿es que siempre tiene usted frío?...

—Siempre, siempre.

Añadió:

—Son mi pasión, Jorge. Me he criado entre ellas, porque mi madre las amaba extraordinariamente.

Y cada vez que él lo atribuía a farsa o a un querer aparentar originalidad o a una burla para con él, o a un capricho infantil, se defendía haciéndole observar su manera de vivir. Cierro: su hotel, con la calefacción continuamente encendida, de su "hall" al coche y del coche al palco del teatro, bien arropada, o al establecimiento confortable o al resguardo de un rinconcito bien escondido en el salón de té.

—Comprende mi entusiasmo por su mudata?... Esa expresión suya sería la mía si intentaran dejarme sin pieles...

Luego, agregaba:

—¿Qué le han hecho mis pieles?...

La frente de Jorge se llenaba de surcos mientras sus labios murmuraban:

—Nada.

Le ofreció su nombre, que ella rechazó:

—Un artista no debe casarse, Jorge... Trabaje, trabaje...

Pero el escultor no podía trabajar, no podía vivir lejos de ella. Perdía toda apatencia cuando no estaba en su compañía y tan sólo vibraba para codiciarla al reunirse. Dejó de cumplir encargos admitidos tiempo atrás. De su estudio no salía nada. Al principio, su retraimiento fué atribuido al fracaso del último salón. Más tarde, la opinión unánime en los círculos artísticos y en la prensa, fué la del bohemio de Montmartre:

—Jorge Stenich está agotado.

Más el *décime en paz* no se añadía. No le dejaban descansar. Unos críticos, sinceros amigos, para provocarle, le daban cariñosos arañazos; otros, antiguos enemigos, zarpazos feroces. Pero sus manos continuaban ociosas y el polvo y el desorden se apoderaban de su estudio.

—Sea usted mía y resucitaré.

Y obtenía la respuesta invariable:

—No, Jorge; seamos únicamente buenos amigos.

Una tarde, excitado, puso sus manos en los hombros de la mujer.

—Quitese estas pieles... Son ellas las que se oponen a nuestro amor... Las pieles son mis adversarias...

Ella le miró con fijeza, un poco asustada.

—¿Qué dice usted? ¿Está usted loco o borracho?...

Y recobrándose:

—Y sobre todo... ¿qué modales son éstos? Sonó la llamada. La doncella, en el umbral del saloncito íntimo, alzaba el tapiz y esperaba, impassible, que el escultor Jorge Stenich saliera para entregarle su sombrero.

No volvió a encontrarla. Cuando, pasados unos días de embriaguez casi continua, decidió humillarse y fué a llamar a su puerta, ésta no se abrió... El hotel estaba desalquilado...

—Hace unas dos semanas, señor.

Empezó a faltarle el dinero a Jorge. Huyó de los amigos... Despidió a la servidumbre. La portera atendía el piso con orden de no penetrar en el estudio, en cuyas mesitas había siempre provisión abundante de ajenjo, ginebra y coñac, cuyos rincones eran cementerios de botellas vacías... Estableció estrecho contacto con el hampa parisiense. Se le veía en los bailes *musette*, en los locales donde antaño estuviera emplazada la histórica Bastilla, en las bocacalles de la plaza Pigalle, recibiendo misteriosos papeletos con el veneno de los polvos blancos. Llegaron; para él los accesos violentos

de la intoxicación por la cocaína. Para ella había sus recursos. Sintió hambre, hambre de verdad. La aguantó. El caso era beber, absorber la droga que le hacía olvidar. Olvidar o recordar sin darse luego cuenta de ello.

—¿Qué esas pieles...? Son ellas las que tienen la culpa... Las pieles son mis enemigos.

Dentro de poco no tendría ni un mueble que vender. ¿Y cuando no pudiese comprar un coche?... Como un espolazo en los ojos, como la necesidad de trabajar. Registró un bolsillo: un puñado de francos. Compañía de papel, carboncillo, unos lápices en el primer establecimiento que halló al pasar, y se sentó en un tabernucho para dibujar.

En el despacho del director de la revista empezó a morir de despecho y de vergüenza.

—No se pueden publicar, señor Stenich... Vamos, no se desanime... Siéntese; cuéntenme más de su vida.

Le volvió la espalda y corrió escaleras abajo. Fue ofreciendo sus dibujos por los sórdidos tenduchos de Montmartre, en cuyas vitrinas locian sus chafarrinones las acuarelas de rameras y apaches. No interesaban.

—Son míos... Son de Jorge Stenich... ¿No conoce usted ni firmó?...

La vieja exploradora de artistas mendicantes vecina de Chez Toto, el cafetín pecaninero, atracción de extranjeros, se echó a reír.

—Del señor Stenich! ¿Del escultor Jorge Stenich, verdad? ¿Y es usted?... ¡Qué buen día le ha dado Dios!...

Endoquizado, ascendió hasta la balaustrada del Sacré Coeur. La callejita aquella que miraba en innumerables escalones hasta perderse casi de vista, con sus farolillos de gas a la entrada y a la salida, le recordó cuántas veces la dibujara en su mocedad, recién llegado a París... Fue su último recuerdo grato.

Allí abajo estaba la gran ciudad, callada y húmeda en la noche, con los ramalazos de claridad y la roja luz de los bulevares... La ciudad que se le rindió, a fuerza de poner en su empeño constancia y fatigas. Empezó la marcha. Bajó aquella escalinata interminable y anduvo, anduvo por las calles solitarias, entrando en todas las tabernas que encontraba en su camino... Le quedaban unas monedas en los bolsillos... Le daba vueltas la cabeza. Estaba a la entrada del puente recientemente restaurado para el magno acontecimiento de la Exposición Internacional, que había de difundir por todo el mundo el nombre del escultor... Ante él, el Sena. Enfrente, la mole del Museo del Louvre... A sus espaldas, más allá, la estación de Orsay, por donde él entró a París cargado de carpetas e ilusiones... Arrojó las monedas al agua.

—Tengo frío... — murmuró.

Lo hacía ciertamente. La noche era cruel entre las crueles... Se le fué la vista... Una muchachita harapienta, fruto de su desvarío, surgió ante él y como un eco repitió:

—Tengo frío, tengo frío, señores.

—Vete!... ¡Vete!... — gritó Jorge Stenich —. Yo no tuve la culpa... ¿Sabes? Estaba borracho y Suzette me excitó...

Rodó por el suelo. Pasaron unos minutos. Un coche se detuvo.

—Será un borracho — dijo alguien, cerca del escultor.

Y otra voz, que venía de muy lejos para el que vacía en tierra, contestó:

—Está borracho, en efecto, pero se va a helar si le dejamos así... Toma la piel del coche.

Jorge Stenich intentó incorporarse.

—¡La piel, no!... ¡La piel, no!... ¡No quiero pieles!... ¡Están malditas para mí!...

Y al sentirla sobre su pecho, se encogió horrorizado, su mano hurgó en un bolsillo y reapareció apretando la pistola... Sonó un disparo... Sobre las aguas del Sena se movía la barcaza panzada de la noche aquella... *



POR LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA



Jóvenes conscriptos filipinos se inician en los ejercicios con fusiles.



El puerto de Manila, capital de las Filipinas, hoy en poder de las fuerzas japonesas.



El jefe de la tribu ibilios, en elegante pose para la fotografía.

Un joven ibilios, en una figura de una danza guerrero de su tribu.

Filipinas

CONSTAN DE CATORCE
MIL ISLAS E ISLOTES
Y TIENEN ONCE MILLO-
NES DE HABITANTES



Orquídeas, ofrenda de paz de los "cozadores de cabezas"

PERDIDAS en la inmensidad de las aguas del lejano Oriente, vemos en el mapamundi unas islas tapadas casi por las letras de su propio nombre: Filipinas. Se diría que si fuéramos a ellas las recorreríamos a pie en poco tiempo, y se antoja extraño, por ello, que hayan sido uno de los principales escenarios de la guerra del Pacífico. Su importancia estratégica es, desde luego, vital para las potencias beligerantes; pero no es sólo su importancia estratégica lo que hace codiciable al país.

Esos puntitos que en el mapa son insignificantes contienen más de 13 millones de personas; casi tanto como toda la Argentina. Es un maravilloso archipiélago compuesto por más de 14.000 islas e islotos, de los cuales sólo 2.441 tienen nombre. Llenos de mirtos, laureles, helechos, palmeras y orquídeas; árboles madereros, plantas textiles, aromáticas, medicinales y frutales; corren por sus bosques búfalos, jabalíes y ciervos; hay cocodrilos y pitones,



Un buceador zambongo revisa la base de una roca en busca de astras.

Aproveche
sus
vacaciones
DIBUJANDO



Distrajéndose aprenderá, en POCO tiempo y con POCO gasto, la más lucrativa de todas las profesiones, pues permite ganar fuertes sumas ilustrando cuentos y novelas, o como dibujante de modas, artista decorador, Jefe de Publicidad, etc.

UNIVERSIDAD COMERCIAL

JUNCAL 1264 - BUENOS AIRES

"cobra más barato y enseña mejor".

Envíe este aviso con su nombre y dirección, y recibirá GRATIS el folleto con amplios detalles de todos nuestros Cursos por Correspondencia (Taquigrafía, Caligrafía, Aritmética, Contabilidad, etc.)

CUALQUIER CURSO \$ 3 POR MES

HABLEMOS CORRECTAMENTE

Como debemos hablar en sociedad. Lista de palabras y frases incorrectas: 0.50. Venta: Librerías El Ateneo, Florida 340; La Facultad, Florida 359, etc. y en quioscos. Suscripción: año \$ 2.50. Director, Abel G. Bravo. Necesitamos representantes. Girs: Beltrán 72, sur, 6. Bs. Aires: 63-6516.

Ahorre el 80 %
de costo de sus
alambres.



USE UN SOLO HILO Y EL ELECTRICADOR "INTERNEX"
Un hilo reemplaza con éxito a un alambre de 8 hilos.

APROVECHEN SUS CERCOS VIEJOS
Electrifica hasta 15 kilómetros de alambre.
Sujeta cualquier clase de hacienda por más brava o mañera que sea.
COSTO: SOLO \$ 130.-

NOVEDAD!

PARA SABER LA CARGA DE SU ACUMULADOR. 3 BOLITAS INDICAN EL ESTADO DE LA CARGA.

Flotan las 3: Bien cargado.

Baja la blanca: Aun cargado.

Baja la verde: Media carga.

Baja la roja: Casi descargado.

PRECIO. \$ 3.50

(Ilete, \$ 0.50)

¡Dan interesantes folletos a:



SVENSDEN Y Cía. - Tacuari 362 - Bs. Aires

APRENDA A BAILAR POR CORREO

LANCO
MILONGA
FOX-TROT
SWING
VALS
PASO DOBLE
RANCHERA
RUMBA Y
ZAFATEO
AMERICANO

Es sólo a diez, por el
método del prestigioso
Profesor diplomado

GAETA



SEÑORITA O CABALLERO: Desde las 12 a las 65 años, con sólo remitir UN PESO en estampillas o efectivo, recibirá a vuelta de correo, en su misma casa, en sobre cerrado y sin empaque, prospectos completos con selección de estos bailes, bien ilustrados con dibujos y fotografías.

Más de CIENTO VEINTE MIL alumnos han aprendido ya por correo o personalmente en este estudio, que es el más grande y lujoso de Sud América y donde también se enseñan bailes Españoles, Clásicos, etc.

Solicite hoy mismo este método, escribiendo al:

Sr. DOMINGO GAETA CANGALLO 1610 BUENOS AIRES

AL HACER SU PEDIDO, MENCIONE ESTA REVISTA

En la capital federal, el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS tiene habilitado el consultorio "Pedro Lagleyze", en Juncaal 1845; el DISPENSARIO NÚMERO 1, en Pedro Goyena 1780, y el NÚMERO 2, en Nahuel Huapí 2479, donde personal especializado atiende gratuitamente las enfermedades de la vista.



Las mujeres flacas, pálidas, anémicas, de formas angulosas y escasa vitalidad deben tonificarse, que es el medio de obtener el equilibrio de las formas, la belleza y el bienestar.

Usted se sentirá fuerte, sana y renovada con el reconstituyente IPERBIOTINA MALESCI. Este producto es un tónico para la mujer, puesto que en breve tiempo restituye la fuerza física e irradia el bienestar que necesita.

La IPERBIOTINA MALESCI es un estimulante, bajo cuya influencia se restablece el equilibrio biofísico, acelera los procesos de intercambio y aumenta la eficiencia de la energía vital. Vigorice su organismo y recupere su bienestar con este tónico.

★ IPERBIOTINA ★

MALESCI

y chillan los monos en la espesura. Todas las islas juntas forman una superficie de más de 300.000 kms., y de ellas se extrae oro, carbón, plomo, cobre, hierro, mármol, azufre, caolín, plata, petróleo, mercurio y platino. Hay cerca de 1.500.000 búfalos domesticados al servicio de los habitantes.

La capital de las Filipinas es Manila, ciudad mártir cuyos habitantes — cerca de medio millón — acaban de experimentar los horrores de la fuerza aérea desatados sobre ella, pese a su condición de ciudad abierta. El país se divide en 47 provincias y 10 subprovincias. Se hablan unos 40 idiomas y dialectos, pero se consideran oficiales sólo el inglés y el español. Los indígenas pertenecen a diversas razas: tagalos, visayos, iloicanos, bicolanos, calamianes, joloanos, mindanaoenses, samales, lanaoenses, sanguiles, palawanes, ifuganos, calingas, igorotes, buquidnones, mandayags, apayaos, tagbanayas y varias otras.

A pesar de encontrarse el archipiélago entre los paralelos 5 y 20 de latitud norte, zona tórrida, la temperatura máxima registrada en un periodo de observación de veinte años sólo alcanzó los 38 grados, y esto una sola vez; y la mínima no bajó de los 15 grados. Hay épocas del año muy lluviosas y otras de sequía, las que dependen de la dirección de los monzones. Existen 25 volcanes, 12 de los cuales están en erupción. El punto más alto del archipiélago lo marca el volcán Apo, que tiene 3.200 metros.

Los mares, ríos y lagos de las Filipinas se hallan poblados de fauna útil o interesante; pululan allí tiburones, peces sierra, peces arado, lijas, rayas, tucós, peces martillo, peces erizo, peces cofre, agujas de mar, caballos marinos, anguilas y sardinas; el bango, una especie semejante al bacalao; rotaballos, lenguados; varios del género *Ophicephalus*, llamado *dalay* por los naturales, que forman parte principal en la alimentación indígena; y camarones, cangrejos de mar y ríos y ostras comestibles. Además, abundan las ostras perliíferas, las que, más que por sus perlas, son buscadas por su nácar translúcido, que se corta en pequeños cuadrados para emplearlo en vez del cristal en las ventanas.

Como se ve, pues, las Filipinas constituyen un país de gran importancia desde todo punto de vista. Hoy las tenemos en el umbral de la Historia de las civilizaciones, con el horror de la guerra y la atención del mundo concentrados en ellas. *

La hija de Mata Hari

Por

**MAURICIO DEKOBRA
& LEYLA GEORGIE**

ADAPTADA ESPECIALMENTE PARA "LEOPLAN"
POR ROLANDO W. VARELA

TAPA DE MARIANO ALFONSO

ALGUNAS PALABRAS EN TORNO AL AUTOR

Cerca del año 1885. Un joven francés, recién nacido en las filas del periodismo, se hallaba frente a una encandiladora de serpientes que, con el consabido instrumento musical, subyugaba dos hermosas cobras. La joven era hermosa, el muchacho audaz... siguió un romance del que surgió, en breve, el nacimiento de quien iba a ser uno de los más populares novelistas modernos, Dekobra, nombre originado, según el propio escritor, de "dos nombres". Tenía él, en aquella época, veinte años; a los veinticinco daba a publicidad su primera novela, cuyo éxito rotundo e inmediato lo llevó a dedicarse casi por entero a ese género literario. En su producción lo muestra como uno de los más fecundos autores modernos, habiendo superado los "records" de ventas alcanzados por Marcel Prevost, Pierre Benoit y Victor Marguerite. De pluma ágil y de imaginación fecunda, Mauricio Dekobra crea en sus obras un inagotable caudal de situaciones interesantísimas y de emocionantes aventuras, que lo han colocado a la vanguardia de los escritores del género novelesco. Su popularidad quedó de relieve cuando, en 1930, al aparecer su novela "Le Sphinx a parlé", firmó contratos de traducción a diecisiete idiomas diferentes. De sus andanzas por las trincheras del frente, en la guerra de 1914, quedó un estilo nuevo, recto y a la vez conmovedor, que sabe pulsar con acierto la fibra sensitiva humana; de sus tiempos de periodista conservó la agilidad y amabilidad de que hacen gala en cada capítulo de sus novelas, frescas siempre y siempre modernas. Entre las más felices producciones de Mauricio Dekobra pueden citarse "Grain de caibou", "Flammes de velours", "Winnit, place Pizalle", "La madone des sleepings" que pasó los 220.000 ejemplares, y, finalmente, "La hija de Mata Hari"; la novela que "LeoPlan" presenta hoy en castellano al público de América latina, y donde, si cabe, Dekobra se ha superado a sí mismo, poniendo, en medio de la estricada trama de aventuras que constituye su vida personal, un toque psicológico y un poco de romance que condimentan en forma incomparable esta obra maestra del género novelesco. Leyla Georgie, la conocida novelista que lo acompañó esta vez, es también una avezada escritora. Baste decir que secunda gallardamente al notable autor francés, poniendo de su parte el sutil toque romanesco que campea entre líneas. Y ahora, reunimos al lector a la novela. En sus páginas hallará la confirmación de todo lo dicho aquí... y, quizá, algo más también...



CAPITULO I

A diez mil pies sobre Londres, en el cielo característico de octubre, un veloz caza de dos asientos deslizábase como un fantasma a través del espacio, con su motor regulando. A una palabra del piloto, el distante pasajero introdujo sus brazos en las mangas de un traje marrón oscuro, enterizo, con el que cubrió todo su cuerpo. Tiró hacia arriba el cierre, relampago, tapando el uniforme de corte británico que llevaba debajo. Entonces no fué más que una simple bolsa de la que emergió un pálido y afilado rostro que se encristaló hacia arriba.

Franciendo el entrecejo, en un gesto que denotaba su concentración y su preocupación, el piloto embistió el aparato hacia tierra con un ángulo abierto, planeando lentamente mientras esperaba,

evidentemente, un mensaje radiotelefónico. De pronto, sus cejas se arquearon.

—¡Salte! —ordenó en tono de mando.

El hombre del *overall* se puso de pie tanteando la anilla de su paracaídas, asegurándose que estaba en su sitio.

Después, profirió dos vibrantes exclamaciones y se arrojó al espacio.

El piloto hizo rugir el motor. El hombre del *overall* se zambullió a plomo en la atmósfera, agudizando con velocidad vertiginosa la columna de niebla. Un instante después el paracaídas abrió su flor blanca y, entonces, uno y otro, hombre y paracaídas, flataron en la bruma, invisibles; una silenciosa amenaza descendiendo lentamente a la dormida comarca de abajo.



Frente a un pelotón de soldados franceses terminó su existencia Moto Hari, la bella y misteriosa aventurera, cuyo nombre se murmuró aún en los círculos del espionaje internacional.

El veioz caza se elevó vertiginosamente, dió media vuelta y puso proa hacia el continente.

En el estudio de su hogar londinense, a cinco minutos escasos de la oficina británica del *Intelligence Service*, sir John Sanderson hojeaba los informes marcados con un sello "Confidencial y urgente", que acababa de traer su ayudante particular, el capitán Hugo Kenley.

—¡Diablos! — exclamó sir John —, otro descenso de paracaidistas enemigos. Y nada menos que en Watford, Casi sobre nosotros mismos.

—Si señor — dijo Kenley —. Un soldado lo encontré oculto bajo una pila de cepillos. Sir John parecía descontento.

—Bueno, esto significa que tenemos que cazar más elementos de la "quinta columna". ¡Hay que tener coraje para descender tan cerca de Londres! Pero no es mucho lo que podemos hacer al respecto... Según los informes, una joven lo recogió en su automóvil, un *roadster* amarillo. A estas horas estará probablemente en contacto con nuestro amigo el capitán "Ajax", y habrá recibido órdenes para quién sabe qué endemoniados asuntos.

Kenley asintió.

Hablando de "Ajax", señor, temo que le he traído aún otras malas noticias de él. Ese informe que está en el escritorio frente a

usted... de nuestro "Nº 29", el de la carta.

—Sí, sí... ya sé; aquí lo tengo.

Sir John leyó rápidamente el papel indicado.

—¿Cómo!... ¿Qué es esto? ¡Imposible!... ¡No puede ser! ¡Debe de haber algún error!

—Lo siento, señor, todo es exacto; lo he comprobado cuidadosamente... La escritura y todo lo demás. Temo que "Ajax" nos ha ganado otra vez la partida. Mara nos ha traicionado...

—Esa mujer sólo podría hacer tal cosa por amor.

—Dos de ellas lo han hecho ya — dijo el ayudante —, dos de las mejores; con ésta son tres. Debe de ser un hombre muy sagaz ese capitán "Ajax".

Sir John leyó nuevamente el informe y, después, la carta escrita por una delicada mano femenina: "Me he dado cuenta demasiado tarde de lo que he hecho... No puedo traicionarlo ahora porque estoy loca y desesperadamente enamorada... Pero debo ponerlo en guardia a usted en bien de los otros... No puede ya confiar en mí... Haría cualquier cosa que él me ordenara... ¡Cualquier cosa!... No ponga ninguna mujer tras él; sería inútil. Haría con ellas lo que hizo conmigo... Seguramente tomó la lista mientras yo dormía, pero sé que de todos modos se la hubiera entregado... Sólo me resta una cosa

por hacer... Eso o... ¡Adiós! ¡Que Dios e Inglaterra me perdonen!

La carta estaba firmada: "Mara 29".

Sir John arrojó la carta lejos de sí.

—¡Increíble! — murmuró —. Trabajaba para mí hace tanto tiempo, que había llegado a confiar en ella absolutamente.

—De todos modos... nunca pude comprender dónde consiguió usted esa exótica gata negra — dijo el joven Kenley.

Sir John hizo un gesto indefinido con la mano:

—La conocí en el Cairo... Me dijo que había nacido en Saloliki.

—Es terriblemente atractiva... — murmuró Kenley.

Sir John se levantó y dirigióse a largos pasos hacia la ventana. A través de los vidrios especiales de su ventana, que permitían ver al exterior, pero que no dejaban escapar ningún rayo de luz, echó una mirada sobre Londres, que dormía envuelta en sombras.

—Kenley!, debemos apresar a ese hombre — murmuró entre dientes —, debemos capturarlo a cualquier precio. Y lo que es más, debemos hacer todo lo humanamente posible para arrebatárselo esa lista de nuestros agentes antes de que él se reúna con los enemigos.

—Sí, señor.

Sanderson se acercó nerviosamente al largo mención, entre el pulgar y el índice.





"Después se hizo presente una
antibomba, y los bomberos vo-
luntarios iniciaron su penosa
labor. Los flamas del incendio
iluminaban lo noche..."

—Fue un error confiar tan importante lista a una mujer. A veces desearía que no se utilizaran mujeres en el *Intelligence Service*. Ninguna de ellas... Pero no podemos correr riesgos. Recobremos o no la lista, es necesario poner nuevos agentes en los puntos estratégicos como Copenhague, Amsterdam, Bruselas y Oslo.

—Permanció pensativo un instante y luego agregó:

—Les llevará cierto tiempo ponerse al tanto de lo que ocurre; y entre tanto, Dios sólo sabe las tretas que nos jugará el enemigo... No me agrada esto, Kenley; y todo por culpa de ese maldito "Ajax". "Ajax"!... Hasta hemos inventado un nombre para él... AJAX... en nuestro Código secreto. Pero no sabemos quién es; no sabemos qué es, y no sabemos dónde aparecerá la próxima vez.

—Tiene usted razón —agregó su ayudante—; nos ha burlado continuamente. Pero no estoy de acuerdo con usted en cuanto a las mujeres. Mi instinto me dice que será una mujer la que lo capture. Solamente que debe ser la mujer apropiada: despierta, no muy estricta en cuanto a moralidad. Una sirena, como se dice. Como aquella tan fascinadora que tenían los alemanes en la pasada guerra; Mata Hari, creo que se llamaba. Si tuviéramos una como ella...

—Sir John levantó su mano con ademán nervioso:

—¿Por favor, capitán Kenley!

Las mandíbulas del jefe del *Intelligence Service* se contrajeron en un esfuerzo por mantenerse sereno.

—No dudo de que trata usted de ser útil, pero mientras yo sea jefe aquí, no tendremos agentes, de cualquier sexo, que deban actuar en forma inmoral. El enemigo puede hacer lo que guste, pero...

En ese instante sonó la campanilla del teléfono, conectando el estudio de sir John con la oficina del *Intelligence Service* por una línea privada. Sir John tomó el auricular con mano nerviosa.

—Sí, habla Sander-son —dijo con impaciencia. Luego, mientras es-

cuchaba, se puso a dibujar distraidamente en su cuaderno de notas, con un lápiz que tomó del escritorio. De cuando en cuando murmuraba una frase.

—¡Excelente, excelente! Trate de conseguir todos los datos posibles... Utilice cincuenta hombres si es necesario.

Cuando colgó el auricular, el rostro de sir John no expresaba la menor emoción. Sin embargo el tono de su voz era alegre cuando dijo:

—Buenas noticias: estamos a punto de hacerle confesar. Me parece que ya lo tenemos. Primeramente le dimos la oportunidad de que nos condujera hasta "Ajax", por supuesto. Es mejor que vaya usted a la oficina y me telefonee las últimas noticias.

—Bien, señor —dijo Kenley dirigiéndose hacia la puerta. Se detuvo después junto a ella y dijo a modo de despedida:

—No se deje abatir por eso, coronel; conseguiremos esa lista de alguna manera.

—Gracias, Kenley, buenas noches —dijo sir John sin volverse.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras el ayudante, sir John, completamente a solas, se recostó en su silla para descansar. Su alta y huesuda humanidad se hundió en el sillón; sus espaldas perdieron su erguida línea militar; en su rostro ablandóse su habitual aspecto energético, y en ese momento dejó caer su máscara para mostrarse tal cual era, tal cual se sentía: un hombre cansado y abatido.

Antes de entrar al *Intelligence Service*, sir John había sido coronel del 7º regimiento de los Lanceros de Bengala, en la India; personalmente, era el perfecto prototipo del oficial inglés. Alto, de cerca de dos metros de estatura, parecía sorprendentemente joven para su edad. Un fino y grisado bigote sombreaba su boca firme, y cuando la carga de su profesión no pesaba sobre sus hombros, un brillo de humorismo asomaba a sus vivos ojos azules.

Todos lo querían en el *Intelligence Service*, por su despierta inteligencia y su probada lealtad; su valor había sido puesto a prueba ya muchas veces cuando formaba en las filas del ejército, y en Ypres, siendo comandante de un batallón, ganó la D. S. C. (Cruz del Servicio Distinguido.)

La situación era ahora extremadamente grave. La pérdida de la lista de los agentes secretos podría ocasionar a Gran Bretaña enormes perjuicios. Y habiendo él elegido a la mujer agente culpable de tal pérdida, comprendía que la responsabilidad era sólo suya. Debería hacer un informe completo del asunto ante el Consejo de Guerra, y

"Es demasiado peligroso enviar la lista de los agentes enemigos por telegrafo" dijo el desca-
sado, que tenía un cuaderno en la mano

...materia que había materia para ser relevado de su puesto.
 "Después de eso — pensó —, cuando un hombre le ha fallado a su
 no le queda sino un cosa por hacer".
 Sus ojos se dirigieron hacia el cajón del escritorio que guardaba su
 automática de servicio.
 "De nada servía esperar... ¿Por qué no terminarlo todo ahora?"
 Con un rápido movimiento abrió el cajón del escritorio
 Una voz familiar lo detuvo; era la voz de una muchacha. Una
 calida, suave, juvenil. Estaba hablando con el ordenanza de sir
 estacionado en la puerta de la oficina.
 — Pero debo verlo en seguida! — exclamaba la voz —. No me im-
 las órdenes, debo verlo!
 Sir John tomó la automática en su mano derecha; no tenía otro
 La muchacha no debía entrar.
 — Pero debo verlo; es necesario! — repetía una vez más la encan-
 ra voz del exterior.
 Con la pistola en la mano derecha, sir John corrió hacia la puerta.

CAPITULO II

Era demasiado tarde. Brinda había introducido su pie en el resaca
 abierto, y todo lo que sir John pudo hacer fué ocultar su mano
 derecha armada con la pistola. Después la deslizo nuevamente en el
 de su escritorio, en la primera ocasión, cerrándolo con un gesto
 de disgusto.

La entrada de la muchacha cambió completamente el carácter del
 suero cuarto, comunicándole, repentinamente una nota vibrante de
 y de encanto femeninos. Ciertas mujeres tienen un extraño poder.
 Será quizá la misteriosa radiación de su personalidad, la vibrante y
 agresiva cualidad de su voz, el magnetismo de la irresistible expresi-
 de sus ojos. De cualquier manera, Brinda era una de esas mu-
 chachas que, consciente de ello o no, atraía la atención de inmediato
 y cuyo recuerdo se conservaba vivo largo tiempo en la memoria, espe-
 cialmente en la de los hombres. Era alta, con una sorprendente piel
 blanca y unos ojos brillantes que podían ser azulados o grises, una
 boca plena y sensitiva y una masa de espeso cabello negro azulado
 sobre su frente amplia. Su esbelta y cimbreante figura respiraba
 gracia y belleza. Era extraordinariamente adorable, y sin embargo, no
 hermosa que una mujer vulgar. Era como una blanca orquídea.

El chef que cedejara a Brinda Duncan había pro-
 fido, sin duda, permanecer en el automóvil, casi invis-
 ble, en la penumbra de la ciudad ahucurada.

Comer
 sin
 temor!



Una de las grandes satisfacciones de la vida es comer y digerir los manjares de nuestro agrado. Como desdichadamente el número de personas enfermas del estómago aumenta día a día, queremos recordarles las bondades del nuevo Digestivo Roermer, que en los casos de hipopepsia, indigestión o incapacidad gástrica, por falta o defecto de los jugos digestivos, permite obtener una digestión y asimilación que correspondan a un estado de salud normal.

El Digestivo Roermer no es un remedio más, sino un producto que ayuda a que la digestión y asimilación se verifiquen de una manera natural y completa. A su eficacia como regulador de la digestión une la ventaja de ser muy fácil y agradable de tomar.

Digestivo
Roermer

PRODUCTO
 DEL
 INSTITUTO
 BIOQUIMICO
 MODELO

CLORHIDRO
 OXIDASA
 DE ROERMER



"Por lo puerto del otro coche se escuchó el ruido de los captores, y así en seguida una sucesión de llantos cortos y rojos..."

Mata-Mari, lo bonito vino aquí cuyo nombre ha corrido una vez por todos los ámbitos del mundo, y cuyo fotografía publicaron casi todos los periódicos...



exótica y que exhalaba un místico perfume que emanaba, no de su juventud ni de su belleza, sino de algo extraño, innata cualidad de su encanto. Eso reflejaba hasta en su voz cuando habló a sir John:

—No culpes a Huri, querido Sandy; debía necesariamente apartarlo de mi camino. Necesito hablarte — dijo, y luego, al fijar su mirada más atentamente en el rostro de él, murmuró —: ¡Cómo, querido!... ¿Qué ha pasado? ¡Tienes una expresión tan triste! Qué no si los enemigos se hubiesen apoderado del palacio de Buckingham.

—No tanto como eso, Brinda, pero algo por el estilo. Las cosas no han sucedido como yo las deseaba,

me temo — respondió sir John haciendo un esfuerzo. —¿De veras? ¡Oh, por favor, dime lo que sucede! Necesito saberlo. Todo cuanto te concierne a ti me concierne a mí también — dijo Brinda apoyándose en un ángulo del escritorio y balanceando una delgada y escultural pierna hundida en una fina malla de seda.

—Ya sabes que no me agrada hablar de negocios en casa.

Por un momento ella guardó silencio. —Querido Sandy, tengo una sensación particular esta noche. No puedo explicártela, pero repentinamente me he sentido horroizada y aterrorizada.

Sanderson la envolvió en una mirada; los ojos de la muchacha expresaban temor. Su instinto nunca le fallaba. El jefe del *Intelligence Service* suspiró profundamente. Viéndola aproximarse y sintiéndose envuelto en la penetrante lujuria de su intensa femineidad cuando ella se sentó a su lado, respirando la fragancia de juventud y de vida que la envolvían, cogió trabajo recordar que pocos años antes ella había sido una tímida chiquilla de grandes ojos azules. Contemplar a Brinda traía siempre agradables recuerdos. Le hacía pensar en sus memorias de la India... Días y noches de juventud... las altas y esbeltas palmeras, las exóticas flores tropicales de los bosques de Bengala... Su primera emoción al adoptarla, la adorable, sensitiva chiquilla sin hogar, hambrienta de afectos... tales eran los recuerdos que volvían ahora a sir John, segundos antes de contestarle:

—No hay ninguna razón para que te asustes, Brinda.

—Lo mismo me dije yo. Cuando llegué aquí, me apresuré a abrir mi pequeño cofre pensando que quizá alguien lo habría robado, pero cuando inspeccioné el escritorio no faltaba nada.

El puso una mano en su suave y brillante cabello.

Por supuesto, querida, ¿quién podría haberte quitado nada? Bueno, puedes irte ahora; tengo algunos asuntos que despachar.

—No Sandy, no me iré hasta que me digas lo que sucede. Estoy segura de que algo anda mal — contestó ella mirándolo profundamente en el fondo de sus ojos.

Había tanto cariño en el acento de su voz, tanta angustia, que él comprendió que hubiera sido una cobardía utilizar el arma que había tomado momentos antes de su escritorio... No podía hacerle mientras viviera la responsabilidad que había asumido años antes ante su mejor amigo — el padre de Brinda — de lealtad hacia él y hacia una mujer... La única mujer que ese amigo había amado en su vida.

Y debido a eso él se había convertido en el guardián legal de Brinda cuando ella había perdido a su padre y a su madre, siendo una chiquilla de dos años. La guerra, sus deberes y otras cosas le habían impedido conocerla intimamente hasta que se convirtiera

GOCE de la VIDA!



La salud constituye el mayor de los atractivos y es fuente perenne de satisfacciones y alegrías. Las personas débiles, de sangre empobrecida, están de continuo expuestas a enfermedades y malestares.

Por esta razón, si Vd. es débil o flaco, si ha estado enfermo y se siente decaer, aproveche esta época para tonificarse.

Recuerde que la BIOFORINA LIQUIDA DE RUXELL, tónico reconstituyente agradable a todos, aumenta el apetito, al par que tonifica el organismo restituyendo las fuerzas y el bienestar.

**BIOFORINA
LIQUIDA
DE RUXELL**

PRODUCTO DEL
INSTITUTO DEL
BIOQUIMICO
M. DE LO
1935 1005 25. 1005

... esa adorable mujer. Pero en ese momento sintió, como nunca antes, el sentido de su lealtad y devoción hacia él. Y sintió también revivir en sí mismo el sentido de su responsabilidad por el bienestar de esa muchacha.

... en el mundo, ella era su sobrina; sin embargo sus sentimientos hacia ella eran más que los de un padre. Era una extraña muchacha con muchos sentidos; nunca había estado él completamente seguro de cómo profundamente devolvía ella su afecto, pero ahora, había nacido en su alma la convicción de que su cariño por él era real y profundo.

... Bueno, ... debo confesar que ha sucedido algo grave. Han desaparecido documentos de suma importancia; alguien nos ha traicionado.

—¿Y no puedes descubrir al traidor?

—Estoy tratando de hacerlo, pero no he conseguido nada.

De pronto, los grandes ojos de la muchacha brillaron con una extraña llama:

—Oh, Sandy!..., tengo una idea... Por favor, escúchame.

—¿Sabes que siempre te escucho.

—Siempre he deseado, desde hace mucho tiempo... pero tú nunca me has permitido. Ahora no puedes rehusarte... ¡Por favor, déjame ayudarte en la oficina!... ¡Por favor! ¡He estado inútil tanto tiempo!

—Eso es ridículo, ¿qué podrías hacer tú allí?

Las carcajadas de la muchacha resonaron claras y argentinas como un campanazo al viento.

—En primer lugar, podría atisbar como lo hacen todos los espías, y cuando hubiera encontrado los papeles, podría ayudar a conseguirlos.

El le sonrió. Sin embargo una sensación desagradable recorrió su cuerpo. ¿Por qué desearía ella ayudarlo precisamente en esa forma tan particular? ¿De dónde sacaría esas locas ideas?

—Ya sabes cuán cierto es mi instinto; ya sabes cuántas veces te he dicho: cuando una persona era o no sincera, ¿verdad Sandy? — insistió ella.

—Brinda Duncan en el *Intelligence Service*. La sola idea hizo afluir la sangre a su cerebro. Todo estaba bien mientras el mundo la conociera como su sobrina. Pero si el mundo llegara a enterarse de su identidad real — conociera quién era Brinda Duncan, realmente —, ante tal escándalo, la pérdida de la lista de los agentes sería completamente insignificante.

Sin embargo, no podía él decirle nada ni siquiera a ella misma. Era un secreto que guardaba por su propio bien; hábilmente guardado siempre en su mente. Era algo que ella no debía nunca jamás conocer; que nadie debía conocer. Pero sobre todo, que debía mantener absolutamente secreto mientras él fuera el jefe del *Intelligence Service* en Inglaterra estuviese en guerra.

Trató de contemporizar con ella como hábilmente hecho otras tantas veces:



"Cargó su pistola automática y, dirigiéndose hacia el cuarto donde se encontraba el muchacho, permaneció inmóvil un instante ante el vano de la puerta para acostumar los ojos a la completa oscuridad."

—Lo pensaré, querida — le dijo.
—Debes hacerlo — respondió Brinda —; estoy segura de que con un pequeño esfuerzo sería una espía admirable, y además estoy deseando verte útil en algo.

El rostro del coronel Sanderson se puso tenso. Los músculos de su mandíbula se contrajeron y sus labios se apretaron. Una súbita palidez cubrió sus mejillas. Durante algunos segundos permaneció en silencio; después, sin mirar a Brinda, contestó:

—Es mejor que hayas dicho eso. El oficio de espía es muy peligroso, sobre todo para las mujeres. Invariablemente termina frente a un pelotón de soldados.

—¡Oh — murmuró Brinda —, eso no sería para mí! Me limitaría a



"Un hombre se hallaba sentado frente a un tronómico telegráfico, enviando mensajes al espacio. La muchacha no pudo verle el rostro, pues aquí se encontraba de espaldas."

preguntarle a los hombres lo que deseo saber y ellos me contestarían; sería la cosa más simple del mundo.

—No me sorprendería que así fuera, pero es mejor que te vayas ahora, ¡miquilla! Tengo mucho que hacer — respondió Sir John.

Brinda no le escuchaba. Con un elástico y gracioso movimiento saltó sobre sus pies.

—¿Qué fué eso? Parece como si hubieran hecho un disparo — dijo con su cuerpo tenso y alerta.

—Sí, fué un tiro... dos tiros, creo — dijo sir John.

En ese momento hubo un vigoroso llamado a la puerta.

—Perdone, señor! — dijo el ordenanza Hunt, abriéndola y precipitándose en la luz de la habitación —. Es muy urgente, señor; algo le ha pasado al capitán Kenley.

—¡Kenley!, ¿qué le ha sucedido?

—Le han disparado un tiro — dijo el ordenanza —. ¡Lo han asesinado!

CAPITULO III

Por un momento, el sorprendente anuncio pareció privar a sir John de toda acción.

—¿Kenley baleado? — repitió mirando con ojos de asombro a su ordenanza —. ¡Imposible!

—Sí, señor, hace tan sólo unos instantes; casi en nuestra misma puerta — respondió el criado, cuyo rostro se coloreó violentamente, hablando con voz pausada.

Sir John se humedeció los labios y exclamó:

—¡Quédese en su puesto, Hunt! — y volviéndose hacia la muchacha continuó: — Ven conmigo, Brinda.

Dirigióse a la puerta y a través de la *hall* rápidamente, seguido por Brinda, que iba pisándole los talones. En la calle, el silbato de un policía sonaba ya agudamente.

—Telefona al doctor Mac Donald... ¡está ahora en su oficina. Dile que venga aquí tan rápido como pueda — dijo sir John a Brinda en el rellano de la escalera.

—¡Pero Sandy!, quizá pueda ser de utilidad. Acabo de completar mi curso de primeros auxilios — protestó la muchacha.

—¡Vamos rápido!, telefona a Mac Donald — exclamó sir John con el mismo tono que usaba para dar órdenes en la oficina.

Años antes, cuando era una niña, Brinda había aprendido eso. Cuando su tío empleaba ese tono no esperaba más que obediencia militar. Por lo tanto ella no discutió más, pero al volver hacia la casa en busca del teléfono del *hall*, su atención siguió a sir John y sus oídos permanecieron alertas a cada sonido que llegaba de afuera. Sus ojos profundos y misteriosos buscaron ansiosamente a derecha e izquierda como si esperara ver, por raro poder de la mente, lo que estaba pasando afuera, a través de las sólidas paredes de la vieja mansión.

A mitad del camino, escaleras abajo, sir John fué atajado por Donovan, el agente cuyo deber era montar guardia en la puerta del jefe

"El destructor viró hacia estribor y pocos segundos después dos enormes columnas de agua subían, tras de su popa, a más de treinta metros de altura".



del *Intelligence Service*, durante las horas de oscurecimiento. Sir

John esperaba ese encuentro que le anticipara el sonido de su silbato. El capitán está en el cuartro de enfrente, coronel; acabamos de luchar. Me temo que está muy grave — dijo el sargento hablando con voz entrecortada y respirando hondo.

—¿Quién disparó sobre él? — preguntó el coronel.

—No lo sé, señor. Era un hombre alto, que cojaba. Mientras salía del automóvil de la señorita Brinda, que estaba detenido a unos cien metros de distancia, el capitán, que aparecía en ese momento en la puerta, reconoció el coche y apresurando el paso se detuvo luego a hablar con el desconocido. Un instante después se oyeron dos disparos; el asesino saltó sobre el coche del señor, que se hallaba estacionado al lado, y desapareció.

Mientras hablaba, señaló con un gesto a un hombre alto, de cabellos blancos y aspecto distinguido que se había aproximado a ellos.

—¿Por qué no disparó sobre él?

—Todo sucedió rápidamente, señoría; y el hombre huyó antes de que yo tuviera tiempo de pensar en nada.

—Vuelva a su puesto; hablaré con usted más tarde — dijo sir John volviéndose hacia el hombre alto —. Buenas noches, lord Mountwyn; lamento que su coche haya sido robado.

Lord Mountwyn le tendió amigablemente la mano.

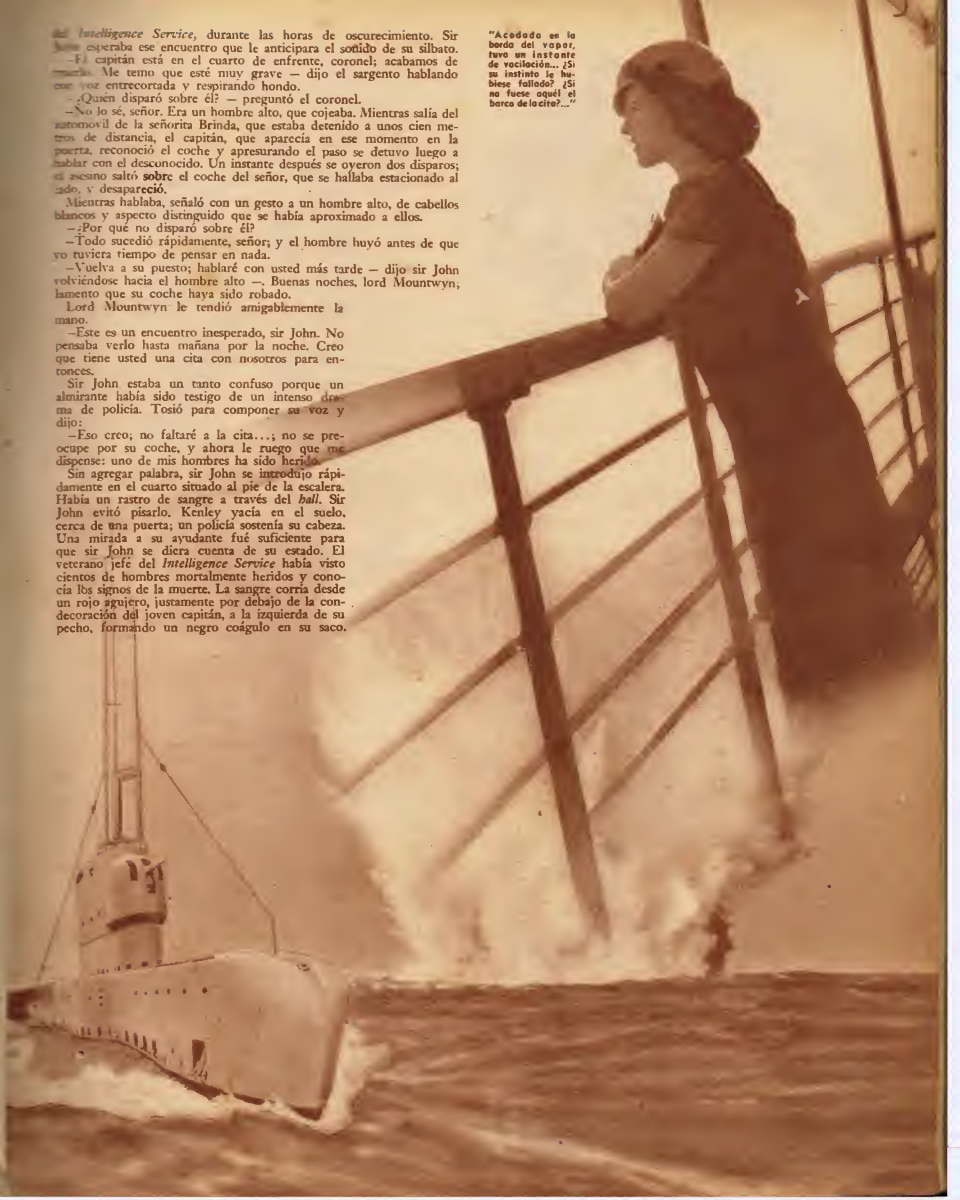
—Este es un encuentro inesperado, sir John. No pensaba verlo hasta mañana por la noche. Creo que tiene usted una cita con nosotros para entonces.

Sir John estaba un tanto confuso porque el almirante había sido testigo de un intenso drama de policía. Tosió para componer su voz y dijo:

—Eso creo; no faltaré a la cita...; no se preocupe por su coche, y ahora le ruego que me dispense: uno de mis hombres ha sido herido.

Sin agregar palabra, sir John se introdujo rápidamente en el cuarto situado al pie de la escalera. Había un rastro de sangre a través del *hall*. Sir John evitó pisarlo. Kenley yacía en el suelo, cerca de una puerta; un policía sostenía su cabeza. Una mirada a su ayudante fué suficiente para que sir John se diera cuenta de su estado. El veterano jefe del *Intelligence Service* había visto cientos de hombres mortalmente heridos y conocía los signos de la muerte. La sangre corría desde un rojizo agujero, justamente por debajo de la condecoración del joven capitán, a la izquierda de su pecho, formando un negro coágulo en su saco.

"Acodado en la banda del vapor, tuvo un instante de vacilación... ¿Si su instinto le hubiese fallado? ¿Si no fuese aquel el barco de la cita?..."





¡Qué gordo te encuentro!

Al llegar a cierta edad, hombres y mujeres tienen una marcada tendencia a engordar. Conviene combatir en toda forma esta acumulación de grasas, no sólo por la estética, sino también por los males que trae aparejados, pues es sabido que tras de una saludable apariencia de robustez se ocultan el Reumatismo, la Gota, Arteriosclerosis y otras enfermedades. Siempre conviene consultar al facultativo.

La Yodosalina, una combinación de los alcalinos con el yodo, que activa las combustiones, regula las funciones metabólicas, combate el Reumatismo, Gota y Arteriosclerosis.

Está también indicada para combatir la Obesidad, pues se considera un activo disolvente de las grasas y un expelente de primer orden.

YODOSALINA
PISANI



Mata Hari, el célebre espía, había sido también una gran bailarina. Bailar era más agradable que ser espía, pero Mata Hari terminó su vida frente a un pelotón de soldados franceses.

Un delgado hilo de sangre deslizábase también por la comisura de sus labios. Respiraba lentamente, con dificultad, cada vez más despacio. Sanderson se arrojó a su lado.

—Kenley! ¡Soy yo, Sanderson! ¡Puede decirme lo que sucedió? — le dijo con voz fuerte y autoritaria.

El aliento del moribundo estaba cortado por profundos estertores. De su garganta salía un débil gorgoteo.

—Ayúdeme a darlo vuelta — dijo sir John al policía —. Se está ahogando.

Entre ambos volvieron al hombre postrado. La sangre de la garganta fluyó entonces libremente de la boca, pero, de pronto, los estertores cesaron.

—¿Han llamado a la ambulancia? — preguntó sir John al policía sin mirarlo, pues toda su atención estaba puesta en su ayudante.

—Sí, señor — respondió aquél con voz quebrada —; mi jefe y yo estábamos en la esquina cuando oímos los disparos.

—¿Su compañero es un buen conductor?

—Uno de los mejores; pero con la niebla y el oscurecimiento hay siempre una posibilidad contra cien de alcanzar al asesino.

De pronto Kenley exhaló un suspiro convulsivo.

—Está tratando de decir algo — dijo el policía mientras Sanderson se arrojaba al lado del cuerpo de su ayudante.

—Si Mac Donald llegara a tiempo!... — exclamó.

Y como en respuesta de sus palabras, se oyó un rápido ruido de pasos en el *hall* y un instante después la voz de Donovan anunció:

—El doctor Mac Donald, sir.

El recién llegado era bajo, ancho y pesado. Un sorprendente par de cejas blancas oscurecían casi sus penetrantes ojos azules. Un sombrero negro estaba hundido de cualquier modo en una fuerte y amplia cabeza. Veíase que había venido a la carrera.

El y Sanderson no cambiaron ningún saludo, limitándose a echarse una rápida mirada como dos hombres que se comprenden sin necesidad de palabras.

—¿Kenley, eh? ¡Malo, malo! — dijo el doctor con profunda voz de sorpresa.

Se veía era excesivamente ronca para un hombre tan pequeño.
—Alumbre por aquí, oficial; de este lado — dijo haciendo un gesto de desconformidad —; ¡Diables, creo que ya no hay nada que hacer! Dos balas en los pulmones...; está casi muerto.
Mientras hablaba sus dedos trabajaban febrilmente apartando las ropas y tratando de encontrar las heridas.

—Alcanceme unas gasas; está sangrando como un perro! — gruñó dirigiéndose al oficial —. ¡En mi caja, allí!
Fue sir John quien alcanzó el botiquín, lo abrió y tendió las gasas al doctor.

—Buen trabajo — dijo el doctor mientras enjugaba la sangre del herido —. ¿Ve las marcas de pólvora en la ropa? Habría muerto hace ya rato si no fuera tan fuerte. ¿Quién lo hirió?
—¿Quisiera que lo dijera él mismo...; quizá si pudiese hablar... — dijo sir John lentamente.

De nuevo el doctor y su amigo cambiaron una mirada.
—¡Diables! Lo dudo; pero haré todo lo posible — dijo Mac Donald.
Su ancha y peluda mano burró en el botiquín, sacando una ampolla, parecida a la hipodérmica y una pequeña ampolla de vidrio. Llenó aquella con el contenido de ésta e inyectó el líquido en un brazo del moribundo.

—Traigan agua, pronto! Su boca está llena de sangre — exclamó.
—Aquí está, doctor — contestó una voz femenina.

Era Brinda.
Habíase deslizado en el interior del cuarto sin hacer ruido, llevando en sus manos una jarra de agua y un paquete de vendas.

En el cuarto, inundado ya por la presencia de la muerte, parecía un brillante espectro luchando con otro por la posesión de un cuerpo pálido no temblaba bajo la exultante blancura de su piel, pero su

—Biea, muchacha — dijo el doctor inclinándose sobre el caído. Sus dedos buscaron el pulso y luego aplicó el oído sobre el pecho ensangrentado.

—¡Ahora! — exclamó, y de pronto con un solo y rápido movimiento levantó a Kenley hasta mantenerlo sentado.

—¡Rápido, hombre!, si llega a decir algo será muy breve.
Después, haciendo un movimiento de cabeza hacia Brinda, exclamó:

—¡Síguen a la muchacha de aquí; esto será muy desagradable.
—Vete, Brinda — dijo sir John, y se inclinó a su vez sobre su ayudante.

—¡Kenley, hable si puede! ¿Quién lo hirió?

El moribundo inclinóse hacia adelante dejando caer pesadamente sobre su pecho la cabeza casi sin vida; después, con un tremendo esfuerzo, contrajo los músculos de su cuello, se puso tieso, su mandíbula se movió un poco, hizo un gesto de dolor y un quejido angustioso, sobrehumano, salió de su garganta. Tan débilmente que parecía venir de muy lejos, una voz cargada de dolor, murmuró unas cuantas palabras.

CAPITULO IV

Después, una especie de amarga sonrisa distendió los labios del hombre que agonizaba. Sus ojos arrojaron una última y opaca mirada hacia Sanderson. Sus dedos se crisparon sobre el brazo del coronel y, por último, cayó pesadamente en los brazos del doctor que lo sostenía.

—Se acabó; no hablará ya más — dijo Mac Donald.

Sir John se irguió lentamente y volvió hacia su estudio con paso cado. En sus ojos había un intenso brillo de determinación. Brinda lo aguardaba.

—¿Por qué no me has dicho lo que hiciste hoy? — preguntó le sir John.

Brinda, obsesionada aún por el espectáculo del moribundo, se volvió hacia su tutor, con el asombro pintado en sus facciones.

—¿Cómo está Kenley? Ha...

Sir John asintió con la cabeza.

—Sientate, Brinda. Debo hablar contigo; esto es muy serio.

—¿Qué quieres saber? — preguntó Brinda sentándose frente a él y pensando aún en el joven que había hallado la muerte tan repentinamente.

—Cuéntame todo lo que has hecho durante el día.

—¡Oh, nada!; no hice nada de importancia...; solamente pasar el tiempo. Por eso desearía ser útil, ayudar en algo...

—No me interesa lo que piensas; deseo saber lo que has hecho hoy.

—Pues... cené en casa de los Lancaster, en Watford. Jugamos al bridge y luego volví directamente a casa.

—¡Brinda!... ¿por qué no me dices la verdad?

—¡La verdad?... Pero eso es todo, tío.

—¿No olvidas al hombre que recogiste en el camino?



EN
VERANO
CUIDADO
CON LOS
RESFRIOS!

Un
enfriamiento
trae un
resfrio.
Recuerde
en
este
caso las
activas
y
eficaces
PASTILLAS
RUXELL



VENTA
EN
TODAS
LAS
FARMACIAS
Caja \$ 0.60
Caja Doble \$ 1

PASTILLAS
RUXELL



"¿Significa tentaba de contener a las personas que se occionaban, arrajidos por lo explosionado. A lo largo se oyó el sonido de una sirena..."

"Ambos solaron a la calle torpemente de pronto y se detuvieron. Brinda había prometido obedecer al programa del espionaje pero un instante después ambos corrieron tras el hombre del volante..."



—¡Oh, lo había olvidado! — dijo Brinda riendo —; un pobre hombre rengo. ¿Pero cómo sabes tú?...

Sin decir una palabra, sir John tomó un informe de su escritorio y mostrándoselo a Brinda leyó en voz lenta:

"...una joven lo recogió en un automóvil amarillo"...

Luego, levantando la vista del papel, continuó:

—¿Comprendes ahora con quién has viajado? Brinda lo miró con curiosidad y sin comprender todavía.

Sir John comenzó a pasearse nerviosamente por el cuarto. De pronto, detúvose ante la muchacha y le dijo:

—Has recogido a un paracaidista enemigo, a un espía... al hombre que asesinó a Kenley... Y todo por tu culpa.

Brinda puso de pie de un salto, y luego volvió a caer en su silla, muda, con las mejillas pálidas y las manos temblorosas. Sanderson continuó sin mirarla:

—Antes de morir, Kenley dijo que había reconocido tu automóvil frente a la casa. Vió al hombre parado ante el automóvil, y cuando comenzó a interrogarlo, él sacó su pistola y le disparó dos tiros: fué lo único que pudo decirnos.



"Cuando hay un roid ocero enemigo, Londres se oculto sus tierra. Puede decirse que los refugios ocultos constituyen oculto los hogares ingleses..."

—¡Oh, cuánto lo siento, no sabía!... No tenía la menor idea... ¡Oh!, Sandy, debe de haber algún error — exclamó la muchacha con voz entrecortada y lágrimas en los ojos, arrojándose en los brazos de sir John—. El hombre que recogí no podía ser un enemigo. Hablaba como un inglés y tenía todo el aspecto de un inglés. Sin embargo... había algo extraño en su voz. No hablaba mucho, pero creí que sufría algún dolor y que procuraba disimularlo... Nunca sospeché que...

—¡Te has librado de un grave peligro, muchacha; el hombre pudo haberte matado a ti en vez de Kenley — dijo Sanderson palmeándola cariñosamente en la espalda—. No importa, pronto lo encontraremos. ¿Podrías reconocer a ese espía, Brinda? ¿Lo

identificarías si llegaras verlo nuevamente? —Creo que reconocería su voz — dijo ella vacilando un instante —, pero su rostro... no estoy segura. Estaba oscuro y no le presté mucha atención; únicamente recuerdo que era blanco y no mal parecido. Pero... si... creo que le reconocería.

—Sin embargo, éste podría resultar un asunto muy infortunado para ti — dijo sir John—. No quisiera mezclarte en esto, Brinda. El espionaje es un asunto peligroso y turbio, especialmente para las mujeres... Tengo, además, otras razones... Pero lo que pienso es relativamente sencillo y seguro: una pregunta y mirar unas cuantas fotografías.

—Nada más.

—¿Eso es todo?; creí que podía haber algún riesgo para probar lo que valgo. Quisiera hacer algo para ayudarte, Sandy; cualquier cosa.

Su cariño asomó de tal modo a sus ojos

La mujer sabe

MERLE OBERON
(Warner Bros.)

el valor que tiene para ella, como medio de realzar sus encantos, un perfume sutil y embriagador.

En la eterna conquista del hombre, la mujer sabe que hay muy pocas armas más poderosas que la seducción de una delicada y cautivadora fragancia.

Loción Chipre de Preal subyuga con su aroma típicamente femenino y confiere a la mujer la nota de distinción y elegancia que merece.

Loción Chipre de Preal dice, en el lenguaje oculto del perfume, de la exquisita y delicada femineidad de la mujer.

En farmacias, tiendas y perfumerías, desde \$ 0.70.

CAMAUER & Cia. - Inclán 2630/47.

Loción Chipre de PREAL
(El perfume femenino por excelencia.)

Pida en todas las farmacias y perfumerías la nueva creación de Preal. Extractos CHIPRE y ORIGAN.

Cumpliendo



—Mi mujer no pudo venir a la fiesta, pero aquí está el vestido que iba a ponerse.

John, lleno de papeles, de cartas y de pilas enormes de documentos. Hacía tiempo que había aprendido que ella no debía tocar ni uno solo de esos papeles. Ese era el dominio absoluto de sir John, sagrado para todos, excepto para él y para su fiel ordenanza, el impenable Hunt, que permanecía allí, de pie y observando atentamente durante el pocos minutos que, cada día, permitía a la nuera de la casa entrar para hacer la limpieza.

Una caja negra de cartas atrajo la mirada de Brinda. Podía leer las iniciales: "H. K."... Kenley. Quizá debía haber vuelto por ella cuando fue asesinado.

Los resultados de ella... Los resultados del acto impulsivo de recordarle en su autorretrato a un extraño, simplemente porque cogeaba y parecía necesitado. Pero trataría de rehabilitarse... va vería Sandy; si pudiera solamente recordar el aspecto del hombre...

A despecho de su preocupación al pensar que ella había sido indirectamente responsable por el asesinato de Kenley, se sentía feliz en el fondo de su alma por haber hallado al fin la oportunidad de ser útil.

¿Acaso no se había apartado del camino correcto en la escuela cuando su amiga Gladys necesitó ayuda? Sonrió ahora al recordar su primera tentativa para salvar a Gladys de un gran castigo, cuando entró en el escritorio de la maestra y corrigió sus propios deberes. Recordaba aún la satisfacción experimentada al ayudar a su amiga; sin embargo, "era Gladys realmente su amiga?", preguntó. Desde que dejaron la escuela habían seguido caminos completamente diferentes.

La voz resopada de Hunt interrumpió sus pensamientos.

—La llaman por teléfono, señorita Brinda. Por el teléfono de servicio — le dijo.

¿Sería realmente más impersonal que nunca la voz del ordenanza? ¿Había algo de sospecha en su aguda mirada... o le parecía a Brinda? Pero ésta se quedó y dirigiéndose hacia el teléfono levantó el auricular.

—¡Hola!

—¡Escuche!, usted ha entrado en posesión de un peligroso secreto; quizá sea requerida para que reconozca a cierto hombre. Le advierto que no debe hacerlo, si no sigue esta advertencia... exponerá a su excelente guardián a cualquier desgracia a usted misma a una muerte violenta y bochornosa... No piense que ésta es una simple amenaza. Si tiene la menor duda de ello, de que está en peligro de muerte, pregúntele esto a sir John:

"¿Qué le sucedió a su hermosa agente Mara?"... Nada más... "¿Qué le pasó a Mara?"... ¡entretanto, ¡silencio o muerte!

La voz, una voz de hombre, era cortante y autoritaria. Antes de que Brinda pudiese replicar, el ruido característico le advirtió que el desconocido había cortado la comunicación. Pero las últimas palabras resonaban aún en sus oídos: "silencio o muerte"... y un nombre, "Mara".

CAPÍTULO V

¿Preguntaría a sir John lo que el misterioso personaje había sugerido? Familiarizada con los métodos de su tutor desde la niñez, se dio cuenta de que había cometido una gran falta, aun antes de la muerte de su ayudante. No, no podría preguntarle tal cosa, por lo menos en ese momento. Más tarde quizá, o quizá nunca; todo dependía de los acontecimientos futuros.

Pensando en el misterioso llamado, sentíase atorada y se defendía. "¿Cómo habría logrado el número del teléfono de servicio, conocido únicamente por los sirvientes, por ella, por sir John y por unos pocos amigos?... De pronto acudió a su mente un pensamiento luminoso: quizá el operador hubiera retenido el número de llamada. Corrió hacia el teléfono y levantó el auricular. Pero fue en vano. No pudieran darle ningún informe. Colgó nuevamente el tubo y dando media vuelta se encaminó con lentitud hacia su dormitorio. Hubiera deseado consultar el caso con alguien que no fuera sir John; quizá la tía Vick, Victoria Weathersbe, quien por lo general formaba el tercer miembro de la familia Sanderson. Pero en realidad, ella era la tía John y no de Brinda — estaba entonces en la ciudad curándose de sus ataques de asma. "Además — pensó Brinda con una sonrisa —, la tía Vick no le hubiera sido de mucha ayuda". Algo había sucedido en el alma de aquella mujer cuando su primer marido y después sus hijos habían muerto en la guerra mundial. Parecía como si se sintiera aún un tanto confusa y traumatizada.

Al entrar en su cuarto, Brinda encendió la luz azul del velador que estaba en su mesa de noche, para no tener que molestarse en bajar las cortinas, según las órdenes dadas en las horas de oscuramiento de la ciudad. Después dirigióse a la ventana y la abrió de par en par, echando una mirada distraída sobre la ciudad que dormía.

¿Volverían a encenderse alguna vez las luces de Londres, o quizá la vida de la ciudad lebería desarrollarse siempre en la oscuridad y en la aprensión? En ese instante desoó — como le había desoído en varias veces desde la declaración de la guerra, que ella pudiese ser un hombre, no para siempre, quizá, pero sí para bastante tiempo como para poder entrar en acción; paseando por el puente de un destructor o perforando el cielo como una bala en el asiento de un avión de combate. "¿Cuánto mejor sería el mundo si el peligro cesara y esperáramos?... Se le ocurrió que, después de poder hacer las mujeres las que soportaban la peor parte en esa guerra.

Ariba, en el cielo, los aeroplanos dejaban oír un murmullo a la distancia. Los reflectores inspeccionaban las alturas, en Croydon; los cañones andaban resacas furiosamente...

Un raid de bombarderos enemigos no ese momento? ¡Imposible! Éstos no se atreverían nunca a bombardear a Londres, pero estaba muy oscuro para que los aeroplanos fueran aviones de observación, ¿qué sería entonces? De pronto, un pensamiento iluminó su mente. El pensamiento de los paracaidistas desplegándose desde las invisibles máquinas y desliziándose hacia abajo en la quieta noche inglesa.

Todo era muy confuso, como aquellas pesadillas que tuviera siendo niña... En la India, cuando se acurrucaba temerosa en los brazos

de su niñera nativa con una sensación de muerte que avanzaba desde la tenebrosa jungla.

"¿Qué le sucedió a Mara?... Vergüenza... dolor... desgracia... muerte..." Las amenazas palmaras y el infierno. ¡Aquella voz la oía aún resonar en sus oídos, mientras se apresuraba a desvestirse para meterse rápidamente en cama, aunque quizá no pudiera conciliar el sueño.

Oprimida como estaba por la sensación de tangible peligro, no se le ocurrió, sin embargo, a Brinda seguir la advertencia anónima.

Como muchos viejos militares, sir John acostumbraba a levantarse muy temprano.

A despecho de los terribles acontecimientos de la noche, estaba levantado a las seis de la mañana. Había dado su paseo matinal por el parque a las ocho, y treinta minutos más tarde se hallaba en su escritorio.

Kenley había sido siempre muy bien considerado. Su trágica muerte arrojó una sombra sobre las oficinas, que día y noche veían llenas de silencio pero atareado personal.

Cuando Brinda entró en la antecala de la oficina privada de sir John, una multitud de ojos masculinos se contemplaron con asombro.

Era la primera vez que sir John aparecía excepto a la regla de tantos años y le permitía concurrir a su oficina. Aquella ansiosa visita, tanto tiempo esperada, debería haberla deleitado y emocionado, pero el motivo que la originaba era demasiado serio. Por aquel día, por una hora solamente, podía a gustar la emoción de pertenecer a un *intelligence Service*. Trabajar, como uno cualquiera de sus miembros, formando en sus filas como un soldado para tratar de individualizar al misterioso paracaidista, espía y asesino, que en esos momentos se hallaba en un punto cualquiera de Inglaterra, yendo y preparando quien sabe qué sistemas planes.

A Brinda bastaba una sola mirada para saber que su tutor se hallaba aún bajo la impresión de una profunda ansiedad.

—Un momento, querida — le dijo, mientras terminaba de firmar un documento —; siento mucho haberme enredado en ese asunto. Pero no podemos perder ni un minuto para el correo.

Brinda siguió a su tutor, que se había levantado, hasta un archivo cerrado con una pesada puerta de acero.

—¿No hay noticias de...? — le preguntó ella con acento ansioso.

—De nada, no. Temo que perderemos la partida si tú no logras encontrar el correo, e indicó con un gesto de su mano las largas filas de cajas que contenían fotografías de miles y miles de personas. Luego continuó:

—Estas, Brinda, son las fotografías y descripciones de las personas más peligrosas y de los enemigos más decididos de Inglaterra. Algunos de ellos son miembros de los ingleses, pero no me cabe la menor duda de que nuestro hombre es un extranjero. Por lo tanto, eliminaremos de nuestra investigación muchos cientos de fotografías. Y ahora dime, lo mejor que puedas, qué aspecto tiene.

Brinda trató de buscar en su memoria cada detalle de su encuentro con el paracaidista enemigo. Luego habló por unos instantes y cuando terminó de hacerlo, sir John asintió gravemente:

—No está mal — dijo —, un metro ochenta de altura, rubio, musculoso, delgado; unos ochenta y cinco kilos y alrededor de treinta y cinco años; su cabello es negro, como el nuestro. Hemos estado haciendo un estudio de nuestro campo de investigaciones.

Acercóse a los ficheros y recorrió con sus largos dedos las filas de fotografías. De pronto tomó una y la sacó de su sitio.

—Sientate, muchacha. Comenzaremos con ésta.

—Una lo mejor...

Una a una una sucesión de fotografías pasaron ante los ojos de Brinda, que parecía interrogarlas silenciosamente "para sacarle el secreto de su identidad. Jóvenes y ancianos, muchachas y viejas arrugadas... de todas las



BRIDGE DUPLICADO

por ADOLFO A. GABARRET

Código oficial de Bridge duplicado, aprobado por la Comisión Argentina de Bridge. Movimientos y "Fixtures" para torneos individuales, de parejas y de equipos. Reglamentación de los campeonatos argentinos. Técnica de duplicado. Los grandes torneos en la Argentina y en el Uruguay.

La razón de ser del gran interés que el Bridge despierta entre sus adeptos, reside en que para desempeñarse bien no basta con jugar las cartas en una sucesión incolora de bazas; el discernimiento y la imaginación deben colaborar siempre con los conocimientos técnicos, y la satisfacción que proporciona una mano bien rematada y correctamente carteadada no tiene igual en ningún otro juego de naipes. Y es precisamente en Duplicado donde — debido a la comparación que es su base — ese placer alcanza su punto culminante.

En el apéndice, el autor de este interesante libro ofrece a los aficionados poco avezados en la práctica de las manos duplicadas, algunos detalles técnicos que han de facilitar su actuación proporcionándoles nuevos horizontes para que puedan poner en evidencia su capacidad.

Este libro, que proporciona al aficionado la primera versión castellana de las leyes del Duplicado, ofrece también al lector una descripción somera de los implementos necesarios en Bridge Duplicado, de los sistemas y movimientos más corrientes y de la manera de clasificar cada mano para determinar los resultados finales de los torneos.

Este notable trabajo de Adolfo A. Gabarret resultará, sin duda, de gran interés para todos los bridgistas.



Encuadernado a la rústica, \$ 6.- (Flete, 20 ctvs.)

Encuadernado en tela, \$ 8.- (Flete, 20 ctvs.)

Solicítelo a su librero o a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L. ESMERALDA 116

BUENOS AIRES U. T. 34 - 4067

Adjunto \$ para que me remitan por certificado y a vuelta de correo el libro "BRIDGE DUPLICADO", por Adolfo A. Gabarret (encuadernado en tela o rústica). Tachar la que no se dese.

Nombre

Dirección

Localidad..... L. 183

Comprobación



—Eh, Pedro! Ven aquí. ¿No te había dicho que el oro era amarillo?

edades y de todas las cataduras, pero ninguna de ellas se parecía al hombre que había llevado ella de Warford a Londres.

Se hallaban en ese trabajo desde hacía casi una hora, cuando el teniente Ricardo Malden, de las fuerzas navales, fué anunciado a sir John. El coronel conocía al joven y brillante ingeniero de radiocomunicaciones de la armada, pues su reputación había llegado hasta él. Por lo tanto, dijo al ordenanza que lo introdujera inmediatamente en su presencia.

Después de los saludos, Malden comenzó a hablar.

—Sir — dijo —, supongo que usted está al tanto de mis experimentos en los laboratorios científicos de Camberwell.

—Sí, conozco todos sus experimentos.

—Esta mañana cuando entré en mi laboratorio, hice un sorprendente descubrimiento. En el interior de un transformador eléctrico encontré una bomba de tiempo; estaba preparada para estallar diez minutos más tarde. Si no la hubiera encontrado yo por casualidad, todo el edificio hubiese volado en pedruzcos.

—Esto es serio; ¿ha notificado usted a Scotland Yard?

—Aun no. Pensé que sería más conveniente venir a verlo a usted primero.

—Hizo bien; Scotland Yard no está aún preparado para combatir a los quintacolumnistas.

—¿Quintacolumnistas?

—Sí; es el nuevo nombre para los agentes enemigos que operan en nuestras líneas. Me temo que vamos a oír mucho acerca de ellos antes de mucho tiempo.

—Bueno, espero que podamos combatirlos. Es algo desconcertante, que crupa los nervios, saber que existen hombres cerca de uno que tratan de hacerlo volar. — A propósito, la otra noche tropicé con un curioso personaje que estaba espionando alrededor de mi casa. ¿Cree que podría encontrar yo su rostro en esa famosa galería de espías que tienen ustedes?

—No cuesta nada probar. Venga conmigo.

—Acompañó a Malden al interior del archivo, donde Brinda estaba engolfada investigando, una a una, filas y más filas de fotografías.

—Brinda, permítame que te presente al teniente Ricardo Malden... Esta es la señorita Brinda Duncan... Pueden ustedes buscar cada uno su tipo sospechoso... ¡Buena suerte!

Y sir John se alejó hacia su oficina.

—Brinda! exclamó el recién llegado, con acento de sorpresa.

—¡Dick!

—¿Qué sorpresa! — exclamó el teniente, contemplando a la muchacha con ojos llenos de admiración —; ciertamente ha cumplido usted su promesa.

—Usé también, teniente Malden — contestó Brinda, devolviéndole sus miradas de interés.

—Pero usted es realmente maravillosa, Brinda... Palabra de honor. ¿Cuánto tiempo hace que...

—Hace seis años — dijo Brinda con los ojos brillantes —, para ser exacta seis años menos tres meses. Yo tenía dieciséis años y usted...

—Diecinueve, creo — dijo Malden.

—Usé una muy alegre y no mal parecido; todas las muchachas del instituto de la señorita Cartwright estaban locas por usted.

—No me confunda. Ya sabe que eso no es cierto... ¿quiero decir, que nadie estaba... — contestó Malden, enrojeciendo.

—Yo estaba — dijo Brinda mirándolo en los ojos.

—¿Eh? ... ¿Qué quiere usted decir?

—Usé su nombre perfectamente bien que yo estaba enamorada de usted, Dick — respondió Brinda —, pero usted era sencillamente imposible; ¡Qué muchacho!, siempre concertando citas y siempre faltando a ellas. Luego venía con alguna historia, o con el cuento de que había estado muy ocupado en su laboratorio de física.

—En la verdad Brinda. Estaba tratando de incorporarme a los laboratorios Carver — contestó Malden frunciendo las cejas —; quizá era un poco olvidadizo.

—No se trataba de eso — dijo Brinda con cierto resquemor en su voz —, no me hubiera importado que usted olvidara sus citas conmigo, o que fuera a ellas por sus estudios, pero la última vez que usted rompió una cita conmigo no fué a causa de experimentos de física. ¿Recuerda, Dick?, era en un baile en los salones de Eton.

—¿De veras? ... ¿Un baile? ¿Qué puede haber impedido ir al baile con usted? — respondió Malden con mirada de asombro.

—Debo decirle que fué otra muchacha.

—¡Imposible!

—Sí, otra muchacha. Ya ve que tengo mejor memoria que usted. Hasta podría decirle su nombre; pero no ponga esa cara de afligido... Todo eso sucedió hace años y ya no lo amo. ¿Estuvo usted en América verdad o no?

—Sí, ciertamente — dijo Malden, alegrándose del nuevo giro que tomaba la conversación —; realicé interesantes estudios técnicos allá, y luego, cuando volví, mi padre me hizo ingresar en la marina. Me dijo que se aproximaba una guerra y ahora veo que el viejo tenía razón... Pero, ¿qué está usted haciendo aquí? Acaso forma parte del *Intelligence Service*?

—¿No recuerda usted ya?

—Por supuesto... Usted es la sobrina de sir John o algo por el estilo. Casi lo había olvidado.

—Eso es muy suyo — dijo Brinda, un tanto confusa bajo la brillante mirada de los ojos grises del marino.

Luego retrocedió un paso y, al hacerlo, su brazo rozó un montón de fotografías que estaban apiladas en un ángulo de una mesa y las desparramó por el suelo.

—¡Oh!, ¡qué descuidada soy! — exclamó, y se inclinó para recogerlas en el mismo instante en que Malden avanzaba rápidamente con el mismo propósito. Cuando ambos se levantaron, Brinda encontróse con su rostro casi rozando el rostro tostado del marino, que tenía, en ese momento, una expresión extraña. De pronto, una mano firme y fuerte se cerró sobre el brazo de ella.

—Brinda! — nunca la he olvidado, pero era un tanto atónito.

Por un instante Brinda permaneció junto a

él. Luego, suave, pero firmemente, apartó su brazo.

—No diga tonterías Dick. Hace mucho tiempo de aquello y además no éramos más que escolares. Vamos, ayúdeme a acomodar estas fotografías — dijo ella con acento resuelto.

—¡Oh!, muy bien — respondió él disgustado.

Mirándolo de reojo, Brinda descubrió que los años habían hecho aún más atractivo a Dick Malden, que cuando lo conociera en sus días de colegio. Conservaba aún aquella mirada, brillante y decidida, pero su perfil, al hacerse hombre, había cobrado más firmeza — su nariz era recta y bien delineada y su mandíbula parecía esculpida en granito. Sin embargo, había un toque sensitivo en su boca y, en su barbilla, un hoyuelo ponía un toque de juventud que le iluminaba el rostro. Ella recordaba aún como le había atraído en otros tiempos ese aire varonil del muchacho, en los días en que ella era una jovencita más en la academia Cartwright y él uno de los más aventajados estudiantes de una popular escuela, en una ciudad cercana.

Ella pestañeo al pensar en eso, y pestañeo también al recordar aquella noche en que quedara tan desilusionada al descubrir la verdadera identidad de Brinda. Pero había aceptado su compromiso con ella y que en aquella época le había parecido de enorme importancia. Recordaba la noche que pensara en Dick, imaginándolo en su laboratorio sobre mapas y grabados azules, mientras que él había corrido a un baile con su compañera de colegio, la hermosa Gladys Mountwyn que era de las millonas del rey del acero inglés. La hija del mismo lord Mountwyn que había figurado en el reciente suceso que terminó con el asesinato de Kenley.

Apresuradamente, Malden había seguido sus pensamientos, puesto que de pronto preguntó:

—¿Trabaja usted con sir John en el *Intelligence Service*, Brinda? ¿Perdón mi curiosidad, pero, al verla en esta oficina...

Algo instintivo hizo que Brinda cuidara sus palabras.

—Como usted ve, estoy conversando con un marino muy distinguido y muy elegante — dijo ella sonriendo —. ¿Y usted?

—Ya que usted tenía una expresión tan ingeniosa como el rostro de aquel Dick Malden de diecinueve años, de los días pasados —, yo, estoy buscando a un individuo que trató de hacerme volar por los aires con una bomba de tiempo.

—¿Hacerlo volar a usted por los aires? ¿Qué infamia!

—De veras. Y casi lo logra, pero he conseguido echarle un vistazo al individuo y estoy tratando de hallar aquí su fotografía — respondió el marino con acento de profunda ansiedad.

—¿Pero, por qué desearía nadie hacerle morir a usted?

—Bueno, estrictamente hablando, el hombre no busca mi muerte, sino que desea inutilizar mi laboratorio...; mis invenciones, quiero decir. No dudo de que sir John le habrá contado a usted acerca de todo esto.

Brinda sonrió enigmáticamente. Desde las últimas veinticuatro horas, no podía afirmar que sir John le hubiese confiado ningún secreto acerca de los trabajos confidenciales del *Intelligence Service*.

—¿Qué quiere usted decir?

—Los rayos "Z" — dijo él, sin sospechar nada — es un asunto sorprendente. Si logramos tener éxito, transmitiremos sobre nuestros enemigos. Pero, como resultado, nos podríamos encontrar más investigadores si hubieran hecho volar toda con dinamita.

Una voz interrumpió el diálogo desde la puerta de entrada. Era uno de los secretarios de sir John.

—Teniente Malden, lord Mountwyn acaba de llamar: ha ordenado que se le recuerde

usted que tiene una importante entrevista con esta casa noche — dijo.

— Dick, ¿no será por casualidad a lord Mountwyne a quien visitará esta noche? — preguntó Brinda con acento de alegre sorpresa.

— Si, en efecto, ¿por qué? —
—Entonces nos veremos pronto.

—¿Irá usted también? — preguntó Malden — expresión indecisa.

— Si, he visto a Gladys muy de cuando en cuando, pero Sandy, sir John, desea que vaya.

Fueron importantes asuntos que tratar con lord Mountwyne, según creó.

— Es sorprendente; la esperaré para darle la bienvenida — dijo él; pero el tono de sus palabras no era sincero.

Brinda lo miró en los ojos y una inexplicable idea surgió en su mente... Pero era imposible... La rica y ambiciosa lady Gladys... Dick, el joven retoño del viejo pero notoriamente pobre tronco de la familia Malden...

E inmediatamente sacó su conclusión.

— No le parece original? Estoy comprometido para asistir a una reunión de novios y me apresura con que voy a casa de Gladys... Usted lo sabrá, sin duda...

— Permítame que se lo presente — dijo Malden asintiendo con la cabeza — Ricardo Malden, servidor.

Brinda entusiasmó su mejor sonrisa, pero en el fondo de su corazón sintió una inexplicable y profunda sedulidad.

CAPITULO VII

Por un momento Brinda pensó en la posibilidad de no concurrir a la fiesta de los Mountwyne. Comenzando ahora la causa por la cual lady Gladys después de haberla ignorado durante tanto tiempo, la invitara de esa manera tan extemporánea a la fiesta en que anunciará su compromiso matrimonial. No era sencillamente porque su padre y sir John fueran amigos; era su manera de hacerle recordar que era un tiempo cuando él mismo era un triunfo pequeño para la hija de lord Mountwyne, pero que concordaba perfectamente con su carácter.

— Será magnífico verla a usted nuevamente por allí... ¡igual que en los viejos tiempos... No faltará usted, ¿verdad? — dijo Dick haciendo gala de su tacto social.

— Oh, sí, iré, seguramente! No puedo dejar sola a Sandy — respondió Brinda después de vacilar un instante.

Malden continuó inspeccionando una a una las fotografías que tenía delante. De pronto se fijó en una de ellas.

— Este individuo se parece un poco al que vi rondando por mi casa; pero no es el mismo...; no, no puedo imaginar nada más desastrosamente que una bomba en mi laboratorio en estos instantes. Interrumpiría nuestros experimentos durante más de un año, y entretanto... ¿quién sabe...? la guerra quizá habría terminado.

— Y el enemigo tendría que pedir la paz nuevamente.

Malden frunció el entrecejo; su rostro se tornó grave mientras decía:

— No estoy seguro de eso. Nuestros enemigos son grandes técnicos. No haría falta mucha suerte para vernlos.

— Y sus rayos "Z" nos darían esa suerte? — preguntó ella.

— Así lo espero, pero no estoy seguro de ello — respondió Malden, haciendo una vigorosa seña afirmativa con su cabeza... Es un arma poderosa, pero está llena de sorpresas. Mi trabajo consiste en dominarlas y hacerlas servir para nuestros propósitos...; es una lástima que si dispusiera solamente de los fondos necesarios, quizá podría llevarla a la práctica y ganar así esta guerra.

— Pero seguramente el gobierno se encargará de su financiación — dijo ella.

— El gobierno? — repitió él con amargura y mirándola curiosamente —. ¡Bah! Usted

debe saber que el gobierno inglés ha estado dormido durante veinte años. Si un hombre quiere hacer algo por su patria en estos días, debe hacerlo con su propio dinero y con su propio trabajo... O dejar que otro lo haga.

La expresión de Dick era en ese momento tensa y amarga.

Una vez más fueron interrumpidos por el nuevo secretario que había transmitido el mensaje anterior de lord Mountwyne. Esta vez la comunicación fué transmitida en voz baja.

— ¡Al diablo!... — Que mala suerte!; más concretamente sobre el laboratorio — exclamó Dick.

— ¡Oh!... espero que...

— No, no es cada serio. Esta vez no se trata de bombas. Pero de todos modos debo ir a ver lo que pasa. Lo siento mucho; nos veremos esta noche? — dijo él mirándola intensamente en los ojos.

— Si.

— Bien — dijo él, mientras se dirigía rápidamente hacia la puerta, desapareciendo por ella.

Brinda volvió a su inspección de las fotografías y de descripciones escritas de los enemigos descubiertos de gran Bretaña. El numeroso ejército sin uniformes ni banderas que sir John, como jefe del Intelligence Service, tenía la esperanzada tarea de alcanzar, descubrir y arrestar, antes de que pudieran cometer contra Inglaterra algún asesinato, sabotaje o robar documentos vitales, como la lista recientemente robada a Alara por los agentes secretos, por el misterioso "Ajax".

— Pero en ese momento érale difícil a la muchacha poner su atención en la interrumpida procesion de rostros que estaban frente a ella, en las fotografías clasificadas. Otro rostro se le presentó ante Brinda, el rostro varagol y tostado de Dick Malden, con sus interios y profundos ojos grises, la bien curvada cabeza, la boca sensitiva y aquella barbilla que hubiera sido tan autoritaria a no ser por el radiante hoyuelo.

Ante ella se alzaba también la imagen de lady Gladys, hermosa y rubia, el perfecto tipo de belleza inglesa, el tipo perfecto, es decir, haciendo caso omiso de su alma egoísta y del toque sensual de sus labios rojos que contrastaban extrañamente con los frios, despaesacionados ojos, y la austera línea de su cuerpo esquelérico. Recordaba ahora que sus enemigos, habíamla proclamado, dos años antes, en una ciudad de Europa, como el tipo perfecto de la belleza de una raza contraria a la de su patria.

Pero Gladys estaba acostumbrada a la adulación, sobre todo de parte de los hombres de amplia experiencia en los romances, hombres de todas las razas y de todas las nacionalidades. En una palabra, el mundo había dado a la hija de lord Mountwyne pocas ocasiones de quejarse. Cuando aun era una perfecta colegiala en el instituto de la señorita Cartwright, que proclamaba siempre la mayor imparcialidad, habíabasela ingeniado para ser distinguida con ciertos favores especiales ser negados sistemáticamente a otros compañeros.

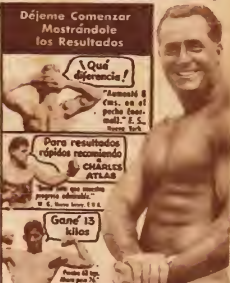
Había sido en aquel instituto donde ella y Brinda contrajeron una estrecha amistad, interrumpida luego cuando ambas conocieron a Dick.

Brinda no se había sentido resentida o celosa por las ventajas especiales que conferían a su amiga el nacimiento y la fortuna. Pero ahora, mientras continuaba su esperanzada caza a través de las innumerables fotografías de espías— la caza de un rostro que ella había avistado en la oscuridad de una noche de Londres bajo los bombardeos —, sorprendiéndose a sí misma al descubrir que nacía en ella un sentimiento de rabia, de envidia hacia su antigua compañera de colegio.

— ¡Qué tonterías estoy pensando! Probablemente es tan buena como Dick se la merece — pensó, tratando de alejar sus pensamientos.

Pero, no obstante, volvió una y otra vez a

Me permitirá probar que puedo HACERLO un HOMBRE NUEVO?



Yo pudiera llenar enteramente este periódico de ensayistas testimonios de OTROS. Pero, lo mejor que usted quiere saber es— "¿Qué puede hacer Atlas por mí?" Y O SE que significa el tener una se de cuerpo que inspira lástima a las gentes! No lo sabe usted bien, desde luego, víandome a mí ahora, pero yo fui en un tiempo un ALPENIQUE debilicho que pesaba solamente 44 kilos. Yo mismo me avergonzaba de vestirme en traje de deporte o cuando me desvestía para ponerme el traje de baño. Era un ejemplar de tan lastimoso desarrollo físico que me daba cuenta de ello y me aborrecía. Y eso era causa de que me sintiera solamente VIVO A MEDIAS.

Solamente 15 Minutos al Día
Yo puedo ensanchar sus hombros, fortalecer su espalda, desarrollar su sistema muscular completo. ¡POR DENTRO Y POR FUERA! Yo puedo agregar algunos centímetros a su pecho, doblarlo de una presión como de toneladas y hacer que sus piernas sean ágiles y poderosas. Puedo darle fuerza nueva a su espinaza, ejercitar esos órganos internos, ayudarlo a que llene su cuerpo de vigor, energía y vitalidad sanguínea, de modo que no le quede el menor motivo para sentirse débil ni pereoso.

PROSPECTO GRATIS
En estas proporciones le hablo en lenguaje llano y con toda franqueza. Está lleno de fotografías mías y de mis discípulos, que llegaron a ser hombres nuevos en fuerza, por mi método. Déjenme mostrarle cómo les ayudé a ellos y lo que puedo hacer por usted. Si quiere realmente emocionarse, pídale hoy mismo este prospecto a CHARLES ATLAS, 115 East 23d St., Nueva York, N. Y., E. U. A.

CHARLES ATLAS Desp. 5¢ 1/2
115 East 23rd St., Nueva York, N. Y., E. U. A.
Quiero la prueba de que su sistema Tonífico Dientífico hará del usted un hombre nuevo — que dará un cuerpo saludable y robusto y desarrollará grandes músculos. Escriba gratis. Trópico Australiano.

Nombre.....
Dirección.....
Ciudad.....
Provincia.....
y País.....

Trance grave



—Papá, ¡échalo de aquí a puntapiés!

sus sospechas, y nuevamente alzóse ante ella la imagen del apuesto joven oficial de la marina. Y de cuando en cuando se interponía entre ambos, ella y la imagen del joven, esa otra imagen radiante y encantadora de lady Gladys Mountwyn.

Al representársela, la imagen mental de la muchacha era mucho más simpática de lo que aquella noche le pareció al verla en persona, cuando llegó a la mansión de los Mountwyn, en las afueras de Londres, acompañada de sir John.

Al entrar en la grandiosa casa, su mirada se fijó inmediatamente con Dick y Gladys, que se hallaban juntos, en el medio del amplio salón de recepciones; sin embargo, Malden permanecía de pie, contemplando la juventud bulliciosa y alegre, mientras Gladys, a su lado, parecía interesada profundamente a por otro huésped, un hombre moreno, alto y delgado, con algo de felino en sus actitudes, y con ojos brillantes y oscuros.

Lord Mountwyn conversaba con un grupo de huéspedes. Al ver a los recién llegados, volviéndose hacia ellos con una sonrisa amistosa.

—Buenas noches, coronel; buenas noches, señorita Duncan... Veamos... ¿Dónde estará mi hija?... Me place sobremana verlo a usted esta noche, coronel... tenemos algo importante que tratar — dijo, y volviéndose hacia un criado de librea le ordenó: — Dígale a mis Gladys que haga el favor de venir.

—Su fiesta es todo un éxito, amigo — le dijo sir John.

—Sí... gracias. Por supuesto, coronel. Algunos son amigos míos, viejos amigos de la familia, pero los demás... la mayoría, son conocidos de Malden.

Mientras el dueño de casa hablaba, Brinda echó una rápida e inquisitiva mirada por el gran salón. Las mujeres estaban brillantemente ataviadas, tanto como las mujeres pueden estarlo durante los duros tiempos de la guerra. Los vestidos eran largos, pero los escotes atrevidamente bajos. Las joyas lucían con insolente evidencia. Entre los hombres destacábase una policroma variedad de uniformes, aunque pocos mesas atrás la mayoría de ellos no hubieran siquiera sospechado que se verían envueltos en una guerra de tal magnitud. Todos estaban alegres y parecían felices, indubitablemente, debido a la extraña convicción que aun prevalecía en los círculos sociales ingleses, de que el desagradable asunto sería

rápidamente resuelto sin mayores contratiempos... o quizá, también por una nueva y sabia medida diplomática.

De los huéspedes de más edad, quizá una media docena eran hombres que habían estado anteriormente en la policía del servicio británico. Si se hallaban disgustados o contrariados por el hecho de que la guerra había desbaratado tales funciones policiales, sus actitudes y sus gestos no dejaban transcurrir tal cosa.

—¡Ah, pot, fín has aparecido! Aquí tienes una vieja amiga, según creo — dijo Mountwyn dirigiéndose a su hija con una cariñosa sonrisa.

—Brinda — murmuró Gladys, extendiendo una delicada y lánguida mano —. ¡Qué hermosa sorpresa!

Se movió lentamente al hombre alto y delgado, el príncipe Vaslav Yenidov. Luego, con un aire de fatuidad triunfante y de posesión, presentó también a Dick. Brinda pensó cómo se sentiría el muchacho en aquel instante, pero la expresión del marino no permitía revelar nada de su estado de ánimo.

—Tengo que conversar con Sanderson — dijo lord Mountwyn en ese instante, y tomando del brazo al jefe del *Intelligence Service* se alejó con él a través del salón.

—¡Oh, ahí vienen el general y su esposa! — exclamó Gladys en el mismo momento —. ¡me perdona, querida Brinda!

Se movió rápidamente en dirección a una pareja de recién llegados, mientras decía por encima de sus blancos hombros y con un tono cortés pero imperativo:

—¡Vienes, Vaslav?

CAPÍTULO VIII

Con un gesto que era al mismo tiempo un encogerse de hombros y un inclinarse hacia adelante, el príncipe Vaslav obedeció a Gladys.

Dick y Brinda quedaron solos frente a frente.

—¿Qué estaba usted haciendo hace un momento? — preguntó Brinda.

—¿Yo? ¡Oh!... estaba contando la gente. Antes de que usted y el coronel Sanderson llegaran, había ciento nueve personas — un instante él sonriendo vagamente, y después de un instante de silencio continuó —. Ustedes dos hacen ciento once. El general y su esposa dicen trece.

—¿No piensa usted nunca más que en cosas así?... ¿Más que en números?

—Sí... es decir, siempre que no haya otra cosa mejor en que pensar — contestó Dick en un momento, por ejemplo, en este instante pienso en que está usted mucho más encantadora que esta mañana.

—Creo que es mejor que continúe contando a sus huéspedes — respondió ella evasivamente.

—No, ya no me interesa eso. Y a propósito, ¿logró usted descubrir al hombre a quien buscaba en las fotografías del archivo secreto? ¿O en esas siquiera?... Me avergüenzo de confesarlo. ¿Y usted... encontró a salvo su laboratorio?

—Completamente; se trataba tan sólo de un cortocircuito, perfectamente casual. Pero, desde luego, después de haber estado a punto de ser eliminado por una bomba, uno sospecha de espías... un quincalcueminista bajo cada reorta.

—¿Son realmente tan peligrosos?

—Ya lo creo... francamente me parece que su tutor se toma el asunto demasiado en serio. Está trabajando en demasía comparado con lo que acostumbraba a hacer su predecesor.

—Pero éste es un asunto muy importante para Inglaterra, ¿no le parece?

—Sumamente importante, pero supongo que lograrémos arreglárnos de alguna manera, como siempre lo hemos hecho — dijo el joven teniente —. Por mi parte, sospecho de todos los extranjeros.

—¿Quién es ese príncipe Vaslav? — preguntó Brinda.

—No hay necesidad de preocuparse de Vaslav; está fuera de toda sospecha... — dijo él, siguiendo el pensamiento de la muchacha... Es de origen ruso... nieto del gran duque... ya sabe, viene en línea directa del trono de Rusia...; odia a muerte a nuestros enemigos... Un individuo buen mozo, ¿no es cierto?

Brinda asintió.

—Creo que nunca he visto un hombre más atractivo que él... en su tipo. Pero no me agrada... ¿Qué hace, además de ser buen mozo?

—Bueno... supongo que usted le llamaría algo así como figurín de sociedad, aunque él se sentiría profundamente ofendido si la oyera. Vive en el club Mayfair, donde es una figura decorativa; luego, si usted va a dar una gran fiesta, o un beneficio en favor de algún departamento de guerra, usted puede llamar al príncipe para decorar los salones con su figura. Es verdaderamente un muchacho muy interesante, gran esgrimista... excelente tirador de pistolas... hace sorprendentes juegos con las cartas... conoce muchas cosas de arte, de música y de otras tonterías por el estilo... ¡Ah!... he bailado también admirablemente. Según me he bautizado como bailarín, me he formado bien, era un verdadero bailarín. Me formaba parte de una de esas ultrasociales de ballet rusas hasta la médula, donde todo se hace por el arte o cosa así.

—Debe estar en muy buenas relaciones con muchos grandes personajes — dijo Brinda pensativa.

—Oh, sí, un montón de ellos, pero nadie lo toma en serio, o por lo menos creo yo.

Sin embargo, mirando a lady Gladys, que se volvía para saludar a los huéspedes, le pareció a Brinda que la heredera de los Mountwyn estaba tomando demasiado en serio al atractivo príncipe.

Por un instante creyó adivinar en la expresión de Malden que él había notado también tal cosa. Pero la expresión de los ojos del marino desapareció instantáneamente cuando Gladys le dirigió una leve sonrisa y murmuró acercándose a él.

—¿Oh, querido! Vassie me acaba de dar una maravillosa idea... ¡Un baile de ocultamiento!

—¿Un baile de ocultamiento? — preguntó Dick frunciendo las cejas.

—Exactamente... Comenzaremos a bailar como de costumbre, y luego se dará la señal de un raid aéreo y se apagarán las luces. Vassie dice que podemos hacer la señal con un clarinete.

—No parece una broma demasiado pesada — dijo Dick con acento de disgusto.

—¡Tontería! Es la mar de gracioso — respondió Gladys.

—Quizá el teniente Malden tiene razón — interpuso Vaslav, que se había acercado.

—Estoy segura de que es una idea espléndida — dijo Gladys con acento un tanto impaciente, mostrando en sus ojos un brillo misterioso.

—Ven, Vaslav; deberá explicar al hombre del clarinete esa señal de ataque aéreo.

—Sigo pensando que es una broma pesada — dijo Dick enfáticamente mientras guiaba a Brinda a través de la compacta multitud del salón —. Sin embargo, podemos hacernos por un momento de la ilusión de que esta guerra es también una broma pesada.

—No para mí, Dick — dijo Brinda pensando en el paracaídas enemigo y en el asesinato del capitán Kenley, quien, quizá, aquella noche hubiera acudido a la fiesta para poner una sonrisa de felicidad en los labios de alguna mujer, que ahora... en ese instante... —

En un momento dado, al avanzar por el salón, se vieron separados de Gladys y de Vaslav. Entonces, de pronto, la orquesta comenzó a tocar los aires de un baile de moda.

—¡Bailemos — dijo Malden pasando el brazo por el tallo de Brinda e iniciando los compases de una rumba.

Después de algunos pasos exclamó:

—¡Caramba!, había olvidado cuán bien baila usted.

—No es la primera vez que lo olvida — respondió ella —, ¿recuerda?

—No; no quiero ni recordarlo. Me hace volver a los tiempos de mi estúpida juventud — respondió él.

Estaban cerca de una gran ventana abierta a la que una amplia terraza llena de flores cuando el clarinete inició un sonidito bastante aproximado al aullido de una sirena. Instantáneamente las luces se apagaron.

Brinda sintió el tenso brazo de Dick alrededor de la cintura. Involuntariamente se oprimió contra él. Un estremecimiento súbito e imprevisto sacudió su cuerpo.

—Los concurrencientes tienen sus ventajas — dijo él hablando muy cerca de su oído —, escuche. Brinda, quiero decirle que yo...

Un grito estridente lo interrumpió. El grito de un hombre atacado y sorprendido. Después oyóse la voz autoritaria y anhelante de lord Mountwynn, que sobrepasó las notas eólicas de la orquesta:

—¡Luz! ¡Enciendan la luz! ¡Pronto, idiotas, haz!

—¿Ha sucedido algo terrible — murmuró Brinda apartando a Dick —, lo presento; algo terrible.

—Ya veremos — dijo Malden tranquilamente.

Ambos trataron de orientarse en la oscuridad hacia el lugar donde sonaba la voz de Mountwynn. Un instante después se encendieron las luces, y Brinda pudo comprobar que sus temores eran justificados. Su huésped, con el rostro congestionado y el cabello revuelto, se inclinaba sobre una figura extendida a lo largo en el suelo, junto a una de las puertas que daban a la terraza.

—¡Avídenme aquí, teniente! — gritó al ver a Dick —, ¡El coronel Sanderson ha sido herido de una puñalada!

CAPITULO XI

—Sin prestar atención al extraño gesto que hiciera el marino, Brinda corrió hacia la posada de figura, pero al ver una mancha roja en la camisa de sir John estuvo a punto de exhalar un grito.

—Arrodillóse junto al jefe del *Intelligence Service*, mientras sus dedos buscaban nerviosamente el pulso del caído.

—¡Sandv, Sandv!... ¡Sandv querido! — murmuró con desesperación.

Luego de un instante, sintió bajo sus dedos las fuertes pulsaciones que parecían asegurar por el momento que el descalce no iba a ser esta vez el mismo de hacía muy pocas horas.

—¡Querido Sandv! — murmuró una vez más, mientras su aliento envolvía el rostro del herido. La voz pareció llegar a lo más profundo de sir John quien, haciendo un esfuerzo, sonrió dolorosamente.

—El individuo parece desesperado y peligroso, Mountwynn — murmuró con un hilo de voz. — Anda tras de la clave secreta.

Brinda prestó apenas atención a las palabras. Para ella era suficiente con que su tutor hubiera hablado. En el intervalo, la gente comenzó a reunirse alrededor de ellos.

—¡No les deje acercarse, Dick! — gritó Mountwynn — ¡Haga alertar a todo el mundo... Dígales que sir John ha sufrido un desvanecimiento... cualquier cosa... ¿comprende?

—Perfectamente.

—¡Cero... ¿cómo sucedió esto, lord Mountwynn? — preguntó Brinda.

—No hay tiempo ahora para explicarle eso...; hay muchas cosas en que pensar... cosas muy importantes... Debemos de tratar de escapar a su agresor. Hay que regresar a toda la casa.

—Debo dar orden de cerrar la entrada del puente y de inspeccionar el campo... ¡Dick!, sus

COMIO
BEBIO
FUMO MUCHO!

COMIO
BEBIO
FUMO MUCHO!

30 TABLETAS

10cts.

EN LAS FARMACIAS

SI POR CUALQUIER EXCESO está usted sufriendo acidez, flatulencia, pesadez y ardor de estómago, eructos agrios o siente la boca amarga y pastosa, no espere a llegar a casa para aliviarse. LLEVE EN EL BOLSILLO las modernas TABLETAS LEGNESIA (de Leche de Magnesia CONDENSADA), antídoto eficaz y inxante suave.

Son muy económicas.

compañeros de marina pueden ayudar. Dígales que lo registren todo... ¡Pero que se cuiden! No quiero que nadie más resulte herido.

Después, Mountwynn se volvió hacia Brinda: —¡Levántese, muchacha; su tutor está herido, pero no ha muerto. ¿Tiene usted alguna idea de primeros auxilios?

—Algo...

—¡Expléndido... — dijo Mountwynn sacando un pañuelo de su bolsillo —; haga un toriquete con esto. Póngaselo alrededor del brazo, lo más tenso que pueda... Eso es; ahora el pecho... ¡Hum!... está débil, pero no inucho... Es necesario llamar al médico.

—Ya lo he hecho. El doctor Mac Donald estará pronto aquí — respondió rápidamente Brinda, con los ojos fijos en sir John.

—¡Bien; ya hemos hecho todo lo posible... Ahora hay que llevar a nuestro hombre a la cama... Vámonos a trasladarlo por la terraza hasta la ala izquierda del edificio... Evítarles tener que dar una cantidad de explicaciones a todas las visitas.

Tan rápidamente como se lo permitían sus fuerzas, Brinda corrió la terraza, acompañada de un pequeño cortejo en el que se encontraban Mountwynn, Dick y un lacayo.

Los dos últimos hombres transportaban al herido, mientras que lord Mountwynn los dirigía. En ese instante se dejó oír el zumbido amenazador de un avión invisible, que planeaba en la fría noche de otoño. El distante zumbido tenía algo de musical y se confundió con los acordes de la orquesta que resonaba ya nuevamente en el gran salón del palacio, donde los huéspedes, ignorantes del drama, se entregaban otra vez a la danza.

Brinda, con un estremecimiento, y dirigió su vista hacia el cielo opaco e impenetrable. Paciente que había un lazo simbólico entre aquel invisible avión y su tutor herido... En verdad podía ser un avión inglés...; pero los diarios decían que, con grandes titulares, que los aviones enemigos volaban azules sobre el cielo de Londres, en misiones de observación de ataque, para tratar de abatir a la flota inglesa mientras estaba anclada en los puertos. Pocas bombas habían caído aún; muchas menos de las esperadas, pero cargamentos mucho más peligrosos que las bombas, espías y quintacoluninistas, descendían silenciosamente en paracaídas, como un anuncio de que, esta vez, la guerra iba a ser algo decididamente mortal.

Y mientras tanto, los ingleses se divertían y bailaban, como los huéspedes de lord Mountwynn bailaban y se divertían esa noche en su castillo...; como ella misma había estado bailando y riendo pocas minutos antes.

—¡Por aquí! — dijo lord Mountwynn abriendo la puerta de un magnífico dormitorio.

—¡Suave! — dijo él, aparentemente satisfecho, depositó a sir John en la mullida cama.

No bien su cabeza hubo tocado la almohada, el jefe del *Intelligence Service* abrió los ojos.

Por un momento, éstos miraron con vaguedad interrogando a los presentes; pero, de pronto, se compenetraron de todo. Su dueño trató de sentarse, pero cayó hacia atrás con una involuntaria exclamación de dolor.

—¡Ay! — exclamó con acento de queja —, el espía me ha herido con un cuchillo... No me diga que ha huido con...

Estas últimas palabras las pronunció dirigiéndose a Mountwynn, a quien miró ansiosamente.

—Me temo que sí, pero tenga paciencia, sir John; no podrá escapar — dijo el noble con aire grave.

—¡Vámonos cada vez peor — dijo sir John entre dientes.

—Lo capturarémos — contestó Mountwynn con aire confidencial —; nadie puede pasar el puente; está cerrado. La pared tiene doce pies de espesor y el mes pasado acabo de rodearla en su parte superior con dos alambres de púa. Además, está bien iluminado. Únicamente el guardián del puente puede haberle franqueado la entrada... No, quienquiera que sea, no podrá escapar.

—¡Pero tendremos que atraparlos — exclamó Sanderson —; si sufiere levantarme, si pudiera hacer algo...

Hizo aún un esfuerzo para ponerse de pie, pero sólo para volver a caer de espaldas en la cama haciendo una mueca de dolor que descompuso su expresivo rostro.

—No debes moverte, Sandy... quédate quieto. El doctor Mac Donald estará aquí dentro de unos instantes — dijo Brinda colocándole una mano detrás de la cabeza.

—¡Bien... es mejor no entrar a nadie de esto hasta que sea absolutamente necesario. Supongo que lo sabrá mucha gente — dijo sir John.

—No muchos; fortunately los invitados no han descubierto la gravedad del asunto, pero es mejor esperar. ¿No le parece? Es decir, si puede usted resistir.

—Por supuesto. ¿Qué son un par de arañazos como estos para un viejo soldado como yo? Lo que no puedo comprender es por qué me desmayé en esa forma... ¡Espere!, ahora lo recuerdo todo, Mountwynn; usted me estaba alucinando...; este... el artículo cuando las luces se apagaron. Entonces usted dijo: "Tómelo", y supongo que habrá creído que yo lo había agarrado ya. Entonces aquel hombre saltó sobre mí y nos trabamos en lucha. Era muy fuerte y me golpeó al mismo tiempo que usaba su cuchillo. Sentí un golpe en la cabeza y caí al suelo.

—Se ha defendido usted admirablemente; de lo contrario lo hubiera matado sin remedio — dijo Mountwynn.

—¡Se hubiera perdido nada, si así hubiera sido. Mi sucesor hubiera hecho las cosas mejor que yo — dijo sir John con tono amargo.

Su rostro palideció y su voz se hizo más débil. Sacudió la cabeza y trató de continuar

"Combinación"



—*¡Llévese estos dos, señora; hacen una pareja ideal: la lechuza piensa cosas graciosas y el loro las dice.*

hablando, pero Brinda se lo impidió poniéndole sobre los labios uno de sus perfumados dedos.

—Ni una palabra más — le dijo. Sus ojos se volvieron hacia Mountwyn y continuó — Por favor, déjeme sola por aquí. ¿No ven que está demasiado débil para hablar?

—Brinda... — llanó sir John con voz apagada.

—No hables ahora. Debes descansar, Sandy — dijo ella.

—No... ahora... ven, acércate y escucha — dijo su tutor con obstinación.

Y cuando ella se inclinó sobre él, murmuró muy bajo a su oído:

—Estás en grave peligro, Brinda; ten mucho cuidado. Fíjate en lo que dices y en lo que haces. Especialmente mientras permanezcas en esta casa... ¿comprendes?

—Sí, Sandy, sí.

—Recuerda... ten mucho cuidado — repitió Sanderson con un hilo de voz.

Sus ojos se cerraron una vez más, exhausto por el esfuerzo de hablar.

CAPITULO X

Cuando Brinda se irguió, encontróse con el rostro de lord Mountwyn muy cerca de su hombro.

—¿Pudo escuchar lo que dije? — preguntó él ansiosamente.

—Oh... nada importante... Me dijo solamente que mirara en la parte trasera de la casa para buscar a su agresor — dijo Brinda haciendo un esfuerzo por sonreír.

Lord Mountwyn se volvió hacia su futuro yerno.

—Dick... ¡siento tanto que esto haya ocurrido precisamente esta noche! No es muy agradable esta manera de celebrar un compromiso matrimonial. Nuestros invitados deben estar muy molestos e intrigados con todo lo ocurrido. Me imagino que Gladys ha de sentirse muy disgustada... A propósito, ¿dónde está mi hija?

—Probablemente está con Vaslav — respondió Dick con acento pausado.

—¿Vaslav?

—El príncipe. Parece que ambos se entienden muy bien.

—El monstruo de los ojos verdes, zeh, macha-

choz — dijo lord Mountwyn sonriendo —. No temas... creo que Gladys intenta tan sólo ponerte celoso... Quizá crea que necesitas un estimulante. Creo que tienes algo de interesante que decirle. Pero no puedo comprender por qué esas mujeres gustan de él... Siempre está ideando cosas raras...; quizá será por ese aire de valentón que tiene, o quizá también sus ideas, siempre nuevas y originales.

—Sí... no hay duda que será eso — dijo Dick con un brillo juguetón en los ojos, mientras miraba a Brinda por encima de la cabeza de su futuro suegro... ¿Me permites ustedese?

—Por supuesto. ¿Va a hablar con Gladys?

—No; voy a ver si Vaslav ha ideado más cosas originales — respondió Dick mientras se alejaba, haciendo un gesto de despedida a Brinda.

—Buen muchacho... ¿qué cree usted que ha querido decir con eso?... Le parece que está realmente celoso? — observó lord Mountwyn dirigiéndose a Brinda.

—Quizá — respondió ella evasiva.

—Peor para él si lo está. Gladys despreciaría a un marido celoso; sería mejor que se mostrara indiferente con ella — observó Mountwyn.

En ese instante hubo una fuerte llamada a la puerta, y antes de que ningún criado pudiese acudir, ésta se abrió para dejar paso al doctor Mac Donald.

—Me anunciará a mí mismo — dijo con acento burlesco —. Buenas noches a todos.

Haciendo un rápido saludo a Brinda y a Mountwyn, el doctor se aproximó a la cama donde yacía el jefe del *Intelligence Service*. Lo examinó durante unos instantes y luego murmuró por lo bajo:

—Podría ser peor...; es una suerte que las heridas no estén infectadas...; usted es un hombre duro de matar, Sanderson, y sus amigos piensan dar gracias, pues estaría fuera de peligro en muy poco tiempo.

Durante un cuarto de hora, el doctor Mac Donald estuvo atareadísimo con gasas, vendas, antisépticos e instrumentos de cirugía, cortando, desinfectando y vendando, mientras daba breves órdenes a Brinda, de cuando en cuando.

—Gracias, amigo — murmuró sir John, que había permanecido sin pronunciar palabra durante toda la cura, cuando el doctor se irguió por fin.

—Si quiere de veras agradecerme, debe cuidarse mucho durante unos días — respondió Mac Donald, que luego agregó, dirigiéndose a Brinda —: Pronto estará bien, tanto del golpe en la cabeza como de la pérdida de sangre por las heridas. Podríamos llevarlo a su casa esta misma noche, pero sería conveniente que permaneciera aquí por un día o dos.

—Perfectamente, me alegro de poder serle útil. Es una felicidad que sus heridas no sean graves — respondió el dueño de casa.

—¿Porque nosotros nos alegramos... todos excepto el espíritu que lo hirió — respondió el doctor —; un caso extraño, éste, no me sorprendería que el asesino fuera el mismo que dio muerte al capitán Kenley.

Brinda suspiró. Era la misma pregunta que había estado haciéndose a sí misma durante las últimas horas. Inesperadamente fue el mismo Mountwyn quien contestó con asombrosa prontitud:

—¿Cómo podría ser el mismo? Si no recuerdo mal, el hombre que mató a Kenley era renegado; en cambio, éste tiene que haber hecho buen uso de sus piernas.

—¡Fum! Tiene usted razón, por supuesto. Fue una tontería de mi parte asociar ambos hechos. Ni siquiera se cómo pudo ocurrírseme — dijo Mac Donald reprochándose a sí mismo haber hablado. Hizo chasquear los dedos y murmuró entre dientes —: Sí... asociación de ideas... ¿Qué coincidencia!

—¿Coincidencia?

—Por cierto... una coincidencia muy sor-

prendente, lord Mountwyn: que se encontrara usted presente en ambas ocasiones. Cuanto más pienso en ello más notable me parece.

—Sin embargo es perfectamente natural, como todas las coincidencias — respondió Mountwyn con tono cortante.

—¿Por supuesto que sí... Por supuesto... ¿cómo podría ser de otra manera?

Disponiéndose a partir, el doctor Mac Donald volvióse a medias para echar una última mirada a su paciente.

—¡Díablos!... Debería usted estar durmiendo... ¿Tendrá que darle otra inyección? — exclamó ver a Sanderson con los ojos abiertos.

—No más inyecciones, doctor; necesito hablar con usted — respondió sir John con voz débil pero firme.

—Mañana, John. No está usted ahora en condiciones de hablar.

—Es necesario que sea esta noche.

—Bueno, me quedaré un momento más — gruñó el doctor Mac Donald.

Brinda vació un instante. Luego se deslizo silenciosamente por la puerta exterior y curioso e en la inexporada y vasta mansión de los Mountwyn. Su deseo era llegar al gran salón, donde momentos antes había estado bailando y donde esperaba encontrar a Malden. Porque era él a quien Brinda había decidido pedir protección contra los desconocidos peligros que parecían acecharla a ella y a sir John en esa casa, cuyo aspecto parcial y a tético y silencioso.

• • •

Al cabo de unos instantes, sir John preguntó por Brinda.

—Está ahí — dijo el doctor indicando la habitación contigua —; una chica muy valiente, John, pero era de esperar siendo la hija de Andy Duncan... No podría ser cobarde... Sin embargo, su belleza no le viene precisamente de Andy.

—Es acerca de Brinda de quién deseo hablarle, Alec, y también de su madre...

Sir John alzó el doctor de extraña manera y continuó:

—Alec, ¿eres en el destino?... Es decir, ¿en el destino que rige nuestras vidas, nuestras acciones?

—Como viejo soldado que soy, puede ser. Pero como hombre de ciencia, no — respondió el médico poniéndose serio —; el destino es otro nombre que nosotros damos a la herencia.

—Por otros una maldición. Pero no es más que herencia, John, nada más que herencia.

—¡Herencia!... Ya te he oído decir algo por el estilo, Alec... Creo que eso es uno de tus temas favoritos, ¿verdad? — dijo, sir John.

—Puedes llamarlo así.

—Pero, ¿por eso decidí pedirte tu opinión. ¿Por qué es necesario que sea esta misma noche? Como médico permíteme que te diga que debes descansar. Es necesario que duermas durante algunas horas si deseas reponerte pronto. Ya hableremos de la herencia.

—No; debo confiar mis ideas y mis secretos en alguien, de una manera u otra. Han sucedido cosas... cosas... muy graves que lo hacen absolutamente necesario.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—El asesinato de Kenley es una de ellas. — Si tu temperatura fuera más alta pensaría que estás delirando, John. ¿Qué tiene que ver el asesinato de Kenley con tu accidente, y sobre todo con la herencia? — dijo el doctor mirándolo con la sorpresa reflejada en sus ojos.

—Te confiaré algo que no te he dicho a ningún otro hombre en el mundo — dijo sir John en voz baja.

CAPITULO XI

El doctor Mac Donald se dispuso a prestar atención a su viejo amigo, mientras sir John continuaba:

...era un día, que Kenley fué asesinado...
...en un avión, arrojándose en paracaídas...
...durante la noche. Una muchacha...
...recorrió en su automóvil y lo trasladó...
...Era muchacha, Alec, era Brinda...
...me digas... murmuró Mac Donald...
...diciendo mucho los ojos por el asombrado...
...Fue es malo, Joha. No me extraña que...
...estado de investigar por tí mismo, conociendo...
...hecho tan delicado; pero seguramente...
...Brinda no sabía de qué se trataba. El...
...habrá engañado, por supuesto.

...En estos es un secreto entre tú y el asesino...
...no tienes por qué preocuparte de ello...
...el doctor con su sentido práctico de los...
...casos.

...Sonderos dirá a su amigo con ojos angustiados...
...Alec, ¿va sabes que mi puesto significa para...
...más que un título y un sueldo. Significa...
...la seguridad de Inglaterra; significa el hecho...
...la protección de los espías y de los llama...
...columnistas, traidores de todas las...
...sociales, políticos mal orientados, rebeldes...
...algunos extranjeros y otros, que Dios...
...hombrés que tienen títulos y pretenden...
...estudiar a gobernar. Es un empleo...
...y sin retribuciones, pero lo estimo...
...que ninguna otra cosa, porque se trata de...
...libertad. Mi vida privada, mis sentimientos...
...nada no significan nada comparados...
...el bienestar de mi patria. No habría paz...
...mi vivo o muerto, si fallo en la confianza...
...que han depositado en mí. Amo cuando tuviera...
...que herir a alguien que me es muy querido...
...¿comprendes?

...Vamos, hombre! Esas son ternerías sin...
...Si escucharas sano me harías perder la...
...pacencia. Estás en un gran error si se te ha...
...ocurrido desconfiar de esa muchacha, ni aun...
...por un momento — respondió el doctor en to-
...no impaciente —; creo yo que esta continua ca-
...da de espías está alterando tu cerebro. Después...
...de todo, bien sabes que esta chica te quiere...
...con amor. Pero por si acaso fuera poco, es la...
...hija de Andy Duncan y ningún Duncan ha...
...jamás traído... Es imposible que lo sea...
...ahora ella.

...Ten calma, Alec. Yo no digo que sospeche...
...de ella. Bien sabes que primero sospecharía...
...de mí mismo.

...Entonces, ¿a qué vienen todas esas tonterías?...
...Esas frases sin sentido acerca del asesino...
...y de la herencia?

...A eso voy — dijo —. Tú y yo hemos conocido...
...a Andrés Duncan, y tenias razón, Alec: no...
...había un hombre más bravo y más leal en toda...
...la India. Lo digo yo y lo afirmo yo, que era...
...el mejor amigo.

...La voz de sir John se había convertido en...
...un murmullo. Guardó silencio durante unos...
...instantes, porque bajo el influjo de su memoria...
...sus pensamientos habían retrocedido un lapso...
...de quince años.

...Era una efímera, fascinadora noche, en medio...
...de la jungla de la exótica India. La jungla si-
...nisteriosa, misteriosa, donde la muerte acechaba...
...a cada paso, silenciosa y terrible. La jungla...
...donde la primavera se manifestaba de repente en...
...fuerza esplendorosa y magnífica; la jungla cuyos...
...árboles salvajes se parecían tanto a esas otras...
...fierras de esa nueva guerra que azotaba entonces...
...a Europa.

...El pe-tre de Brinda, el joven y apuesto Duncan...
...avanzaba a saltos hacia el tigre que había...
...caído bajo los disparos de su fusil. El resaca-
...do rugido del moribundo comedor de hombre...
...un último y tremendo salto y el hombre...
...había quedado semidesmenuzado entre las poderosas...
...garras.

...En los brazos de Sanderson, Duncan murmu-
...raba sus últimas palabras en los estertores de

la agonía: "No lo sospeché... lo siento...".
Cuida de mi hija, viejo...; no busques a tu
madre... no es de nuestra clase...; lo sabrás
todo por mis papeles... No necesito explicarte-
lo, lo comprenderás todo...".
Sanderson volvió otra vez al instante presen-
te. "¡Hacia tantos años! Y, sin embargo, estaba
viviendo en su memoria. Y Andy Duncan no ha-
bía confiado en él en vano.

—Mac, nunca te conté el secreto de la madre
de Brinda — dijo —; ella abandonó a Andy
Duncan cuando la hija de ambos no era más
que un criatura. Su verdadero nombre era...
— el hijo del *Intelligence Service* murmuró,
tan bajo que apenas llegó a los oídos del doctor,
un nombre que una vez había corrido lar-
go a largo, por todos los ámbitos del mundo: el
nombre de una notoria y mortal belleza fe-
menina.

—Tengo su licencia matrimonial — concluyó.
— ¡Gran Dios! — exclamó el doctor —; ¿estás
seguro?

—Completamente seguro. No hay posibilidad
de la menor duda — respondió sir John —;
el pobre Duncan tenía una docena de fotogra-
fías de ella y los diarios publicaron muchas
otras después. El parecido no dejaba lugar a
dudas, y además hay pruebas irrefutables...
— ¡Comprendes ahora mis preocupaciones acerca
de la herencia, Alec?

—Sí... comprendo eso y muchas otras cosas...
— Tenías razón en estar preocupado, John
— murmuró el médico con voz profunda y car-
gada de simpatía —, y ella, la muchacha, ¿no
sabes nada de todo esto?

—Nadie debe saberlo bajo ninguna circuns-
tancia, suceda lo que suceda. ¿Cuanto con tu
palabra?

—Si necesitas de ella... Dios sabe que yo
violaré este secreto, por el bien y la memoria
de Andy Duncan — respondió el doctor.

—Gracias. Me siento aliviado de haberme con-
fiado este secreto. Creo que ahora podría dor-
mir un rato — dijo sir John.

—Buena idea, John... déjame echar una
mirada a esos vendajes... Bien...; ¿qué tienes
una píldora que te hará dormir profundamente...
...? Te verá mañana.

Con la mirada perdida en sus pensamientos
interiores, el doctor se sentó cerca del herido,
permaneciendo un rato inmóvil y en silencio,
hasta que la respiración acapada "Be" sir
John le confirmó que el sedativo había hecho
su efecto. Entonces el doctor Mac Donald se
levantó de su asiento y caminó en punta de
pies, procurando no hacer ruido, hasta una
ventana. Allí, mirando la noche, con las manos
enclavijadas, cruzadas tras de su ancha espalda,
murmuró con voz de profundo asombro:

—Brinda... la hija de Meta Hari!... ¡Por
Dios!, apenas puedo creerlo.

• • •

Una vez fuera del dormitorio, Brinda buscó
con la vista el rumbo que debía seguir.
Bajó las amplias escaleras, torció al final el
espacioso *hall* y luego atravesó la oscura ter-
razza. Un venticillo orofal se había levanta-
do, y la terraza estaba sin alma.

Estremecióse cuando la fría caricia de la
niebla envolvió sus hombros desnudos. Apre-
só el paso hasta encontrarse cerca del gran
salón, brillantemente iluminado.

Antes de alcanzar la puerta, junto a la cual
había sido herido sir John, ocurriósele pensar,
con un repentino estremecimiento de terror,
que quizá el desconocido asesino hubiese ca-
pado por ella, o que también podría estar
sútil en el gran salón. El caso fuera uno de los
balarines, o un sirvente, o un miembro de la
orquesta: Cualquier cosa era posible en la
enigmática y misteriosa mansión de los
Mountrwyn.

Deslizándose en la oscuridad, en medio de
altas macetas de siempreverdes, Brinda echó

Un culis sin pecas...



ni manchas, sano y
ateciopelado, es de
fijo un cutis tratado
con la original y
verdadera

Pomada BROWN Gibson

Se vende en todas las farmacias. Exigir fórmula
Gibson y no otro.

GUITARRAS

Fabricantes desde 1870

Desde \$ 10
hasta pesos
1.000. Com-
pra o compra
Guitarras.
CREDITO

Métodos,
Cuerdas y
Música
Para
Guitarra

REMITIMOS
CATALOGOS
GRATIS

ANTIGUA CASA NUÑEZ

SUCESORES
Diego, Gracia y Cía.
SARMIENTO 1573. - BUENOS AIRES

Dr. ROMEO J. MESSUTI
Médico cirujano del hospital Zubizarreta - C. de 15 a 17
VALLEJO 4645 U. T. 50 - 0224

Dr. ANIBAL O. DE ROA (h.)
Enfermedades de la Piel, Hérigos, Derramas (electrocoagulación)
De 17 a 20
VIAMONTE 830 Pedir hora U. T. 35 - 6493

Dr. ALFREDO S. RUGIERO
Méd. Cirujano - Clínica Méd. - Vías resa. - Raxos X
Luzes, Miror y Viroso U. T. 44 - 4780

Dr. ANGEL E. DI TULLIO
MEDICO CIRUJANO
Especialista Oídos, Nariz y Garganta
Nueva York 4020 U. T. 50 - 4278

Descuidado en sus principios, el tracoma pue-
de conducir a la ceguera.
PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.

CALIDAD SUPERIOR
COLORES FIRMES

HILOS
PARA LABORES
DE SEÑORAS

D.M.C.

MADE IN AUSTRIA

Partida "difícil"



—¿Parece que la partida es difícil, eh? No han hecho una sola movida desde que estuve aquí hace media hora...

una mirada a la multitud que colmaba el gran salón, esperando ver el rostro y la figura atlética de Dick Madden. Pero no pudo hallarlo entre los muchos rostros y cuerpos que pasaban ante ella. Hizo una tentativa final y había comenzado a entrar en el salón, cuando, de pronto, la voz de un hombre, que sonó casi a su lado, hizo que se detuviera de golpe. Suavemente, procurando no hacer ruido, dio un paso atrás, desliziándose en la sombra protectora. Permaneció inmóvil, forzada a guardar silencio por algo amenazador y furtivo que palpataba en el tono del oculto personaje que hablaba. En ese momento otra voz de hombre contestó a la primera. Entonces comprendió Brinda por qué había ella desconfortado instintivamente...

No sólo los hombres que se hallaban tras los arbustos hablaban en un tono bajo de conspiradores, sino que empleaban, al hacerlo, muchas palabras en idioma extranjero, en el idioma de sus enemigos.

CAPITULO XII

—Pero, ¿quién podría haber sospechado que el viejo fuera tan rápido?... ¡Caramba! y es más fuerte que un toro — dijo la voz baja que venía de detrás de los arbustos.

Siguieron algunas palabras en idioma extranjero que Brinda no pudo entender, a pesar de pretender recordar, en ese instante, los escasos conocimientos que sobre dicho idioma había adquirido en el Instituto de Mr. Cartwright.

—No vale la pena hacerse mala sangre por eso; al fin tenemos el código que deseábamos conseguir. Y sabemos también dónde se encuentra Mountyvue. ¡Qué hermoso sería hacer volar a todos ellos con una bomba! — contestó la otra voz, que tenía raras inflexiones, graves y escasadas.

—Ya llegará el día...; por ahora démosles que hablen y se diviertan a su gusto. Además, una bomba arrojada en estos momentos podría matar a algunos de nuestros amigos.

—Eso me recuerda que... ¿Dónde está él? — Había bajo! — ordenó el hombre de la voz escasa.

Brinda no pudo oír la réplica que siguió. Pero había escuchado bastante para darse

cuenta de que había estado a punto de descubrir la clave de los extraños sucesos de esa noche.

Olvídense del frío penetrante de la niebla que la envolvía; olvidó que esos eran hombres desesperados, capaces de llegar hasta el crímen para no ser descubiertos, ellos y la asociación que servían... Pero no experimentó miedo. Solamente una irresistible curiosidad y el deseo de oír todo lo que aquellos hombres hablaban.

Sin embargo, ambos desconocidos hablaron desde entonces con mayor precaución, y ella pudo escuchar apenas alguna que otra palabra ocasional. Varias veces sintió, empero, distintamente, el nombre de Mara. Recordó con un estreñecimiento que ése era el nombre de la agente del Intelligenc Service que se había perdido; la mujer cuya reciente traición arrastrara a sir John a esa encrucijada que, por entonces, le había costado la pérdida de documentos secretos de gran importancia, y dos heridas de arma blanca.

Dos veces también, escuchó el nombre del jefe del servicio secreto del enemigo... Creyó oír, asimismo, algo acerca de un pasaporte perdido para cierta señorita, pero esta vez el nombre de aquella desconocida no llegó a sus oídos.

El murmullo de las voces de los enemigos de su patria, que llegaba apenas hasta ella, la ponía cada vez más nerviosa. Se mordió los labios con impaciencia, y en su ansiedad por escuchar se apretaba cada vez más contra el follaje de los siempreverdes. De pronto, se oyó un chasquido que, en el angustioso momento, sonó como un disparo de revólver; la rama seca de una planta habiase quebrado bajo el peso de su cuerpo.

—¡Nadie!... ¡Diables! ¿Quién está allí? — Brinda sintió un ruido de rápidos pasos que corrían hacia el lugar donde se hallaba, y antes de que tuviera tiempo en pensar siquiera en hacer un movimiento, una figura incierta, de hombre, apareció frente a ella envuelta entre la bruma. Abrió la boca para gritar, pero antes de que pudiera exhalar el menor sonido, la mano del hombre se apretó firmemente contra sus labios.

Otro hombre, a sus espaldas, la había sorprendido. Dedos de acero aprisionaron sus muñecas llevándola hacia atrás sus brazos. Ella se resistió con todas sus fuerzas y finalmente hundió los dientes en la mano que cerraba su boca. Un prito de dolor y de sorpresa, acompañados por un imprecación en idioma extranjero, dieron cuenta de la eficacia de los dientes de Brinda; pero fué en vano.

—¡Rápido, ustedes dos! ayúdenme a donar a esta gata salvaje — dijo su captor.

Brinda trató de dar un puntapie al hombre que se le acercaba, pero éste la sujetó ágilmente tomándola de los tobillos y alzándola luego ella; alguien había tapado la cabeza con un paño áspero, e inmediatamente unas manos presionaron sobre su boca introduciendo el paño entre los dientes e impidiéndole gritar.

—¿Por qué tanto trabajo? Use el cuchillo — dijo una voz.

—No; tengo otro medio mejor — contestó el hombre que se sostenía por la espalda.

Brinda creyó reconocer esta segunda voz. El paño que le cubría la cabeza fué aflojado un tanto. Un segundo después, un olor penetrante llegó a sus narices; un vaho espeso la sofocó y después, rápidamente, cayó en las tinieblas, en la quietud, en un mundo sin sonido y sin luces; en el mundo de los sueños.

Una tenue ráfaga de aire campestre acariciaba su rostro... Suaves golpes y un rítmico balaceo... Un dolor de todos sus músculos... Un gusto agrio en la boca...

Brinda salía de una inconsciencia que pare-

cía haber durado años. Instintivamente, un proceso interior, en que su mente trataba de recordar acontecimientos posteriores, le advirtió, como por instinto, que debía permanecer inmóvil, tener los ojos cerrados y no dar ningún signo de que recobraba la conciencia de su yo.

Poco a poco comenzó a tomar contacto con el mundo exterior que la rodeaba, por medio del oído. Comprendió que viajaba en un amplio y pososo automóvil. A cada costado de su cuerpo sentía la presencia de dos cuerpos masculinos, indudablemente los mismos que la habían raptado.

Después de un largo intervalo, uno de los hombres habló y Brinda felicitóse entonces, íntimamente, de haber permanecido inmóvil y como si estuviera sin conocimiento. Era la voz gutural de uno de los hombres a quienes oyera hablar tras las plantas de siempreverdes, en la casa de Mountyvue.

—Nuestro jefe se está poniendo blanco — decía la voz—. ¿Por qué conservará la vida de esta joven inglesa?

—¡Callate!, debemos obedecer y no comentar — dijo el otro.

—Mueller tendrá algo que decir de esto.

—¿Mueller? ¿Quién es él?

—Nada más que un hombre fuerte; un buen. ¿Por qué habría de tenerlo en cuenta nuestro jefe?

—Nuestro capitán no gasta su paracaídas en cualquiera. Sospecho que este Mueller es un individuo más importante de lo que creemos.

—No importa... creemos nuestras órdenes y la conducción hasta los cuarteles de acuerdo a ellas. Después de eso, el jefe puede hacer lo que quiera de la muchacha.

—Me imagino lo que será... — dijo el que había hablado primero, riendo con risa desagradable —; ¿qué te parece si le echamos una mirada?

—¡No!

Pero a despecho de la orden, un rayo de luz dio de lleno en la cara de Brinda, egodándola, a pesar de tener los ojos cerrados. Sin embargo, tan pronto como brilló el rayo de luz volvió a apagarse.

—¡No! — dijo la misma voz en tono perentorio.

El otro hombre gruñó agríamente. — ¡Caramba, te estás convirtiendo en un tirano!, ¿acaso no puede un hombre mirar a esta linda muchacha? ¡Vaya un palmito!; no parece una de esas risas inglesas. Me sorprendería que fuera nacida aquí.

—No es cierto. Bueno, ¿qué afirmaba eso?

—Sí, es cierto. Bueno... no lo crítico. Un hombre con tanta responsabilidad como él debe tener también alguna diversión.

—Basta, basta!, hablas demasiado — dijo el hombre de la voz gruesa.

Abriendo apenas un resquicio en sus largas y pesadas pestañas, Brinda espío el pequeño mundo interior que la rodeaba. De ese modo supo que había un tercer hombre en el coche, encajado del volante.

Desesperadamente, la muchacha consideró su difícil situación. Pasarían horas antes que sir John la echará de menos. Naturalmente, pensaría que haría todo a reunirse con los demás invitados de que la casa, en el gran salón de baile. En cuanto a Dick, estaría con Gladys, hablando en secreto con ella, y aceptando ambas las felicitaciones por su compromiso.

—¿Qué es eso?... ¡Miren!; hay un coche tras de nosotros, muchachos. Es mejor que disminuyeran la velocidad para no despertar sospechas.

El automóvil minoró su velocidad mientras Brinda veía que sus dos captores miraban atentamente por la ventanilla trasera, olvidándola en ese instante casi por completo.

—¡Está sobre nosotros! — gritó uno de ellos con excitación.

—Espera hasta que esté más cerca.

UN LIBRO FASCINANTE!

EXPERIMENTOS ELECTRICOS



COMO APRENDER ELECTRICIDAD EN FORMA PRACTICA Y AEREA

SUMARIO:

Experimentos sencillos. Cómo se graban con una bobina los polos de un imán. Cómo se hace un imán bobinado. Aparato de comunicación. Trucos con receptores de radio. Experimentos con lámparas eléctricas y lámparas de néon. Experimentos de inducción. Baterías caseras. Altoparlante telefónico. Lámparas de arco, horno eléctrico y soldadura. Electricidad en casa. Galvanoplastia. El maneco bailarín. Campana controladora. Bobina de tests con saltos. Circuito. Forma de electrificar alambres, guerdos. Experimentos con fotocélulas. Teléfono de radio e inducción. Reóstato y su uso. Rectificador. Instrumentos de medición. Termómetros. Baterías para alambres. Instrumentos musicales. Corriente eléctrica. Secador de películas. Manipuladores caseros para Morse. Pick-up casero. Soldador simple.

PRECIO : UN PESO
FRANQUEO : 20 CENTAVOS
PEDIDOS A :

Editorial HOBBY - Venezuela 668

Una GOLOINA

que purga sin producir trastornos y con el máximo de eficacia.

RICOL

del que niños y adultos piden más.
En todas las farmacias y en

GIBSON' Defensa 137 - ul. 33-3581



POMADA PARA CALZADO

"COLIBRI"

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA LUSTRA-TIÑE

Productos de los Establecimientos de Anilinas Colibri

— ¡Admirable el fusil! — exclamó el otro. El fusil se desvió de su ruta saltando y dando vueltas. Luego cayó sobre ellos un haz de luz del cielo que los persiguió y un instante después se movió una voz íngles clara y energética.

— ¡Eh, señores, deténganse! — Brinda intentó reconocer esa voz; había algo familiar en ella. — ¿Era la voz de Dick, o era tan sólo su imaginación?

Una de las hombres ruyó a la muchacha con el fin de caerse de un fusil anetralladora. — ¡Deméase, masta a ese perro inglés! — exclamó furioso de sus captores.

— ¡Ay, ay! — se oyó gritar nuevamente al inglés. Y ahora sí, Brinda estaba segura de que aquella era la voz de Dick.

A despeño de los saltos, hizo un trencendo esfuerzo y dando un grito se arrojó hacia adelante, como si caer con todo su peso sobre el hombre que tenía el fusil anetralladora, quien, sorprendido por el golpe, no pudo mantener el equilibrio. Después, oyóse el rápido tableteo de la anetralladora que disparaba sin control. Habo en seguida un fuerte ruido metálico y la estridente chirrido de los neumáticos frenados bruscamente.

Una sensible y providencial mano presió empujar a Brinda hacia el medio del coche en el momento mismo en que una bala silaba sobre su cabeza. Unos vidrios estallaron con estrépito. Después, un fuerte choque... En seguida, silencio.

CAPITULO XIII

Poco a poco, Brinda recobró el conocimiento. Se daba vuelta; se hallaba dolorida y mareada. El coche corría ahora por el camino, no luces, buscando su dirección en medio de la niebla que lo envolvía.

Experimentaba un dolor intenso en los ojos, e instantáneamente se recostó contra el blando asiento del automóvil. Uno de los hombres hablaba en extranjero. Trató desesperadamente de dar un sentido a las frases de las que apenas lograba interpretar algunas palabras, hasta que al final comprendió que se hallaban ya próximos a su destino. Poco a poco el automóvil fue disminuyendo su marcha. Brinda abrió los ojos y vio entre la niebla el bulro opaco de una casa. Una mano le apasionó el brazo sacudiéndola sin miramientos.

— ¡Vamos!, arriba, vamos; hemos llegado. No trate de jugaros una mala pasada ahora, por que morirá — le dijo uno de los hombres hablando en inglés.

Elle descedió del vehiculo sin hacer resistencia. El aire fresco de la noche despiro su uentre; miró la imponente y negra estructura de la edificación y sintió que un estreñecimiento recorría todo su cuerpo. Por un momento, Brinda supo lo que era miedo; miedo por su propia vida, por su propia seguridad. Después le asaltó otro pensamiento: ¿Dick!, ¿lo habían matado?... Estaba segura de que era su voz la que había escuchado antes, aunque no podía asegurar si ese antes había ocurrido tan sólo hacia algunos minutos o algunas horas. Encogíendosele el corazón recordó el sonido de los disparos, el ruido de los vidrios rotos y la estridencia del metal golpeado.

Un hondo suspiro dilató su pecho, mientras seguía el camino que le indicaba su guardián.

— ¡Adentro! — le dijo éste mientras la empujaba escaleras arriba, a través de una pesada puerta. Dieron unos pocos pasos subiendo unos escalones de piedra, y otra puerta, esta vez cerrada, les cortó la marcha. Alguien llamó a ella tres veces seguidas e inmediatamente sonaron en el interior pasos que se acercaban. La puerta se abrió y la muchacha pudo ver la silueta de un hombre que se dibujaba en el marco.

— ¿Otra más?... ¿Hay que liquidarla?... preguntó el hombre con voz monótona, hablando en idioma extranjero.

— ¡Toda's no; tenemos que esperar... Así lo ordenó nuestro jefe — dijo el hombre que conducía. Brinda, echándose a reír sarcásticamente.

El otro se hizo a un lado y Brinda fué empujada al interior mientras la puerta se cerraba en seguida tras ella. El hall de entrada estaba tan poltronente iluminado que la muchacha pudo apenas distinguir la figura de los dos hombres. Comprobó, sin embargo, que ambos eran altos, de anchas espaldas, y que sus voces eran igualmente bajas y profundas. Hicieronla atravesar un hall en dirección a una puerta y descender tras ésta un tramo de escalera. Después, la puerta golpeó con violencia y ella se encontró en la más completa oscuridad.

El terror volvió a asaltarla de nuevo. Por un momento perdió por completo la serenidad; no era ya la joven que se había hundido de manera tan precipitada en el corazón de una peligrosísima intriga internacional, sino más bien una niña perdida en la oscuridad. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, mientras, buscando con las manos, sentíase en uno de los peñalños de la escalera que acababa de descender tan rápidamente, y escondiendo la cabeza entre las manos dió rienda suelta a su desesperación. Lloró y lloró amargamente.

— ¿Qué podría hacer? Comprendía que la habitación que se encontraba hallábase bajo tierra. Era, pues, un perfecto calabozo. Sin duda le sería muy difícil, sino imposible, salir de él. Dick habría muerto quizá y muy pronto ella moriría también.

El hombre a quien sus captores llamaban el jefe se presentaría pronto; luego la sacarán de su cuartel, de su oscuro encierro, para llevarla a su presencia, para que escuchara la sentencia de muerte. O quizá, algo peor que la muerte... Estremecióse al pensar en las palabras que le había dicho su tutor. Sandy tenía razón. Ella debía haberse mantenido alejada de todo eso... Si hubiera hecho caso a su advertencia... Pero cómo podía ella mantenerse indiferente después de haber oído aquellas informaciones?

Luego, el indomable espíritu de la muchacha recobró gradualmente su nivel... Había una esperanza, después de todo. No estaba segura de la muerte de Dick; y quizá también habría alguna manera de escapar de esa prisión. Buscó un pañuelo en el bolsillo del saco y enjugó sus lágrimas. Hurgó nuevamente en el bolsillo y encontró un atado de cigarrillos y una caja de fósforos. Cuando encendió uno de éstos, la llama iluminó su prisión; un cuarto cuadrado, con paredes de piedra, y piso también de piedra. Ni siquiera tenía ventanas. La llama se apagó pronto.

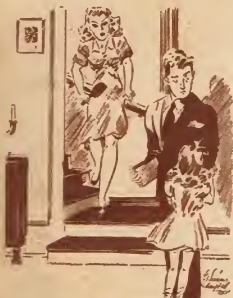
Entonces su instinto, pronto y alerta, le hizo sentir a Brinda la presencia de otra vida en el cuarto. Contuvo su aliento y escuchó con todos los nervios en tensión. En la oscuridad había un ruido. Ni siquiera tenía ventanas. La llama se apagó pronto.

Entonces, algo tibio y suave rozó su pierna. La muchacha exhibió un grito sordo, pero en el mismo instante desapareció todo su temor; ¡Un gato!... ¡No era más que un gato!

Su mano buscó en las tinieblas hasta encontrar al animalito y se sintió acompañada por su presencia en aquella terrible prisión. El gato ronroneaba alegremente. Alzó al animalito y lo puso en su falda; luego le acarició la cabeza mientras murmuraba en voz baja:

— ¿Querido... mi gatito; ¿de dónde vienes? Había hecho la pregunta sin darle importancia, pero inmediatamente que la pronunció, una súbita idea le asaltó de pronto. ¿De dónde había venido, en efecto? No por las escaleras, desde luego... ¿Habría entrado en la prisión

Argumento



—Si le pides a mamá que no me castigue, yo no le diré quién estaba besando ayer a la nueva mucama.

en el mismo momento en que ella era arrojada dentro? No, ella había revisado perfectamente todo el cuarto cuando encendió el fósforo. Debió, por lo tanto, haber otra entrada; una entrada por donde pudiera haber penetrado el gato; una entrada, por consiguiente, que podría quizá permitirle a ella escapar de este tético lugar.

Saltando sobre sus pies, Brinda cruzó el cuarto y tomando la caja de fósforos encendió uno y se puso a revisar cuidadosamente todas las piedras.

Comenzó a recorrer palmo a palmo toda la pared, encendiendo fósforo tras fósforo. Por último, frente a ella, vio lo que buscaba, una hendidura entre las piedras. Indudablemente era por allí por donde el gato había entrado.

De nuevo el gato restregóse contra sus piernas, y ella, agachándose, le alzó, estrechándolo contra su pecho; contenta y esperanzada por aquella ocasión de escapar que se le presentaba.

—Gracias, gatito, gracias —murmuró.

Pero aun no había logrado escapar. Había encontrado solamente un agujero en la pared de su prisión, suficientemente amplio como para permitir la entrada del gato, pero no para dar paso a una mujer. Sin embargo, debía conducir a algún lado, y quizá a la libertad.

Brinda introdujo su mano en el agujero. Sus dedos tocaron una pieza de madera suave y pulida. Procuró arrastrar la madera hacia ella y una ráfaga de aire fresco le dio de lleno en el rostro.

La mucacha trató de comprender qué sería aquello, y su frente se llenó de arrugas de preocupación. Quiso mover la piedra con los dedos, pero sus uñas se rompieron, aunque logró moverla un tanto. Hizo otro esfuerzo y empujó con todas sus fuerzas, y esta vez tuvo éxito. Entonces, rápidamente, encendió otro fósforo para examinar la situación.

Se dio cuenta, a la luz de la mortecina llama, que se trataba de una puerta trampa que se abría en el muro. Evidentemente esa había sido en otro tiempo una cocina, y la trampa comunicaba con un dormitorio sobre el techo de la misma.

Suavemente comenzó a empujar las piedras y cuando hubo logrado moverlas hizo deslizar

con infinitas precauciones la puerta de la trampa.

Contrajo sus labios para contener un grito, porque a través de aquella trampa le llegaba el ruido de voces hablando en el idioma extranjero de sus enemigos. Y el monótono golpeteo de un transmisor de telegrafía. Deslizándose por el suelo pasadizo subió penosamente, sosteniéndose con pies y manos hasta que tropezó con una cuerda. La tomó y probando su resistencia, subió un poco, aguzando el oído para escuchar.

Todos sus temores habían desaparecido ya. Olvidó también que Dick podía yacer en el camino, herido de muerte; olvidó todo, hasta que el jefe llegaría de un momento a otro, señalando así su sentencia de muerte, para no acordarse más de aquel momento de las voces y de ese transmisor telegráfico que envía mensajes al espacio, mensajes que indudablemente ponían en peligro millares de vidas de ingleses leales. No experimentaba el menor temor por sí misma; habiase olvidado completamente de su persona.

El transmisor, lo más lentamente que pudo, leja pausadamente, comenzó a subir, rogando que la vieja cuerda no cediera. Pulgada por pulgada se movía hacia esas voces y hacia el monótono sonido, tratando de no hacer ningún ruido que pudiera traicionar su presencia. Por último, se encontró mirando a través de un agujero al interior de un cuarto lleno de humo. Un hombre se encontraba sentado frente a una mesa, y su mano derecha trabajaba febrilmente sobre el transmisor, enviando al espacio líneas, rayas y puntos en una sucesión continuada. Tras él había otros dos hombres. La mucacha no pudo ver sus rostros, pues le daban la espalda.

El cuarto en que permanecían los tres hombres era un espacio estrechamente construido, pero apenas tenía muebles: una mesa, algunas sillas, y en una esquina, una pequeña estufa. Dos ventanas hallábanse disimuladas tras espesos cortinados, de manera que ninguna luz pudiera verse desde el exterior y traicionar la presencia de esos desconocidos que estaban a su vez traicionando a una nación. «Las reglas del ocultamiento favorecen a los espías», pensó la mucacha.

—¿Rápido!, trate de establecer comunicación —dijo uno de los hombres al que estaba sentado frente al transmisor.

—¿No contestan!... ¿Qué quiere que haga? —contestó el otro enfurecido.

Y luego comenzó a enviar al éter otro mensaje.

—¡Ya está!... ¡Ya contestan!
Y comenzó manipulando el transmisor, deteniéndose en los intervalos en que recibía las respuestas.

—¿Qué dicen?

—¿Pueden saber qué sucede.
—Dígame que el joven inglés ha sido capturado y que hemos tenido algunas dificultades con estos últimos mensajes.

—¿Nada más?

—Dígame también que es demasiado peligroso enviar esta lista de los agentes por telegrafía —dijo el hombre, señalando un cuaderno que tenía en la mano—; la enviaremos el viernes con un agente de confianza en el barco convenido, y que luego un submarino interceptará al barco en... —

Dió la longitud y la latitud con horas y minutos, Brinda las recogió en su memoria y las repitió una y otra vez para estar segura de no olvidarlas. Pero, ¿cuál sería ese barco convenido?

Los dedos del hombre tocaron nuevamente el transmisor, transmitiendo a la velocidad de una larga práctica; después se detuvo y, casi en el mismo instante, la aguja del aparato receptor comenzó a moverse como alacodante, transmitiendo, letra por letra, el mensaje enviado desde una estación enemiga.

De pronto, un seco estallido interrumpió el suave repiqueteo del telegrafo.

Era la voz de un revólver. La puerta de la habitación donde se hallaban los tres hombres se abrió de golpe y alguien gritó con voz excitada.

—¡Rápido, estamos en peligro!, escúdan el telegrafo y ocultéense. El inglés está aquí.

CAPITULO XIV

Mientras Brinda estaba preocupada por Dick Mandel, el joven y elegante nardo hallábase siguiendo una pista propia.

Al principio, el objeto de sus investigaciones fue lady Gladys. Era su propósito averiguar por qué ella o Vaslav habían elegido ese momento para organizar un baile de oscurcimiento. Lo más que podía ser ingeniosa, pero parecíale a Dick una coincidencia demasiado sugestiva que hubiera sido precisamente en esos momentos cuando alguien atacara al tutor de Brinda.

Pero ni Gladys ni el príncipe Vaslav habían sido puestas en evidencia. Dick recorrió el salón de baile y los pasillos y luego dirigióse a la puerta de entrada. Al llegar a ella se encontró con lord Mountwain.

—Voy a echar un vistazo por los alrededores —dijo Dick.

—Es inútil, muchacho; yo no debe de haber nadie allí —dijo el lord.

—Sin embargo, vale la pena que hagamos una recorrida.

—Mountwain lo siguió a través de la puerta, cruzando la ancho terraza y bajando las escaleras hacia el amplio patio.

—¡Vaya unos demonios!, atacar de esa manera, ¿Quién sabe dónde estarán ahora! —murmuró Dick.

De pronto, el marino se detuvo. Frente a él, y a unos pocos metros, vio dos sombras que se deslizaban rápidamente, pareciendo que llevaban entre ambas un cuerpo inerte. Dick apretó el brazo de lord Mountwain.

—¡Mire! —gritó, y pareció que el brazo del noble temblaba bajo sus dedos.

—Son sirvientes —dijo Mountwain.

—¡Son espías!... ¡Imposible!... ¡Vamos!

—Pueden ser los hombres de lord Mountwain resistiendo —. Si son enemigos, seguramente estarán armados.

Trató de detener a Dick tomándolo de un brazo, pero éste se libró bruscamente.

—¡Iré solo —gritó mientras corría hacia la esquina de la casa por donde desaparecerían los dos hombres. Al llegar allí sintió el rugido de un motor.

Un coche apareció corriendo velozmente por el camino interior del castillo pasando frente a él con el motor rugiendo con todo su poder. Dick echó una mirada a su alrededor. Vio otro coche detenido cerca y en cuatro saltos estuvo a su lado. Abría la portezuela, y sentándose en el asiento, frente al volante, presionó el arranque. Pero el motor no arrancaba. Hizo una nueva tentativa y de pronto se dio cuenta de que había olvidado establecer el contacto. Buscó a tientas la llave, dió media vuelta y en seguida el motor arrancó. Dick puso el automóvil en marcha y partió como una flecha tras la luz roja que huía velozmente lejos ya en el camino.

La aguja del velocímetro pasó rápidamente la marca de los cincuenta kilómetros, siguió luego hasta los sesenta, continuo avanzando hasta los setenta y después hasta los ochenta. Y poco a poco, línea a línea, llegó hasta la marca de los cien kilómetros.

Adelante podía ver la roja luz trasera del otro automóvil y comprendió que iba ganando terreno. Estaban en la larga faja de un camino pavimentado que corría hacia el norte, internándose en los páramos; una tierra que él había conocido durante toda su vida... que le era familiar pulgada por pulgada. El coche de

Dick corría ahora a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. Velocidad que había alcanzado casi sin que él se diera cuenta, pues sus ojos estaban fijos en la lejana luz que había a los lejos desapareciendo y apareciendo alternativamente en las curvas y sinuosidades del camino. Pero Dick manejaba con absoluta confianza en sí mismo. Conocía el camino como la palma de sus manos, y sus nervios lo impulsaban a hundir cada vez más a fondo el pedal del acelerador.

Por un segundo, su pensamiento volvió hacia la manzana que dejara atrás y hacia la extraña conducta de su dueño: lord Mountwin. ¿Por qué había protestado su futuro suegro cuando él trató de perseguir a aquellos hombres? ¿Estaría complicado con los enemigos?

Pero no, no podía ser. Lord Mountwin era un hombre honorable, un viejo inglés, un coronel servador sin una mancha en su pecho, sin nada que pudiera hacer sospechar de él; sería quizá que era demasiado viejo para ser impulsivo. Dick no podía censurarlo por eso. Después de todo, el coronel Sanderson había sido herido y cada cual tiene derecho a cuidar su propia vida.

Pero bien pronto el camino y la terrible velocidad del coche absorbieron toda la atención de Dick.

La luz roja brillaba ya cercana. Dick no podía ver claramente al otro coche, pero se iba acercando a él metro a metro. Pronto los alcanzó, y entonces, torciendo hacia la derecha se puso a la par de los fugitivos.

—Eh, ustedes, deténganse! —gritó.

Pero inmediatamente se dio cuenta de que había cometido un error. Una mujer pidió auxilio... ¡Brinda! Dick vio su blanco rostro durante un segundo. Después, por la puerta del otro coche se asomó uno de los captores y en seguida aparecieron una sucesión de llamas rojas y cortas, mientras algo silbaba sobre su cabeza. Luego hubo otro ráfaga de disparos y esa vez el coche se desvió violentamente cuando las balas hicieron blanco en una de sus cubiertas delanteras.

Dick trató de mantener la dirección del automotoril que comenzó a efectuar zig-zags por el camino. Luchó desesperadamente con el volante, pero le fue imposible dominarlo, pues esta vez desvió hacia la izquierda, pasó por detrás del otro coche que ya comenzaba a alejarse, salióse de la ruta y hundiéndose en una zanja dio varios rumbos hasta quedar inmóvil, medio hundido en el barro. Dick se desmayó.

Cuando volvió en sí, alguien estaba sobre él. Una mano lo sacudía y una voz sonó en su oído:

—¿Se ha herido usted?

Dick se sentó, puso su cabeza entre las manos y la sacudió de un lado a otro. Después se puso de pie.

—Parece que no —dijo a su interlocutor.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó éste, que llevaba el uniforme de agente de policía. Rápidamente Dick le informó de todo lo sucedido, viendo que el hombre lo miraba con aire de desconfianza.

—Sí, hombre... Eso es lo que sucedió. No estoy borracho. Tenemos que ir tras ellos. Yo le dije Dick con impaciencia mientras sacaba una pequeña cápsula de su bolsillo, a cuya vista el agente cambió de actitud.

—Lo siento, señor —dijo—, pero sólo tengo una bicicleta; tendremos que usarla, no hay más remedio.

—Han tomado hacia el norte, probablemente hacia alguna madriguera oculta no lejos de aquí —dijo Dick—, su coche está averiado; creo que uno de sus focos delanteros está roto. Casi estoy seguro de ello; no será muy difícil encontrarlo.

El policía montó en su bicicleta.

—Sientese en el cuadro, señor; no es una postura muy elegante para un caballero, pero no tenemos tiempo para elegir.

—Tiene razón; no se trata ahora de andar con esas tonterías —contestó Dick sonriendo mientras se acomodaba en el sitio indicado. Y de esa manera ambos se movieron lentamente en dirección al norte por el amplio camino pavimentado. Al cabo de unos diez minutos de andar así, vieron un hombre que caminaba en la oscuridad al costado del camino. Se detuvo y observó a los que llegaban con curiosidad y no sin cierta sorpresa, apoyándose en su fusil.

—¿Ha visto usted un coche con una sola luz? —le preguntó Dick.

—Sí; no hace un cuarto de hora, pasó a toda velocidad y dobló por aquella curva —contestó el hombre.

—¿Por qué lleva el fusil? —preguntó Dick.

—Por lo que pueda suceder; señor. Uno no está seguro nunca en estos tiempos.

—Usted puede sernos útil —dijo Dick mientras le refería a grandes rasgos su historia.

—¡Ah!... ¿Conque una mujer, eh?... Los muy... ¡Vamos a ellos! —exclamó sonriendo con fiereza el hombre del fusil.

—Dejaremos la bicicleta —dijo Dick. Los tres siguieron a pie recorriendo cerca de medio kilómetro hasta llegar a la curva; entonces el guía respondió:

—Hay una casa a diez cuerdas del camino. Debe de ser allí.

Rápidamente y en silencio se dirigieron a la dirección que les indicaba el hombre, hasta que pudieron distinguir una casa, pero entre los árboles. La niebla se había levantado un tanto y un rayo de luna alambra con su luz pálida la silenciosa y desolada escena. Los tres avanzaron entonces con mayores precauciones, hasta que Dick, que iba delante, se detuvo de golpe e hizo un signo con la mano mientras murmuraba en voz baja:

—Un guardia; yo me encargaré de él. Comenzó a deslizarse entre las sombras para llegar sin ser visto hasta el centinela. Dió un largo rodeo hasta colocarse a espaldas de su hombre y avanzó pulgada a pulgada. En un momento determinado el centinela se dio vuelta hacia él como si hubiera escuchado algún ruido sospechoso. Dick quedó inmóvil y contuvo el aliento esperando a cada instante ser descubierta, pero evidentemente tranquilizado, el centinela volvió a su puesto. En ese mismo instante Dick se puso de pie y se arrojó sobre las espaldas del otro. Ambos rodaron por tierra y entonces el policía y su acompañante corrieron para ayudarle.

—Dormirá por un rato —dijo un instante después el hombre del camino contemplando al centinela, a quien había golpeado fuertemente con la culata de su fusil.

CAPITULO XV

Dick se agachó para recoger el arma del descomodido.

—Un fusil ametrallador; esto nos viene muy bien —murmuró levantándolo.

—Sin embargo, somos tres contra diez —hizo notar el acompañante accidental, acariando su fusil con una significativa sonrisa.

Dick, por su parte, pasó su revólver a la policía mientras explicaba:

—Debemos de andar con cuidado; la muchacha está ahí dentro y no hay que arriesgar su vida. Daré la vuelta a la casa y buscaré alguna manera de entrar. Ustedes esperen allí enfrente cinco minutos y luego disparen contra la casa.

—¡Bien! —dijo el del fusil, y luego agregó palmeando al policía—: Dentro de poco vamos a divertirnos.

Dick se deslizó entre los árboles sin hacer ruido, llevando preparado su fusil ametrallador que le daba una sensación de confianza y seguridad. Al dar vuelta a una de las esqui-

TORTURADO

por el peligro de una vejez prematura



Hombres jóvenes, agotados física y espiritualmente, no tienen apego alguno por la vida. Son en realidad fracasados, sin voluntad, muchos de ellos a causa del vicio de los alcaloides, por graves perturbaciones en su sistema nervioso, o porque han perdido su vigor masculino. Pero actualmente la ciencia les ofrece

Virilinet

moderno preparado de hormonas.

★

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS.

Indirecta



ELLA. — *Es curioso comprobar cómo los peces son atraídos por los gusanos...*

nas de la casa vió un enrejado que subía hasta uno de los balcones; era lo que le hacía falta. Poniendo su arma bajo el brazo, comenzó a subir lentamente. Luego saltó la balaustrada del balcón y se deslizó hacia el interior de un espacioso hall. Un ruido vagamente familiar le hizo prestar atención; era el telégrafo. En ese momento alguien, saliendo de la oscuridad, disparó sobre él a quemarropa. Era ese el disparo que Brinda había escuchado desde su escondrijo en la puerta trampa.

Dick Malden entró en acción con su fusil ametralladora. Otra ráfaga de ametralladora le contestó desde el interior del cuarto del telégrafo y una bala trazó un sangriento surco en su oreja. Dick pensó por un instante que Brinda podría estar en su línea de fuego, pero no lo quedaba otra alternativa que disparar y así lo hizo, cubriendo la escena que abarcaban sus ojos con la boca de su ametralladora, que vomitaba bala tras bala. Pronto otros sonidos intermitentes se sumaron a sus disparos. Era el hombre del telégrafo que había ido a ponerse a su lado.

— ¡Cuidado! — gritó éste de pronto.
Un hombre apuntaba a Dick desde el suelo, bajo una mesa. Pero antes de que tuviera tiempo de disparar, Dick lo encanizó con su arma y el enemigo se encogió un instante sobre sí mismo, dejó caer el arma y quedó inerte.

Malden irrumió entonces en el cuarto buscando a Brinda. Vió ante sí, a pocos pasos de distancia, un hombre agachado con la mano echada hacia atrás. Disparó sobre él como un rayo y luego se arrojó al suelo en el mismo instante en que explotaba la granada que había arrojado su enemigo.

— ¡Socorro!, estoy herido — gritó de pronto el policía.

Le había alcanzado un fragmento de la granada, pero su voz no sonaba en tono agónico, y Dick acercándose a él le gritó:

— ¡Déme su linterna!
Mientras, trataba de orientarse en medio de los escombros del cuarto que había quedado semiderruido. En medio de trozos de vigas y ladrillos había dos hombres muertos y otros más junto a la puerta; pero por más que buscó Dick no pudo hallar el menor rastro de Brinda. El marino echó entonces una mirada en derredor en busca de su ocasional compañero en esa aventura, pero no lo vió, recordando en

el mismo instante que éste había dicho algo acerca de un hombre que huía. Volvióse entonces hacia el policía. El fragmento de granada había rebotado antes de herirlo, y el hombre tenía solamente un pequeño tajo en la cabeza.

— No es nada, hombre; vaya y traiga a nuestro prisionero del centinela — le dijo.

— ¿Nos darán alguna recompensa por esto? — preguntó el policía levantándose.

— Lo que le dará será un par de puntapiés si no se apura — exclamó Dick irritado e impaciente.

Murmurando y protestando, el policía se alejó.

— ¿Hacia dónde fué nuestro compañero? — le preguntó Dick.

— Fué por allí... ¡Iba corriendo tras uno — respondió el policía haciendo un gesto con la mano en dirección a la parte trasera de la casa. Dick se alejó en esa dirección.

El espía que había huido era el jefe de los captores de Brinda. Era el mismo que la había encerrado en la cocina en desuso. Cuando comenzó el tiroteo vació su pistola automática contra los ingleses, y luego, saliendo una ventana, corrió hacia la prisión de Brinda. Tropezó entonces con el hombre del fusil que diera un rodéo para cortar la retirada, y arrojándolo a tierra de un golpe, antes de que éste pudiera hacer uso de su arma, se perdió en la oscuridad.

Detúvose un momento entre los árboles para cargar nuevamente la pistola automática y luego se dirigió hacia la antigua cocina. Al entrar en la prisión de Brinda permaneció un momento junto a la puerta para acostumbrar sus ojos a la oscuridad. En ese instante sus propósitos eran dar a su voz un acento inglés.

— ¿Quién es usted, señores, sino que pensaba utilizar a la muchacha para protegerse de sus enemigos. Quedó un segundo estupefacto al ver que la habitación se hallaba vacía, pero luego, al observar que la puerta trampa no estaba cerrada comprendió lo sucedido.

— ¡Eh, señorita! ¿Está usted a salvo? — gritó tratando de dar a su voz un acento inglés.

— ¿Quién es usted, señores, sino que pensaba utilizar a la muchacha para protegerse de sus enemigos. Quedó un segundo estupefacto al ver que la habitación se hallaba vacía, pero luego, al observar que la puerta trampa no estaba cerrada comprendió lo sucedido.

— De manera que estaba usted escuchando, ¿eh? ¡Por para usted! Primero me dará el papel con las anotaciones y luego...
La empujó hacia la puerta; abrió ésta con la mano libre y arrastró hacia afuera a la muchacha. Iba ya a internarse entre los árboles cuando, a treinta pasos de él, sonó un súbito disparo.

CAPITULO XVI

El espía adelantó sobre sus piernas, dió unos pasos hacia afuera y luego cayó de boca al suelo. Un instante después Brinda se hallaba en los brazos de Dick.

— ¡Oh, Dick, qué feliz soy al verte sano y salvo! — exclamó.

— Pronto se acercaron el policía y su acompañante, atraídos por el disparo de Dick.

— ¿Dónde está el prisionero? — preguntó éste al policía.

— ¡Crei que usted lo había traído. Debe de haberse libertado... —

Con su mano sana sir John arrugó nerviosamente el informe que acababa de leer. Contrariando las órdenes del doctor Mac Donald había regresado a Londres al tener noticias de la aventura de Brinda. Un pañuelo de seda sujetable al brazo herido, y su rostro blanco se hallaba demacrado por la fatiga.

— Dígame a mi sobrina que deseo verle inmediatamente — dijo a su ordenanza Hunt, que estaba junto a él.

— ¡Sí, señor.
En los breves instantes que estuvo solo, el jefe del *Intelligence Service* escribió dos breves órdenes en papel timbrado, Acababa justamente de secar lo escrito cuando llegó Brinda.

— ¡Sandy! ¿Cómo te encuentras aquí? ¿Por qué no estás en cama?

— Por una excelente razón, muchacha. No quiero que Mac Donald me mate con sus malditos remedios. Y, además, tengo algo muy importante que hacer; algo que tengo no te agrade.

Y al hablar, sir John le tendía unos documentos. Brinda los miró sin comprender su contenido; volvió a leerlos otra vez y entonces exclamó:

— ¡Pero sí es un pasaporte!

— Exactamente, uno para Portugal y otro para los Estados Unidos.

— Pero... ¡no comprendo! ¿Por qué, Sandy? — dijo Brinda con cierto temblor en su voz.

— ¡Síntate. Te lo explicaré — respondió sir John apretando sus mandíbulas.

En breves frases díjole que no tenía intención de reprocharle lo que había hecho, pero que se encontraba en una situación realmente comprometida y peligrosa.

— No puedes estar enojado por eso, Sandy. Después de todo, hemos capturado a los espías en su propia casa.

— ¡Matarlos no es capturarlos — díjole Sander- son riendo amargamente — y, además, sin estado a punto de matarte, y lo harán, seguramente, la próxima vez.

— ¡Ya veo; he podido ser útil una vez, pero por lo visto no tengo el tipo de Mata Hari.

— No hables como una tonta!, y no vuelvas a pronunciar esas palabras, ¿has oído?

— ¡Exclamó sir John con acento autoritario y de ira.

Brinda quedó muda de asombro y sus mejillas comenzaron a colorearse lentamente. Nunca, hasta entonces, le había hablado su tutor en ese tono. ¿Por qué esa súbita rabia si él le había dicho el nombre de Mata Hari, la famosa mujer espía? Ella no podía explicárselo, y sintiendo herida por el tono de su tutor, dió media vuelta y abandonó la habitación.

Al encontrarse solo, sir John echó una mirada angustiada a los papeles que tenía sobre el escritorio. Desde mucho tiempo atrás conocía la guardia de los espías y sus mensajerías telefónicas. España había sido un momento favorable para caer sobre ellos, momento que habían desbaratado Brinda y Dick por su tempestuosa y peligrosa acción. Un largo y empesoso trabajo se había perdido inútilmente, y el misterioso "Ajax" se escapaba una vez más.

En ese momento Brinda estaba hablando por teléfono.

— ¡Dick, debo verte. Es algo muy importante — decía.

Y concertó una cita con él.

Al vestirse para su cita con Dick, Brinda eligió, para adornarse, un collar que estimaba mucho. Lo guardaba en un joyero que pertenecía a su madre, a esa madre que había conocido tan poco. Ese joyero estaba impregnado de un perfume exótico y misterioso, que no sabía bien si salía de la madera o lo había adquirido el pequeño mueble cuando era de su madre. La fragancia del extraño perfume impregnaba también el collar.

CAPITULO XVII

Unos nudillos llanaron suavemente a la puerta del dormitorio.

— ¡El teniente Malden la espera — dijo su nuca-

— Brinda encontró a Dick en la puerta. No había oscurecido aún, pero las calles estaban envueltas en una espesa niebla; los edificios

el encuentro de los pasantes co-
Dick llamó a un coche que
vez en el Brinda le dijo:

— ¿Me enviará al exterior.
— ¿Exterior? ¿No por qué? — pre-
— ¿Destinado a ciento? — no tiene
— Hablaré con él.
— Sandy es inquebrantable en sus
— Pero te he telefonado por
que escuché en la casa del pá-

su memoria la muchacha re-
— ¿Escribió los espías acerca de la
— ¿Escribió el océano. El joven teniente
— ¿Escribió reconstruida actitud.

— ¿Escribió es muy importante — dijo gra-
— ¿Escribió debías de habérmelo dicho antes. Si
— ¿Escribió al lugar exacto de la cita...
— ¿Escribió — dijo Brinda buscando en su
— ¿Escribió he escrito en un pedazo de

Brinda buscó en vano; el papel no apa-
— ¿Escribió importa, creo que recordaré los nú-
— ¿Escribió ella.

— ¿Escribió haces, tendrás mejor memoria que
— ¿Escribió marino.

— ¿Escribió me irónico; déjame pensar.
— ¿Escribió pensar que comas un poco antes —
— ¿Escribió dependiendo del coche, que se había
— ¿Escribió frente al hotel Savoy.

— ¿Escribió estar en el gran hall iluminado llegaron
— ¿Escribió los sonos de una orquesta que toca-
— ¿Escribió una danza de ritmo agradable. Una hermosa
— ¿Escribió una tomó sus abrigos. Un criado los
— ¿Escribió luego a una mesa cerca de la pista
— ¿Escribió Cuando se sentaron, la muchacha que-
— ¿Escribió a un momento mirando con atención algo a
— ¿Escribió de él.

— ¿Escribió ¿Es algún espía? — le preguntó el son-
— ¿Escribió mientras encendía un cigarrillo.

— ¿Escribió me refirió a su vez sin contestar.

— ¿Escribió Escucha Brinda — exclamó de pronto
— ¿Escribió — ¿cuándo volveré a verte y desce
— ¿Escribió como muy importante. No quiero que
— ¿Escribió me riesgos; deja este asunto de la
— ¿Escribió espías al *Intelligence Service*.

— ¿Escribió ¿Escribo, hablas como sir John! — excla-
— ¿Escribió mendiando.

— ¿Escribió ¿Porque porque ambos te amamos.

— ¿Escribió ¿Porque porque ante ella quedé contemplándolo
— ¿Escribió silencio, y luego contestó muy despacio:

— ¿Escribió ¿Te sorprendes, Dick. No creía que tú fue-
— ¿Escribió capaz de hacer el amor a dos mujeres a

— ¿Escribió ¿Te refieres a Gladys? De eso quería ha-
— ¿Escribió berte querida.

CAPITULO XVIII

La orquesta dejó de tocar en ese momen-
— ¿Escribió presente después, abriendo paso entre
— ¿Escribió la orquesta, apareció ante ellos el príncipe Vas-

— ¿Escribió Aunque un tanto disgustado por su in-
— ¿Escribió presencia, Dick lo invitó a sentarse a
— ¿Escribió mesa. Más tarde, cuando la orquesta comen-
— ¿Escribió a tocar, el príncipe invitó a Brin-
— ¿Escribió a bailar.

— ¿Escribió Brinda bailaba con la soltura y la práctica
— ¿Escribió profesional. Brinda que había sido
— ¿Escribió una gran cultora de la danza, admi-
— ¿Escribió nistraba con destreza. Luego de dirigirse algunos
— ¿Escribió minutos de circunstancias, Vaslav le dijo:

— ¿Escribió Soy comprometido para efectuar algunos
— ¿Escribió números de danza en una fiesta a beneficio
— ¿Escribió de los soldados... ¿no quisiera ser usted
— ¿Escribió conmigo para bailar?

— ¿Escribió ¿Porque, ¿no cree que debería usted elegir a
— ¿Escribió una bailarina profesional? — contestó ella son-

— ¿Escribió riendo. ¿Escribo, ¿no cree que debería usted elegir a
— ¿Escribió una bailarina profesional? — contestó ella son-

— ¿Escribió ¿Porque, ¿no cree que debería usted elegir a
— ¿Escribió una bailarina profesional? — contestó ella son-

vor de los hombres en guerra, y contestó con
— ¿Escribió cierto halago:

— ¿Escribió Bien; acepto.
— ¿Escribió Cuando dejaron el salón, Vaslav condujo a
— ¿Escribió la muchacha y a Dick hasta su casa en un
— ¿Escribió lujoso automóvil, Y una vez allí descendió del
— ¿Escribió vehículo y despidióse de ella besándole cere-
— ¿Escribió moniosamente la mano mientras Dick lo con-
— ¿Escribió templaba en silencio y con rabia. A la maña-
— ¿Escribió na siguiente llegó una caja de casa del fi-
— ¿Escribió lista para miss Brinda. Sentada en su cama,
— ¿Escribió la joven la abrió: eran orquídeas hermosas y
— ¿Escribió exóticas; amarillas, doradas y negras. Las recom-
— ¿Escribió pañaba una pequeña tarjeta en la que el príncipe
— ¿Escribió había escrito: "*Para mi adorable baila-
— ¿Escribió rina*".

— ¿Escribió Después del baño, Brinda miróse compla-
— ¿Escribió cida en el espejo... Gladys podía quizá qui-
— ¿Escribió tarle a Dick con sus millones, pero ella esta-
— ¿Escribió ba segura de poder a su vez quitarle a Vas-

— ¿Escribió lav. Hizo una pirueta pensando en lo que
— ¿Escribió diría sir John de todo aquello, y en el mismo
— ¿Escribió instante volvió a recordar la agria actitud de
— ¿Escribió éste cuando ella pronunció el nombre de Mata
— ¿Escribió Hari. La célebre espía había sido también
— ¿Escribió una gran bailarina. Ocurriosele que quizá en
— ¿Escribió otra ocasión Sandy habriase enfrentado con
— ¿Escribió Mata Hari y perdido la partida. Pero eso no
— ¿Escribió era probable porque sir John no había for-
— ¿Escribió mado parte del *Intelligence Service* en la pa-
— ¿Escribió sada guerra. Bailar era más agradable y menos
— ¿Escribió peligroso que hacer de espía... ¿Pobre Mata
— ¿Escribió Hari, ¡ejectuada por un pelotón de soldados
— ¿Escribió franceses. Sus ojos buscaron instintivamente el
— ¿Escribió collar de perlas que llevara la noche anter-
— ¿Escribió ior; quizá sería mejor guardarlo en el jo-
— ¿Escribió yero.

— ¿Escribió Buscó y abrió la pequeña cajita, y en el fon-
— ¿Escribió do de ella descubrió el trozo de papel en
— ¿Escribió que había anotado los números que daban el
— ¿Escribió sitio exacto de la cita de los espías en el Atlán-



PIORRI BRISOL

Está indicado en la **PIORREA ALVEOLAR**,
gingivitis, reblandecimiento y retroceso
de las encías.

PIORRI BRISOL

En frascos de \$ 3.90, \$ 5.50 y \$ 8.—

Autorizado por el H. Dpto. Nacional de Higiene, N° 2956

En venta en todas las buenas farmacias del país.

Maldad



—Ustedes, muchachos, son demasiado buenos con estas papas. Háganse de cuenta que son enemigos. ¡Y sáquenlos los ojos!

tics. Todo era legítimo: longitud, latitud, grados y minutos... Dick Mandel podría interceptarlo fácilmente. Pero quedaba, sin embargo, el asunto de la identidad del barco; quizá Dick lograra averiguar eso también.

El suave y misterioso perfume del joyero hirió otra vez sus sentidos. Y Brinda experimentó la extraña sensación de otra presencia en el cuarto. En ese mismo instante recordó que el buque que iba a llevar al agente enemigo iba a zarpar el viernes, y ese día era precisamente un viernes.

Sus movimientos y acciones siguientes parecieron estar bajo el control de otro ser. Los ejecutó casi sin pensar, rápidamente, y en forma precisa y eficiente.

En primer lugar llamó al almirantazgo, dijo su nombre y preguntó qué barco neutral saldría ese día. Una voz cortés le contestó que el vapor holandés "Van Dam" partiría con la marea alta, dándole a entender que se trataba de una información privada.

Ella dijo las gracias y cortó la comunicación.

Algo instintivo le decía con absoluta certeza que aquel era el vapor de la cita.

Miró su reloj... y era casi la una. Tenía el tiempo justo para dirigirse al muelle... No le dio la pena decir nada a sir John. Se pondría furioso... De todos modos, ésta era su única probabilidad de probar que podría prestar un verdadero servicio a Inglaterra.

Brinda estaba segura de que aquel era su deber. Debía capturar al espía enemigo que huiera con la importante lista de agentes del servicio secreto inglés... Tenía el pasaporte que le diera Sandy; lo usaría para viajar aunque no en la forma que creyera su tour. Sorrisos de satisfacción al dejar la casa llevando en la mano una pequeña valija en la que había puesto tan sólo lo necesario, y, oculto en el fondo, el papellito con las preciosas anotaciones. Dirigióse inmediatamente al puerto, tomando un taxi para viajar más rápido. En la aduana exhibió su pasaporte y éste debía tener, seguramente, alguna marca secreta del Intelligence Service, porque le permitieron pasar inmediatamente sin hacerle preguntas.

Antes de embarcarse, como obediendo a un oscuro instinto, le escribió una breve nota a Dick en la que incluía el sitio y las cifras de la preciosa anotación.

Al subir al barco miró con curiosidad a los pasajeros... Uno de ellos era el agente enemigo, pero, ¿cuál?

Poco después el vapor largaba anclas comenzando a moverse lentamente, haciendo sonar con estridencia su sirena.

Brinda, acodada en la borda, tuvo un instante de temor y vacilación... ¿Si así insistiera le hubiese fallado? ¿Si no fuese aquel el barco de la cita?... ¿Si no fuera el que debía tomar el espía enemigo?... Todo se perdería, pero era ya tarde para retroceder; el barco se alejaba de los muelles enfilando hacia la entrada del puerto de Southampton.

CAPITULO XIX

Brinda dirigióse a su camarote por el puente B. Al llegar junto a las escaleras abrióse la puerta de un camarote, y un hombre que salía de él estuvo a punto de derribarla.

—Oh, perdón... La oscuridad... me saltó mucho excusándose al tiempo que se descubría.

Hablaba inglés con acento extranjero y mientras se apartaba a un lado para dejarla pasar, Brinda le echó una rápida mirada creyendo recordar vagamente su rostro. Al seguir adelante miró el número del camarote; era el 210.

Aquella noche, en el comedor, recibió nuevamente las disculpas de Kurt Larsen, de Copenhague, como se presentó a sí mismo el rubio y alto pasajero con quien había tropezado una hora antes.

Después de la hora después, conversaban aún animadamente. Larsen presentó a Brinda una cigarrera de plata maciza. En el momento de tomar un cigarrillo la muchacha vació un segundo, mirando al apuesto gigante rubio... ¿Estaba acaso olvidando su misión, y a Dick? Parecía como si hubiera sido hipnotizada por los claros ojos azules del ingeniero nórdico... Tomó un cigarrillo y se levantó.

Tarde en la noche, Brinda sentóse en una silla del puente mirando a los pasajeros que pasaban.

¿Quién era el caucásico que se llamaba a sí mismo inspector de aceites de Bakú?... ¿Qué? ¿el banquero noruego de mirada soñante?

Había bailado con un supuesto señor sudamericano que hablaba el tango a la perfección... ¿De dónde vendría, realmente?

Pero, ¿por qué interesarse tan sólo por los hombres?... ¿quizá debía buscar a una mujer espía.

Las meditaciones de Brinda fueron interrumpidas por una extraña mujer de mediana edad. Parecía más bien una adivina en vacaciones por sus ojos sombreados y sus mejillas ridículamente pintadas con colorete, que la maestra que decía ser. Con cinco novelas de misterio bajo el brazo se detuvo para hablar con Brinda acerca del tiempo.

Esta misma rubia platina pasó en ese momento. Formaba parte de una compañía de comedias musicales y había hecho una gira por Europa Central, volviendo luego a su tierra nativa. Los tacos de sus zapatos eran tan altos que apenas podían mantener el equilibrio. Sin embargo, había una inexplicable expresión de necesidad en sus grandes ojos azules de niño. Esa era la clase de mujer que succumbía fatalmente a la seducción de "Ajas", el amo de los espías enemigos. La rubia platina no demostraba querer entablar conversación con ninguno.

Brinda se levantó; ella debía encontrar el pretexto... Estaba ya por abordarla cuando una mujer, rosa que hablaba con acento eduvé la *Perpetuum Mobile*, se le interpuso en su camino.

—Miss Duncan, ¿no quisiera usted jugar al bridge con nosotras? — preguntó, arrojando la colilla de su cigarrillo.

Brinda excusóse como pudo y luego, des-

pidiéndose rápidamente, se apresuró a correr tras la rubia platina; pero ésta no se hallaba ya en cubierta.

Dirigióse entonces a la cabina del telégrafo para enviar un cable a Dick como se lo prometiera en la nota que le había dejado antes de embarcar. Si el cable decía: "¡Vive sin necesidad! *Saludos, Duncan!*", significaría que Brinda hubiese equivocado de barco. En cambio: "Te envío muchos recuerdos, *Cariños, Duncan!*", significaba que ella tenía importantes novedades.

Meditó un momento y después de haber escrito el cable se lo entregó al telegrafista.

Al día siguiente llegó la respuesta de Dick: "Gracias por sus buenos deseos. Besos de la tía Emma".

¡No podía haber agradado más a Brinda, porque aquellas palabras indicaban que Dick había tomado las medidas necesarias para ayudarla en caso de peligro. Quizá el "Van Dam" sería detenido en el próximo puerto y revisado por las autoridades británicas.

Brinda entró en el gran salón y, sintiéndose cansada, se sentó en un grande y confortable sillón. En ese instante la rubia platina entró también y sorprendida sentándose a su lado y diciéndole con aparente cordialidad: —Estoy deseando tomar café americano... ¿Y usted?

Brinda llamó al mozo y le preguntó: —¿Es posible tomar una taza de café verdaderamente americano?

—Haré todo lo posible — dijo éste, mientras Brinda trataba de recordar dónde había visto antes su rostro.

Antes de que el mozo se retirara, la rubia le ordenó otro café más para mister Larsen.

—¿Cuánto tiempo que conoce usted a Larsen? — preguntó Brinda.

—No... no hace mucho...; pero es tan simpático...

En ese instante llegó el joven dinamarqués. La rubia hizo un gesto de desagrado al tomar el café, pero Larsen lo bebió a grandes tragos mientras exclamaba: —¡Magnífico, qué buen café!

Brinda lo miró en silencio y luego probó a su vez la oscura bebida.

El café era realmente desagradable. Y en ese momento Brinda recordó dónde había visto al mozo... Una noche que concuerriera a un club de puerto con algunos amigos: *El Gato Negro*.

CAPITULO XX

La rubia platina recordó de pronto que tenía que escribir algunas cartas y dejó a solas a Brinda con Larsen.

—Lo envié a usted por pertenecer a una nación neutral en esta guerra, mister Larsen — dijo Brinda.

Fueron interrumpidos por el asistente del capitán que se inclinó ceremoniosamente ante Brinda.

—Perdone, señoría Duncan, ¿quiero usted tan amable de seguirme hasta la cabina del capitán? — le dijo.

Asombrada, Brinda observó a Larsen, quien parecía compartir su sorpresa. Prometió volver en seguida y siguió al asistente.

Con una encantadora sonrisa el capitán se disculpó por haberla molestado y concluyó su discurso así:

—El comandante desea hablar con usted, miss Duncan, tenga la bondad de seguirme.

Y Brinda fue escoltada hasta la cabina del comandante. Este era un hombre pequeño, de penetrantes ojos negros y voz aguda. El comandante la invitó a sentarse y sonriendo agradablemente le dijo:

—Miss Duncan, desde esta noche estará usted bajo custodia, separada de los demás pasajeros.

LOS HIJOS ESTRECHAN LOS VINCULOS MATRIMONIALES



Ellos alegran la vida; condensan todos los anhelos de los padres; son la continuación de su propia existencia. Por eso, una matrimonio sin hijos es como una planta sin flores; como una flor sin perfume. Muchas veces, ese hijo ansiado no llega a causa de graves trastornos en las glándulas de secreción interna de las señoras. Para ellas, la ciencia ha creado

Fertilinet's

que al regularizar dichas funciones, lleva la tranquilidad y la felicidad a millares de hogares del mundo entero.



EN VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

en su cabina, pensando en lo que ocurriría. Era imposible ver al submarino que estaba hacia la borda opuesta del "Van Dant". Pensaba solamente en que Dick no llegaría a su tiempo para socorrerla.

Kurt Larsen llamó a la puerta del capitán. —Desco hablar con el comandante del submarino — dijo con voz de mando al abrirse aquella.

—¿Tiene usted alguna información especial para él? — le preguntó el asistente.

—Sí.
—Dígame y le transmitiré su mensaje.
—Le digo que deseo hablar con el comandante del submarino! — exclamó Larsen, cuyos ojos brillaron con rabia.
El asistente se dirigió entonces a un cuarto contiguo y volvió con el comandante del submarino, quien preguntó a Larsen:

—¿Descaba usted verme, mister Larsen?
—A solas, mi capitán.

El otro hizo un gesto con la mano a su asistente, que los dejó solos.
—¿Qué desea usted? — preguntó el comandante con acento inamistoso.

Larsen hizo chocar sus talones y saludó:
—Comandante, deseo presentarme: viaje bajo el nombre de Kurt Larsen, pero me llamo Hans Brandstatter, agente Z-33, tercera sección.

El comandante lo miró a los ojos y dijo:
—¿Qué desea usted decirme?

—Comandante, es mi deber comunicarle ciertas sospechas. Llevo algunos papeles muy importantes y creo que me siguen. Hay tres hombres y una mujer a bordo. Esta última es la más peligrosa de todos. Indudablemente es una agente británica.

—¿Su nombre?
—Permítame... — dijo Larsen.
Y caminando a través del cuarto llegó hasta el escritorio y abrió el libro de pasajeros. Recorrió rápidamente la lista y hallando lo que buscaba se volvió hacia el comandante.

—¿Quién está en esta lista británica...? Ya le enseñaré antes a esa tonta... Veamos: Duncan, Brinda... , nacida en Burman, India, en mayo 24 de 1916... , soltera... ; nacionalidad británica... ; residencia, 16, Portland Square, Londres... ; pasaporte visado por el consulado en Londres.

El comandante del submarino parecía estar muy satisfecho.
—Muy bien, Z-33, merece usted la cruz de hierro.

—Comandante, ordene a sus oficiales que arresten inmediatamente a mis Duncan — dijo Kurt sonriendo con modestia.

El comandante del submarino se levantó, presionando un botón. Apareció entonces un oficial.

—Ordene a la señorita Duncan que se presente aquí inmediatamente.

—Muy bien, señor.
—¿Es ésta mis Duncan? — preguntó el comandante a Larsen cuando Brinda entró en el camarote.

Este último asintió en silencio. Entonces el comandante del submarino levantóse una vez más y señalando a Larsen dijo calmadamente en perfecto inglés:

—¡Arresten a este hombre inmediatamente! Larsen miró al comandante, sin comprender.
—Pero... , pero... , no comprendo, comandante.

El comandante lo detuvo con un gesto.
—Aun el más experimentado de los espías, barón Schleicher, alias Brandstatter, puede encontrarse con grandes sorpresas; pero, ante todo, le doy las gracias por haberme ayudado a capturar a "Z-33"...

Mudo de sorpresa, Larsen miró con ojos enormes a Brinda y al supuesto capitán del submarino, quien entonces quitóse el sobretodo que cubría su uniforme de oficial de la marina inglesa.

—Soy el teniente comandante Ainsworth, del

...prisionera...? —
...desembarco asombrada,
...necesario darle tan fo

...pueden hacer eso; mi
Duncan. Tenga orden de
...custodiaria,

...de comprensión iluminó a
...ahora que, sin lugar a
...en sus sospechas. Deses-
...al pensar que mientras
...trada, el espía desconocido
...de escapar.

...Cada vez que a tiempo" — pensó —.
...presente.
...levantóse y dió una orden
...mandar. Luego volvióse a
...siempre sonriente:

...será usted encerrada en
...Tenga un amplio ojo de buey,
...que no lo use. En tiempo de
...ocupa para un pasajero que
...sepa.

...más tarde. Brinda sentía ce-
...puerta del camarote. Al día si-
...de una noche de insomnio,
...para que le trajeran el des-
...por el capitán. Este se hizo
...aguida.

...ante el "Van Dam" disminuía
...marcha. Tan sólo unos po-
...dieron cuenta de ello, pues
...el comedor desayunando y
...presente. De pronto, sin em-
...gritó, cuando la silueta de
...apareció a pocos cables de

...no más, parece un submarino!
...batería de la nave de guerra, las
...dominaban a la manobra.

...tercer pasó por todos los pas-
...olvidaron los deberes de

...¿qué me café? — gritó el hombre

...pasajera apuraba su desayuno mi-
...mente a Kurt Larsen sentado
...a ella. Este continuó comien-
...su areneque.

...de un poco de caviar? — pregun-
...la rubia inconscientemente habla
...tableta de goma de mascar y

...me furia.
...que es un submarino — murmuró,
...Larsen tomaba una cucharada de

...charla de los pasajeros se calmó
...asomando en el comedor un pro-
...al aparecer en una de las puer-
...del submarino.

...señores: Tengo algo que decir-
...último con voz de mando —
...el más peligroso enemigo en este buque
...pueda ayudarme a descubrirlo. Les
...hora para encontrar a esa persona...
...tiempo que perder. Si el enemigo
...dentro de sesenta minutos hare-

...del "Van Dam".
...salud y dando
...cuenta salió del comedor, donde, por
...de pronto, un silencio de muerte.
...a gritar histéricamente; algunos hombres
...otros se habían arrojado orando,
...mientras los niños continuaban con sus juegos,
...al peligro que se cernía sobre ellos.

...sospechar la escena que se desarrollaba
...el comedor, Brinda permanecía prisionera

Mensaje con humo



—Es Aquila Negra. Siempre tartamudeando.

destróyer "Shark", de Su Majestad, asignado al submarino sumido como nave enemiga... Lo conducirá a las autoridades como prisionero de guerra. Podrá explicar todos sus actos ante una corte marcial.

—Incluyendo sus recientes actividades de paracaidista en Inglaterra — dijo Brinda de pronto.

A una seña del comandante, dos marineros sacaron a Larsen del camarote.

—Debemos revisar el camarote del prisionero — dijo Brinda.

Ella y el teniente comandante Ainsworth estaban cansados y decepcionados una hora después de haber buscado en todos los rincones del camarote de Larsen. Documentos, código, fotografías, entre ellas una de Mara, la espía que había traicionado a sir John, entregando la lista secreta; pero la lista no pudo ser hallada. De pronto Brinda recordó algo.

—El espía que acabamos de capturar tiene un ayudante a bordo... Tengo una idea; déme quince minutos.

Saliendo del camarote se dirigió al puente B. Con paso decidido entró en el bar desierto ahora y dirigiéndose al cargadero, le dijo:

—Tráigame un coctail... el mismo que me sirvió las otras noches en *El Gato Negro*, precuerdas, Conrado?

—Sí, señora — dijo el hombre cambiando de color.

Al volver con las bebidas, Brinda se irguió y le dijo:

—Es mejor que me acompañe sin hacer escándalo — y le apuntó con una pistola que sacó de su cartera.

—Vamos a su cabina — le dijo en seguida con acento autoritario. Cuando llegaron al camarote de Conrado, Brinda cerró la puerta tras ella y dijo con decisión:

—¡Y ahora entrégueme la lista!

—¿Qué quiere usted decir? No comprendo.

—La lista... ¿quiero la lista. Su compañero ha hablado.

—¿Qué sabe usted?

—Su compañero, el Z-33 — continuó ella mintiendo.

—Nunca la tendrá — exclamó el espía.

De un repentino golpe hizo saltar la pistola de manos de Brinda y en seguida, ésta sintió que unos dedos de acero atreznaban su garganta.

CAPITULO XXI

Cuando Brinda volvió en sí, vió a Conrado frente a ella sonriendo irónicamente. Hizo un esfuerzo y sonrió a su vez. Sabía ahora que su única esperanza era jugar un papel muy

diferente, un papel de mujer. Había en los ojos del hombre una insintiva admiración hacia ella... Sindy debía ser salvado... Ella tenía que flirtear con su enemigo... y así, ensayó la mejor de sus sonrisas.

—¿Cree que podrá conquistarme, zeh? — dijo él haciendo una mucca.

Brinda bajó los ojos y murmuró:

—Es usted inteligente...

—Gracias... Y usted muy hermosa; quisiera que estuviese de nuestra parte.

—Una mujer puede cambiar de opinión por un hombre — murmuró ella tratando de dar una entonación ardiente a sus palabras.

—Sí... pero no usted. Usted no es una mujer vulgar.

—¿Usted no es un espía cualquiera. ¿Qué hace cuando no es camarero?

—Por nacemento soy barón y ahora sirvo a mi jefe — dijo él, orgullosamente.

El ruido de una explosión interrumpió la réplica de Brinda.

El barco se animó entones con un salvaje griterío, ruidos de puertas que se golpeaban y de gentes que corrían en todas direcciones.

—Pasajeros al puente!... ¡Un submarino!

—¡Han llegado algo temprano... a veces creo que somos demasiado puntuales — dijo el barón, con una sonrisa de satisfacción,

mientras atrataba a Brinda hacia cubierta.

Allí el capitán del "Van Dam" hablaba con un oficial del submarino enemigo:

—Este es un barco neutral y no llevamos contrabando — le decía,

Su interlocutor, sin hacerle caso, miraba ansiosamente a todos los pasajeros hasta que vió aparecer al falso camarero. Entonces se movió y se adelantó a su encuentro. Sin perder tiempo en saludos le dijo:

—¡Vamos, rápido! ¿No hay tiempo que perder! Acabamos de hundir a un submarino enemigo.

Ambos se dirigieron velozmente a la escala del vapor y descendieron a una lancha que los esperaba para trasladarlos al submarino.

Brinda, que parecía haber sido olvidada, miraba desde lejos alejarse a su enemigo, desesperando ya de poder recuperar los papeles que ponían en peligro la vida de muchos agentes del *Intelligence Service* y el honor de su tutor.

Apenas los dos hombres llegaron al sumergido éste comenzó a moverse sin siquiera recoger el bote. De pronto en el horizonte se oyó un trueno.

Tan pequeño que apenas se distinguió, un veloz destróyer inglés avanzaba como una flecha hacia el lugar donde el submarino comenzaba ya a hundirse en las profundidades del mar. Los reflectores del barco de guerra recorrieron las aguas en busca del enemigo, pero mientras se sumergía, el submarino navegaba lentamente para colocarse bajo la protección del vapor.

Ante el peligro de hacer impacto en el vapor, los cañones del destróyer dejaron de disparar.

Hubo un instante de tensa expectativa mientras el destróyer avanzaba velozmente para contornear la nave neutral. Los pasajeros se asomaron a su borda observando la lucha a muerte, y entre ellos, Brinda rogaba porque el destróyer tuviera éxito. Al pasar frente a la popa del vapor holandés, el destróyer comenzó a vomitar una danada de metralla hacia el lugar en que el submarino había desaparecido ya de la superficie del mar. Luego viró hacia el destróyer y tras una última salva, sus cañones empuñaron. Efectuó entonces una rápida carrera, y luego una pequeña nubecilla de luma blanco se destacó de su popa. Dos puntos negros se elevaron velozmente en el aire, describiendo una amplia parabola, y cayeron

en las cercanías del lugar en que se sumergiera el submarino. Pocos segundos después dos enormes columnas de agua subían a más de

treinta metros de altura. El destróyer acababa de disparar dos cargas de profundidad a las que siguió otra y otra.

De pronto, una mancha negra y elosa apareció en la superficie del mar. Brinda clavó en ella sus ojos con una expresión indefinible; sabía lo que eso significaba. Era la muerte del submarino... Fra la salvación de los agentes británicos y del honor de sir John.

Media hora después, Brinda estaba en los brazos de Dick Malden sobre la cubierta del destróyer.

• • •

Sir John leía, sentado en su despacho, un diario de la mañana:

Submarino enemigo hundido, destróyer salvó un barco neutral.

Dejó el diario sobre su escritorio, pensó un instante en el informe que acababan de llevarle acerca de la aventura de Brinda, y muy lentamente tomó un papel de uno de los cajones y lo rompió en muchos pedazos. Era la renuncia de su puesto — jefe del *Intelligence Service* que había redactado la noche anterior.

En ese mismo instante abrió violentamente la puerta y Brinda entró corriendo en el despacho de Sanderson. Éste la retuvo un instante entre sus brazos y mientras la besaba tiernamente en una mejilla le dijo:

—Debes haberme avisado... ¡me dolido por tu hazaña, pero como todos somos héroes anónimos en el *Intelligence Service*, ésta es la única condecoración que puedo darte, niña.

—Podrías también hacer algo más... Dejar de llamarme niña y permitir que te ayudara en tu oficina. ¡Debe de haber tantas cosas que hacer!

El doctor Mac Donald y Dick, que acababan de llegar, asintieron con la cabeza.

Sir John los miró a los tres con aire turbado. Una vez más sentíase frente a aquel pasado que trataba de eliminar. A la histórica sombra de la madre de Brinda.

—¿Por qué no podrías hacer, querida? ¿Por dónde de empezara? — le preguntó tratando de ganar tiempo.

—Empezaría por el hotel Savoy, donde primeramente vió al espía enemigo — dijo ella, tratando después de reflexionar un instante.

—Ese club está bajo vigilancia desde ayer — respondió sir John sonriendo.

En ese momento sonó el teléfono, y Sanderson habló animadamente durante varios minutos.

Cuando volvió a colgar el auricular, su expresión habíase tornado inusitadamente seria.

—¿Puede usted acompañarme afuera unos instantes, doctor?

Mac Donald y Sanderson estuvieron ausentes del gabinete alrededor de quince minutos; después, el jefe del *Intelligence Service* regresó solo. Llevaba en su mano un trozo de papel doblado.

—¿Desear saber por qué no quiero que ingresen en el servicio de espionaje, Brinda? — dijo, dirigiéndose a la muchacha — Bueno, les esto

Brinda tendió la mano y notó que el papel estaba manchado con sangre. Lo desplegó y leyó:

Que esto sea una advertencia para todas las Mata Hari inglesas.

Una advertencia, se dijo para sí Brinda, pensando otra vez en ese nombre: Mata Hari.

—Esta nota vino dentro de un cajón que fue dejado anoche en mi cuarto. El cajón contenía, además, el cuerpo de una joven. Había sido asesinada, pero quizá lo merecía por haber traicionado muchas vidas. Insigno que ustedes sabrán de quién se trata. En el *Intelligence Service* la llamábamos Mara.

CAPITULO XXII

Brinda estaba en su habitación pensando en las palabras de sir John. No tenía miedo, sin embargo, pero le era imposible permanecer quieto

Trabaje con provecho en su propia casa



Adelera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", que se venden por solo poco más de 200.— y con la que usted puede producir fácilmente 200.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le enseñamos gratis su maravillosa AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visítenos o solicite folletos ilustrados. THE KNITTING MACHINE CO. S.A. N.º 892. Buenos Aires

—Nada de eso, querida — murmuró Vaslav levándose suavemente el cigarrillo a la boca y aspirando con deleite su perfumado humo. — Soy solamente un hombre muy simple, pero que puedo descubrir desde el primer momento que eres una mujer muy humana y muy voluptuosa, a despecho de tu pretendido humor británico. Entonces te hice el amor, como un hombre sencillo y tú respondiste como una mujer normal, a pesar de tu austera e impersonal pose de sociedad.

—Pero ¿quién eres? — respondió con ansiedad la heredera de los Mountvyn.

—El no contestó y entonces ella volvió a insistir:

—Me tratas tan mal, querido... eres tan misterioso... y además, hay tantas otras mujeres... ¡Había una nueva mujer esta noche, ¿no? —

—Sí, querida; era una nueva mujer — respondió Vaslav riendo —, y puedo darte las gracias por habérmela presentado. Es tu encantadora amiga Brinda Duncan, a quien tu excelente novio, el teniente Mandel, encuentra también muy atractiva. Le daré la parte principal en la historia que te diré.

—¡No!... ¡No lo permitiré!... ¡Oh!, debí de haberlo sospechado — exclamó Gladys poniéndose de pie.

—No te irrites, mi encantadora rubia — murmuró Vaslav —; tu amiga Brinda me interesa solamente porque es una bailarina maravillosa y, además, porque podría serme en extremo útil.

—¿Útil... quizá no pienses de mí sino que puedo serle útil también!

—Tú también eres útil, querida. Pero útil de otro modo.

Por un momento reinó el silencio entre ambos. Luego ella dijo muy bajo:

—Vasíe querido: ¿por qué debemos seguir haciendo esta extraña vida...? Podríamos irnos a América... a cualquier parte. Si se trata de dinero, ya sabes que tengo mucho; mucho más del que podremos necesitar.

—No, mi amor; hay cosas que no podrias comprender. Y además, piensa cómo afectaría al nuevo teniente mister Malden — murmuró Vaslav moviendo su cabeza.

—¡Dick Malden! ¿Por qué me hablas siempre de él, querido? Ya sabes que no me importa nada ese hombre desde que te conocí... Pienso decirselo pronto. Quiero romper mi compromiso con él. ¿Me oyes?

—No harás nada de eso que estás diciendo — dijo Vaslav sin perder la calma.

—¿Por qué no? —

—Porque no será necesario.

—¡Oh, Vasíel!... Eres un mal hombre. A veces no sé si te amo o si te odio — murmuró Gladys mirándolo fijamente.

—Eso merece una investigación — murmuró Vaslav atrayendo hacia sí a la muchacha.

Cuando el lujoso automóvil inició su marcha a través de las calles oscurecidas de Londres, Brinda tuvo un estremecimiento al contemplar las anchas esquinas y el solido cuello del nuevo chofer. ¿Dónde había visto ella antes a ese hombre? Pero quizá se equivocaba; podía ser su imaginación, después de todo...

Meditando en los acontecimientos de la noche, comenzó a pensar en el príncipe Vaslav. Todo, exceptuando la lujosa atmósfera de su casa, había sido tan conversacional como el nuevo Galia Nacional. Sin embargo, ella comprendía que esa casa con sus ricos tapices, con mudillas alfombras y sus misteriosos criados reflejaba la verdadera naturaleza de su dueño.

Madame Badourof, la princesa Gogorkin, era también una mujer extraña, con sus grandes anillos, sus cabellos cortos y su incongruente modo de vestir. Por supuesto, todos esos cosas eran así... El gran "Big-Ben" comenzó a dar armo-

niosamente las campanadas de la media noche cuando el automóvil dobló por la calle Chester. Por sobre el tono solemne del histórico reloj, Brinda descubrió otro sonido continuo, pacífico, como un sonido monótono, que sonaba suavemente hasta que de súbito se convirtió en un profundo rugido que, según se escuchaba, era más amplificado; entonces, de pronto, en algún lado, a lo lejos, comenzó a oírse la tos violenta y continuada de una batería antiáerea.

El coche se detuvo repentinamente con un chirrido de frenos. A los mortecinos rayos de los focos delanteros, pintados según las ordenanzas, apareció un guardia militar.

—¡Hágase a un lado y apague las luces! — ordenó.

Después, viendo a Brinda, levóse la mano a la visera del casco.

—Lo siento, señorita... se trata de un raid aéreo. Hay órdenes de detener el tránsito hasta que se dé la señal de que todo ha pasado. Es mejor que se dirija hacia un refugio antiáereo; hay uno cerca de aquí y se halla casi vacío. Está bajo ese edificio, en la esquina. La guárte hasta allí — dijo mientras abría la puerta del coche — y con una sonrisa continuó:— Cuando hay un raid aéreo enemigo, Londres se oculta bajo tierra... Los refugios son nuestros hogares ahora.

—¡Gracias — murmuró Brinda descendiendo del automóvil.

Camino del refugio, recordó de pronto al chofer. Seguramente había preferido esperar en el coche, que se hallaba ahora a oscuras.

—¡Hola! — exclamó una voz conocida cuando ella se hallaba en las escaleras del refugio. — ¡Dick! — exclamó Brinda alegremente sorprendida.

CAPITULO XXIII

El teniente Mandel se hallaba sin sombrero, y vestía un pullover blanco sobre el cual llevaba un viejito remiendado saco. Véase en seguida que le hacía falta afectarse sin demora.

—¿Qué sorpresa! — murmuró sacándose la pipa de entre los dientes —, llegar tan luego en este momento a mi mundo subterráneo... Seguramente hay otros refugios cerca de la calle Downing.

—¿Tú también? —

—¡Vamos...! no vas a decirme ahora que no sabías que mi laboratorio queda muy cerca de aquí. ¡Ya sé...! No podías vivir sin mí y viniste a verme. El raid aéreo te proporcionó un pretexto.

—Para estar segura... ¿y tú estabas en la ópera o en un baile de la marina? — respondió ella siguiendo la broma y sonriendo alegremente.

—La verdad es que había salido a comprar tabaco en un negocio cercano, cuando la sirena comenzó a sonar. No quisí argumentar con el guardia y dejé que me condujera aquí. ¿Y tú, cómo has venido a este refugio? —

El teniente Mandel, con sus palabras y más que nada el viejo pullover y el saco, llevaron a Brinda a experimentar la ilusión de que se hallaba otra vez en sus viejos días de colegio en el instituto de miss Cartwright. El parecía un colegial en lugar de un serio oficial de la marina. La muchacha podía apenas creer que todo hubiera cambiado. Paralela que acababan de salir de sus respectivas escuelas para una de sus raras entrevistas. Ambos habíanse sentado juntos en un pequeño rincón del refugio.

Coincidencia



—Señorita López, le ruego que no ande diciendo a sus compañeros que compré su vestido en una liquidación.

—Estuve en casa del príncipe Vlasov, y fué tan gentil que me facilitó su coche para regresar a casa. Y luego un guardia me detuvo cuando sonó la alarma aérea y me condujo hasta aquí.

—Vlasov... Y te envié a tu casa en su automóvil — murmuró el sorprendido.

—¿Por qué... porque... ¡Oh, por nada! Ya he visto que se conducía muy atentamente contigo. Es un buen muchacho, pero no creo que sea el tipo indicado para ti.

—Brinda experimentó un momento de intensa emoción. No se equivocaba... Dick estaba celoso.

—Es un buen muchacho — respondió ella —, pero tenía una razón especial para estar en su casa. Se trataba de un ensayo del ballet en el que he de tomar parte.

—Y luego te embarcarás para el extranjero? — Quizá eso impida que Sandy me evite afeárselo. Pero Dick, supónque que el príncipe y yo nos comprometieramos... ¿No te importaría, verdad?

—Si me importaría muchísimo.

—¿Qué extraño! Sin embargo, no parece que te importen sus atenciones con Gladys.

—Para decirte la verdad, no me interesa. Especialmente desde que volví a encontrarte a ti.

—Sin embargo, estás comprometido con ella, ¿por qué?

—Verdaderamente, no sé cómo nos hemos comprometido. Lord Mountwyn estaba interesado en mi invento y deseaba financiarlo. Naturalmente me vi a menudo con Gladys hasta que pareció darme por desentado que estábamos comprometidos. Creo que ahora no lo importaría a ella romper nuestro compromiso...

—En ese caso su padre no te financiaría el invento, supongo.

—No importa, ya encontraré otro medio.

—Afuera se oyó la sirena de una ambulancia que corría por las calles. Y en el mismo instante el guardia asomó su cabeza en el refugio.

—El peligro ha pasado — gritó. Dick y Brinda salieron a la calle. Ella vió al autor de Vlasov que estaba aun allí, pero el chofer había desaparecido.

—Su chofer estaba allí hace unos minutos — le dijo el guardia —; luego algunos hombres

te devrieron a conversar con él... Creo que se fueron a tomar un trago.

—Magnífico — exclamó Dick —; iremos hasta mi laboratorio y luego te llevaré a tu casa en un taxi. Vlasov puede quedarse con su automóvil.

—Pero no puedo dejar al hombre esperando — dijo Brinda.

—Yo me ocuparé de ello — dijo el guardia. Entonces, Brinda acomodó su paso al de Dick, sintiéndose íntimamente feliz y alegre.

Las calles presentaban un aspecto desolador. Por doquier, veíanse edificios en ruinas.

—Hemos llegado — dijo Mandel al aproximarse a un edificio cuadrado y severo que tenía barrote de hierro en las ventanas.

Un segundo después hubo una terrible explosión. Brinda vió una gran nube negra brotar del edificio. Hubo luego un ruido de rugido y el entorchocar de vidrios y hierros que caían. El aire todo se estremeció.

—¡Mi laboratorio! ¡Vuelve a tu coche! — exclamó Dick partiendo a toda carrera en dirección al lugar donde se había producido la explosión.

Un profundo silencio siguió a la explosión. Durante un momento, Brinda se detuvo mirando al teniente Mandel que se perdía a lo lejos. «Pobre Dick! Recordaba que había sido un asunto igual el que lo llevara a la oficina de sir John, el día siguiente al del asesinato de Kenley».

Yació un momento; seguiría su camino o correría al lado de Dick? En ese instante vió que el chofer del automóvil del príncipe se hallaba parado en la acera, teniendo abierta una de las puertas del lujoso vehículo. Miraba ella con una expresión de extrema impaciencia. Impulsivamente, ella le gritó:

—¡Pate a eso! No necesitas el coche. El tocóse la visera de la gorra con los dedos y sentándose rápidamente frente al volante partió a toda velocidad.

Brinda dió media vuelta y apresuró el paso en dirección al laboratorio de Dick. Las puertas y ventanas se habían abierto en todos los edificios a lo largo de la calle. Las gentes de los numerosos pisos, vestidas o desvestidas, hacían preguntas avidamente. Vió un hombre en ropa de cama llevando algo que se parecía a una lanza africana; otro hombre tenía un rifle en su mano izquierdo. Todos miraban inquietivamente a su alrededor como si fueran a descubrir al enemigo que había interrumpido ese tranquilo día de Verdad.

Numerosas policías en motocicletas llegaban al lugar del siniestro. Después, se hizo presente un autobombas de los bomberos voluntarios. Los reflectores agujereaban el cielo y la niebla. Las llamas del incendio iluminaban la noche. A su luz, Brinda pudo contemplar el edificio en ruinas. De pronto comenzó a correr... «¿Dónde estaría Dick?» — pensó. De improvisó, un brazo la detuvo.

—Lo siento, señorita, pero nadie puede pasar de aquí — le dijo un guardia al mismo tiempo que contenía a otras personas que comenzaban a aproximarse al lugar del siniestro —, esperando que el peligro está interrumpido.

—Ha sido una bomba aérea — murmuró alguien entre la multitud.

—Nada de eso; esta casa ha sido volada con una mina, y quizá exploten más todavía — dijo el guardia —; ¡Apártense todos para atrás!

Brinda pugnaba en vano, en busca de Dick. A la distancia se oyó la estridencia de un silbato. Un hombre vestido con uniforme salió de la oscuridad y acercándose al guardia le dijo algunas palabras. A lo lejos el sonido agudo de una sirena se aproximaba velozmente.

—Dejen sitio a la Cruz Roja. ¡Sitio! — gritó el guardia a plena voz.

La ambulancia se detuvo frente al edificio. Algunos hombres vestidos de blanco salieron de ella y caminaron entre las ruinas.

—¿Hay algún herido? — preguntó un hombre al guardia.

—Sí; un señor se acercó demasiado y le cayó una pared encima. Como le sucederá a algunos de ustedes si no se alejan — contestó éste.

Los hombres de la ambulancia volvían llevando a alguien en una camilla. Brinda se sintió desfallecer al reconocer a Dick.

—¡Dick! ¡Oh, Dick! — exclamó. Trató de acercarse, pero el guardia la detuvo rudamente. Ella forcejeó un instante y entonces Dick, levantando la cabeza, la reconoció.

—¡Brinda! Un médico de la ambulancia se aproximó al lugar.

—Lo siento, señorita, pero tendrá que verlo en el hospital — le dijo suave pero firmemente.

—Espero, tengo que hablar con ella unas palabras en privado — contrató Dick desfalleciente, pero con acento autoritario.

CAPITULO XXIV

Brinda se inclinó sobre el herido hasta rozar su rostro. La voz del hombre brotaba de entre sus dientes, contraídos por el dolor.

—Toma mi mano... mi mano derecha. Tengo algo en ella, rómsalo y no dejes que nadie lo vea, y guárdalo.

—Lo haré, Dick; lo haré — murmuró Brinda mientras sus dedos se cerraban sobre algo suave, metálico, parecido a una caja de cigarrillos.

—Bien... me herí bastante... ten cuidado... los espías tratarán de robárselo... No te expongas.

—Rápido, señorita; lo está usted matando — dijo el médico con impaciencia.

—¿Quieres... quisiera que me dieras un beso — murmuró Dick.

Ella se inclinó sobre él.

—Gracias... gracias... — murmuró el muchacho, sonriendo mientras lo introducían en la ambulancia.

Brinda se volvió. Su mano apretaba fuertemente el objeto chato de metal... ¿Qué podría ser? Algo muy importante, desde luego, porque Dick le hubiera arrojado en vía para rescatarlo del laboratorio. Teniendo set espada, deslizó su mano en el escote y ocultó allí el objeto. Se estremeció al sentir su contacto sobre la piel, pero se hallaba segura de que allí no podrían robárselo. Un momento después se alegró de haber tomado esa precaución, porque tras el guardia vió el rostro rubicundo de lord Mountwyn.

—Señorita Duncan, mi querida joven — exclamó simulando haberla visto al mismo tiempo.

Y lord Mountwyn le tendió sus manos en señal de saludo; no una mano, sino las dos.

Brinda cerró su rostro buscando algún signo que le traicionara, pero no pudo descubrirlo.

—Esto es terrible, muchacha — murmuró — me hallaba en el almuerzo cuando recibí el aviso y me apresuré a llegar aquí inmediatamente. Usted habrá venido con sir John, por supuesto.

—Sir John... no — murmuró Brinda, ocultando a Mountwyn las circunstancias de su encuentro con Dick.

—Bien... bien — murmuró Mountwyn sin dar signos de que la creía o no... Esto es muy lamentable. Ured... ¿no tuvo ocasión de hablar con Mandel antes de que se lo llevaran al hospital?

—Solamente un par de palabras; el médico no me permitió más.

—Pobre muchacho!; está afeárselo mucho a Gladys... Tengo que ver cómo ha sucedido esto — murmuró el lord mirando su reloj —. Si quiere espárrame le llevaré luego a su casa; es un poco tarde para que pueda encontrar su coche, y además podremos pasar primero por el hospital.

—Está bien, esperaré — murmuró Brinda de-



... la última proposición de su...
... había entonces con el guar...
... a un lado le franqueó el...
... mantener la calma, pero sus...
... en su mente en revuelta...
... de metal, no le parecía ya...
... maba su piel. Se alegraba de...
... antes de que lord Mount...
... las manos tan efusivamente,
... Dick en esos instantes? Quizá...
... Aguardó con impaciencia...
... lord Mountwytn, y, aunque fué...
... escasos minutos, le pareció que...
... arrió horas antes de que el...
... era.

... noble estaba estacionado no...
... cuando llegaron a él, lord Mount...
... un cigarrillo, mientras decía:
... por que lo que yo esperaba...
... infernal... una bomba de tie...
... miento... La casa se halla comple...
... tos, todo el trabajo de Mandel...
... A3 sabe qué me refiero? —
... andandola a la luz de un fósforo...
... solamente que estaba haciendo...
... mientos.

... reconociendo en el automóvil?...
... almirantazgo, saludó, y los dejó...
... que Dick se halla mal herido?...
... branda impulsivamente.
... decirlo. Me han informado que...
... sobre él — dijo Mountwytn —;
... lo la aturdió. Ya veremos...
... De todos modos la saludó me...
... el otro.

... hombre que custodiaba el local...
... detectives de su tío, supongo...
... pedazos.
... horrible! — murmuró Brinda.
... el hospital, un reniente de la ma...
... a avanzar al encuentro de Branda...
... Ambos sostuvieron una breve con...
... va baja y luego el lord se vol...
... Branda.
... noticias. Dick está fuera de peligro,
... recibió un fuerte golpe en la ca...
... rora un brazo.
... ¿se curará pronto?

... tarde, Brinda, a solas en su...
... correr lágrimas de felicidad.
... cuando descendió hasta haber llanz...
... veces al hospital y recibir la se...
... el teniente Mandel estaba fue...
... Entonces, recordó a pronto...
... había examinado el objeto que...
... para a guardar. Al retirarlo de su...
... que la caja le había dejado una...
... singular en la piel. ¿Qué podía ser?...
... grande para contener cigarril...
... los ángulos eran cuadrados. Era...
... excesivamente pesada para su...
... se permito recordar haber visto de...
... el despacho de sir John. Se tr...
... tipo especial de cajas usadas por...
... del Intelligence Service, quienes,
... sus obligaciones, no podían ser...
... con bulbos de mucho tamaño. Brinda...
... también por que era tan pesada l...
... se hallaban contrués de tal ma...
... pudieran hundirse rápidamente si...
... en agua. Años antes, el sargento...
... había explicado todo eso en uno de...
... momentos de expansión. Trató de...
... como tal caja había caído en las ma...
... Dick, pero no pudo conseguirlo por...
... presión que se formulara. Pensó dón...
... diler un lugar seguro para ocul...
... que él pudiera volver por...
... sería de pronto... La caja de las...
... la única recordada de la madre que...
... nunca conocido.
... secreta cupo en el joyero ajustada-

mente, en forma tan perfecta que no parecía...
... sino que habían sido hechos al uno para con...
... tener a otra. Pero ¿ocultaría esta última...
... en su interior? Instintivamente, como si algún...
... lejano recuerdo llamara a su memoria, Brinda...
... deslizo sus dedos hasta la cerradura secreta...
... La caja se abrió de golpe y su contenido se...
... desparpamó ante ella.

Después de un instante de sorpresa, la mu...
... chacha dejó ver un signo de contrariedad en...
... su rostro. Se trataba solamente de unos cuan...
... tos papeles de seda cubiertos con palabras de...
... tamaño microscópico. Algunos dibujos y un...
... par de diagramas. En eso, sus ojos se detuvie...
... ron en una línea de la escritura:

Rayos Z - fórmula 13 - Red telegrafía...
... y televisión.

Brinda se estremeció al pensar, en todo lo...
... que aquellas pocas palabras significaban. Era...
... el secreto más preciado de Dick... Y él lo...
... había puesto bajo su custodia. Era también el...
... secreto de Inglaterra... Era quizá el arma con...
... la cual vencerían a sus enemigos.

Y entonces, ella se dio otro pensamiento: "Será...
... aquel pequeño joyero suficientemente se...
... guro para tan tremendo secreto?"

En ese mismo instante tuvo conciencia de...
... que alguien se hallaba tras de su puerta. No...
... había escuchado ningún ruido, ningún rumor...
... pero algo dentro de sí misma le decía que esa...
... persona rápidamente ocultó el mensajero en el...
... joyero, lo cerró y lo introdujo en el cajón de...
... la cómoda. Y cuando se dio vuelta vio que la...
... puerta del cuarto comenzaba a abrirse lenta...
... mente,

CAPITULO XXV

Brinda quedóse inmóvil mirando como fasci...
... nada la puerta que se abría más y más. Est...
... ba a un punto de gritar cuando con una me...
... zcla de angustia y de desahogo, reconoció la...
... caja extravagante de su ama de llaves.

—Por Dios, Walker! ¿Por qué no llama...
... usted? — dijo Brinda con exasperación.

—¡Oh, perdone, señora! — susurró la mu...
... jer cerrando la puerta tras ella —, no quise...
... asustarla, pero todo el día ha entrado y salido...
... de la casa gente muy extraña. Estaba preocu...
... pada al ver que se hacía de noche y usted no...
... llegaba... ¿Quién le haría bien una taza de té...
... Brinda se arrepiñtó instantáneamente de las...
... palabras que había pronunciado. ¡Pobre mu...
... jer!... seguramente había sido afectada por...
... el aire de misterio que envolvía a la mansión...
... de los Sanderson.

—Es usted muy amable, Walker. Si, desearía...
... una taza de té, si no fuera demasiado mole...
... stosa — dijo Brinda sacándose las medias.

—En seguida se la traeré — respondió el...
... ama de llaves con el mismo aire misterioso...
... saliendo de la habitación, de la misma man...
... era que había entrado.

Cuando volvió, Brinda se había ya desvestido...
... y estaba recordando en su lecho antiguo...
... envuelto en un salto de cama de seda amarilla.

—El primer puso el té en una mesita de rued...
... al lado de la muchacha.

—¡Hace una hora telefoné un caballero...
... un principe, dijo que era. Por el acento pare...
... cía un señor extranjero; deseaba saber si...
... había llegado a su casa — dijo mientras...
... miraba intensamente a los ojos de Brinda —.
... Con seguridad que no conoce usted a ningún...
... principe..."

Brinda sonrió pensando que Vaslav había...
... inquietado por ella, cuando sonó la alarma de...
... ataque aéreo.

—Si, Walker, lo conozco... Gracias por el...
... té — dijo.

Pero el ama de casa, en lugar de retirarse...
... trató de prolongar la conversación mientras...
... lanzaba rápidas miradas escurridoras por el...
... cuarto.

—No me maravilla que un principe guste de...
... usted, señora. Está usted cada día más her...

mosa; más hermosa que ella.

—¿Ella? — preguntó Brinda, perpleja.

—Sí, la que sale y entra continuamente de...
... esta casa... La única de los cabellos negros...
... murmuró el ama de llaves.

—No comprendo lo que usted quiere decir...
... Walker... ¿Qué dama de los cabellos negros?...
... preguntó Brinda sintiendo que un extraño...
... estremecimiento recorría su cuerpo...

—La dama del velo sobre los ojos... ¿Quiere...
... decir que nunca la vio?"

Nuevamente se dio Brinda el extraño est...
... remecimiento por todo su cuerpo. "Sería posi...
... ble que la responsabilidad de atender el hogar...
... del jefe del Intelligence Service hubiera per...
... turbado el cerebro del ama de llaves? Pero no...
... Walker tenía el mismo aspecto inexpresivo...
... de siempre. Únicamente sus ojos continuaban...
... observándolo todo a su alrededor, y siguiendo...
... su mirada, Brinda comprendió alarmada que...
... Walker miraba intensamente la caja de las...
... joyas. Demasiado intensamente.

—Walker! — dijo entonces, irguiéndose —,
... ¿está usted cansada; es mejor que vaya a ac...
... tarse."

Y mientras hablaba, pensó que desde esa...
... noche en adelante cerraría su puerta con llave.

—Muy bien, señora, pero tenga cuidado...
... Su tío no desearía que terminara usted como...
... aquella Mata Hari que los franceses fusilaron...
... por espía — dijo la mujer, mientras recogía...
... el servicio del té, con voz que parecía un su...
... surro.

Cuando la puerta se cerró tras el ama de...
... llaves, Brinda pensó que indudablemente la...
... pobre tenía afectados sus nervios. Demasiada...
... tragedia para una mujer tranquila: el asesinato...
... de Kenley, el ataque a sir John... las gentes...
... extrañas que entraban y salían continuamente...
... de la casa...

Mientras Brinda miraba en dirección a la...
... caja de joyas, le pareció ver durante un se...
... gundo una hermosa mujer de cabellos negros...
... con una especie de extraño velo sobre sus...
... ojos, arrodillada ante el joyero. Después se...
... dio cuenta de que no miraba la caja sino su...
... reflejo en el espejo, y que la rara aparición...
... debía haber sido producida por algún cortinado...
... —Tengo los nervios tan excitados como los...
... de Walker — murmuró sonriendo.

Y cuando por fin se durmió, tuvo un extra...
... ño sueño en el que tomaban parte Dick, Wal...
... ker, lord Mountwytn, Vaslav y una hermosa...
... mujer de cabellos negros y de piel bronceada...
... que tenía una misteriosa y tierna sonrisa, pero...
... un vendaje cubrió de pronto los ojos de la...
... mujer; y cuando Brinda quiso sacarlo encontró...
... solamente dos profundos huecos de los que...
... salían abundantes lágrimas.

La tarde de la explosión en el laboratorio de...
... Dick, el principe Vaslav se hallaba sentado...
... frente al lujoso escritorio de su estudio priv...
... ado, moviendo descuidadamente las piezas de...
... marfil, de ébano y de nogal circasiano, de un...
... gran juego de ajedrez.

Alguien llamó discretamente a la puerta y...
... un silencioso sirviente fue a abrirla, dej...
... ando entrar al chofer que había conducido el...
... automóvil que llevara a Brinda.

Vaslav levantó la cabeza y miró al recién...
... llegado con misterio y de noga y fría.

—¿Por qué no obedeció mis instrucciones...
... Mueller?"

Se equivocó



—¿Cómo dices, querida? ¿Secretos militares? No, no conozco ninguno; soy el portero del hotel.

—El lugar era peligroso; hice lo que me pareció más conveniente dadas las circunstancias — respondió el hombre.

—¿Qué le pasó? ¿Estaba un bobado?

—No más que usted — respondió el chofer con estudiada insolencia y dando un paso adelante. Pero no quiero arriesgar la vida nada más que para arreglar los asuntos amorosos de otros.

Los pies de Vaslav se movieron tan rápidamente que su cuerpo pareció impulsado hacia atrás. Su voz fue sólo un murmullo cuando habló nuevamente, pero ese murmullo se parecía al ronroneo suave, pero terriblemente peligroso de un animal de la jungla salvaje.

—¿Acaso lo he empleado a usted para supervisar mi vida amorosa? O para decirlo de otra manera: ¿Ha observado usted alguna vez que no sea yo capaz de manejar tales asuntos por mí mismo?

—Esto es diferente. Usted está enamorado de esa Brinda. Sí, es verdad, usted está enamorado de ella — replicó el chofer dando muestras de nerviosidad ante los terribles ojos de su amo.

—¡Perro!, presume usted demasiado, y además no se ha descubierto. Yo mismo le quitaré la gorra.

Cruzó la habitación y abofeteó al chofer con tanta fuerza que el golpe sonó como un disparo. El hombre trastabulló tratando en vano de recoger la gorra que cayó al suelo. Entonces, introdujo rápidamente su mano derecha en el bolsillo del uniforme.

Dando un salto de tigre, Vaslav se arrojó sobre el hombre tomándolo por la muñeca y forcejeando con él de un lado al otro de la habitación. La pistola cayó al suelo; Vaslav la recogió velozmente y apuntó a su antagonista.

—No... no!...

—No tema — dijo Vaslav sonriendo fríamente —, no tengo intención de matarlo. Es usted demasiado útil como... chofer. ¡Jura obedecerme de ahora en adelante sin hacer preguntas!

—Lo juro.

Entonces recoja su gorra, retírese y no quiero más malos entendidos. Usted conoce sus deberes, cúmplalos con un simple los mios. Y a propósito, prefiero que mi chofer me llame excelencia hasta cuando estemos solos. Buenas noches.

Lentamente, como contra sus propios deseos, el chofer recogió la gorra.

—Buenas noches... excelencia. No volverá a suceder. Conozco mis deberes.

Al cerrar la puerta tras de sí, se detuvo un instante y apareció en su rostro una rabiosa mueca de impotencia y de furia:

—Sí, príncipe Vaslav; conozco mis deberes, como lo sabrá cuando llegue la ocasión — murmuró.

CAPITULO XXVI

En el hospital habían informado a Brinda que podía ver a Dick Mandel entre las cinco y las seis. Lo encontró sentado en la cama, con la cabeza vendada, su brazo izquierdo en cabestrillo y el pecho envuelto en vendaje como el de una momia. Miró a Brinda e hizo además de hablar, pero se convino hasta que la enfermera salió del cuarto.

—¡Brinda!, he estado pensando en muchas cosas y la más importante de todas es que... es que te amo, querida, y lo que es más, me voy a casar contigo tan pronto como pueda salir de aquí.

Los ojos de la muchacha se abrieron con asombro.

—¿De veras? — dijo con una sonrisa irónica —. ¡Qué amable eres, Dick! Supongo que yo no tengo nada que decir del asunto.

—Ven, acercate — dijo él.

Y cuando ella se inclinó para complacerle, concluyó:

—Recuerda que soy un hombre enfermo y que si me contradices puedo sufrir un colapso.

Pasó su brazo libre alrededor de la cintura de la muchacha, y atrayéndola hacia sí murmuró:

—Te amo, Brinda... ¡Te adoro!

Ella se resistió un instante débilmente, pero cuando sus labios se encontraron dejó de forcejear.

—¡Dick! — murmuró — ¡Mi querido Dick! ¿No te estás burlando de un hombre enfermo, verdad? — preguntó él después de un instante.

—Oh, no; creo que te he amado siempre, desde que estábamos en el colegio — dijo ella con voz baja y cálida —. Y te he vuelto a amar en el mismo instante que volví a verte.

—Comprendo, querida... Lo mismo me pasó a mí. Solamente que no lo comprendí hasta ahora.

—¿Y cuándo te diste cuenta de ello?

—¡Mientras yacía aquí, en el hospital, y pensaba. Tú me has salvado la vida, Brinda.

—¿Y? ¿Y cómo?

—¡Aquella bomba estaba destinada para mí... Apagué las luces del laboratorio cuando fui a buscar tabaco. La bomba se hallaba preparada para explotar cuando volviera a encenderlas; los expertos encontraron las conexiones.

—¿Quieres decir? — murmuró Brinda tragando saliva.

—Si hubiera vuelto al momento, habría volado yo en lugar del pobre guardia. Pero te encontré a ti y todo cambió.

—No quería decir que quieres casarte conmigo por gratitud — dijo Brinda mirándolo fijamente.

—¡Oh, no, querida!; pero comprendí de pronto cuán terrible hubiera sido morir sin haberme casado contigo... Habría sido como no haber nacido.

La muchacha relajó entonces la tensión de sus facciones y pasó una mano por la mejilla del teniente. Este la tomó y la llevó a sus labios.

—¿Eres tan hermosa! — murmuró —; ¡y tan diferente de las demás!... Algo... algo como una nueva fórmula química o un gran invento... ¡Oh!, ¡ya sé que esto no te parecerá romántico, pero...

—¿O sí, es romántico!... Estar aquí contigo, verte vivo y salvo cuando... podrías haber muerto.

—Me pareció que todo terminaba cuando esa pared me cayó encima.

—No debiste haber arriesgado así.

—¿Quizá no, pero tema que me hubiesen robado los planos. Están en esa caja que te di... ¿recuerdas? — frunció de pronto la frente y continuó —: Cometí un error al dírtele.

—¿Un error? no comprendo — murmuró ella en tono de reproche.

—Sí, un error, pero no por lo que tú piensas. Sé que está perfectamente segura contigo; pero significabas un gran peligro para ti. Hay gente que desea poseerla a toda costa y nada los hubiera detenido.

—¿Quieres decir el enemigo?

—El enemigo, sus agentes, espías, quintacolumnistas. Gentes de las que nunca sospecharías. No debí haberme cargado con tal responsabilidad.

—Pero alguien debía hacerse cargo de ella... ¿O deseas que te la traiga?

—Nada de eso; sería una imprudencia traerla a este hospital — murmuró él moviendo la cabeza.

—¿Hay algo que no me has dicho, Dick. ¿Por qué con tanta importancia esos planos? —

—Es cierto, tú no lo sabes aún. Y es extraño. Me parece tan natural que sepas todo lo que me concierne...

En breves palabras la puso al corriente de lo que significaba su descubrimiento. Y mientras hablaba, sus ojos brillaban con una luz que ella no le había visto antes; una luz intensa, que casi daba miedo.

—Los rayos "Z" — explicó él —, eran una especie de nueva y extraña fuerza que había descubierto. No era posible aun saber todos sus alcances, pero por el momento pudo ya interceptar los mensajes radioteleónicos en un gran radio y además hacer campo de la televisión mucho más lejos que todo lo previsto, permitiendo actuar en distancias superiores a cinco mil kilómetros.

—¡Pero eso es magnífico, Dick! — exclamó ella —. Significa... significa que serás rico.

—Significa que los dos seremos ricos... Pero por el momento que quiero hacermelo rico con la televisión mucho más lejos que todo lo previsto, permitiendo actuar en distancias superiores a cinco mil kilómetros.

—¡Pero eso es magnífico, Dick! — exclamó ella —. Significa... significa que serás rico.

—Significa que los dos seremos ricos... Pero por el momento que quiero hacermelo rico con la televisión mucho más lejos que todo lo previsto, permitiendo actuar en distancias superiores a cinco mil kilómetros.

—¡Pero, ¿cómo?

—Ya sé lo que vas a decirme — exclamó él irguiéndose con sus mejillas rojas y olvidando sus costillas rotas y su brazo fracturado — ¡¡¡¡¡

¡¡¡¡¡ hablar de los andróides!; imagínate aeroplanos dirigidos... andróides sobre el campo enemigo, equipados con cámaras de rayos "Z" y aparatos de televisión. Nada de pilotos, solamente cámaras, aparatos y muchas bombas arrojadas por un equipo automático controlado por los rayos "Z". Podríamos derrotar al enemigo en una semana sin perder un solo hombre. ¡Conoces ahora por qué me arriesgué para ir a buscar los planos? — tomó aliento y continuó mirando fijamente hacia adelante —: Aeroplanos... miles de aeroplanos bombardeando al enemigo a la luz del día.

De pronto, Dick llevó la mano a la cabeza, murmuró algunas frases ininteligibles y cayó exhausto hacia atrás.

—Una enfermera entró acudiendo al llamado de Brinda, echó una mirada sobre Dick y le tomó el pulso.

—Debí haberme llamado antes — díjole a Brinda —, está muy mal.

Y le colocó un termómetro entre los labios. Pero... no comprendo; estaba bien hace un instante hacia atrás.

—Nada de eso — respondió la enfermera mirando el termómetro — ¡ha estado delirando durante un cuarto de hora.

CAPITULO XXVII

—¡No lo creo! — exclamó Brinda.

Pero se detuvo de pronto. Después de todo, Dick podía haber sido víctima de la fiebre, y, en cualquier caso, ella no tenía derecho a traicionar su secreto.

mirada de ansiedad en sus ojos, como lo había examinado con una inquietud calmante, la habitación el herido dormía. Pero Brinda apenas pudo pensar que la declaración de Dick podía haber sido tan sólo el comienzo de un hombre enfermo. Pero no, no como tampoco podía dudar de su invento. Sin embargo, permanecía inquieta y preocupada.

—Consejo a sir John al día siguiente del alba cayó en un profundo sueño, su tutor había ido a la oficina. Impulsivamente telegrafió al doctor Mac Donald, quien llegó prontamente después de haber oído sus noticias.

—Muchacha. Da la casualidad que yo soy personal de ese hospital; echaré un vistazo sobre tu teniente.

Brinda colgó el auricular y se volvió, como si la silenciosa figura del ama de

—¿Para usted, señora? — murmuró el centeno sepulcral —, llegó en el cinco de mañana.

—¿Miró con curiosidad mientras Brinda se fue sobre?

—El príncipe Vaslav. Pero Brinda, al admitir las inquisitivas de Walker, esperó que sólo en su habitación para que ella escribiera en un estilo elegante.

—¿La muchacha que había escrito el ensayo del coche siguiente; pero para las figuras de la danza, y confiaba en que ella no trataría de asistir y le telefonaría para su invitación. Únicamente la firma era un tanto familiar. Decía: *Vaslav*.

—¿Costó el papel y la firma y quedó en los últimos acontecimientos? — había casi olvidado al príncipe, y ahora se acordó.

—¿No ya sentía deseos de participar en la danza. Además, le parecía ya que Vaslav era tan misterioso como había creído; sin embargo, como le prometiera tomar parte en la danza de beneficio, no podía negarse ahora.

—¿Le dio alguna explicación plausible. Escribió todas las veces que fue rempleniendo una a una todas le parecían demasiado frías o demasiado triviales. Después de todo, se trataba de un príncipe; de un príncipe que la había con gran cortesía y admiración. Por último, escribió simplemente que concurriría a la danza.

—¿Había resultado ir para decirle personalmente, lo que no le era raro, que expresara por lo que debía buscar una nueva reina para la danza del ajedrez.

—Al salir a la calle para dejar la carta en un sobre, la maciza figura del doctor Mac Donald estaba estacionando su coche justamente en el mismo lugar donde Kenley había estado la muerte; el recuerdo hizo estremecer a la muchacha.

—¿Ahí, ¿eres tú, muchacha? — dijo el doctor Mac Donald.

—¿Cómo está Dick? — le preguntó ansiosamente ella atajando la verbosidad del médico.

—¿Está bien, muchacha, no hay nada que temer. Apuesto mi reputación a que el joven va a salir del hospital dentro de una semana.

—En el mismo instante el día opaco de Londres se convirtió en radiante para Brinda.

—¿Dígame algo más — exclamó en tono de alegría —, ¿hay nada más que decir — respondió el doctor Mac Donald.

—¿El joven tenía una extensa herida en la cabeza y se le ha movido algo el vendaje? — preguntó.

—No, lo que fue curioso es que la subterránea se curó. Además, ha estado bajo una tensión nerviosa... Sería mejor que no se preocupara más emociones hasta que su temperatura sea normal.

—¿Soy yo una de esas emociones? — preguntó Brinda sonriendo mientras caminaba tras el doctor que volvía hacia el automóvil.

—El médico se instaló en su pequeño coche

y luego la miró con fingida seriedad. —Como médico responsable — le dijo —, debo decirte que tú eres su mayor emoción.

El automóvil se alejaba lentamente y sólo entonces recordó Brinda que no había preguntado al médico si Dick se hallaba en posesión de todas sus facultades mentales cuando había hablado acerca de sus rayos "Z" y de sus posibilidades de aplicarlos a la televisión a larga distancia y al bombardeo de las posiciones enemigas con aviones automáticos cargados de bombas. Pero eso ya no le interesaba. Lo verdaderamente importante para ella era que Dick iba recobrando, poco a poco, la salud.

Aquella noche Brinda esperó hasta tarde poder conversar con sir John. Pero esos días eran de intenso trabajo para el jefe del *Intelligence Service* que era ya más de medianoche cuando el hombre llegó a su casa.

Aun cuando las heridas que le infligiera el desconocido asesino en casa de lord Mountwyne habían ya cicatrizado, sir John no se sentía aún tan fuerte como de costumbre, y en su rostro veíanse las huellas del cansancio y la debilidad. Brinda prefirió no molestarlo con problemas limitándose a reflejar cariñosamente para que se pusiera en cama lo antes posible. Le parecía que ya no era tan fácil para ella hablar libremente con el esos días. Tenía la sensación de que la infortunada mención de Mata Hari había levantado una invisible barrera entre los dos.

—¿Me resultaba extraño que el fantasma de aquella mujer espía fuera evocado aún. La gente había olvidado muchos otros nombres famosos en la guerra, pero no aquellas dos exóticas palabras. Cuatro sílabas extraordinariamente suaves y misteriosas; algo como un canto de Oriente... Brinda recordaba haber leído algo al respecto en una holandesa, francesa, o italiana. Una bailarina y una coreógrafa también. Un mujer que había cautivado a los oficiales franceses hasta arrearles secretos militares que luego vendía a los agentes alemanes.

No dudaba que era justiciera si muerte frente a un pelotón de soldados franceses, pero ¿qué clase de mujer había sido antes? ¿Había sido realmente? Quizá haya estado casada y tuvo hijos... Pero, ¿qué importaba todo eso? Pata la historia no era más que un signo de la fatal influencia femenina, un moderno tipo de Helena o de Cleopatra, una sirena seductora cuyos cabellos brillantes y negros como el ébano, eran coronados por un honor de los hombres, cuyos blancos y torneados brazos los envolvían empujándolos hacia el deshonore.

Dick tenía aún prohibición de recibir visitas hasta el día siguiente, y Brinda debió recurrir a su entrevista con Vaslav sin poder verlo.

El príncipe la recibió con sus modales cortes de siempre, y una vez más ella se vio forzada a reconocer que era un hombre educado y atractivo. "Pero no tan atractivo como Dick" — pensó, al mismo tiempo ocurriéndosele que era algo desleal por su parte en contestar así; pero ella se había encontrado una ocasión para comunicarse a Vaslav el cambio de su opinión.

En ese momento el príncipe se hallaba dando órdenes a un electricista acerca de la colocación de un reflector. Mientras esperaba, Brinda sintió que una puerta se abrió tras ella, y de pronto contuvo el aliento y se quedó inmóvil. A sus oídos llegó un tac-tac-tac regular y ruidoso, como si se abrieran los intervalos. Sólo una vez antes había escuchado tal ruido... ¡fuera en la casa del pirámido... la estación secreta de telegrafía de los espías enemigos.

—¿Pero, ¿para qué tendría el príncipe una estación de telegrafía? Se volvió para tratar de averiguar de dónde provenía aquel ruido, pero era demasiado tarde; en el mismo momento cerró la puerta y el sonido no se escuchó ya más. Un instante después, Vaslav se hallaba a su lado.

GRATIS Remite mi Revista	
BREVES AJRES FILATELICO	
VENDO	\$ 2.50
500 ejemplares...	\$ 2.50
1000 "	\$ 5.00
2000 "	\$ 10.00
(Compra cualquiera de cualquier importancia)	
Pedidos: CASA L. GOMEZ	
Sarmiento 471, Bs. Aires, Argentina	

—Espero que me perdonará — le dijo inclinándose ante ella —; he agregado algunos nuevos efectos de luces al ballet. Algo muy novedoso que requiere mucha atención. Comenzaremos dentro de un instante... ¿Está usted pronto?

Con el sonido de aquella misteriosa señal de la telegrafía sin hilos todavía en sus oídos, Brinda cambió rápidamente de parecer.

—¿Pronta? — preguntó —, ¡Oh, sí!

CAPITULO XXVIII

Su primer ensayo para el papel de reina del ballet del ajedrez, hubiera sido muy interesante y absorbente para Brinda si ello no hubiera estado atenta para tratar de escuchar una repetición del misterioso zumbido. Pero la inconfundible señal, si la hubo, no volvió a repetirse.

Al final de la noche comenzó a preguntarse si no habría sido víctima de un error. Posiblemente el ruido provenía de algún complicado aparato eléctrico de aquellos que preocupaban tanto al príncipe Vaslav, y que éste iba a emplear en sus nuevos efectos de luces. Pero Brinda había tomado ya su decisión y no era ella, por consiguiente, quien iba a volverse atrás.

Además de Brinda, la figura principal del ballet, éste incluía dos jóvenes muy elegantes, quienes, aun cuando tenían muy poco que hacer constituir excelentes reyes, y una docena de muchachas, algunas de las cuales eran conocidas de Brinda. A otras no las había visto antes. La compañía parecía ser una encantadora colección de bohemios y aristócratas... Sin embargo era a Brinda a quien Vaslav demostraba mayor atención.

Poco después, Brinda casi había olvidado el ruido misterioso del transmisor telegráfico, cautivada por el hechizo de la danza que se le hizo abstraher de todo cuanto la rodeaba y entregarse con pasión a su papel de reina del ballet. Se hallaba en un mundo donde todo era encantador y fantástico como lleno de luces y de colores, y donde todos reñaban plenísima a su belleza y a su arte.

Se hallaba sorprendida intimamente de ver que la danza no incluía ningún movimiento que alguna de las medidas de juego de ajedrez. Por el contrario, las figuras de la danza eran fluidas y armoniosas, suaves piruetas de escape, ligeros y graciosos cambios de posición, de acuerdo a un plan que recordaba vagamente las reglas del juego, aunque no fueran fijas y exactas. Como reina que era, sus propios movimientos resultaban los menos restringidos de todos, y danzaba, corría y giraba por todo el tablero hundándose más y más en el atractivo de su papel y de las figuras del ballet.

—¿Vaslav es hoy tan correcto como siempre — le dijo madame Barakat durante un descanso — alguna de las medidas de juego de ajedrez. Parece que hubiera nacido con el fuego sagrado de la danza... Pero si me permitire, le diré que debe aprender aún algunos trucos del oficio. ¿No le agradecería venir conmigo estos días para hacer un ensayo privado?

Brinda aceptó entusiasmada. Un ensayo privado le daría oportunidad de aprender muchas cosas acerca de Vaslav y de su extraña vida en Londres.

Sin embargo, después que pasaron dos

El zeno que encerraban aquellas palabras la

—Nunca sospeché que hubiera aquí un ascensor — dijo Brinda sonriendo.

—Es muy pequeño, en verdad — respondió el ascensor, pero suficiente para mis usos.

—¿Pero es el ascensor detrás de la muchacha, o las puertas y el aparato comenzó a ascender para el menor ruido.

—¡Muy secreto...! sea usted bienvenido — principió cuando el ascensor se detuvo, la puerta.

—¡Echó una ojeada por la habitación. Se apuró, los libros y el espacio

—¡No me el menor signo de telegrafo. En cuando que el sonido debía haberle llegado

—¡Echó otra habitación del edificio, la miraba también al ascensor.

—¡La mirada penetrante de Vaslav comprendió pronto cuán completamente aislada

—¡Echó la se hallaba en aquella habitación. — ¡Favor...! siéntese — dijo él. — No... en qué

—¡Se quedó así como está... Déjenle la puerta.

—¡Sin ningún aviso, sus brazos la envolvieron en un círculo irrompible. Ella

—¡Golpeando su pecho con los puños, él sonriendo la atría hacia sí, en una

—¡Con ternura y ferocidad. Luego, con una mano la retuvo por la cintura en tanto

—¡Ella hacia atrás sus mejillas y sus labios con lentitud, la besó con fuerza en los

—¡Ella echó su rostro para atrás y sus mejillas se quemaron quemándole las mejillas y

—¡Ella comenzó a correr por todo su cuerpo en un momento de terror. No le cupo ya duda

—¡Ella saltaba indefensa en su poder. La voz de él era áspera y profunda, cuando

—¡Ella se estremeció. — ¡Te amo!... ¿No comprendes?

—¡Ella se estremeció. Brinda se maravilló de que él

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

—¡Ella se estremeció. — ¡No solamente miedo de él, sino también de los impulsos

un gato, Vaslav saltó hacia atrás y se arrojó y con un justo movimiento se apoderó de su muñeca.

—¡Arroje el puñal al suelo, o me verá obligado a lastimarla — dijo.

—La daga cayó al suelo y Vaslav la recogió arrojándola hacia un rincón.

—¡Me hubiera usted herido si no ando ligero — exclamó casi con admiración.

—¡Crujese después de brazos y la contempló en silencio.

—¡Y eso a pesar de haberle salvado la vida tres veces. Es mucha ingratitud de su parte.

—¡¿De haberme salvado la vida? ¿Qué quiere usted decir? — preguntó Brinda, mirándolo con asombro.

—¡No es nada... Nada importante por el momento; quizá algún día se lo contaré.

—¡Abriendo una hermosa caja de marfil le ofreció un cigarrillo. Ella declinó el ofrecimiento con un movimiento de cabeza. El todo

—¡Uno y lo encendió.

—¡Bueno, verdaderamente lo siento mucho. — ¡Haberme salvado la vida?

—¡Siento haberla irritado hasta el punto de que usted trata de quitarme la vida... ¿No podría usted perdonarme?

—¡Estaba él burlándose?... Brinda buscó en su rostro una sonrisa de mofa, pero lo halló serio.

—¡Comprendió que él no se acordaría ya a su partida, y esa brusca transición del peligro a la seguridad afeitó de pronto sus nervios

—¡Después de las violentas emociones de un momento antes, y tuvo que buscar apoyo en una silla. Sus piernas flaquearon y entonces se dejó caer en ella. Vaslav corrió a su lado agitado,

—¡Con el rostro descompuesto, murmurando apasionadas palabras de ternura y reprochándose a sí mismo su falta de tiento. De pronto se arrojó hacia ella implorando su perdón.

—¡Brinda, por su parte, tenía la sensación de que estaba representando un papel, un papel que comprendía podría llevar hasta el fin con toda soltura y sin traicionarse.

—¡Por favor, Vaslav, levántese — murmuró — ¡no, no se vaya, siéntese aquí... Y digame, ¿qué le ha sucedido? Creo que tengo derecho a saberlo.

—¡Si, es cierto — murmuró él meditando un instante con los ojos fijos en un punto tras ella — ¡sólo hay una razón para explicarme. Es porque... La amo! Sí... le doy mi palabra que es cierto... ¡la he amado desde el primer día que bailamos juntos... Ninguna mujer ha significado tanto para mí; y creo que no amare ya a ninguna otra. Y debe usted creer que esto es cierto, porque comprendo ahora que usted no me ama... ¿No es verdad?

—¡No siento, pero... ¡temo que tenga razón.

—¡Ah... ¿qué? ¿qué? — murmuró él mirándola con los ojos en los que se veía una viva desesperación... Es curioso... hasta ahora creí que usted podría responderme alguna vez... ¿Por qué?... ¿Por qué de todas las mujeres será usted la única que no puede ser mi amante?

—¡¿Qué podría ella decir?... Por supuesto sería fácil revelarle su amor por Dick, pero esto no lo ayudaría a descubrir las cosas que deseaba conocer.

—¡Quizá es a causa de su aire misterioso... Bueno, con franqueza, porque no lo conozco realmente. No sé cómo explicarle, pero usted parece... como esta casa; lleno de extraños y sorprendentes secretos — dijo ella con voz suave.

—¡Puede ser que así sea, pero eso podría remediarse fácilmente — dijo él asintiendo con gravedad.

—¡¿Usted cree?... Ciertamente. Le diré todos mis secretos. ¿Qué desea usted saber? — respondió él haciendo un amplio gesto con las manos — ¿Cuándo me enamoré de usted? ¿Le la primera vez que la vi en casa de lord Mountwyn.

—¡Oh, no, me refiero a sus secretos íntimos

Plancha



—No tema perder el tren, González adelantó el reloj media hora.

—exclamó Brinda — ¡por ejemplo, qué quiso usted decir cuando afirmó que me había salvado la vida?

Vaslav encendió un cigarrillo y arrojó una larga columna de humo blanquecino, mientras meditaba un instante.

—Esa es un asunto un poco complicado, Brinda — dijo él — ¡oh, sí, no dude que se lo contaré todo, pero quizá más tarde, en otra ocasión. Por ejemplo, después del ballet.

—El ballet... — ella quedó un tanto sombrada de su seguridad.

Sin embargo, pensó, habiendo ido tan lejos, ¿por qué se volvería atrás ahora? Especialmente cuando tenía dilucidado casi el misterio que envolvía a Vaslav. Pensó un instante y luego murmuró:

—Sí, después del ballet... —Me temo que podrá prestar ahora muy poca atención al beneficio, pero hará todo lo posible. Mientras tanto... ¿no me daría usted alguna esperanza?

—No se — dijo ella evasiva — ¡por ahora atengase a nuestro convenio. Después del ballet, ya veremos... —

Brinda levantóse de pronto y teniendo un súbito deseo de encontrarse a salvo en su casa entre las frescas sábanas de su cama. Apenas temía ya a Vaslav, ahora que lo sabía enamorado de ella, pero sin embargo sintió una sensación de soledad al encontrarse de nuevo en medio del amplio y desierto hall. Pensó que nunca más volvería a entrar en aquel ascensor secreto; aquel pequeño, extraño y apartado cuarto le daba una íntima sensación de miedo y de desamparo.

Le pareció que habían transcurrido años desde que, al terminar el ensayo, comenzara aquella rápida y emocionante aventura. Su primera aventura. Una rápida mirada al reloj le hizo ver que, eo efecto, el tiempo había transcurrido insensiblemente y eran ya cerca de las tres de la madrugada.

—La llevará hasta su casa — dijo Vaslav —, pero desgraciadamente mi automóvil está descompuesto; espero que no le desgarrará ir en taxi.

Ella pudo sentir el fuerte temblor de sus manos mientras la ayudaba a ponerse el tapado; y comprendiendo cuán fuerte podía ser una pasión contenida, tembló.

—Realmente no es necesario que se moleste — dijo ella al tomar asiento en el taxi.

CAPITULO XXX

Brinda lo acometió ciegamente. Rápido como

—Dudo que comprenda usted mi conducta, Brinda —dijo él—, pero quisiera explicarle...

—Después, cuando estaba ya por subir al automóvil, Brinda vio que se acercaba a él un hombre que salía de entre las sombras de la gran mansión.

El príncipe exhaló una exclamación de disgusto y se volvió a media.

—No tengo suerte —dijo—, creo que de todos modos tenderé que dejarla sola.

—¿Otro misterio? —preguntó ella sonriendo apenas.

—Sí..., pero también podría explicarlo. Vaslav tomó luego su mano y la besó con ardor.

—Buenas noches, mi *Dusika*, la adoro... Mientras el taxi se alejaba, él se volvió lentamente hacia la casa. Cambió unas palabras con el hombre y entró en la mansión. En el *ball* lo esperaba, furiosa y de pie, Lady Gladys.

—¿De modo que esa es tu nueva conquista? —exclamó con rabia la rubia hija de lord Mountvyn—. Has ido demasiado lejos esa vez!; esto debe terminar inmediatamente...

—¿Me oyes?

—No soy sordo... ¿Cómo te propones conseguirlo? —preguntó Vaslav friamente.

—Ya lo sabrás. Pondré a sir John Sanderson sobre aviso, no solamente acerca de que Brinda, sino también acerca de ti. Le diré... todo. ¿Comprendes?

—Sí, perfectamente; y ahora vete. Lady Gladys lo miró incrédula.

—Lo haré, Vassie —murmuró furiosa—; lo haré. No estoy fingiendo; te doy mi palabra de que lo haré.

—Vete... y no vuelvas hasta que no sea razonable —dijo Vaslav abriendo la puerta.

Y cuando Gladys salió a la calle, Vaslav volvió fuertemente dos veces. Una sombra salió entonces de junto a la pared del palacio, dibujándose vagamente la maciza figura del chofer. El príncipe señaló a la mujer. El hombre asintió en silencio con la cabeza.

Si Gladys hubiese mirado atrás mientras caminaba rápidamente por la calle, habría visto una siniestra sombra siguiéndola siempre a la misma distancia, no muy cerca para ser vista, pero sin perderla de vista.

CAPITULO XXXI

Londres parecía envuelto en una especie de verano hindú de la civilización. Dorados sueños de paz y de seguridad adormecían a los políticos... aunque esos sueños iban a ser pronto fieramente sacudidos.

En Londres, las ordenanzas de oscuramiento no se cumplían. Los teatros, los clubs, los salones estaban iluminados, llenos de alegres transeúntes. Los últimos londinenses que fueran evacuados hacia el campo en el mes de septiembre volvían poco a poco a la ciudad. Las máscaras antigases no estaban ya de moda; no se construían ya refugios contra ataques aéreos; las gentes reían de las ocasionales alarmas, siempre falsas, de las sirenas de Londres; pero, a despecho de todo, el fantasma de la guerra se cernía de continuo sobre aquellas gentes.

El entusiasmo de Vaslav por su baile de beneficencia no era fingido, y cuando llegó la esperada noche, Covent Garden se desfiló a toda la aristocracia británica, diplomáticos, políticos, oficiales de la armada y del ejército y resplandecientes figuras sociales. Era también conspicua la mezcla usual de los aspirantes a ingresar en ese círculo social; gentes que con gusto habían pagado sus dos libras y diez chelines por el privilegio de codarse con los grandes de Inglaterra.

Las figuras principales habían realizado un ensayo final durante la tarde. El tablero de ajedrez, compuesto de los usuales cascos blancos y negros cada uno de tres pies de diámetro, ocupaba toda la escena. Tras el telón, sentise

el acostumbrado movimiento febril de los últimos minutos, aumentado por la presencia de los aficionados que intervenían en la obra y por el hecho de que aquella era su primera prueba.

Vaslav estaba en todas partes, moviéndose con gran calma entre los artistas, arreglando trajes, discutiendo y dando órdenes a los electricistas y los tramoyistas, y dirigiendo breves frases de elogio o de amonestación.

A pesar suyo, Brinda sentíase impulsada a admirarlo, aun cuando, de pronto, se le ocurrió que toda esa energía de acción hubiera estado mejor empleada en las fuerzas de la obra. Sin embargo, aquello estaba destinado también al bien de Inglaterra; y quizá, después de todo, Inglaterra necesitaba hombres que bailaran y hombres que pelearan. Además, el príncipe era ruso y eso lo eximia de tomar las armas.

De pronto, el príncipe vio a Brinda y, excusándose ante una joven bailarina con quien hablaba, cruzó rápidamente el salón. Con su expresiva mirada rindió tributo a la hermosura de la muchacha.

—¡Soberbio! —exclamó mientras sus ojos se detenían en cada detalle: el brillo de sus cabellos, la exquisita elegancia de sus vestidos, sus ojos grandes y oscuros, su blanca espalda—, ¡en toda esta línea de sus piernas...! ¿Usted es una verdadera reina! ¿Una reina de oro y de marfil, tan bella como para reinar sobre cualquier imperio!... Quién sabe, quizá después que esta guerra termine, eso podrá ser realidad.

Las últimas palabras las pronunció mientras aparecía en sus labios una extraña y misteriosa sonrisa.

—¿Todavía misterioso! —exclamó Brinda riéndolo fijamente.

—Tan sólo hasta después del ballet —susurró él a su oído—; ya sabe el trato...; mis secretos por su amor...; ¡por usted!

—¿Está seguro de que no llevaré yo la peor parte en el cambio? —preguntó Brinda riendo.

—Usted juzgará. Pero no juego por bagatelas, tratándose de la vida o de la muerte; al fin y al cabo se requiere algo más que un par de asesinatos para implantar una dinastía.

El hombre irguióse y echó orgullosamente hacia atrás su cabeza. Brinda comprendió hasta entonces: que cualesquiera que fueran los pecados y los errores de Vaslav, éste nunca olvidaba que tenía sangre real en sus venas. El fin habría justificado sus medios si al final de su aventura llegaba a situarse a la altura de un trono.

En este momento se le aproximó un hombre vestido con ropas de obrero. Vaslav se volvió hacia él y habló breves palabras en voz baja. Luego habló otra vez con Brinda.

—Usted me hace olvidar continuamente mis deberes —murmuró sonriendo—; casi no recordaba ya que debía advertirle que posiblemente habrá algunos cambios en el baile. Se trata de algunos pasos que no será difícil aprender; en todo caso, le daré las instrucciones necesarias en el momento preciso. ¿Creo usted que podrá aprenderlos sin ayuda?

—Con tal de que no sean muy difíciles —contestó Brinda.

Hasta ese momento Vaslav había cambiado sus movimientos de cuadrado a cuadrado tan a menudo que la joven conocía de memoria cada casillero del escenario.

—Bien, cuento con usted; o otros no podrían hacerlo... Pero el público los olvidará mirándola a usted, mi encantadora bailarina.

Le hizo con la mano una señal de despedida y se alejó. Y solamente entonces recordó Brinda que había olvidado preguntarle el porqué de ese último cambio.

CAPITULO XXXII

En ese instante se le aproximó madame Badarouff.

—Mire, la casa está llena —le dijo indicán-

do con un gesto la mirilla del telón. Brinda acercó el rostro a la abertura. La concurrencia continuaba llegando... «¿Estaría Dick allí? Las relaciones entre ambos habíanse enfriado a raíz de la decisión del joven marino de abandonar la hospitalidad de lord Mountvyn, y hasta entonces no había trascendido ningún rumor de que él hubiese roto oficialmente su compromiso con Lady Gladys.

Se mirada recorrió la platea y luego los palcos. De pronto contuvo el aliento; en uno de ellos vio a lord Mountvyn y sentado tras él estaba Dick. Allí vio también la delgada y alta figura de sir John y la cabeza maciza y las anchas espaldas del doctor Mac Donald.

Una ola de felicidad la envolvió. Dick no había aprobado su participación en el ballet, pero había ido a verla. Y también sir John, a pesar de sus responsabilidades y de sus preocupaciones. Pero... ¿dónde estaba lady Gladys y por qué no iba ninguno de ellos a visitarla entre bastidores? Quizá Dick fuera, si no lo hacían los otros.

—Creo que necesito algún descanso; me retiraré algunos instantes a mi camarín —dijo volviéndose hacia madame Badarouff.

—Me parece muy bien —respondió ésta. La función comenzará dentro de un cuarto de hora y usted necesita un descanso.

Cuando Brinda llegaba a las escaleras que conducían hacia su camarín, alguien le deslizó un papel en la mano.

—De parte del príncipe Vaslav —dijo tras ella una voz cuyo acento sonó familiarmente en sus oídos.

Se volvió con rapidez, pero el mensajero había desaparecido.

Una vez en su cuarto abrió la nota. Decía así: «Agradecida Brinda: estos son los cambios introducidos en el ballet. Le ruego que los estudie cuidadosamente. El éxito de todo depende de que usted los siga al pie de la letra. La amo, Vaslav».

Brinda estuvo con rabia la nota entre sus manos. Luego estrujó y alisó el papel y leyó los cambios introducidos en sus pasos de baile.

"1, 4, 8, 8, 9, 13, 22, 17..."

Había dos líneas completas de números. Golpeó furiosamente con el taco en el suelo. ¿Cómo esperaba Vaslav que ella recordara tantos cambios en tan poco tiempo? Luego, en su imaginación, trasladólos a la nomenclatura del juego, dando a cada escaque su verdadero nombre y asignándole a sí misma el papel, de reina: "Reina, 4 alfil rey; reina, 2 caballo; reina, 3 torre..."

Luego escribió las palabras para recordar mejor los movimientos, ya que conocía el juego de ajedrez tan bien como la danza, aunque Vaslav no lo sospechaba siquiera. Repitió varias veces las palabras hasta que, de pronto, vagamente, tuvo la sensación de que algunas letras coincidían entre sí hasta formar palabras. Si omitía la "reina" en cada combinación, y luego ponía los nombres de los escaques restantes uno debajo del otro, eligiendo cierta letra de cada palabra, formaban frases que tenían algún sentido. «Estaba soñando o era el ballet del ajedrez un medio de comunicar mensajes cifrados? Pero eso hubiera sido demasiado bueno para ser verdad. ¡Qué simplemente el mensaje. Había dejado vagar su imaginación demasiado lejos. Sonrió y se puso a la tarea de aprender de memoria los cambios introducidos en el ballet a última hora.

En el cuartel subterráneo del cuerpo de espionaje enemigo, tres hombres estaban sentados junto a una mesa. Uno de ellos tenía colocados los auriculares del telégrafo. Mientras escuchaba, iba escribiendo. Un instante después dejaba el lápiz sobre la mesa y se sacaba los auriculares.

... cosas - dijo en idioma extranjero -

... se hacen con claridad. Evidentemente se refieren a ciertos transmisores. ... detalles completos esta noche. ... Contesten.

... como están las cosas - continuó - a sus dos interlocutores -. He ... de las cincuenta visitas, pero al ... reciben en nuestra céntrica. No hay ... los británicos están trabajando ... rayos, confundiendo nuestros ...

... otra vez - ordenó un hombre alto y la cabecera de la mesa -. piense lo ... significa. Toda la flota inglesa a mi ... de aquí. La mitad del ejército brit ... nura hacia Europa. El camino está ... para la invasión ¡La guerra ganada en ... Gloria, honor para todos. Pero

... momento llamaron discretamente a ... Los tres hombres cambiaron entre ... mirada y luego uno fue a abrir, per ... la entrada a un cuarto agente de ...

... cómo fué interrogado por el hombre ... ¿cómo usted el contacto? ... que todo saldrá bien. Se ha per ... un nuevo medio de transmisión para ... como ... sea como dice; de otra manera esta ... - dijo su interlocutor. ... luego al telegrafista y continuó: ... transmitiendo. No se detenga ni por ... hasta el jefe puede fallar. ... el controlador volvió frente al transmisor tele ... Cuando se disponía a abrir, per ... y continuó pareció estar en el ... cuatro espías quedaron inmóviles, es ... con las facciones tensamente disten-

CAPITULO XXXIII

... de la orquesta ocupó el estrado, ... se apagaron. A los acordes de una ... y precisa melodía de Debussy, se ... comienzo a elevarse lentamente dejando ... gigantesco tablero de ajedrez con cada ... los escaques ocupado por una pieza ... Cada uno, excepto el lugar reservado ... blancos; porque Vaslav había dispuesto ... de Brinda para el último momento. ... de aplausos rindió tributo al decorado ...

... al palco de lord Mountray, sir John ... rápida e intensamente al oído del noble

... spongo a ello; puede resultar un desas ... almirantazgo están cometiendo el ... error de siempre: despreciar al enemigo. ... he creído, pero de todos modos la de ... comisión está tomada y la flota ha recibido ... órdenes. Por otra parte tengo otros ... en qué pensar -. asuntos muy serios. ... Más serio que el bien de la patria? ... -Casi para mí, confidencialmente, le diré ... se trata de mi hija. ... -Su hija? ... -Se ha desaparecido. Eso no le ocurre a na ... mis que a mí. Quizá sus agentes puedan ... a encontrarla. ... -Eso está fuera de nuestras atribuciones - ... John secamente -. ¡ja pontificado usted ... Yará? ... -Pero, ... aun no. Mi hija ha desaparecido ... una sucesión ... por un día o dos. Es una mu ... muy independiente. Pero sin embargo ... ha estado ausente por tanto tiempo, ... asunto muy molesto. ... -¿Puede lo que puedo hacer - dijo el jefe del ... -¿Verdad, Mountray? ...

... -¿Cómo? ... No, supongo que no. ... En ese instante el doctor Mac Donald tocó suavemente el brazo de sir John: ... -Despacio, John; aun no has probado lo de Brinda, y en la duda siempre es mejor creer lo mejor.

... Pero sir John no lo escuchaba. Su mirada había sido atraída de pronto por algo muy interesante en otra parte del teatro. Inclínose y murmuró algunas palabras al oído de Dick. ... Este trató de vez en la oscuridad de la gran sala del teatro, débilmente alumbrada por el reflejo de las luces del escenario. ... -¡Por Dios, es Vaslav! ... ¡Curioso!, hubiera creído que estaría demasiado ocupado entre bastidores.

... -Sí, yo ... - comenzó a decir sir John con el ceño fruncido, pero de pronto volvióse hacia Dick y le dijo -. Dick, ¿ha estado usted entre bastidores, quiero decir, para saludar a Brinda? ... Para decirle la verdad, todavía no. Pensaba ir a felicitarla después de la función - dijo Dick un tanto confuso -, ya sabe que hemos tenido una pequeña disputa acerca de sus visitas a Vaslav. Trataré de arreglar ese asunto esta misma noche.

... -¿Están ustedes asistiendo a un debate parlamentario o a una función teatral? - murmuró en ese momento la voz ronca del doctor Mac Donald -. ¡Ah!, ahí está Brinda ahora. Circundada por los brillantes haces de luz de los reflectores, Brinda hizo su entrada en el escenario como una aparición; brillante y graciosa como un diáfano en vuelo. Las puntas de sus pies describían elegantes figuras de cuadrado a cuadrado, entrando y saliendo de entre las filas matemáticas de los demás bailarines. Un peón se arrojó; y rey levantó sus brazos. Sir John miraba con toda su atención concentrada lo que sucedía en la escena. De pronto se volvió al lado de Mountray. ... -¡Disculpen un momento ... ¡Vamos, Dick! Se levantó y salió rápidamente del palco. En el "foyer" sus maneras cambiaron por completo.

... -Vete entre bastidores, Dick. Quédate cerca de Brinda y vigila a Vaslav - exclamó con acento autoritario. ... -Pero ... no comprendo, sir John. ¿Por qué? ... -No tengo tiempo para explicaciones, pero si amas realmente a mi sobrina haz lo que te digo. ... -Bien, señor - exclamó Dick saludando y alejándose. ... Sir John se volvió entonces hacia un hombre que permanecía cerca de él. Un hombre tranquilo y sereno, irrepochablemente vestido de frac. ... -¿Están todos los hombres en sus puestos, Harlow? - le dijo. ... -Sí, señor. ... -¿La casa rodeada? ... -No. ... -¿Nadie podrá salir de ella sin ser visto. ... -Muy bien. Envíe dos hombres de confianza para vigilar al operador de los reflectores. Lo detendrá cuando reciba mis órdenes. Dentro de poco estará allí un infierno. ¡Estén dispuestos a todo! ... -Bien, señor! ... Sir John regresó al palco de Mountray. Sin decir una palabra volvió a ocupar su asiento y llevándose los binóculos a los ojos comenzó a observar los menores movimientos de Brinda.

... La hermosa bailarina había completado su círculo alrededor del tablero iniciando luego, bajo los suaves compases de la música, sus pasos de cuadro a cuadro, de acuerdo a las reglas del juego. Era precisamente en esa parte de la danza donde Vaslav había dispuesto, a último momento, los cambios radicales. ... Pero aun cuando estaba completamente absorbida por los últimos giros de la danza, Brinda resolvió en su mente la intrigante pregunta que había estado atormentándola durante toda la noche: el significado de las oscuras figuras que había tenido que aprender rápidamente en

Precocidad



-Es para ti... ¡Es una señorita!

... su camarin momentos antes. Se trataba de un mensaje cifrado, después de todo, aunque desde luego ella no se hallaba segura de si estaba destinada a otra persona que conocía su clave. ... -Pero por qué Vaslav la habría elegido a ella para tal papel? De pronto pareció que una ventisca atravesaba de sus ojos y comenzó a comprender. Estaban allí todos los mandatorios oficiales de Inglaterra mirándola; estaba sir John y también Dick. Si realmente se trataba de un mensaje cifrado, cuán completamente la tendría Vaslav en su poder después que ella se convirtiera en su cómplice ante los ojos de todo el mundo.

... Miró hacia su izquierda y pudo ver a Vaslav observándola desde el interior del escenario. Le dirigió una sonrisa enigmática mientras continuaba desarrollando, casi mecánicamente, los pasos de la danza. El próximo escaque que ella debería tocar entre sus giros era el 4 rey. Si había resuelto el código secreto correctamente, tal cuadro significaba la letra G. De pronto, mientras continuaba sonriendo a Vaslav, cambió de dirección y se encaminó hacia la casilla 3 alfil; eso, en el código, significaba la letra E. Luego, lentamente, describiendo brillantes giros, se dirigió a 3 caballo ... S ... luego, 4 reina ... P; reina ... L; 2 torre ... A; 1 caballo ... S. E-S-P-L-A-S.

... Ni siquiera necesitó asegurarse de que había ganado la partida; una mirada al rostro de Vaslav fué suficiente. De pronto, una pistola apareció en la mano del príncipe y ella quedó inmóvil; pero, en el mismo instante, un puño se abatió sobre la mandíbula de aquél, y el príncipe cayó al suelo dejándolo roto. ... -¡Levantate, perro! - gritó Dick Mandel con voz airada -. ¡Levántate para que pueda golpearte otra vez!

... El reflector que había estado siguiendo los movimientos de Brinda desde que la muchacha entrara en escena, se apagó de pronto. Brinda tuvo la sensación de una luzca en la oscuridad; después, desde el medio del teatro, se oyó la voz potente y autoritaria de sir John Sanderson: ... -¡Atención! ¡Habla en nombre del Intelligence Service! ¡Todas las personas permanecerán en sus asientos; nadie se levantará! No será permitido a nadie salir del teatro hasta que se hayan tomado las medidas necesarias para capturar a los agentes enemigos que se encuentran aquí!

... Corrió por el auditorio una glead de inse-

LOS DOS HERMANITOS,

EL CUADRO NO

por TIM.



grudal y de miedo. Todos permanecieron inmóviles en el lugar donde los sorprendieron las palabras de sir John. Todos los ojos estaban fijos en el telón que iba descendiendo lentamente. Pero el drama continuó en escena. Recordándose del golpe de Dick, Vaslav se levantó dificultosamente. El marino trató de asustarle otro golpe, pero esta vez Vaslav retrocedió. Movándose con asombrosa rapidez, recuperó el revólver y, apuntando, no solamente hacia Dick, sino también a todos los participantes del ballet, que se habían acazado atraídos por la curiosidad — formando un extraño contraste entre la violenta escena que se desarrollaba y sus coloridos disfraces — dijo, sonriendo burlescamente:

—Lamento no tener tiempo para aceptar su invitación, teniente Mandel. En otro momento me sentiría muy feliz de desvelar sus atentados con interés — luego, volviéndose hacia Brinda, continuó: — No tenía intención hace un momento de hacer fugo contra usted, querida... No podría apretar el gatillo. Quise solamente detenerla, pero usted procedió muy rápidamente y con mucha inteligencia. La amo por eso más que antes, si es posible. Con su mano libre le envió un beso; luego comenzó a retroceder apuntando siempre al grupo amenazador que tenía ante sí. Cuando alcanzó la puerta del escenario, la abrió a medias. Luego, en el umbral de la libertad, se detuvo un momento mirando a Dick. El revólver apuntó rectamente al pecho del marino. — Pensándolo mejor, teniente — dijo Vaslav —, no creo que deba esperar una ocasión para desquitarme; lo mataré ahora mismo.

CAPITULO XXXIV

Brinda exhaló un grito de terror.
—¡No!...
Y al mismo tiempo se colocaba delante de Mandel.
Vaslav vaciló un instante, y una expresión de dolor asomó a su semblante.
—¡Ah!... ¿Conque es así?... Usted es un hombre muy afortunado, teniente Mandel, pero ya que no puedo matarlo por ahora, le haré una advertencia. La próxima vez se más cuidadoso para elegir a quién da usted a guardar sus rayos "Z". Gracias a su confianza, puedo llevarlos ahora y ponerlos en mejores manos que las suyas.
De pronto miró hacia su izquierda, y la expresión de su semblante cambió completamente. Sus manos se elevaron en el aire dejando caer el revólver.

—Téngalas en alto, traidor — dijo una voz, y a un costado de Vaslav apareció la fornida figura de un policía londinense. Detrás del policía caminaba sir John; luego, dos hombres con ropa de civil, entre los que iba un hombre con las manos esposadas. Era el operador de los reflectores.

El policía extrajo de su bolsillo otro juego de espías y se las puso a Vaslav, que no ofreció resistencia. Sir John volvióse entonces hacia el policía:

—Desojo el escenario — le dijo —, deseo hablar con este hombre a solas.

Luego esperó hasta que los bailarines y los tramoyistas hubieron dejado el escenario, y sólo entonces se dirigió a Vaslav.

—Bien, príncipe Yenidoif; parece que ha perdido usted la partida. No tengo inconveniente en decirle que su casa está rodeada y que a esta hora toda su banda de espías ha caído en nuestro poder.

—¿Está seguro, coronel Sanderson? — preguntó Vaslav.

—Completamente — contestó el coronel —; esa habitación en los cuartos del edificio estaba muy bien ideada, pero no era a prueba de gases lacrimógenos... Supongo que sabrá usted la pena que merecen los espías.

—La conozco, coronel — respondió Vaslav, mirándolo serenamente —, pero no tengo la menor idea de por qué habría yo de sufrirla.

—¿Y por qué no? — preguntó Sanderson, agríamente.

—Porque soy mucho más valioso para usted, voy a ser el más rico de todo y yo soy otro hombre de mundo; y usted sabe tan bien como yo, que en mi posición puedo revelar secretos que son mucho más importantes para usted que mi trivial existencia.

—¿Y usted haría eso? — preguntó sir John haciendo un gesto de disgusto.

—Naturalmente después de todo yo soy ruso. He jugado y he perdido, pero he jugado para mí, coronel Sanderson... Tengo aún un triunfo en la mano y quiero jugarlo. Ya le he dicho lo que estoy dispuesto a hacer... ¿acepta el trato?

Sanderson estudió el rostro de Vaslav cuidadosamente, lentamente, tratando de leer en el fondo de su alma.

—Muy bien — dijo por fin —; como usted afirmó hace un instante, su vida no significa nada para mí, pero sus conocimientos de los planes del enemigo pueden serme muy valiosos. Pero, ¿contestará usted mis preguntas?

—¿Por qué no? — dijo Vaslav —, después de todo, nada tengo que perder. Me voy aficionando a Inglaterra.

—Bien, veamos: ¿quién asesinó a mi amigo y ayudante el capitán Kenley?

—Eso es fácil de responder — replicó Vaslav con indiferencia —; el capitán Kenley fue asesinado por un agente del enemigo, de nombre Schleicher. Llegó a Inglaterra en un avión arrojado y me arcaéizos. Apparently, venía para ayudarme, pero comprendí desde el primer instante que lo habían puesto a mi lado para que me vigilara. Por una curiosa serie de circunstancias, su encantadora sobrina lo confundió con un inglés herido y lo llevó a Londres. Estaba precisamente saliendo del aeropuerto cuando pasó por el lugar el capitán Kenley; sospechó de Schleicher y lo interrogó. Este se vio obligado a matarlo para salvarse. Los ingleses lo conocían mucho bajo el nombre de Larsen o Brandstatter.

—¿Dónde está ahora ese hombre? — preguntó Sanderson.

—Creo que lo han capturado ustedes a bordo del "Van Dam". Ustedes informaron que hicieron prisionera a toda la tripulación.

—Sí... ya sé — contestó sir John —, y otra cosa. ¿Quién me atacó en casa de lord Mountwyn?

—El mismo barón Schleicher — contestó Vaslav sonriendo —. Verdaderamente debería pedirle disculpas, pero mi ayudante cometió la equivocación de darle a lord Mountwyn el verdadero código secreto en lugar de otro falso que habíamos preparado para él. Desearíamos comprobar si se lo entregaría a usted a pesar de titularse nuestro amigo. Después, fui necesario reconvertir a nos mismos obligados a hacer esa pequeña farsa del baile en la oscuridad. El barón hizo el resto, y como ya sabe, fue víctima de usted y de su sobrina.

—Ya veo — dijo sir John —; siempre imaginé que sería una cosa por el estilo. Y ahora la tercera pregunta: ¿quién asesinó a mi agente Mara y colocó luego el cuerpo en mi propia puerta?

—Eso fue el agente Mueller, aunque es posible que yo le haya sugerido la idea. Deba convencerse de eso en un momento para mí. Deje el cuerpo en la puerta de su casa fue una idea mía; quise asistir a su sobrina para disuadirla de practicar el espionaje. Brinda parecía tener la facultad de echar por tierra todos mis planes, y como estaba enamorada de ella, no podía hacer nada en su contra.

—Muchas gracias se han enamorado de usted, ¿verdad Vaslav? — preguntó Sanderson fríamente —; Mara, por ejemplo.

—Me he valido de las mujeres — dijo Vaslav —, pero nunca hasta ahora había cometido la tontería de enamorarme. Creo que no me valdré de ellas nunca más.

—Así que... usted es "Ajax", el hombre a quien las mujeres encuentran irresistible.

¡Acuí le contestamos!

En esta sección contestamos todos los preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No debe considerarse las páginas de aclaraciones específicas ni se montan correspondencias sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeraldo 116, Buenos Aires.

ALICIA CARRILLO, Villa-Madero (Mendoza).— Hemos tomado nota de su interesante sugerencia, que oportunamente será llevada a la práctica.

RUBENCIO BUTI PERA, Santa Fe.— Su colaboración para estimular condiciones, pero nos vemos en la imposibilidad de insertarla en estas páginas, por cuanto no encuadra dentro de las características de LEOPLAN.

A. L., Capital.— Los barcos que se dedican a la pesca de la ballena zarpan de los puertos cercanos a las regiones de los hielos polares. La estación de la pesca, sobre la que existe actualmente una severa limitación, dura de dos a tres meses, según los países. En cuanto a la paga que reciben los tripulantes de dichos barcos, como comprenderá, cada compañía pesquera tiene sus normas propias al respecto.

ARMANDO POZAS, Capital.— Su cuanto revela, en general, buenas disposiciones para el género humorístico.

LECTOR DE "LEOPLAN."— Diríjase directamente a la Editora "El Espectador", S. R. L., Esmeraldo 116, Buenos Aires.

BARTOLOMEO CUERO, Rosario.— El colaborador que firmaba con el seudónimo "Pío Pio" ha dejado de pertenecer a esta Redacción.

A. DE MORABITO.— Hemos tomado nota de su pedido, que procuraremos complacer tan pronto como las circunstancias lo permitan.

INDUSTRIAL, Montevideo (Uruguay).— 1º: La significación de los números que aparecen en el calzado no contiene treintena ni keroseeno: agua, 20 partes; melaza, 2 partes; glicerina, 40 partes; tanino, 60 partes; extracto de palo de campeche, 2 partes; negro de carbón, 2 partes; gutapercha, 5 partes; cera, 1 parte; aceite de linaza, 25 partes. Se disuelven el tanino y el extracto de palo de campeche en la mezcla de agua y glicerina; se añaden sucesivamente la melaza, la cera fundida, el aceite de linaza y la gutapercha, disuelta en sulfuro de carbono. Deben variarse las cantidades de los componentes hasta hallar el punto exacto del bastón. Las preguntas 2ª y 3ª se le contestarán en el próximo número.

RENEDO, José C. Paz.— La revista "M. A. N." se distribuye gratuitamente a quienes la solicita el Ministerio de Agricultura, pasado Colón 974, Buenos Aires, manifestando las causas por las cuales se desea recibir.

TEODORO SORICCA, Salto (Pera).— Tenemos por norma, en esta sección, no suministrar direcciones comerciales. No obstante, en las páginas de LEOPLAN hallará usted avisos de institutos que dictan cursos de taxidermia por correspondencia.

OSCAR GONZALEZ ALPARO, Tarija (Bolívia).— Sus poesías revelan extraordinarias disposiciones poéticas, pero nos vemos en la imposibilidad de insertarlas en estas páginas, por cuanto actualmente LEOPLAN no publica obras en verso.

S. LITVAK, Quilmes.— 1º: Muy acertadas sus ideas, tanto que ya han sido llevadas a la práctica, habiéndose vendido en el Instituto de Orientación Profesional, calle Viamonte 1435, Buenos Aires, donde puede dirigirse usted en busca de la orientación que solicita. 2º: En cuanto a la sugerencia que nos hace, será tomada en cuenta y llevada a la práctica tan pronto sea posible.

UN LECTOR AGRADECIDO, Capital.— He aquí una fórmula muy usada para preparar polvos fosforescentes: cenizas de mariscos calcinadas, 100 partes; cal viva, 100 partes; sal marina calcinada, 25 partes; azufre, 60 partes. Se calcina la masa en un crisol, se le mezcla un 6 por ciento de barita obteniéndose así un polvo que tiene una fosforescencia verde. Conviene variar las cantidades de sulfato de bario y de azufre hasta hallar la fórmula más apropiada a los usos a que se destinan los polvos fosforescentes,

hotel—personalmente prefiero el Savoy—, tomáramos una botella de champagne y luego le revelaré todos los planes de sus enemigos.

—Muy bien— dijo Suiderson—, vamos. Pero en el mismo instante apareció en escena un hombre que hasta ese momento había estado escondido entre bastidores. En su mano empuñaba una pistola. Era el chofer de Vaslav.

—¡Mue!— gritó éste—, ¡Auxílieme, me han derretido!

Fueron sus últimas palabras. Una lengua de fuego salió del arma de Moeles y los muros del teatro repitieron el eco del estampido. Vaslav cayó al suelo y permaneció inmóvil, encogido sobre sí mismo. Una sonrisa sinistra apareció en los labios del chofer, sonrisa que se convirtió de pronto en una mueca de dolor. Levóse las manos al vientre y comenzó a desahizarse hacia el suelo. Los policías ingleses habían hecho fuego simultáneamente sobre él.

Sir John y el doctor Mac Donald se hallaban sentados en las oficinas del *Intelligence Service*. Una botella de whisky escocés estaba sobre el escritorio. El doctor Mac Donald se sirvió a sí mismo una porción liberal.

—¡Ah, John!— murmuró—, has a cometer un grave error pensando que Brinda podía formar parte de esa banda de espías. Como te dije una vez, la licenciatu tiene siempre razón. ¿Qué importa que su madre haya sido Mata Hari o la reina de Egipto? Su padre fue un Duncan. ¡Un buen escocés! Y ésa es bastante herencia.

Levantó su vaso en alto, exclamando:

—¡Por Brinda Duncan, viejo amigo!... La muchacha más inteligente que existe y por el amor a ella que yo quisiera desahizarme.

—¡Bebo por todo eso y mucho más— dijo Sir John levantándose—, ¡por Brinda, que ha hecho más para salvar a Inglaterra que veinte regimientos!

Y ambos vaciaron sus vasos.

Sir John tomó una delgada hoja de papel de tamaño carta de su escritorio. Lo contempló un instante y luego la arrojó al fuego.

—¡Ahí va todo lo que quedaba de Mata Hari— murmuró.

La puerta se abrió lentamente. Brinda recitó en la abertura y vio a los dos hombres juntos. Luego abrió la puerta y se dirigió al hall. Allí la aguardaba Dick.

—Ya tengo la licencia— le dijo éste—. ¿Crees que Sir John se opondrá a que lo realicemos el próximo lunes?... Puedo ser llamado a servicio en cualquier momento.

—Estoy segura de que no se opondrá— dijo Brinda sonriendo.

—¿Por qué me lo deseo querida— dijo él estrechándola en sus brazos y mirándola de los ojos—, no quiero que te mezcles más en estos asuntos de espionaje.

—¡Oh, no, nunca más!— exclamó Brinda estremeciéndose—, fué demasiado peligroso. Ambos salieron a la calle tomados del brazo y sonriendo contentamente.

—¡Dick!— exclamó de pronto Brinda—, ¡has visto a ese hombre que acaba de pasar junto a nosotros, y que llevaba una caja de violín bajo el brazo?

—Sí, ¿por qué?, ¿lo conoces?

—No; pero estoy segura de que no es un violinista que va en la manera de llevar la caja. Tiene una parte más delgada hacia adelante... ¡Dick!, ¡no creo que llevara un violín en esa caja. No me sorprendería que ocultara allí una anneralladora. Sigámoslo. Quizá sea un espía.

—No me cabe la menor duda, querida— exclamó Dick—. ¡Por Dios!, ¿qué mujer! Se diría que iba a matar a Mata Hari.

—Me amaris... ¿sí así fuera, querido?

—Te amaría aunque fueses la abuela.

Y ambos, volviéndose sobre sus pasos, corrieron tras el hombre del violín.

—preguntó Vaslav intrigado—. ¿Señal? Mi nombre cifrado, para ustedes no conocían mi identidad. Y ahora puedo hacerle a mí vez una pregunta. ¿Cómo me descubrió?

—Estupido asunto de ballet— contestó—. Dar a mí sobrina el papel de ballarina fue una idea brillante. Aleja sospechas de usted, como seguramente calculado que sucedería. Pero se pensó que ella podría conocer el ajezred. Cuando mi sobrina dejó de bailar algunas antracciones acerca de danza comprendí en seguida, al ver que se trataba de una clave secreta.

—De eso, era solamente una cuestión de tiempo a usted y rodear la casa. ¿Error...?— dijo Vaslav—, bueno, ¿hay que desear saber?

CAPITULO XXVV

—Se hay algo más— exclamó Dick—, usted tiene un instante que tenía los planes de "Z". ¿Los tiene usted en realidad? ¿Querido marino; no solamente los tengo yo, los tiene en práctica. ¿No controlaba ya que este ballet del ajezred ha sido a nuestro quartel central por los planes de sus rayos?

—¿Cree usted que era eso!— exclamó Suiderson.

—¿Me supuso— replicó Vaslav—, debe comprender que era una buena idea... ¡Si Brinda no es una mujer tan inteligente!... A propósito, ¿cómo ha capturado usted a ese hombre que se llama Dick? ¿Se está moviendo en el sentido de fusilarlo de inmediato. Es un verdadero traidor.

—¿Cree usted por ahora...? Creo que conozco a ese personaje que iba a transmitir usted, pero me gustaría verlo completo.

—¿Desde luego— respondió Vaslav—, si quiere, déme sacarme esas esposas. No tengo de escapar ahora.

—¿Cree usted que hubieron dejado libres las esposas?— preguntó Dick—. ¿No sacó un pliego de papel y leyó?

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

—¿Cree usted que yo soy un idiota?— preguntó Vaslav—. ¿No sabe que yo soy un idiota?— preguntó Dick.

Para matar el tiempo

Problemas de ingenio, de lógico, charadas, cómicos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

EL PENDULO DE FOUCAULT

El célebre experimento de Foucault, con el que se tuvo la comprobación del movimiento de la tierra, podrá ser realizado por nuestros lectores si siguen atentamente las instrucciones de este entretenido y asombroso juego.

Una caramita se atravesará con un filodeno de madera o en su defecto con un pañuelo con extremidades idénticas y colocada de manera que la inferior toque el plato sobre el que debe oscilar; a la extremidad superior se atará un hilo fuerte que quedará sostenido por un alfiler. Este alfiler atravesará su orificio sostenido por tres tenedores, y colocado todo en la forma que indica el grabado.

Se hace oscilar el péndulo construido así y se verá que detra un suceso en dos pequeños momentos de haber pasado, detallado al mismo objeto que el círculo de arena que utilizaba Foucault en su experimento.

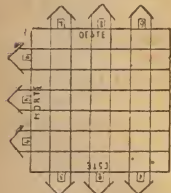
El plato representará la tierra. Mientras permanezca fijo, a cada oscilación del péndulo la extremidad inferior del filodeno o pañuelo marcará igual línea en el azúcar. Pero si para sentir el movimiento de rotación de la tierra, hacemos girar suavemente el plato, y por lo tanto todo el aparato, comprobaremos que ello se influye en más en la dirección de la caramita, que continúa oscilando siempre en el mismo plano; y comprobaremos también que cada una de sus oscilaciones marcará una línea diferente en los momentos de azúcar. Este sencillo movimiento servirá para probar el movimiento de la tierra.



PROBLEMA: LA CASA DESHABITADA

Alrededor de un jardín cuadrado hay 9 casas, colocadas sobre tres costados y numeradas del 1 al 9 y en ese orden. Los números 1, 2 y 3 están sobre el costado Este; 4, 5 y 6 sobre el costado Norte; 7, 8 y 9 sobre el costado Oeste. Una de las casas de número impar está deshabitada.

Una mañana el cartero clasifica 36 cartas destinadas a esas casas. La casa donde entregó más cartas recibió 8, y la menos favorecida, 1. En ninguna casa dejó un número de cartas igual al de alguna otra. Sabiendo que la casa N° 1 recibió dos cartas; la número 9, seis; la número 7, el doble que la número 3; la número 8, seis más que la número 2, y la número 4, una menos que algunas de sus vecinas, trátase de localizar la casa deshabitada y el número de cartas recibidas en cada una de las restantes.



(La solución en el próximo número.)

FRASE HECHA



(La solución en el próximo número.)

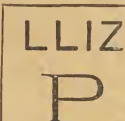
DOS PROBLEMAS PARA RESOLVER EN DIEZ SEGUNDOS

En una fratería penetran tres hombres que se llaman: Mario, Luis y Roberto, acompañados de sus tres esposas, Laura, Alicia y Dolia. Han a comprar manzanas. Cada comprador a compradora adquiere tantas manzanas como centavos debe pagar por cada una. Mario compra 23 manzanas más que Alicia, y Luis 11 más que Laura. Cada marido paga 68 centavos más que su mujer, cuál es la de Luis y cuál la de Roberto?

Una ardilla cayó dentro de un pozo de cinco metros de profundidad. Trepando por las paredes, comenzó subir dos metros por día, pero de noche, durante el sueño, descendía involuntariamente un metro. ¿Al cabo de cuántos días consiguió salir?

(Las soluciones en el próximo número.)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



AMBDEXTRO



(La solución en el próximo número.)



(Las soluciones en el próximo número.)

PROBLEMA: UN DOMINO DIABOLICO

Hacer que de estas diez y seis fichas de domino queden solamente la mitad, sin romper ni cortar el papel ni borrar ninguna de ellas. Parece cosa diabólica, o por lo menos cosa de prestidigitación, pero no hay tal. Basta hacer en el papel dos pliegues, dos sencillos pliegues, y como se acierte a hacerlos en la forma debida, ya se verá como sólo quedan ocho fichas.



(La solución en el próximo número.)

AMBDEXTRO

Cada signo representa una letra; así, pues, deben ser substituidos por una misma letra los signos que se hallan repetidos, y una vez representados por las debidas letras, tendremos una frase que ha de ser conocida por muchos lectores, y que leída de izquierda a derecha o viceversa tiene el mismo significado.

020 - X011,0 - 0, - 10X = 020.

(La solución en el próximo número.)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR DEL PROBLEMA: "EL DINERO ESCONDIDO"

El grabado de la derecha indica la manera de plegar el papel, y el de la izquierda muestra cómo, después de plegado, aparece en el centro del dibujo el número 80.000. A ochenta mil pesos ascendía, por consiguiente, el dinero que tenían escondido los dueños de la casa.



DEL PROBLEMA DE: "PALABRAS CRUZADAS"

S	U	R	C	A	L							
D	I	N	O	T	E	R	I	O	S			
L	E	M	S	E	T	E	S	A	S			
O	S	C	A	R	N	O	O	P	A			
A	C	T	O	C	A	L	A	R	I	O		
O	S	F	E	O	A	R	E	N	A			
C	O	F	A	T	O	C	A	D				
L	A	S	A	H	O	P	A	S				
V	A	L	E	M	A	L	M	A	T	O	C	A
S	O	A	R	L	O	T	E	F	E	R		
R	E	S	G	I	S	O	R	I	O			
C	A	E	N	A	N	A						

DE LA "FRASE HECHA" HAY MOROS EN LA COSTA

DE LOS "JEROGLIFICOS" EN REDO ABNEGACION